LAURELL K. HAMILTON



AN ANITA BLAKE, VAMPIRE HUNTER, NOVEL

ePUB

El viaje que Anita Blake hace con Jason, un joven hombre-lobo amigo suyo y amante ocasional, tiene sus consecuencias tanto en la pequeña localidad natal de Jason como en la vida de Anita y Jean-Claude. Como líder de los vampiros de la ciudad, Jean-Claude tiene una imagen que mantener, y si su amante se ha largado con otro, el resto de los vampiros tienden a sacar ciertas conclusiones: tal vez Jean-Claude se esté ablandando. Y si Jean-Claude es vulnerable, tal vez Anita, que parece magnificar los poderes de cualquier hombre con quien esté, podría ser apartada de él… incluso por la fuerza si fuera necesario.



eBooks con estilo

Laurell K. Hamilton

Blood Noir

Anita Blake, cazavampiros-16

ePUB v1.0
fenikz 30.07.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *Blood Noir*
©Laurell K. Hamilton, 2008
Traducción «NO OFICIAL»

Editor original: fenikz (v1.0)
ePub base v2.1



UNO

Llegué a casa para encontrar a dos hombres sentados en la mesa de la cocina. Uno de ellos era el amor de mi vida. El otro era uno de nuestros mejores amigos. Uno de ellos era un hombre leopardo, y el otro era un hombre lobo, ambos eran strippers. Por lo menos una vez al mes se quitaban algo más que la ropa en el escenario. Ellos cambiaron de forma en el escenario delante de una audiencia en vivo. Esas noches el club fue un éxito. Quiero decir, puedes ir a otros clubes para ver a hombres quitarse la ropa, pero su piel y su cuerpo… bueno, eso era único.

Nathaniel vino a saludarme con un beso y un abrazo. Dejé que mis manos jugaran con su largo y espeso pelo castaño que se perdía en sus anchos hombros, la curva de su cintura, la rigidez de su culo, sus largas y musculosas piernas. Era cinco o tal vez siete pulgadas más alto, por lo menos era una pulgada más alto que cuando lo había conocido. Con mis tacones de tres pulgadas que llevaba, aún era unas pulgada más baja que él.

A los veintiún años finalmente se iba definiendo la promesa de sus hombros. Su rostro era menos suave de lo que había sido, y más masculina ahora. Siempre sería hermoso en cualquier edad, pero su estructura ósea había cambiado minuciosamente para que de repente al mirar su cara le viera como un hombre en lugar de a una carnada.

Parpadeó hacia mí con el suave lila en sus ojos. En su licencia de conducir decía que sus ojos eran azules, porque no le dejaron poner lavanda o púrpura. Sus ojos eran de diferentes tonos de color, dependiendo de su estado de ánimo, o lo que él llevara, pero el azul, nunca sería el color de sus ojos.

Sus manos se deslizaron por debajo de la chaqueta de mi traje, y un poco más bajo para rastrear la parte superior de la falda. Sus manos vacilaron un poco en la Browning que se encontraba en la pistolera de hombro. Las armas no están verdaderamente hechas para acariciar.

Envolví mis brazos alrededor de la desnudez de su cuerpo, respirando el aroma de su piel. Llevaba lo que solía cargar en su tiempo libre en verano, pantalones cortos para correr. La mayoría de los cambiaformas irían desnudos si se les dejara. No estaba muy cómoda con eso, así que llevaba los pantalones cortos para salvar mi delicada sensibilidad. Había algunos que se quedaban que pensaban que yo no tenía ninguna, pero eso sería un error, y además, se ponían celosos.

Sosteniéndole, respiré la calidez de su piel el dulce sabor de vainilla, entendía los celos. Aunque, francamente, no todo se trataba de sexo o incluso haber encontrado el amor en el pasado. Se trataba sobre el poder y lo que ellos quieren, y que yo y los míos teníamos. Se trataba de que fuera el siervo humano de Jean-Claude, el vampiro maestro de St. Louis. Se trataba del recuento de cadáveres, y yo tenía el mayor recuento de asesinatos, ya que era una de los verdugos legales en EE.UU.

—Yo le daría una parte menos favorecida del cuerpo si tuviera una mujer que me saludara al final del día —dijo la voz de Jason.

Tuve que separarme del cuerpo de Nathaniel para mirar a Jason. Todavía estaba en la mesa de la cocina con una mísera taza de café. Incluso olía a café, pero se acurrucó sobre él, como si se tratara de algo más duro y más embriagador.

Jason era dos años mayor que Nathaniel, por lo que tenía veintitrés en este momento. Curiosamente, los conocí a ambos cuando tenían diecinueve. Jason era casi de mi misma altura, medía una pulgada más o

menos que yo. Su pelo era esa sombra de color amarillo rubio que a las estrellas de cine les gusta, pero la suya era real, y no tenía que venir de un salón de belleza. Tenía el pelo corto lo cual lo hacía parecer un hombre de negocios. Me gustaba el cabello largo, pero tenía que admitir que la cara de Jason parecía más joven, más guapo, incluso, sin el pelo para distraer. Llevaba una camiseta azul que hacía que sus ojos fueran aún más azules de lo que eran. El color no se parecía a los de la primavera, pero si a los cielos de verano, antes de que el calor se haya vuelto insoportable, pero sé que ya no es mayo.

La ropa escondía lo que conocía, que parecía aún mejor de ellos. No fue por falta de ternura y la conveniencia de que Jason no era mi amante. Él era mi amigo, y yo era la suya.

—¿Qué pasa con Perdy? Tú y ella son novios, ¿verdad?

Él me sonrió.

—Una relación estable, es tan lindo.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo puedes llamarlo?

Nathaniel me besó en la frente.

—Realmente estás mona.

Me alejé de él y le fruncí el ceño a los dos.

—Lo digo en serio, ¿qué más quieres? No son sólo amigos con derecho. Ella no es una aventura de una sola noche. Es una novia. Si no es una relación estable, ¿cómo lo llamarías?

—Lo haces sonar como si le hubiera dado mi anillo de graduación, Anita. Perdy y yo fuimos amantes, y ella quería que fuera exclusivo.

—Pensé que eras exclusivo.

—Con excepción de ti.

—Espera, estás hablando del pasado. ¿Estás diciendo que Perdy y tú rompisteis?

—Ella le dio un ultimátum —dijo Nathaniel. Se perdía la mano por el brazo mientras se alejaba—. Voy a servirte café.

Fui a la mesa y tomé el asiento que Nathaniel había dejado libre.

—¿Qué tipo de ultimátum? —pregunté.

Jason miró su taza de café mientras respondía.

—Quería que dejara de tener relaciones sexuales con Jean-Claude, Asher, y tú.

—Espera, no estás teniendo relaciones sexuales con Jean-Claude y

Asher, a menos que haya algo que no sepa.

Me sonrió.

—La mirada en tu cara, hombre. —Levantó los dedos en el saludo de Boy Scout—. Ya no estoy, ni he estado teniendo relaciones sexuales con Jean-Claude o Asher.

Nathaniel preparó café fresco antes de ponerlo frente de mí y tomó una silla de la mesa que se encontraba al otro lado de Jason, por lo que había sido capaz de mirarlos a los dos. También significaba que no sería capaz de hacer algo más que mantener las manos alejadas, lo que probablemente estaba bien, sino tendían a distraer a los demás.

—Pero no te creyó —dije.

—No, no lo hizo. —Tomó un sorbo de café.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —pregunté.

—No estoy seguro.

—Si mi alimentación del *ardeur* a través del sexo es la razón por la cual tu chica quería algo más estable podría haber hecho algo.

—Soy el ponme de sang de Jean-Claude, su manzana de sangre. Soy su donante de sangre, y voy donde mi maestro me dice que vaya. El *ardeur* es su versión de una fuente de sangre y tú eres su sirviente humano. Jean-Claude me comparte con Asher, su segundo al mando, para sangre y sexo, y es su derecho compartirme. Soy suyo. Le pertenezco a él. Perdy lo sabe. Ella fue expulsada de Cape Cod, porque quería ser algo más que un donante de sangre para el vampiro maestro de allí.

—Samuel no dijo nada al respecto. De hecho, su hijo, Sampson, dijo que Perdy estaba aquí para espiarlo a él por su madre.

—Sí, pero Sampson se fue a su casa, y Perdy no lo hizo.

Sampson se había ido a casa porque St. Louis había sido invadida por algunos de los más aterradores vampiros en el mundo. Jean-Claude había pensado que sería una mala idea arriesgarse a que el hijo mayor de su amigo y aliado muriera. Además, Sampson era un tritón, y no son muy buenos en las habilidades ofensivas, al menos no cuando se encuentran en el interior de una habitación. Perdy era una sirena, también. Aunque nunca había visto a ninguno de ellos cambiar a su forma de pez. Ellos solo se parecían a la gente como yo.

Jason asintió.

—Ella quería que yo le perteneciera, es muy celosa, muy posesiva. Simplemente no estoy a favor de ello.

—Así que tienes a una mujer que te da la bienvenida como Anita me saluda, pero el resto no funciona.

—No, Nathaniel. Ella solía saludarme así, pero desde hace semanas ha sido, ¿Dónde has estado? ¿A quién has visto? Cogió el mando de capitán, ¿no? Estuviste follando con Asher, ¿no? fuiste a Anita de nuevo, ¿no?

—Te he puesto en un segundo plano para la alimentación conmigo —dije—. Tengo la impresión de que Perdy no quería compartir mucho, pero no tenía ni idea de que pensaba que estaba haciendo algo más que donar sangre a los vampiros.

—Ella es como una loca celosa, y no me cree cuando le digo que no he estado con nadie más. Es por eso que le pedí a Jean-Claude que me dejara fuera de su horario de alimentación por un tiempo. Piensa que si dejo de tener relaciones sexuales con la única otra persona con la que realmente puedo tener relaciones sexuales Perdy se calmaría.

Nathaniel y yo intercambiamos miradas sobre la mesa. Se encogió de hombros. Hice la pregunta.

—¿Funcionó?

—No —dijo. Tomó otro trago de café, y debió haber concluido su café, porque se levantó y fue hacia la prensa francesa al lado del fregadero. Tomó la cafetera para echar más, entonces lo puso de vuelta sin llenar su taza, puso la taza en el fregadero.

—No quiero más café.

—Tú nunca puedes tener demasiado café —dije.

Se volvió y me sonrió.

—Crees que es así, pero el resto de nosotros necesita un poco de O D'ed en su nivel de cafeína.

—¿Qué fue lo que pasó, Jason? —pregunté.

La sonrisa se deslizó un poco más. Fue solemne en lo que se volvió hacia nosotros. Apoyó la espalda contra los armarios, cruzó los brazos sobre el pecho, y de nuevo se negó a encontrarse con nuestros ojos.

—Quería que me casara con ella. Hasta que la muerte nos separe y todo eso. Ella es una sirena, lo que significa que me sobrevivirá. Puede vivir cientos de años, no es inmortal como un vampiro, pero casi.

—No querías casarte con ella —dije, en voz baja.

Él negó con la cabeza.

—Ella está obsesionada conmigo. Dice que me ama, pero no se siente como el amor. Se siente como que me estoy asfixiando.

—Entonces ella no es la correcta.

Él sonrió, y esta sonrisa casi llegó a sus ojos.

—Mira quién habla sobre el correcto. No puedes elegir sólo uno sea quien sea.

—Eso es diferente.

—¿Por qué, porque tú eres un vampiro viviente que se alimenta de sexo, por lo que tienes que tener un grupo de amantes? El *ardeur* es como la excusa perfecta para no tener que decir nunca que es lo que sientes.

—Lo cambiaría si pudiera, lo sabes.

Él vino a mí entonces, puso sus brazos alrededor de mis hombros y apoyó su mejilla en la parte superior de mi cabeza.

—No quise hacerte sentir triste, Anita. Dios sabe que no lo hice. Por favor, no me digas que lo cambiarías si pudiera. Amas a Nathaniel, y a Micah. Ellos te aman. Amas a Jean-Claude y a Asher, y ellos te aman. Todavía estás un poco confundida acerca de qué hacer con Damian, pero llegarás allí.

Negué con la cabeza y me levanté, alejándome de él.

—No te olvides de Requiem, y London, y en ocasiones de Richard. Oh, espera, y el rey cisne aparece de vez en cuando, sin juego de palabras. —Parecía enfadado y amargo, y me alegré.

—No quise decir algo equivocado. No quise hacerte sentir mal, para que otra mujer esté enfadada conmigo esta noche. Por favor, Anita, por favor, no te enfades. Estoy molesto. No tienes la mínima idea de lo molesto que estoy. Por favor, por favor, soy un hijo de puta, pero no te enfades.

Él me tendió la mano. Su rostro se declaró, junto con sus palabras. Nunca había visto los ojos llenos de todo ese tipo de dolor. La mirada en sus ojos era más que perder a una novia que no le quería más.

Le tendí la mano, pero le hizo dar el paso para cerrar nuestros dedos alrededor de uno del otro. Sus ojos brillaban con las luces del techo.

Tomé su mano, la sostuve. Su respiración se hizo más suave en un leve suspiro, y pensé por un segundo que iba a llorar, pero sólo me miró. Sus ojos brillaban aunque un momento antes habían estado casi muertos, como si todo lo que sintiera lo hubiera encerrado en algún lugar. En cierto modo, para mí era peor. Fui a él, y me abrazó con sus brazos como si estuviera al borde de un precipicio y yo fuera su único asidero. Que la celebración era tan tranquila en… masculino. Una mujer habría llorado, o hablado más, pero para un hombre, después de cierto punto se trata de su dolor.

Le sujeté, traté de decirle que iba a estar bien. Le susurré en el cabello:

—Está bien, Jason. Todo está bien.

Nathaniel se acercó por detrás y lo envolvió en sus brazos alrededor de los dos. Apretó su mejilla contra el pelo de su amigo y le dijo:

—Estamos aquí, Jason. Estamos aquí para ti.

Jason solamente se agarró a nosotros como si fuéramos su mudo, inmóvil, la fuerza de sus brazos, hombros, apretando contra mí, pero no se trataba de sexo. Nunca había sido presionado para cerrar a cualquier hombre y el pensamiento único, Dios, ¿qué tiene de malo? O había amado a Perdy y ahora se lamentaba de dejarla ir, o el otro zapato no había caído. ¿Qué otra cosa podría estar mal?

Terminamos en el suelo de la cocina, simplemente sentados en una fila con la espalda a la isla de la cocina. Todavía no había dicho lo que más estaba mal, o que estaba perdidamente enamorado de Perdy y ¿cómo podría solucionarlo? Seguí esperando a que compartiera. Si hubiera sido una amiga que me hubiera preguntado por ahora, pero los amigos hombre son diferentes. A veces hay que acercarse sigilosamente a ellos como una especie de animal salvaje, sin juego de palabras hombre animal previsto, todos los hombres son recelosos de sus emociones, asústalos y se cerrarán. Si tienes cuidado, tranquilo, no demasiado impaciente, a veces puedes encontrar más información. Por supuesto, a veces tienes a los hombres del club en la cabeza con alguna pregunta para no obtener ningún sentido fuera de ellos, pero prefieren hablar en un lugar tranquilo.

Jason tenía la cabeza contra el hombro de Nathaniel, y una mano en mi pierna. Por lo menos, como la mayoría de los hombres en mi vida, fue más adorable que la mayoría. Me gustó eso.

La voz de Jason llegó plana y vacía, como si tuviera miedo de dejar que su voz sintiera algo.

—Mi padre se está muriendo de cáncer. Mi madre llamó anoche poco después de que Perdy y yo nos separamos.

Intercambié una mirada con Nathaniel. Sus ojos me hicieron saber que era nuevo para él, también.

—Jesús, Jason, lo siento —dije.

—Nos odiamos entre sí, por supuesto, y ahora el hijo de puta se está muriendo y no voy a tener tiempo para perdonarlo antes de morir.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Nathaniel en voz baja.

Él sonrió, un poco débil, un poco aguado, pero lo consiguió. Pensé que

era una buena señal. Esperaba que lo fuera.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Dilo —dijo él.

Volvió a sonreír, pero sus ojos se estremecieron, como si le hubiera golpeado en lugar de decirlo, como si quisiera que hiciera algo para llevarme ese dolor.

—Perdy ya no está aquí para decirme que no hacer, o decir no puedes. Soy un hombre libre de nuevo. —Él trató de soltar una carcajada, pero era un sonido más parecido a un sollozo.

—Lo entiendo —dijo Nathaniel.

Fruncí el ceño.

—Entonces que alguien me lo explique, porque yo no.

—Él quiere tener sexo contigo otra vez.

—¿Qué? —dije.

—Perdy no le puede decir, o a ti, o a alguien. Pueden ser amantes de nuevo.

—¿Quieres decir que ahora, en este momento?

Nathaniel dio un medio encogimiento de hombros. Jason movió la cabeza del hombro del otro hombre. Dejó caer su mano de mi pierna.

—Está bien, Anita, he cogido eso. Sé que esta no es la manera de acercarse. Pero mi cabeza esta noche es demasiado llena de cosas feas, me parece que no puedo pensar con claridad.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

Abrí la boca para decir no te vayas. La cerré sin decir nada de eso en voz alta, y miré a Nathaniel. Me frunció el ceño. Fue algo más que mi cariño. El *ardeur* me hizo una especie de vampiro viviente que se alimentaban de sexo, pero con los inconvenientes vinieron algunas cosas interesantes. Nathaniel era mi animal para llamar, lo que significaba que era como mi familiar. Compartíamos emociones, poder, y, a veces pensamientos.

—Te estás proyectando dentro de mi cabeza, ¿verdad?

—Me puedes bloquear si lo deseas —dijo.

Jason vaciló justo antes de la entrada. Frunció el ceño ante los dos.

—Me estoy perdiendo algo.

Miré a la cara de un hombre que amaba.

—¿Es esto lo que realmente quieres?

—Él es mi amigo.

—Sabes, la mayoría de los chicos no quieren que sus amigas duerman con sus amigos.

—Si nunca hubieras dormido con Jason, eso sería diferente. ¿Por qué es malo dormir con él esta noche?

Abrí la boca para decir algo razonable, luego la cerré, porque por mi vida, no pude encontrar una respuesta lúcida. ¿Por qué estaba mal dormir esta noche con Jason? ¿Por qué no lo había planeado? ¿Por qué me sentía como una putilla? ¿Eran algunas de estas razones buenas?

Jason se detuvo en la puerta, atrapado entre la luz de la cocina y la oscuridad de la sala de estar.

—Te he hecho sentir lástima por mí. No estoy seguro de que quiera que esa sea tu motivación para llevarme a la cama.

—Hubo un tiempo en el que no te habría importado la razón para dormir conmigo.

—Era una puta, lo sé.

—No quise decir eso, Jason.

—Quédate aquí esta noche —dijo Nathaniel.

Se dio media vuelta para poder vernos, pero su rostro estaba en su mayor parte en la sombra.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres que me quede?

Me encogí de hombros hacia Nathaniel, con una expresión de esto-es-idea-tuya.

—Porque eres nuestro amigo. Porque nos preocupamos por ti.

—Y tú, Anita, ¿cuál es su motivación?

Le miré. Había algo desafiante en sus hombros, como si esperara a que le hiriese. Intenté con muchas fuerzas no hacerlo.

—Simplemente parece mal que te vayas ahora mismo. Si el sexo no es un problema, entonces quédate como un montón de cachorros grandes. En realidad sólo dormiremos.

Él negó con la cabeza.

—Uno nunca quiere que me quede solo a dormir, Anita.

Eso me hizo sentir incómoda.

—No sé qué decir a eso, Jason.

—Di que me quieres.

Empecé a decir algo, pero Nathaniel me tocó la mano.

—Él quiere la verdad, Anita.

—¿Y cuál es la verdad? —pregunté, apartando mi mano de la suya.

—Dile cómo te sientes, de verdad lo que sientes por él.

Tomé una respiración profunda y pensé sobre la verdad, ¿cuál era la verdad?

—Eres uno de los mejores amigos que tengo, Jason, y no debes estar solo esta noche.

—Jean-Claude me dejaba dormir con él.

—Pero no le dejarás sostenerte mientras te sientes miserable.

—¿Cómo sabes que no lo hará?

—Llámalo una corazonada.

Se quedó congelado en la puerta como si no pudiera decidirse, o como si una parte de él quisiera y otra parte de él no lo hiciera. Le había hecho venir a mí para sostener su mano. Ahora fui con él.

Envolví mis brazos a su alrededor. Se quedó rígido e inflexible. Apoyé la cabeza en su hombro.

—Quédate con nosotros esta noche, Jason, por favor.

Susurró contra mi pelo:

—¿Por qué?

—Porque quieres hacerlo.

—No es lo suficientemente bueno —susurró.

—Porque puedo sentir lo mucho que perjudicaría a Nathaniel verte salir esta noche, y saber que no tenías a nadie que te espera mientras duermes.

—No es el sueño lo que quiero, Anita. Tengo miedo de dormir. Me temo que voy a soñar. Ayer por la noche fue mala…

Levanté la cara para mirarle.

—¿Encontraste todo esto anoche?

Él asintió.

—¿Malos sueños? —Hice una pregunta.

—Los peores, algo sobre la noticia de mi padre solo recaudó un montón de mierda.

La necesidad de Nathaniel me empujó, casi tambaleándome en su deseo de que Jason se quedara. Traté de escudarme contra él, pero me di cuenta de que una de las razones por las que no podía hacerlo era que estaba de acuerdo con él. Una gran parte de mí sentía que Jason debía quedarse aquí. Nathaniel tenía razón: Jason ya estaba en mi lista de amantes. ¿Por qué era tan malo para mí admitir que era muy divertido dormir con Jason? ¿Por qué siempre estaba mal para mí admitir que simplemente quería estar con alguien? No porque no tuviera otra opción, sino por una vez, ¿no?

Él me besó en la frente.

—Voy a ir a casa.

Me abrazó con más fuerza, le mantuve en la puerta.

—Sería bonito si te quedaras.

Él se sobresaltó.

—Parece como si lo dijeras en serio.

Asentí.

—Lo hago.

Él sonrió, y fue una sombra de lo usual.

—¿En alguna parte has dicho por favor?

Le sonreí.

—Creo que lo hice.

—Nunca te he oído decir a un hombre que por favor permanezca contigo.

—No suelo hacerlo.

—Quédate con nosotros esta noche —dijo Nathaniel.

Asentí.

—Quédate.

—La cama será un poco apretada cuando Micah llegue a casa.

—Está fuera de la ciudad —dije.

—Un nuevo leopardo quería unirse a nuestra manada. Está fuera con las entrevistas —dijo Nathaniel.

Jason asintió.

—Me gusta Micah, lo sabes.

—Pero él no es tu mejor amigo como Nathaniel, y no es una chica —dije.

Jason asintió de nuevo.

—Esta noche, realmente no quiero una audiencia.

—Hasta Damian se ha ido a dormir con su amante vampiro —dijo Nathaniel—. Tenemos la casa para nosotros solos.

Cierta tensión que no había sido consciente de deslizó fuera de Jason.

—Me encanta todo el mundo, pero a veces la cosa se pone un poco del grupo de edad. Fue una de las cosas que me gustó de Perdy, en un primer momento.

—No quieres un grupo de orgía cada noche, pero no quieres ser monógamo tampoco —dijo Nathaniel.

Jason asintió.

—Estoy muy jodido.

—Todavía no —dije, abrazándole—, pero podemos arreglar eso.

Él me sonrió, y llegó a sus ojos.

—¿Dormitorio, baño, sala de estar o cocina?

—El suelo de la cocina es duro y la placa está fría. ¿Por qué no ir a la suave y agradable cama? —pregunté.

Jason miró a Nathaniel.

Nathaniel respondió a la pregunta.

—Jason ha hecho el amor en una cama y sólo una cama desde que comenzó a salir con Perdy.

Fruncí el ceño, luego miré a Jason, aún en un abrazo suelto conmigo.

—Entiendo que no haya sexo en la ducha o en la bañera. Las sirenas tienen problemas para retener su forma humana en el agua, pero ¿nada más que en la cama?

Él negó con la cabeza.

—¿Posiciones estándar, también? —Hice una pregunta.

Él asintió.

Mis ojos se abrieron.

—Oh, Jason, lo siento, no lo sabía. —Le abracé más fuerte.

Se movió de nuevo para que pudiera ver mi cara.

—¿Con todas las malas noticias que he tenido hoy, y te ves asolada porque mi novia sólo hacía sexo estándar en la cama?

Traté de poner en palabras lo que pensaba, no siempre lo hacía bien.

—Te encanta el sexo. Eres bueno en eso.

—Por qué, caramba, gracias. —Él sonrió.

Le di una mirada, pero seguí hablando. Iba a terminar este pensamiento, maldita sea.

—El sexo es una de las cosas más personales que hacemos como personas. Para tener a alguien que dice que te quiere limitar como te expresas en el dormitorio es como una pequeña muerte. Se mata el alma.

La sonrisa abandonó su rostro, luego sus ojos. Me miró, y ahí estaba Jason, esa parte de él que escondía de la mayoría de la gente. Joder, que escondía la mayor parte del tiempo. Me dejó ver que había una buena mente y un pensador profundo en los ojos azules por lo general sonrientes. Le daba un aspecto triste, y más, pero valoraba esa mirada. Valoraba que me dejara verlo hasta el final.

—¿Cómo llegaste a ser tan inteligente? —dijo, en voz baja.

—Tengo amigos inteligentes que me dan buenos consejos a veces. —Sonreí—. A veces, incluso los tomo.

Me devolvió la sonrisa y pasó las manos por mi espalda.

—Así que, ¿realmente me dejarás elegir donde hacer el amor?

Asentí.

—Sólo porque no he tenido una elección en un tiempo.

—Sí.

—¿Qué pasa si quiero algo muy extraño?

—Entonces voy a decir que no, y puedes retroceder un poco.

Sus ojos parecían de nuevo solemnes. Buscó mi cara.

—Es en serio.

Llevé mis manos a ambos lados de su cara y asentí.

—Trato de no decir cosas que no quiero decir, Jason. —Puse un suave beso al final de la frase.

Movió la mano más baja en mi espalda presionándome más cerca. Tan cerca que pude sentir que su cuerpo ya estaba más feliz que cuando nos abrazamos por última vez.

Cerró los ojos y respiró. Miró a Nathaniel.

—¿Tienes alguna preferencia?

—Tú eres el invitado.

Jason me levantó del suelo con un abrazo. Los dos éramos tan bajitos que yo no estaba en peligro de darme con el marco de la puerta.

—Los adoro chicos, ya que me hacéis sentir menos extraño acerca de mí mismo.

—¿Por qué, porque somos más raros? —pregunté.

—No —dijo él, riéndose de mí—, porque tus relaciones funcionan. Simplemente funcionan llanamente para vosotros. Me hacéis sentir que en alguna parte hay una persona lo suficiente extraña para hacerme feliz.

—Prefiero no hacerlo en el cuarto de baño —dijo Nathaniel—, lleva mucho tiempo secar el pelo.

Jason me bajó, por lo que estaba de pie en el suelo otra vez.

—Me estoy inclinando por la sala de estar.

—Hay sillas y el sofá tiene un respaldo y brazos —dijo Nathaniel.

—¿Cuán robusta es la mesa de café?

—No es resistente —dijo Nathaniel.

La agarré.

—No, no es lo suficientemente resistente como para tener relaciones

sexuales en ella.

—¿Inicio en la sala de estar, y luego pasamos a la habitación? —dijo Jason, pero era una pregunta.

Miré a Nathaniel. Él asintió y se encogió de hombros un poco.

—Trato hecho —dije.



DOS

Tuvieron un desacuerdo sobre si debería dejarme mis tacones puestos o quitármelos. Nathaniel votó porque no me los quitara, Jason los quería fuera. La razón de Jason era:

—Quiero bajar en ella, y los tacones van a hacerme daño.

La razón de Nathaniel fue:

—Si, los tacones hacen daño, ¿Y?

Yo también di mi argumento:

—El que vaya a hacerme sexo oral puede elegir lo de los zapatos.

—Fuera los zapatos —dijo Jason y hubo una mirada en su cara que hizo que me temblaran zonas que ninguno me había tocado todavía.

Me quité los zapatos. Ellos se mantuvieron en su lado en la penumbra de la sala de estar. La única luz era la que salía por la puerta de la cocina. Me detuve frente al sofá, mientras ellos movían la mesa de café hacia un lado de la habitación.

Jason volvió y se arrodilló delante de mí. Me miró con la mitad de su rostro iluminado y la otra en la oscuridad. La expresión que pude ver claramente en sus ojos me hizo temblar.

Nathaniel llegó hasta el final del sofá y se quitó los pantalones cortos con un movimiento suave. Mi pulso golpeó en mi garganta al verlo desnudo en la oscura habitación. Dejó los pantalones cortos caer al suelo.

Las manos de Jason se deslizaron hasta mis piernas, debajo de mi falda y volví a mirar hacia él. Sus manos acariciaron mis medias deslizándose hacia arriba por mis muslos, subió, suavemente hasta que encontró el encaje de la parte alta de mis medias. Trazó la parte superior del encaje, deslizando sus dedos por los desniveles de la tela adelante y atrás hasta llegar a la parte trasera donde el elástico de las medias, no importaba con que cuidado te las pusieses, se enroscaba hacia abajo, las medias siempre acababan haciendo eso, pero él lo trató como lo que era, no una imperfección, sino algo con lo que jugar.

Sus dedos se deslizaron por el borde, acariciando la parte más alta de mis muslos. Frotó los pulgares contra el cálido hueco que forma la ingle de una mujer. Masajeó mis muslos, pero fue la presión de los pulgares la que consiguió que separase más las piernas. Así pudo alcanzar lo que quería, y lo que yo quería que alcanzase.

Nathaniel apareció a mi espalda. Sin la mesa de café había bastante espacio entre el sofá y yo. Sus brazos me rodearon, inmovilizando mis brazos contra mi cuerpo. La sensación de su desnudez presionando contra la parte trasera de mi falda fue increíble. Entonces me dejó sentir la fuerza de su cuerpo, abrazándome fuertemente. Mi pulso se aceleró, atrapando la respiración en mi garganta.

—Demasiado fuerte —susurré.

—Demasiado atrapada —suspiró contra mi cara. Apretó más fuerte, lo suficiente como para dejar moratones en mis brazos. Pero no le dije que se detuviera. Me encantó saber que estaba atrapada. Si él hubiese querido hacerme daño, no podría haberlo detenido. Mi arma estaba atrapada bajo mi brazo, clavándose en mi cuerpo. Todo lo que faltaba era que Jason sujetase la parte baja de mi cuerpo, y quedaría completamente inmovilizada.

Hasta no hace mucho no me gustaban nada ese tipo de cosas. De hecho lo odiaba. Pero últimamente, gracias en parte a compartir las emociones con Nathaniel, que amaba el bondage y la sumisión, tuve que reconocer

que la fantasía estaba bien. No era necesario analizarlo porque en la vida real quedar atrapada me hacía luchar como el infierno y hacer todo lo que estuviese en mi poder para destruir a quien me estuviese atrapando, pero en la fantasía sexual me gustaba estar atrapada, un poco. En un lugar seguro, con gente en la que confiaba, era muy emocionante.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba para hacerla reaccionar de este modo? —preguntó Jason. Sus manos aún sobre mis muslos.

—Sujetándola, muy, muy fuerte —dijo Nathaniel con una voz que mostraba la tensión con la que me mantenía retenida.

Los dedos de Jason de repente se clavaron en mi carne, pasando de suaves a duros en un instante.

—Si —susurré.

—¿Este es el juego al que queremos jugar? —preguntó, su voz había cambiado también, volviéndose más profunda, más oscura a falta de una palabra mejor.

—Yo sí —dijo Nathaniel.

Los dedos de Jason presionaron fuertemente contra mis muslos, me hicieron gritar y decir:

—Suficiente, suficiente.

—Esa es su palabra segura —dijo Nathaniel—. Ya me he detenido —dijo Jason.

—Pero yo no tengo que hacerlo, ¿Verdad? —Susurró Nathaniel.

—No —dije, con la voz entrecortada, me seguía manteniendo sujeta lo suficientemente fuerte para estar atrapada, pero no como para hacerme daño. Un borde muy fino por el que caminar, pero Nathaniel sabía cómo caminar.

—¿Debería romperle las bragas, o sacárselas? —preguntó Jason.

—Rómpelas —dijo Nathaniel, y su voz sonó casi como un gruñido.

—Por favor —dije.

—Por favor, ¿Qué? —preguntó Jason.

—Fuera —susurré.

Rompió las bragas de satén con un movimiento que sacudió mi cuerpo. Nathaniel me apretó con más fuerza, hasta que me fue difícil respirar.

—No tanto —susurré.

Aflojó hasta que volvió a sostenerme con la fuerza anterior. Apretado, pero no demasiado. Atrapada, pero sin provocarme dolor. De todas las formas de sexo que había probado, el BDSM era el que requería más

confianza, mayor comunicación.

Jason empujó mi falda hacia arriba hasta dejarme desnuda bajo la luz de la cocina.

—¿Cómo de rudo puedo ser? —No había sexo en el tono de su voz, realmente estaba preguntando.

—Empieza despacio —dijo Nathaniel—, ella te dejará ir sabiendo.

Me di cuenta de que Jason no me había practicado sexo oral antes. Yo se lo había hecho a él, pero no había tenido la oportunidad de devolverme el favor. Utilizó sus manos para abrir mis muslos aún más. Pude sentir la fuerza de sus manos, pero no tan fuerte como lo había hecho cuando le pedí que se detuviese. La sensación de estar limitada por la pura fuerza de los dos fue increíble. No había necesidad de cuerdas o cadenas cuando podías sentir lo enormemente fuertes que eran.

Las manos de Jason eran duras, pero se inclinó hacia mí como si me fuese a dar el más suave de los besos. El contraste entre dureza y suavidad dejaron a mi mente sin saber cómo reaccionar. Luego su lengua se deslizó a través de mí, y ya no hubo conflicto, solo sensación.

Clavó los dedos en el interior de mis muslos, tan duramente que grité. Forzó a mis piernas a separarse aún más. Nathaniel me levantó. Pude sentir sus hombros y su pecho flexionándose y de repente estuve separada del suelo. Eso permitió a Jason abrir aún más mis piernas, usando la fuerza de sus dedos para ello.

Jason hundió su lengua en mi interior, repentina y abruptamente. Lloré por él, y él se echó hacia atrás lo suficiente como para mirar hacia arriba por mi cuerpo.

Fue como si pudiese sentir el peso de su mirada, lo que me hizo mirar hacia abajo al mismo tiempo que él levantaba la vista.

—Dios —dijo—, esa mirada.

—¿Qué mirada? —Conseguí decir antes de que Nathaniel apretase más fuerte y me quedase sin aliento para hablar.

—Esa mirada —susurró Jason y bajó su boca hacia mi cuerpo. Me besó como había besado mi boca quizá una docena de veces antes. La mayoría de los hombres no besan entre las piernas como lo hacen en la boca, pero Jason sí. Me dio un beso tan profundo, muy completo, demasiado experto. Entonces comenzó a hacer cosas que no podía hacer cuando te besaba en la boca. Lamió y exploró, probando cosas diferentes, juzgando su progreso por los sonidos que yo hacía, y por lo mucho que me retorcía.

No buscó el lugar y permaneció en él como si fuese un botón, sino que exploró cada centímetro de mí, mordiendo el interior de mis muslos entre atenciones.

Nathaniel me sostuvo a pesar de todo, a veces tan apretado que casi no podía respirar, otras solo lo suficientemente ajustado como para que pudiese sentir su fuerza, para volver a apretar lo suficiente como para que mi pistola se clavase contra mí y sintiese como si tratase de aplastarme. Grité mientras aún conservaba aire, después todo lo que pude hacer fue retorcerme.

Jason se retiró lo suficiente como para poder preguntar:

—¿Estoy consiguiendo yo eso o eres tú?

—Yo —contestó Nathaniel, aflojando, con lo que mi respiración se convirtió en un desigual jadeo.

Me las arreglé para decir:

—Demasiado fuerte.

—Entonces tengo que esforzarme más —dijo Jason. Empujó mis medias hacia abajo y me mordió, no un mordisco de amor, sino un verdadero mordisco en el muslo.

Grité para él.

Hundió su boca entre mis piernas, más duro esta vez. Me retorcí y grité. Apretó los dientes sobre la parte más íntima de mí. Cuando no le pedí que parase, continuó ocupándose de mí con su boca, sus dientes, tirando mordiendo y lamiendo. El placer se empezó a construir entre mis piernas, como una caliente presión palpitando con el inicio del orgasmo, con el anticipo del placer por llegar.

Nathaniel intensificó la presión en el mismo momento en que Jason me empujaba más hacia el borde. El orgasmo llegó en oleadas, una tras otra como si mientras él continuase chupando yo pudiese seguir corriéndome. Me estremecí y retorcí en sus manos, gritando cuando Nathaniel me lo permitía, o boqueando sin aire cuando la presión era demasiada para permitir las palabras.

Jason terminó con una lamida de adelante a atrás que me hizo gritar de nuevo. Aún de rodillas dijo:

—Eso fue divertido.

Nathaniel me sujetó, cambiando un poco de posición.

—Fóllala.

Jason preguntó aún de rodillas:

—¿Mientras tú la sujetas?

—Si —dijo Nathaniel, con un gruñido bajo que no sonaba como su voz normal.

Jason me miró, la luz de la cocina mostraba el brillo en su barbilla y boca. Ver lo húmedo que estaba gracias a lo que había estado haciendo en la parte baja de mi cuerpo, comenzó una nueva ola de estremecimientos.

Jason sostenía mis muslos mientras Nathaniel sostenía el resto de mí. Cuando mi cuerpo se calmó, Jason se rió, con ese sonido tan masculino.

—¿Anita, estás de acuerdo con eso?

—Hazlo —dije—, por favor, por favor…

—No —dijo Nathaniel—. Yo estoy al mando esta noche, es mi permiso el que necesitas.

Jason vaciló como si esperase una protesta. Hubo un tiempo en que la habría obtenido, pero había estado trabajando en entender la idea que Nathaniel tenía del sexo. Y había encontrado que algo de bondage y sumisión funcionaba también para mí.

Jason dijo:

—¿Estás al mando de los dos?

—Nosotros estamos al mando de Anita.

Jason sonrió, pero sus ojos llevaban algo más serio que una sonrisa.

—Siempre pensé que tomaría al menos dos de nosotros conseguirlo. Dime lo que quieres que haga.

—Consigue un condón —dijo Nathaniel.



TRES

Jason clavó sus dedos en la parte trasera de mis muslos, abriendo mis piernas más ampliamente. Nathaniel me apretó al mismo tiempo, como si tratara de clavar mis brazos contra mi cuerpo. Yo solté pequeños gemidos de impotencia para ellos. Jason me levantó cuidadosamente para obtener el ángulo que quería, luego, entró en mí. No hubo nada suave en su movimiento, y yo estaba lo bastante mojada como para no necesitar que fuese suave.

La sensación de él empujándose en mí, lo más fuerte y rápido que podía, sacó un sonido de mi boca, pero no el sonido que él quería.

—No puedo conseguir el ángulo adecuado —dijo con voz baja, entrecortada.

—¿Qué necesitas? —preguntó Nathaniel desde detrás de mí. Su voz no sonaba entrecortada, pero si ronca.

Jason dejó de moverse dentro de mí, por lo que pude pensar de nuevo.

—Una nueva posición —dije, con voz también entrecortada.

—Oh —dijo Jason—, no estoy haciendo un buen trabajo si todavía puede hablar. —Puso en acción sus palabras y comenzó a moverse, lentamente, dentro y fuera.

Era maravilloso, pero Jason estaba en lo cierto, necesitaba un ángulo diferente para llevarme hasta el borde. Le miré a los ojos y dije, con voz clara:

—Tienes razón, esta posición no va a conseguirlo.

Jason se rió. Me besó y si no hubiese estado todavía mojado en mis jugos, podría haberlo llamado un beso amistoso.

—Algunos hombres se habrían sentido insultados.

—Tú no eres uno de esos hombres. A ti te gusta que sea recíproco —dije.

Nathaniel había dejado de apretarme, y estaba solo sosteniéndome. Eso también me ayudaba a poder pensar.

—¿Quieres una nueva posición? —Y él no me estaba preguntando a mí.

—Si —dijo Jason.

—Quiero hacer algo antes de que cambiemos —dijo Nathaniel.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Jason.

—Lo que estabas haciendo —dijo Nathaniel.

Jason le miró un momento, pero volvió a empezar a entrar y salir de mí. No tan duro como había empezado, demasiada conversación lo había hecho vacilar, pero todavía lo suficiente fuerte como para hacer lo que Nathaniel le había pedido. En cuanto a mí, estaba contenta con dejar a Nathaniel al cargo. Complacida con que él se deleitase en esa floreciente fuerza, como dueño de su sexualidad de una manera en que nunca lo había sido antes. Yo había estado trabajando con Asher para ayudar a satisfacer las necesidades de Nathaniel con el BDSM, y eso le había provocado una profunda felicidad que no había conocido antes.

Mientras que Jason empujaba entre mis piernas, Nathaniel levantó mi falda los últimos centímetros sobre mi culo desnudo, así que pude sentir su desnudez contra mí. La sensación de su dureza presionando mi culo, con Jason dentro de mí al mismo tiempo, me hizo echar la cabeza hacia atrás y gritar.

—¿Qué estás haciendo ahí? —preguntó Jason.

—Frotar su culo. ¿Qué posición quieres? —preguntó.

—La quiero sobre su espalda en el sofá. —Esta vez no me preguntó. Creo que sabía lo que Nathaniel diría, y no había posibilidad de mala elección. Era solo cuestión de cómo de bueno iba a ser.

Nathaniel se apretó más contra mí y me hizo retorcerme de nuevo. Asher y Nathaniel me habían enseñado que no era necesario que ninguno de ellos estuviese dentro de mí para hacerme reaccionar así. Había algo en ser presionada entre dos hombres, sintiéndolos rozarse contra mí, que simplemente lo conseguía.

Jason estaba duro, bien anclado en mí. Le gustaba que me retorciese, en realidad a la mayoría de los hombres les gustaba. Era una respuesta involuntaria por mi parte, pero me gustaba el efecto que tenía en la mayoría de los hombres, y el efecto que el placer que les proporcionaba tenía en mí. Mi cuerpo los alentaba con cada movimiento, cada espasmo, y su cuerpo respondía ante ese estímulo. Vamos, equipo.



Terminamos conmigo en el sofá, mis brazos por encima de mi cabeza sobre el brazo del sofá. Nathaniel sostuvo mis muñecas contra el brazo, pero no era como si me estuviera presionando. Era más bien la forma de sujetar las manos cuando uno ha arrojado su cuerpo al cielo, y llegas a tomar la mano que sabes que estará allí. Las manos que evitarán que caigas… Las manos que te mantienen en el aire. Jason encontró su ángulo encima de mí, su cuerpo golpeando contra el mío tan rápido y fuerte como le era posible. Desde que era más fuerte que el ser humano promedio, era muy fuerte y rápido.

Se levantó por encima de mí, así que la mayor parte de su cuerpo se mantenía fuera con las manos en el sofá, la parte baja de su cuerpo era lo único que me estaba tocando. Me dio una visión clara de su cuerpo golpeando el mío. Sólo la vista de eso fue suficiente para tirar mi cabeza hacia atrás y hacerme gritar de placer. Luchaba contra las manos de

Nathaniel, luchaba para tocar el cuerpo de Jason, hundir mis uñas en su carne suave, pero Nathaniel me agarró con fuerza, su fuerza me tenía más sujeta que cualquier cadena.

Sentí el cuerpo de Jason dar un último y duro golpe, y yo abrí mis ojos. Vi su cuerpo sobre el mío tener espasmos, lo vi luchar contra su cuerpo para mantener las manos en el sofá, su cuerpo se mantuvo por encima del mío. Mantuvo su posición para un último estremecimiento que me hizo retorcerme debajo de él. Luego se desplomó sobre mí, como si alguien hubiese cortado sus cuerdas. Él colapsó encima de mí, su respiración agitada, su corazón, latía tan fuerte que podía sentirlo a través de mi camiseta.

Nataniel dijo:

—Mi turno.

Jason se rió y luego dijo, todavía encima de mí:

—No me puedo mover todavía.

—Muévete lo suficiente para poder mover a Anita —dijo Nathaniel. Él hizo sonar eso un poco ordinario. A diferencia del Nathaniel de hace sólo unas semanas.

Jason rodó sobre sí mismo fuera del sofá y cayó en el suelo. Nathaniel me agarró por las axilas y me puso sobre el brazo del sofá. No trató de hacerme caminar, él lo sabía bien. Me tomó en sus brazos y me llevó al dormitorio. Me tiró en la cama, sacó mi chaqueta sobre mis hombros, y la tiró al suelo. La expresión de su rostro era demasiado intensa, demasiado ansiosa, un frenesí controlado. Tuvo que desabrochar el cinturón para poder sacar tanto la falda como mi pistolera de hombro. Traté de ayudarlo, pero me dio una palmada para mantener mis manos alejadas. Yo estaba jugando a la sumisión esta noche, lo que significaba que quería que fuera pasiva u obediente. Obediente no era mi fuerte, y él sabía eso, entonces sería pasiva.

Cuando me hubo desnudado, puso sus manos en mi cintura y medio levantándome medio empujándome me llevó hacia la cabecera de la cama. Su voz era entrecortada, ansiosa y llena de toda esa fuerza recién descubierta, cuando dijo:

—Te quiero en los puños.

Él era el dominante en ese momento, pero aun así le pregunté, en vez de obedecer. ¿Por qué? Porque nunca había usado los puños. Eran puños unidos de forma permanente para el deporte, en los últimos tiempos,

estaban unidos a la cabecera. Pero eran de nylon suaves y se sujetaban con velcro. Yo de plano me negaba a usar esposas, o cualquier cosa de la que no pudiese salir si tenía que hacerlo. Los puños deportivos eran perfectos. Podías estar atado de verdad, y aún así saber que podías soltarte de inmediato si querías. Yo, problemas de confianza, nah.

Nathaniel había utilizado los puños deportivos en la cama más de una vez. Incluso Micah lo había hecho, aunque creo que lo hizo más por humor, que por deseo. Pero yo nunca.

Me quedé mirando su cara. Su deseo, su valentía en la pregunta, todo lo que había en su rostro. Había estado atada con Asher y Nathaniel, y si me lo admitía a mí misma, había tenido un buen momento. ¿Por qué no, entonces? Cuestiones mías.

Miré a la cara al hombre que amaba y le dije:

—Está bien.

La sonrisa que me dio hizo que valiera la pena el sí. El fijó el Velcro alrededor de mis muñecas, agradable y cómodo. Me puse las cadenas porque nunca podría tirar. Nunca podría comprobar los límites.

Nathaniel se inclinó, su cuerpo arrodillado entre mis piernas, pero sin tocarme. Su pelo se derramó a nuestro alrededor como una especie de tienda de campaña caliente, de vida. Otro hombre habría dicho que era un feliz accidente, pero Nathaniel usaba su pelo como parte de su acto, como una especie de parte del cuerpo extra para acariciar y atormentar. Sabía cómo derramar su pelo alrededor de una mujer para que la enmarcara y la elevara. Se inclinó hacia abajo con todo ese pelo enmarcando su rostro, nuestros cuerpos, los bordes de esa espesura acariciando los lados de mi cuerpo. Me dio un beso, suave, gentil, sus labios acariciando los míos.

No fue el beso que esperaba. Debió de haberse notado en mi cara, porque sonrió y dijo:

—Voy a follarte, pero quería que supieses cuanto te amo antes de que te rompa la cabeza de tanto follarte. —Sonrió al final.

Tenía que devolverle la sonrisa.

—Te quiero dentro de mí, Nathaniel, por favor. Atada, sabía que le gustaría aún más de lo usual… Estaba aprendiendo las reglas de estar debajo, así como las de estar encima.

Me dio una mirada que me hizo estremecer. Una mirada tan oscura, tan llena de posibilidades que tiré de los puños en mi muñeca. No podía evitarlo. Había algo… peligroso en esa mirada. Fue uno de los momentos

históricos del BDSM, esa posibilidad de desastre y dolor. Es el dolor que buscas, pero esta vez tu pareja podría ir demasiado lejos. Teníamos nuestras palabras seguras, y confiaba en Nathaniel implícitamente, o nunca hubiera dejado que me atara, pero aún así… una parte del juego era que miras a los ojos de tu amante, y ves la oscuridad en ellos. Ves el potencial para el mal… pero confías en que él no lo hará. Confías en él lo suficiente como para estar indefensa. Era un montón de confianza la que había que tener. Más de la que había tenido en mi vida para con nadie, creo. Esa confianza sin igual.

Arremolinó el pelo sobre su hombro de la misma forma en que habría movido una capa a un lado. Desnudó la línea de su cuerpo y bajó hacia mí. No se puso condón. Yo estaba tomando la píldora, pero todavía hacía que la mayoría de los hombres usara condones en la cama. Micah no usaba, porque no era necesario. Pero últimamente, con Nathaniel, habíamos dejado de usarlos. Había tenido relaciones sexuales durante años sólo tomando la píldora sin problemas pero aún así… Pero podía sentir la diferencia entre hacerlo con condón y hacerlo sin él, y sabía que Nathaniel también podía.

Había algo acerca de estar atada, mientras se deslizaba dentro de mí sin protección que sumaba a la ilusión. BDSM era como el Stripptease. El Stripptease le da la ilusión al cliente de que podría tener a los bailarines para el sexo real. BDSM es sobre la ilusión de que realmente harías daño a la persona, que realmente harías exactamente lo que el juego pretende.

Se hundió tan profundamente dentro de mí como pudo, entonces vaciló. Vi el movimiento con el rabillo del ojo. Jason estaba apoyado en la puerta. El condón se había ido, por lo que se había limpiado.

Nathaniel comenzó a hacer lo que había dicho, empezó a follarme. Casi de inmediato, pequeños sonidos de placer salieron de mis labios. Pero me las arreglé para decir con voz entrecortada:

—¿Esperabas a Jason?

—Sí —dijo, y se dirigió a sí mismo dentro y fuera de mí. Sabía que el lugar estaba dentro de mí, de casi todas las posiciones que había tratado. Esta noche no era diferente. Él mismo pasó por encima de ese lugar cerca de la entrada, pero también golpeó ese lugar profundo dentro de mí, porque él sabía que iba a pasar por ambos.

El orgasmo del punto G creció, un proceso lento, de gran alcance para construir, pero el orgasmo del cérvix no estaba creciendo, estuvo allí de

repente. En un momento iba al ritmo de su cuerpo, al siguiente estaba gritando, tirando de las cadenas lo suficientemente fuerte para que sonaran. Quería tocar su piel, quería marcar mi placer en su cuerpo.

Cuando mi cuerpo se calmó, Nathaniel se retiró, por lo que ya no golpeaba tan dentro de mí. Jugó una y otra vez en trazos superficiales en ese otro lugar. Estaba en una posición similar a la que Jason había tomado, pero con mucho menos de él tocándome, no mucho más que su punta acariciaba una y otra vez ese punto dulce.

Jason estaba junto a la cama ahora, apoyado en la pata final de la cama. Nos miraba, y noté que Nathaniel le miraba. A Nathaniel le gustaba la audiencia.

Volvió su atención a mí, y vi luchar su cuerpo, para mantener ese ritmo poco profundo. Miré hacia abajo la línea de su cuerpo, vi su estómago, su ingle, sus caderas, todos trabajando en esa línea atlética, en ese control muscular. Y mientras tanto, el orgasmo creció como un poco de peso presionando, un poco de energía construyéndose entre mis piernas. Luego, entre un golpe y el siguiente, el orgasmo se derramó hacia arriba y grité mi placer hasta el techo. La cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, la espalda arqueada, y gritando.

Tiré de las restricciones en mis muñecas y eso se agregó al placer, me hizo gritar más fuerte. No sé por qué, no podría haberlo explicado, pero me gustó mantenerme sujeta. Sólo me gustó. El sexo no es lógica, sino lo que se siente bien.

Nathaniel esperó hasta que mi cuerpo se hubiese calmado antes de que él cayera de nuevo dentro de mí tan profundo y fuerte como podía. Él me folló hasta que me trajo por última vez y, luego, y sólo entonces, se dejó ir. Se estremeció por encima de mí, dentro de mí, y sentí su liberación, y eso me hizo llorar de nuevo.

Se inclinó sobre mí, un rocío de sudor decoraba su pecho, una sonrisa cruzaba su rostro. Dijo en una voz sin aliento:

—Te amo, Anita.

—Nathaniel, también te amo.

Jason se apoyó en la pata de la cama, mirándonos con serios ojos azules. Había disfrutado del espectáculo, se notaba en su rostro y en su cuerpo, pero había algo un poco perdido alrededor de los bordes de sus ojos. Éramos sus amigos, tal vez sus mejores amigos, pero no era lo mismo. Incluso con el agregado del sexo, no era lo mismo.



CINCO

Cuando pudimos caminar, nos levantamos y limpiamos. Entonces los tres volvimos a tumbarnos en la cama para recuperarnos un poco. Yo terminé en el medio, como lo hacía la mayoría de las veces. Jason dijo:

—Estás demasiado incomoda con el sexo, Anita, pero una vez te decides, te entregas completamente. Eso es maravilloso.

—Eres bastante bueno para eso por ti mismo —dije, mi voz aún entrecortada.

Se echó a reír, un sonido que hacía que todo valiera la pena, incluso si el sexo no hubiera sido increíble, oírlo sonar como él mismo hacía que todo fuera aún mejor.

—Mi padre piensa que soy gay.

Nathaniel y yo le miramos.

—¿Por qué? —pregunté finalmente.

—En el instituto tenía más amigas que amigos y mi mejor amigo era

gay. No me gustaban los deportes, y escogí danzas en el último año de la escuela primaria.

—Un chico solitario en una habitación llena de chicas —dije.

Asintió, sonriendo.

—Era el único que podía realizar ascensos y de paso buscar chicas. Fue divertido. Era el protagonista masculino de la mayoría de musicales de la escuela.

—No sabía que cantabas.

Se echó a reír.

—Bailo mejor de lo que canto. Pero puedo, actuar, cantar y bailar. Una rara combinación en una pequeña y privada secundaria, especialmente entre los chicos.

Este era un lado de Jason sobre el que no sabía nada.

—Cuando nos conocimos ibas a la universidad, creí que a la escuela de negocios, no al teatro.

—Mis padres no pagarían por obtener un título en teatro. Ellos pagaban por el título en negocios.

—Si no tenías que pagar la universidad, ¿por qué obtuviste un trabajo como stripper?

—Molestar como el infierno a mis padres, era parte del encanto. Y algo que podía hacer los fines de semana, lo que significaba que podía dedicarme a la universidad a tiempo completo.

—¿El resto de tu familia piensa que eres gay? —pregunté.

—Mi hermana mayor lo cree. Probablemente el resto también, no lo sé. Soy stripper y vivo con Jean-Claude.

—Ellos piensan que lo eres, al igual que lo hizo Perdy —dijo Nathaniel.

—Sí —contestó Jason.

Acaricié con mi mano el estómago de Jason no de una manera sexual, más bien buscando consolarle.

—Tienes muchos problemas que recordar de tu familia.

—Sí, maldito tiempo de mierda ¿huh?

Nathaniel se acomodó en el codo, con la mano apoyada en mi cadera.

—¿Qué puedo hacer?

—Poco, conseguirme un trabajo para que mi padre vea que soy masculino, conseguir que me case y forme una familia, ninguna otra maldita cosa. —Se acurrucó en la almohada, su brazo sobre mi estómago,

su cara contra mi hombro—. Nunca creerán lo que mi madre quería que hiciera.

—¿Qué? —preguntamos Nathaniel y yo a la vez.

Sentí como sonreía contra mi hombro.

—Quería que llevara a mi novia a casa para probarle a mi padre que no soy «raro». Para que así pudiera morir en paz.

—Mal momento para que Perdy y tu rompierais —dije.

—No habría podido llevarla a casa, Anita. No tienes ni idea como de mal por los celos se habría puesto. Ella se abatiría cuando la primera de mis antiguas novias dijera hola en la calle.

—Loca de celos —dije.

Asintió y se acurrucó más cerca, como si fuera su osito de peluche de tamaño natural.

—Le dije que Perdy y yo nos habíamos separado. Y Ella dijo: —Sé que tienes más amigas, escoge una chica tráela a casa y haz a tu padre feliz.

—¿Qué quiso decir, con ese comentario de «Sé que tienes más amigas»? —pregunté.

—Fui promiscuo en la secundaria y en la universidad. Dormí con cualquier chica que quisiera tenerme. Mientras en el pueblo pensaban que mi mejor amigo y yo éramos pareja. Lo mejor es que pensaban que yo era bisexual, para la mayor parte de la gente no existe tal cosa.

—O eres heterosexual o eres homosexual —dijo Nathaniel, y algo en la manera en que lo dijo me hizo mirarlo.

—¿Tienes problemas con la gente que piensa diferente? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Lo hice, pero ahora sé quién y que soy y estoy bien con eso. Pero es más difícil cuando eres joven.

—Tienes veintiuno, no eres exactamente un anciano.

Sonrió y me besó.

—Tener una larga y difícil infancia te hace viejo.

Había estado en la calle desde que tenía diez años. Fue un prostituto infantil no mucho después, a los trece se hizo adicto a las drogas. Estaba limpio desde los diecisiete, pero llamar a la infancia de Nathaniel dura sonaba como llamar al Titanic un accidente de navegación.

Toqué su cara, llevándolo a un beso profundo. Se echó hacia atrás riendo.

—Necesito un poco más de tiempo para recuperarme, Anita.

Me sonrojé, no pude evitarlo.

—No quería decir eso.

Jason, miró hacia arriba, su cuerpo aún pegado al mío.

—Ruborizada, es tan tierna.

—Ya basta, los dos.

—Lo siento —dijo Jason.

Nathaniel solo me sonrió.

—¿Quieres llevar una chica a casa para cumplir con tu padre?

Jason frunció el ceño.

—Me encantaría pasarle por la cara a mi padre, el hecho que me gustan las mujeres. No importaría si fuera gay, pero que él no me crea es… —Se puso boca abajo con la cabeza en la almohada.

—Frustrante —dijo Nathaniel.

—Indignante —dije.

Jason se levantó lo suficiente como para decir:

—Aún más, nunca nos llevamos bien.

Soy el único hijo después de dos hijas. Era la única oportunidad para que alguien fuera el chip de detenerse del viejo. Él paso en la universidad con una beca de fútbol.

—Entiendo que es más alto que tú —dije.

—Está sobre los seis pies, yo estoy más cerca de la estatura de mi madre.

—Mala suerte —dije.

—Ser bajo no me importa, pero mi padre lo odiaba. Si él no me hubiera empujado tanto, tal vez me habría esforzado más en los deportes, pero en realidad no era lo mío.

—¿Por qué no llevas a Anita? —preguntó Nathaniel.

—¿Llevar a Anita adonde? —preguntó Jason.

—A tu casa a conocer a tu padre.

Los dos nos quedamos mirándole un tiempo suficientemente largo y lo suficientemente fuerte para que se sintiera incómodo.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Qué quieres decir con qué? —pregunté.

—Esta vez tengo que coincidir con Anita, Nathaniel. Creo que sería un circo. Llevar a una chica que resulta ser mi amiga, pero no mi novia, solo para probarle a mi padre que no soy gay. Es justo como lavarse las manos. —Nathaniel se sentó, la sabana se amontonó en su regazo, apenas lo cubría.

—¿Anita y tú sois amigos de verdad?

Jason y yo nos miramos el uno al otro.

—Sí —dije.

—Sí —dijo Jason.

—¿Sois amantes, verdad?

Ambos contestamos con un lento sí.

—Pasas el rato con nosotros, vemos maratones de cine, salimos a comer. No estás con nosotros de la misma manera que Micah, pero pasas mucho tiempo con nosotros. ¿No es así?

—Sí, pero… —dijo Jason.

—¿Pero qué? —dijo Nathaniel—. Ella es tu amiga, es una chica, realmente sois amantes. No es una mentira.

Jason y yo nos miramos el uno al otro. Se encogió de hombro, me volví hacia Nathaniel.

—No creo que compañeros de mierda fuera lo que su madre tenía en mente, Nathaniel.

—Vosotros sois más que compañeros de mierda, Anita, lo sé.

No sabía que decir a eso. Me quedé sin habla, no por distracción, sino porque no podía pensar en qué manera seguir. Sabía que había una razón para no hacer esto, una buena, me la diría en un segundo.

—No puedo llevar a Anita con mi familia, implicaría cosas que no son ciertas.

Allí, él lo dijo.

—Sí —dije.

—Pero no vais a decir que estáis comprometidos ni nada. Tu madre te pidió que llevaras a casa a una novia, pues llévala. Si no te importa lo que tu padre piensa, a la mierda, pero si te importa entonces ¿Por qué no llevar a Anita?

Jason me miró y no me gustó la expresión de su cara.

—Oh, no —dije.

—No tienes que hacerlo realmente, Anita, sé que es un favor demasiado grande para pedírselo a nadie.

—¿Realmente piensas que llevándome a casa aliviarás a tu padre? —Intenté que no sonara duro ni sarcástico, probablemente fallé.

—Es un bastardo cruel, ni siquiera dejó que mi madre me llamara para decirme que está enfermo. Le dijo que si no me importaba lo suficiente para verle cuando estaba bien, que no quería compasión.

—Pero… —dije.

—Pero el doctor dice que le quedan solo unas semanas, no verá otra navidad.

—¿Cuánto tiempo hace que no le ves?

—Tres años.

Miré a Nathaniel.

—No puedo alimentar el *ardeur* con Jason mucho tiempo.

—Sé que tienes más control ahora. Cuando se levante el *ardeur* Jean-Claude puede dividirlo entre nosotros, se que la última vez funcionó, te alimentaste de una multitud en Placeres Prohibidos, pero podemos tratar de alimentarlo por unos días, al igual que si estuvieras en una investigación policíaca.

Jason me miró.

—No estás pensando seriamente en decir sí a esto, ¿verdad?

—¿Estás pensando seriamente que esto es una buena idea?

Él sonrió.

—Probablemente estoy muy mal de la cabeza. Pero ver como mi padre y tú os sacáis de quicio podría valer la pena.

—Se está muriendo, creo que quieres que sea buena con él.

—Se buena con él, pero no dejes que te mangoneé. Es un matón.

—Realmente no te gusta ¿verdad?

Jason negó con la cabeza.

—No.

—¿Abusó físicamente de ti? —preguntó Nathaniel.

Jason le miró con una extraña expresión de vacío en su rostro.

—Él siempre me hacía daño —por accidente tratando de endurecerme. Siempre que trataba de enseñarme algún deporte, le gustaba que volviera a casa magullado y ensangrentado. Finalmente cuando me enseñaba a jugar al fútbol me partió el brazo y mi madre no nos dejó seguir intentándolo juntos. Él siempre se cuidó de que no fuera abuso, que no pudieran llamarlo así, pero siempre era muy fuerte, muy fuerte para mi edad, muy fuerte para mi estatura. En la adolescencia entré a terapia, por sugerencia del consejero escolar. La terapia me enseñó que mi padre estaba abusando de mí. Quería hacerme daño.

Toqué su cara.

—Jason lo siento.

Su cara era muy solemne.

—Yo también.

—No quieres ir a casa solo, ¿verdad?

—No. Te diría que vinieras conmigo pero eso solo confirmaría las sospechas de mi padre y del pueblo. —Sonrío de repente—. Bueno, a menos que tuvieran una hija adolescente cercana a mi edad. Los padres me odian —dijo.

—Me gustaría pensar que ser promiscuo con las chicas haría feliz a tu padre —dije.

—Lo pensarías, pero también me odia por ello.

—Si alguien quiere odiarte, no puedes hacer nada para detenerlo —dijo Nathaniel.

Jason asintió.

—Sí, mi padre me ha odiado desde que puedo recordar.

—Eres mi mejor amigo, si quieres que vaya, aunque sea solo para darte apoyo moral, voy —dijo Nathaniel.

Jason sonrió y negó con la cabeza.

—No es personal, Nathaniel, pero no creo que me ayude a convencer a mi padre de que soy heterosexual.

—Nathaniel es heterosexual —dije.

—Pero no se ve como la idea que mi padre tiene de un hombre heterosexual. Todo es sobre la apariencia con él.

Tomé una respiración profunda y la dejé escapar.

—¿Cuánto tiempo tienes que estar allí?

—No estoy seguro, un par de días por lo menos.

—No puedo creer que este diciendo esto, pero voy, si quieres que vaya.

Jason me miró sorprendido.

—¿Estás bromeando, verdad?

—¿Tengo cara de estar bromeando?

—No —dijo y se puso de rodillas en la cama, la sábana estaba detrás de él, así que él mismo no estaba vestido. Aunque acabábamos de tener relaciones sexuales, me encontré luchando por mantener el contacto visual. Algunas veces mis obsesiones son un rompecabezas incluso para mí—. Este es el mayor favor que nunca nadie ha hecho por mí.

—Me lo deberás por el resto de tu vida, lo digo en serio.

Sobre su cara pasó una mirada que no supe leer. Me miró con tanta emoción en sus ojos que me sentí incomoda mirándole, tuve que luchar para mantener la mirada.

—¿Realmente harías eso por mí? A pesar de ser una estúpida comedia. ¿Lo harías por mí?

Finalmente tuve que apartar la mirada de la intensidad de sus ojos.

—Sí, Jason, realmente lo haría.

—¿Te das cuenta que tendremos que volar?

—Mierda —dije—. Me lo debes como un extra por meterme en un avión.

—¿Pero aún así lo harás, aunque te aterroriza volar?

Crucé mis brazos por debajo de mis pechos y puse mala cara, pero dije:

—Te dije que lo haría, ¿cierto? ¿Cuánto dura el vuelo?

Pasó por mi lado, y la mirada de alegría en su rostro hizo que todo pareciera mucho menos estúpido.

—Sé que no me amas de la misma forma que amas a Nathaniel o cualquier otra persona. Pero realmente te importo, ¿no es así?

Le miré a la cara. Una cara que había sido mi amigo durante años y más que un amigo durante cerca de un año. Le dije lo único que podría decir:

—Sí.



SEIS

Llamamos a Jean-Claude, mientras todavía era de noche, por lo que podía decirle lo que su *pomme de sang*, Jason, y su sirviente humano, yo, habíamos planeado. Pensé que iba a decirme que era una estupidez, y que no. Él era el jefe y señor de Jason, y técnicamente mi maestro. Aunque sinceramente, no le dejo tirar la tarjeta de maestro con mucha frecuencia.

Jason se lo contó, y luego pasó el teléfono junto a la cama para mí.

—Quiere hablar contigo.

Jason se levantó y caminó hacia el baño. Nathaniel se quedó donde estaba a mi lado.

—Hola, Jean-Claude.

—*Ma petite*, me sorprende que estés de acuerdo en esto.

—Yo también.

Se rió con esa risa maravillosa, tocable. Me hizo temblar y no de miedo. Nathaniel se acurrucó más cerca de mí, como si hubiera recibido

una muestra también.

—Gracias por cuidar a Jason de una manera que no puedo.

—¿Así que no nos vas hacer cambiar de opinión?

—¿Quieres que lo haga?

Me di cuenta de que sí, lo quería. Ahora que me dijo que sí, me sentía incómoda al respecto, y aún más tonta.

—Seré una especie de torpe.

—Será difícil para ti. Serás su único apoyo emocional en una situación muy traumática.

—Suenas como terapia hablada, Jean-Claude.

—¿Qué quieres que diga?

—¿Lo que realmente piensas?

Empezó a reír de nuevo, y mi escudo bajó lo suficiente para que supiera que él estaba sentado en su cama con nada más que las sábanas de seda. Tenía una idea del pelo negro rizado sobre el blanco perfecto de los hombros. Cerré los escudos antes de que literalmente pudiera ver el azul noche de sus ojos.

Tomé una respiración profunda, y solté el aire lentamente y conté cuando lo hice.

Si no era cuidadosa en atarnos entre él y yo me podía distraer, mucho.

—¿Qué estás pensando, *ma petite*?

—En ti, y tratando de no hacerlo. ¿Dónde está Asher?

—Llega tarde, pero estará aquí.

—Jason quiere salir por la mañana. ¿Quién te alimentará mientras nosotros dos no hemos llegado?

—Siempre hay donantes voluntarios de sangre, *ma petite*.

No me gustó en la forma de cómo lo dijo. Un pequeño chorro de los celos vino y lo golpeé hasta la muerte antes de que pudiera sacar un sonido en mi voz.

—No comas nada que no esté de acuerdo contigo.

—¿Estás celosa, *ma petite*?

—Tal vez.

—Yo también.

—¿Qué quieres decir?

—Te vas a casa a conocer a la familia de Jason. Irás hacer algo muy normal, muy humano, algo que se me ha negado.

—No lo entiendo.

—Mi familia murió mucho antes de que nacieras, *ma petite*. No puedo presentarte a mi madre, o a mi hermana. No te puedo dar la experiencia muy normal de ver de dónde vengo y quién es mi gente.

—He conocido al jefe de tu linaje, Jean-Claude. Me imagino que Belle Morte es tu gente.

—No, *ma petite*, ella es mi maestro, o lo era, pero nunca fue de la familia. Era amante y diosa, si se quiere, pero eso no es lo mismo.

—Estás celoso de que Jason tenga familia y que me lleve a casa.

—Oui.

Me quedé allí con el teléfono en mi oído, y sólo pensaba en ello.

—Nunca pensé que sería importante para ti.

—No me arrepiento de lo que soy, *ma petite*, pero lamento algo que no tengo. Me gustaría mucho que conocieras a mi madre y a mi hermana.

—Ningún padre —dije.

—Él murió cuando yo era muy pequeño. No tengo muchos recuerdos de él.

Una vez más, algo que no había conocido. Esta noche estaba llena a rebosar de nuevos descubrimientos acerca de las personas que conocía íntimamente.

—¿Te molesta que no te haya llevado a casa a conocer a mi familia?

Él hizo un pequeño sonido.

—No, yo… —Él se rió, pero no era sexy, era más como reírse de sí mismo—. Creo que puede ser. Tal vez siento que no me crees lo suficientemente bueno.

—Creo que mi abuela Blake te echaría fuera de la casa con un crucifijo y agua bendita, es lo que pienso.

—¿Ella es una mujer devota?

—Fanática. He sido informada que está rezando por mi alma y por ti.

—¿Te has distanciado de tu familia, *ma petite*?

—No, ya estaba alejada, si eso es cómo lo quieres decir. Digamos que la abuela Blake estaba rezando por mí en todo el asunto de levantar zombis de la tumba. El hecho de dormir con muertos vivientes es sólo otro síntoma de mi condenación.

—Lo siento, *ma petite*, no lo sabía.

Me encogí de hombros, sabía que él no podía verme, y dije:

—Está bien.

—Así que irás con nuestro Jason a conocer a su familia, serás su novia.

—Estás celoso.

—Mi voz estaba vacía de emoción —dijo.

—Sí, y cuando tu voz está en mayor parte vacía, algo escondes. Sabes que no tienes por qué estar celoso de Jason.

—No estoy celoso de la manera que quieres decir.

—Entonces explícalo.

Nathaniel estaba muy quieto a mi lado, escuchando.

—Todavía no tienes treinta años y él veintitrés. Los dos sois muy jóvenes, *ma petite*.

Tú te irás a su ciudad natal y os veis muy jóvenes juntos. Es algo que no puedo hacer con vosotros. No puedo ser joven, ingenuo e incierto.

—No serías tú si fueras alguna de esas cosas. Te quiero como eres, Jean-Claude.

—¿Sueno como si necesitara saber eso, *ma petite*?

—Sí —dije. Se rió de nuevo, y me hizo estremecer hasta acercarme a Nathaniel—. Me encuentro extrañamente en conflicto. Jason es mi *pomme de sang*, y es precioso para mí. Que mi siervo humano cuide de él de tal manera es una cosa hermosa. Esto hará que a los demás vampiros parezca un maestro muy amable, pero sé que lo haces porque te preocupas por él. Es joven, guapo y encantador.

—No puedes ser inseguro.

—¿Por qué no puedo serlo?

—Porque eres hermoso y sorprendente en la cama, y te quiero.

—Pero Jason puede ser una cosa para ti que yo no puedo, *ma petite*.

—¿Qué?

—Mortal. Él puede participar en la juventud de tu vida. Te puede ofrecer el desorden de su familia. Te puede mostrar en donde creció, te puede presentar a las personas que lo conocieron de niño. Todos aquellos a los que te puedo presentar me conocieron como un vampiro, nunca como un mortal.

—Creo que ese es tu problema, Jean-Claude, no el mío. No estoy realmente ansiosa para viajar al pasado con Jason y su padre abusivo.

—Creo que quiere decir eso, pero me encuentro extrañamente envidioso. No había pensado en mi familia en un tiempo muy largo.

—Suenas nostálgico.

—Supongo que esa es tan buena como cualquier otra palabra. —Parecía triste.

—¿Necesitas que vayamos allí esta noche?

—¿Con qué objeto? No llegaríais mucho antes del amanecer, y os iríais antes de que me despertara por la mañana.

—Siento como que necesitas un beso de despedida, supongo.

—Gracias por el sentimiento, *ma petite*, pero voy a trabajar, ¿cómo se dice? Mis problemas. Tú, creo, tendrás tus manos trabajando a jornada completa con Jason.

¿Qué podía decir a eso?

—Sí —dije.

—*Je t'aime, ma petite*.

—Yo también te quiero —dije.

Supongo que al final, ¿qué más puedo decir?



SIETE

Tenía que hacer una llamada telefónica antes de que saliera volando en el atardecer con Jason. Marqué el teléfono móvil de Micah, porque cuando estaba fuera de la ciudad era la mejor manera de conseguirlo.

—Hola —dijo, y era una palabra llena de afecto, felicidad, alegría.

—Hola, para ti también —dije, y mi voz tenía el mismo tono. Sentía lo mismo por Micah casi desde el momento en que lo conocí. Extraño, especialmente para mí, el cartel de niña aterrada cuando era atacada por un hombre. Habíamos aprendido sólo en los últimos meses que había sido el *ardeur*, mi propia versión de los poderes de vampiro, que había llevado a mi reticencia. En cierto modo, nos había unido, a Micah y a mí. Pero ninguno de los dos se arrepintió, tal vez eso era poder de vampiro, también.

Le pregunté cómo iba el viaje. Me dijo que le gustaba el nuevo leopardo, al igual que sus guardaespaldas, Mel y Noé. Lo que conviene saber.

—Pero no has llamado para preguntar por el nuevo wereleopardo —dijo.

—¿No es posible que haya llamado solamente para charlar?

Se echó a reír, y me imaginé su rostro. Volvía a tener el bronceado de verano, que lo hacía suficientemente oscuro para pasar por algo que no fuera raza blanca. Sin embargo, sus rasgos eran demasiado del norte de Europa, para pasar realmente por algo más. Su rostro era delicado, y tenía, exactamente mi altura. Sus ojos eran los ojos amarillo verdoso de un leopardo, desde que un hombre verdaderamente malo le había obligado a permanecer en la forma animal el tiempo suficiente para que nunca más sus ojos cambiaran de nuevo. Yo maté al hombre malo, Micah se mudó y hemos sido pareja desde entonces.

Le dije la versión de Reader´s Digest de lo que estaba pasando con Jason.

—Me siento apesadumbrado oír hablar de su padre.

—Yo también.

—¿Cómo te ofreciste voluntaria para este viaje?

—¿No crees que lo pensara por mí misma?

—No —dijo, y no había duda en su voz.

—Nathaniel.

—Hmm —dijo.

—Suenas molesto.

—¿Eso de que vayas con otro hombre para encontrarte con su familia? Hmm, déjame pensar, ¿por qué me molestaría?

—¿Me estás diciendo que no quieres que vaya?

—Yo nunca haría eso.

—Pero… —dije.

—Pero nada, que te diga qué hacer no es el tipo de relación que tenemos. Pero me permito estar un poco celoso de que vayas a casa con Jason.

—Jean-Claude dijo lo mismo, más o menos, pero su familia está muerta hace siglos. No es posible para él. Nunca hablas de tu familia.

—Cuando Quimera estaba vivo, él utilizó las familias de las personas en su contra. Los torturó o los hizo en hombres animales para poder controlarlos. Para mantener segura a mi familia, tuve que fingir que los odiaba. Hice un buen trabajo con ellos, Anita. Dudo que quieran volver a verme.

Oí tal arrepentimiento en su voz.

—Nunca se sabe hasta que lo intentes, Micah.

—Ya veremos.

—Si todo sale bien, me encantaría conocer a tu familia.

—En realidad, no pareces muy interesada en la tuya.

—Que yo tenga problemas con mi propia familia, no me hace odiar a la familia de los demás.

—Está bien —pero sonó prudente.

—En realidad, Micah, Quimera está muerto, no puede hacerte daño a ti o a tu familia nunca más.

—Lo sé, tú lo mataste por mí.

—Tú querías que le matara.

—Sí, lo quería. —Y allí estaba esa nota en su voz, ese tono, que me decía que estaba bien con la violencia en que lo hice. Él me había visto matar a Quimera, y estaba bien con eso. Había tantas razones para que Micah y yo trabajáramos como pareja. Una de esas razones era una práctica cruel en algunos los dos.

—Quiero ir a tu casa a conocer a tu gente, Micah.

—¿Llevamos a Nathaniel, también?

Eso me detuvo. Los tres vivíamos juntos, pero…

—No lo sé. Supongo que sería tu llamada.

—Voy pensar en ello, todo eso, la familia, y si tengo las agallas para aparecer después de todos estos años contigo y Nathaniel. —Puesto así, podía ver su tipo de problema. Era una especie de problema similar al de Jason, en realidad. La percepción es todo.

—Lo siento si mi ida con Jason te molesta.

—Lo siento que me moleste, también. Tengo que trabajar en eso.

—Micah, te quiero.

—Lo sé, y también te amo. Saluda y dale mi amor a Nathaniel. Es mejor comenzar a hacer las maletas.

—Micah, yo…

—No, está bien, Anita, de verdad. Haz lo que necesites hacer para Jason. Pero supongo que me gustaría presentarles a mi madre y a mi padre, a mi hermano y hermana. Nunca pensé que fuera posible.

—Muchas cosas son posibles, Micah.

—Supongo. Me tengo que ir. Te quiero, Anita.

—Yo también te quiero.

—Recuerdos a Nathaniel.

—Se los daré.

Colgó el teléfono, y no me dejó segura de cómo me sentía. Culpable de que le molestara, sí, pero más perpleja. Casi nunca había mencionado a su familia. ¿Cómo iba a saber que aún quería verlos? A veces la parte más difícil de estar con muchos hombres es hacer malabares con las emociones de todos. La gente hablaba sobre el sexo, porque el sexo era fácil; obstinados que son.



OCHO

Jason había dicho que vivía en una pequeña ciudad. No había entendido lo que esto podría significar para el vuelo. Lo que eso significó era que habríamos estado en un avión de hélice. Lo único que me metería en una mierda así sería algo a vida o muerte, como en una investigación policíaca, donde si no iba, más personas morirán.

Tal vez el pánico se mostró en mi cara, porque Jason hizo una segunda llamada a Jean-Claude. Sigo olvidando que él posee un jet privado. No sé por qué sigo olvidándolo, pero lo hago. Pienso que estoy un poco incómoda ya que salgo con alguien que posee uno. Apenas parece demasiado rico, ocioso para mí. Por supuesto, Jean-Claude es tan ocioso como yo, lo que significa que está siempre trabajando. Maneja su pequeño imperio creciente de empresas sobrenaturales, y es bueno en eso. Yo levanto a los muertos y mato a vampiros malos. Ocupado, ocupado, ocupado.

Pero eso significaba que no tenía que afrontar a un saltador de charco

para hacer el favor a Jason. Si hubiera tenido que subir a un avión de hélice diminuto, pues no podía pensar en un acto sexual bastante extravagante para compensar el abuso de fobia. Por suerte para nosotros dos, el jet privado, aunque pequeño en estándares comerciales, no era horrible. Si no hubiera sido tan claustrofóbica como con miedo a volar, podría haber sido hasta cómodo.

La última vez que había estado en el avión con Jason, había estado saltando por todo el lugar, haciendo burlas sobre mi fobia. Esta vez se quedó en el asiento giratorio a mi lado, mirando por la ventana. Por supuesto, la última vez había estado usando una camiseta y pantalones vaqueros. Ahora llevaba uno de los trajes de diseño italiano de corte que Jean-Claude había hecho para él. La demanda mostraba la amplitud de sus hombros, la estrechez de su cintura, y su atletismo puro.

Llevaba el azul marino a rayas. Aparte del corte era un traje conservador. Una camisa azul hacía que sus ojos fueran aún más azules de lo que realmente eran, con una corbata azul oscuro, con barra de lazo de oro. Sabía que el empate era de seda. Sabía que los zapatos que brillaban en sus pies costaron muchísimo más que mis zapatos de tacón alto. Me negué a pagar cientos de dólares por otro par de incómodos zapatos de tacón alto. Eran buenos zapatos, pero no tan buenos como los que Jason llevaba.

Se había vestido con cuidado. Podía odiar volver a casa, pero quería impresionarlos. También, él y Nathaniel habían elegido mi ropa. No me importaba. Si estaba en mi armario estaba generalmente bien con eso, o si no lo estaba. Había una sección de cosas que Jean-Claude había comprado para mí que eran más de club o fetiche, pero aparte de eso mi armario estaba bien.

Llevaba un traje de falda azul imperial, con una concha de seda que realmente hacía juego. Lo único que había añadido a la falda en una especie de arruinar la mirada femenina era un cinturón negro ancho. Eso hacía juego con mis zapatos. El cinturón también sostenía la Browning en la parte pequeña de mi espalda ángulo, no de arriba abajo. A menudo no llevaba armas en la parte baja de mi espalda. Por lo general me favorecía una pistolera de hombro, pero no iba a ninguna parte desarmada, y había llevado puesto el arma aquí antes cuando mi jefe pensó que estar armado era un poco asustadizo para los clientes. Si ellos tuvieran un detector metálico en el hospital yo sacaba mi insignia de marshal federal.

Tenía más armas y fundas en el equipaje, pero me di cuenta que al ir de

visita al hospital iba a tratar de ser discreta acerca de mi trabajo y toda la cosa de violencia.

Francamente, nunca pensé en ir a casa a conocer a la gente de nadie, y mucho menos a la de Jason. Pero me gustaría jugar con las reglas. Regla número uno no tenía que asustar a los futuros suegros. Sí, Jason y yo sabíamos que no teníamos planes para el matrimonio, pero era la primera chica que llevaba a casa, que sepa. La gente asume mucho, y no estaba segura de cuánto Jason quería asumir. Mi único objetivo era no mentir a nadie, más allá de que todo era un juego.

Jason me dejó darle un apretón de muerte en su mano, y se quejó una vez de que estaba perdiendo la sensibilidad en los dedos. Le preocupaba demasiado como para burlarse, lo que me hizo preocuparme por él. Jason bromeó de la forma en que respiraba. Solemne no era lo suyo.

Traté de consolarlo. Por último, se volvió hacia mí con una sonrisa tan triste que me hizo un nudo en la garganta.

—Está bien Anita, agradezco el esfuerzo, pero no puedo pensar en otra cosa que puedas decir para que me sienta mejor.

Levantó mi mano tensa hacia su cara y se frotó la mejilla contra mis nudillos. La horrible tensión dentro de mí fue aliviada sólo con un toque. Él sonrió, y era casi su vieja sonrisa. Sus ojos brillaban con él. Conocía esa mirada. Estaba a punto de decir algo que no me gustaría.

—Un poco más de tacto hizo que también te sintieras mejor.

Asentí.

La sonrisa era pura de Jason cuando dijo:

—Podríamos hacer todo el club de Millas de altura. Puede hacer que me sienta mejor.

—¿El —club de millas de altura? —Hice la pregunta.

Él me besó los nudillos, suave, un poco más de boca abierta de lo que sería educada en público.

—Tener sexo en un avión.

Negué con la cabeza y se rió. Era casi una risa normal. Puntos para mí.

—Ahora no estoy tan preocupada por ti —dije.

—Preocupada ¿por qué?

—Si puedes coquetear y bromear, estarás bien.

Él presionó mi mano en su cara, y sus ojos pasaron de burlas a muy serios.

—¿Quién dice que estoy bromeando?

Le di la mirada que la propuesta merecía.

—No podría tener sexo en un avión.

Apenas puedo evitar correr arriba y abajo del avión gritando.

La mirada lasciva cambió al instante a brillante, a burla.

—Podríamos librar nuestras mentes de nuestros problemas.

Tiré de mi mano.

Él sonrió y me besó la mano, de la forma en que se suponía que debía ser. Un toque de sus labios desnudos, no con la boca abierta, sin lengua, casto.

—Voy a actuar si insistes.

—Insisto.

—El toque extra ha hecho que te sientas mejor, también, Anita. Pude sentirlo, la forma en que tu mano se sentía, la manera en que tu cuerpo olía como una presa. En serio, ¿por qué no tener relaciones sexuales? ¿Por qué no sentirse mejor?

Le fruncí el ceño, porque me di cuenta de que realmente iba en serio.

—Uno, el piloto puede entrar. En segundo lugar, estamos en un avión, Jason, yo no podría. Estoy muy asustada.

—¿Podemos tener relaciones sexuales cuando lleguemos a tierra?

Fruncí el ceño aún más fuerte.

—Quieres decir que ¿cuándo estemos abajo?

—No, un hotel, supongo.

No me ofendí más, me sorprendió demasiado. No estaba bromeando. Iba en serio. No era como él.

—¿No quieres ir al hospital o a tu vieja casa antes de hacer algo sucio?

Él sonrió, pero dejó sus ojos preocupados.

—No quiero ir al hospital. No quiero ir a casa. No quiero hacer nada de eso.

Sostuve su mano con fuerza, no por miedo, sino por el dolor en su voz. Curiosamente, la preocupación sobre él me ayudó a tener menos miedo de donde estábamos. ¿Quién sabía que la terapia para otra persona era la respuesta a lo largo de mis propios miedos?

—No creo que tener relaciones sexuales vaya a hacer esta visita más fácil.

Él sonrió entonces, y una mirada recorrió sus ojos tan rápido que casi no lo capturé. Sin embargo, fue similar a una mirada que Nathaniel hacía, así que la conocía, muy bien. Era una mirada que decía que era ingenua.

Jason era años más joven que yo, y no había tenido todas las malas experiencias que Nathaniel había tenido, pero había tenido su parte.

—No estoy siendo ingenua —dije.

—¿Me lees tan rápido?

—Nathaniel tiene una mirada muy similar a la tuya —dije.

—Por supuesto, no podías ser que me conocieras tan bien. —Sonaba amargo.

Comencé a preocuparme por estar en un problema muy diferente de lo que pensaba con este favor.

—¿Qué se supone que significa? —pregunté.

—Quiero a alguien que me quiera de la manera en que deseas a Nathaniel. Quiero a alguien que me ame en la forma en que amas a los hombres en tu vida.

—Perdy te amaba de esa manera —dije. ¿Era decir eso, o solo la verdad?

Me dio una mirada hostil.

—¿Estás tratando de ser mala?

Tomé una respiración profunda, la solté lentamente, y traté de ser honesta, pero no mala.

—Estoy en un avión, lo que significa que no estoy en mi mejor momento. Déjame probar esto: me has dicho antes que deseabas ser consumido por el romance, ser amado. Deseas ser quemado por él. Gasté años luchando contra todos los que querían amarme así, no entiendo bien por qué ese es tu objetivo, pero si dices que lo es, entonces lo es.

—¿Qué se supone que digo ahora, Anita? ¿Qué tiré por la ventana a alguien que quiso consumirme con su amor? Creo que lo hice.

Negué con la cabeza y lo intenté una vez más.

—No, no me refiero a eso. Me refiero a que la idea del amor de Perdy y tu idea del amor no son lo mismo. Quieres ser consumido, no ahogado. El fuego necesita aire para brillar. Ella tomó tu aire desde lejos, y el fuego murió.

Estudió mi cara.

—Eso fue realmente inteligente.

—Vaya, Jason, gracias, suenas sorprendido.

Él sonrió.

—No me refiero a eso. Quiero decir, eso tiene sentido, me hace sentir menos tonto no querer que Perdy me ame. Hago algo grande por esperar a

alguien que se obsesione conmigo. Lo entiendo y no lo quiero. Pensé que estaba siendo inconstante.

—La obsesión no es amor, Jason. Es posesión.

—Quiero pertenecer a alguien, Anita.

—Pero quieres estar más cerca de lo que Nathaniel tiene, de un matrimonio tradicional.

—Quieres decir que quiero pertenecer pero no ser monógamo.

Me encogí de hombros.

—Técnicamente, Nathaniel es monógamo. No tiene relaciones sexuales con nadie más que yo.

Jason sonrió, sus ojos azules brillaron.

—Él tiene contacto sexual con otras personas.

—Es un stripper. El contacto sensualizado con otras personas es parte de la descripción del trabajo.

—Yo no he dicho sensualizado. He dicho sexual. En nuestro trabajo lo cortamos muy fino, pero el sexo real es ilegal.

Cerré los ojos, pero eso hizo que el ronroneo de los motores pareciera más fuerte.

Abrí los ojos y traté de pensar en lo que había estado diciendo.

—¿Qué quiere decir entonces?

Me dio otra de esas miradas que decían que estaba siendo ingenua, o bien estúpida.

Desde que no estaba siendo ninguno a propósito, no sabía lo que quería decir.

—No me mires así, Jason. Sinceramente, no sé lo que quieres decir.

Era su turno para fruncir el ceño.

—No, ¿verdad?

—No, no lo hago. . No podía parecer menos gruñona.

—¿Qué consideras que es contacto sexual, Anita?

—No sé, sexo.

—Anita, he visto a Asher alimentarse de Nathaniel. Demonios, he hecho que él se alimente de mí. Tendrías que ser un infierno de mucho más homofóbico que Nathaniel o que yo para no entender que cuando Asher se alimenta, es sexual.

Una de las capacidades de Asher era hacer su mordedura orgásmica. Eso no era sólo los trucos mentales. Se parecía a una capacidad especial. Cuando había sido un pequeño vampiro malo había usado esa capacidad

para conseguir dinero, tierras, protección de sus víctimas. La gente lo había pedido para una noche más, aun cuando sabían que eso les mataría.

—Sé lo que Asher puede hacer, mejor que tú, Jason.

—Oh, vaya, soy un idiota. ¿Cómo podría olvidarlo? —Me abrazó—. Lo siento, Anita, lo siento mucho.

Asher y yo habíamos tenido relaciones sexuales y la sangre sólo fue la primera y única vez. Casi me mató con el placer, porque se lo pedí, le rogué para que lo hiciera. No se nos permitía estar solos nunca más, porque había admitido a Jean-Claude que todavía anhelaba lo que habíamos hecho. De los vampiros de Jean-Claude, Asher era el que más temía. Porque él fue quien me hizo querer que me hicieran cosas mortales.

Jason me abrazó y me dijo:

—Tengo miedo y eso me hace estúpido. Lo siento.

La voz del piloto se acercó a los altavoces. Eso me hizo saltar y hacer ese «eep» de chica. Jason me besó en la frente.

—Estamos a punto de aterrizar, Sra. Blake, Sr. Schuyler. Si pueden tomar asiento, sería bueno.

—Estoy bien, Jason, ninguno de nosotros está en lo mejor.

—Perdóname.

—No hay nada que perdonar —dije.

Jason asintió, pero no como si lo creyera. No estaba acostumbrada a él siendo así, emocional, despistado. Su padre se moría. Su madre lo chantajeaba emocionalmente. Adivino que él tenía derecho a estar un poco fuera de juego.

Apreté mis manos en el asiento y en su mano. Estaría mejor cuando aterrizáramos. Todo sería mejor cuando aterrizáramos. Traté de creer eso, pero una parte de mí sabía que si Jason ya estaba teniendo problemas, eso sólo iba a empeorar.

¿Cómo es que terminé sosteniéndome de su mano para esto? Ah, cierto, Nathaniel se ofreció. Iba hacerle pagar por ello. El avión rebotó un poco en la pista, y jadeé un poco. Pero estábamos en el suelo. Las cosas estaban mejorando, al menos para mí.



NUEVE

Me senté en mi asiento giratorio durante un segundo volviendo a aprender como respirar y luchar las náuseas. Le dije a mi estómago que dejara de ser un bebé. Estábamos en el suelo, por el amor de Dios. Siempre podría insistir en alquilar un coche para el viaje a casa, aunque sabía que no lo haría. Nunca podría vivir conmigo misma si dejaba que mi miedo tomara gran parte de ventaja. El miedo era como el cáncer en remisión. Si cedes, solo por una pulgada, esto llamearía otra vez y te comería vivo.

Jason se detuvo en la puerta y me miró.

—Vienes, ¿verdad?

Asentí. Las náuseas pasaron. Podía respirar otra vez. Era genial. Bien, era una mentira, pero era lo mejor que podía hacer.

Jason volvió para estar de pie y mirarme. No podía leer completamente su expresión.

—¿Realmente te asusta la mierda de hacer esto, no?

Negué con la cabeza, y me encogí de hombros. Finalmente dije con una voz que era demasiado entrecortada para la comodidad:

—La pista es un poco pequeña, ¿no te parece?

Se inclinó y me besó en la frente de nuevo.

Levanté la vista hacia él.

—¿Por qué fue eso?

—Por ser valiente —dijo, y estaba serio cuando lo dijo. Me ofreció su mano. Hubo un tiempo en que no la hubiera tomado, cuando lo habría visto como un signo de debilidad, pero había crecido un poco desde entonces.

Tomé su mano. Él la apretó y me dio una sonrisa. Esa sonrisa era uno de los motivos por los que estaba en el maldito avión, la sonrisa que decía que entendía cuánto me había costado esto, y que me entendía de una manera que mucha gente no hacía. Nunca seríamos novio y novia realmente. Nunca seríamos amante de cada uno, pero Jason me consiguió de una manera que algunos hombres con los que salía no lo hicieron. E intenté mi mejor esfuerzo para entenderlo.

Me di cuenta de que me condujo por el pasillo estrecho tomados de la mano que no era solo Nathaniel el que consideraba a Jason uno de sus mejores amigos.

Jason fue el primero en bajar la pequeña escalera plegable, más o menos inclinándose hacia atrás, para ayudarme. Eso fue un poco más de ayuda de lo que probablemente era necesario, pero llevaba tacones.

Un hombre se reunió con nosotros en la parte inferior de la escalera. Era de mediana altura, más calvo que cabello, en un bonito traje. No era tan bonito como el que Jason llevaba, pero no era un mal traje.

—Sr. Summerland, no le esperaba hasta mañana. —Él estaba sonriendo hasta que Jason me ayudó a bajar las pequeñas escaleras en mis tacones.

—No soy uno de los Summerlands —dijo Jason. Lo dijo como si la confusión no fuera inesperada.

El hombre miró a Jason, luego a mí, cuando Jason me ayudó a bajar del avión. El hombre le guiñó un ojo.

—Por supuesto que no, eres el señor… ¿Smith?

Finalmente estaba sobre el asfalto sólido, ¡sí!

—Por qué no pone Sr. Allbright, es más original —dije. Pensé que estaba haciendo una broma. El hombre comenzó a garabatear Allbright en su portapapeles.

—Por supuesto, Sr. Allbright, estamos contentos de tenerlo con

nosotros.

Jason suspiró.

—Ella estaba haciendo una broma. El nombre es Schuyler, Jason Schuyler.

El hombre tachó Allbright y escribió el nombre correcto.

—Lo que usted diga, señor Schuyler.

—Mierda —dijo Jason en voz baja.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Si fuera un Summerland, ¿por qué vendría mañana?

El hombre se quedó perplejo, pero jugó a lo largo de cualquier juego que pensó que estábamos jugando.

—Su despedida de soltero, por supuesto. Se va a casar al final de la semana. Su hermano llegó ayer con su novia.

—Mira, soy un primo lejano de los Summerlands. Me confundieron con los gemelos a lo largo de la escuela. Mi nombre es Jason Schuyler realmente. Esta es mi amiga Anita Blake. Estoy aquí para visitar a mi familia.

—Por supuesto que sí. —Estaba claro que no creía en Jason, pero al mismo tiempo estaba muy claro que iba a repetir cualquier mentira que Jason dijese, y lo juraría en los tribunales después.

—Puedo entender que los Summerlands son peces gordos de por aquí —dije.

—Los más grandes —dijo Jason.

El hombre con el portapapeles nos miraba de uno a otro.

—La novia… ya… está en la ciudad. Su despedida de soltera es esta noche.

—¿Invitado? —dije.

Parecía nervioso.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿cómo sabes tanto?

—He estado ayudando a llegar los invitados —dijo, y parecía indignado.

—Bien, pero no estamos invitados.

—Por supuesto que no, y si pregunta, no he visto a Keith Summerland. Él llegará mañana como estaba previsto. —El hombre parecía satisfecho de sí mismo como si hubiera dicho una cosa inteligente. Luego se fue con otro guiño.

Miré a Jason.

—Estamos hablando inglés, ¿verdad? Quiero decir que entiende lo que estamos diciendo, ¿verdad?

—Tienes que conocer a Keith para entender el problema del hombre. Sería como si viniera un día antes con otra mujer. Probablemente traería a la stripper en persona.

—¿Un niño salvaje? —pregunté.

—Pensaba que lo era. Sólo pensé que era una polla.

—¿Estás seguro que te pareces mucho a él?

—Sí —dijo él plana e infeliz—. Me parezco lo suficiente a ellos, tanto para hacer esta visita aún más difícil. Los medios de comunicación estarán en todo esto de la boda.

—Pero son como celebridades locales, no nacionales, ¿no? Quiero decir, no será tan malo.

—¿Sabes quién es el gobernador Summerland?

Le miré.

—Estás bromeando.

—Me gustaría.

—¿El gobernador que está pensando en aspirar a la presidencia es este Summerland?

—Sí —dijo Jason.

—No veo mucho la televisión o leo periódicos, pero incluso yo sé quién es.

—Si su hijo mayor se casa esta semana, los medios de comunicación van a estar en todas partes, y me parezco a su hermano gemelo. Siempre nos confundían el uno al otro en la escuela secundaria.

—No te puedes parecer mucho.

—Él pretendió ser yo en una cita con mi novia. Ella se dio cuenta, finalmente. Él sufrió una paliza por mí una vez de algunos tipos en la escuela. Fui más inteligente, y ellos le encontraron primero. Él se encontró con una novia mía otra vez.

Fingimiento ser yo.

—¿Y le dieron una paliza por eso? —dije.

—Lo hicieron.

—Muy kármico —dije.

Jason asintió, realmente se veía feliz. Teníamos nuestras maletas en la pista y el piloto estaba pidiendo un programa de retorno cuando se nos unió

un hombre que, aunque bien vestido con un traje conservador agradable, tenía —matón tatuado en la frente.

Metafóricamente hablando.

El traje se adaptaba tan bien que si no hubiera estado buscándole podría haberme perdido la protuberancia en la cadera. Pero estaba buscando, y conocía un arma cuando la veía arruinar la línea de su traje. La Browning no arruinaba la línea de la chaqueta de mi traje. Para un arma tan grande era extrañamente invisible bajo mi pequeña chaqueta en su nueva pistolera lateral.

Realmente me moví delante de Jason. Sólo de forma automática. Después de todo, llevaba un arma, y él no. El matón conservador ni siquiera me miró. Él tenía la atención sólo para Jason.

—La chica vuelve en el avión.

—La chica tiene un nombre —dije.

—De lo que no sé, no puedo mentir. Por favor, Keith, no lo hagas.

—No soy Keith Summerland. ¿Tengo que probarlo?

—Keith, cosas como esta ya no son graciosas.

—¿Quieres ver mi permiso de conducir?

El hombre finalmente se quedó perplejo.

—¿Qué?

—Llamé al gobernador, o a su esposa, o incluso a Kelsey, dígales que Jason Schuyler está tratando de visitar a su familia, y no nos dejan salir del aeropuerto.

El musculoso miró a Jason.

—Keith, pensé que este tipo de mierda había terminado.

Jason sacó su billetera y mostró su identificación.

—Me confundían demasiado con ellos en la escuela secundaria, también.

El hombre miró la identificación, como si realmente la estuviera estudiando. Miró a Jason, sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta exterior.

—Soy Chuck, juraría que es Keith, pero estoy mirando el ID de un Jason Schuyler —dijo muchos uh-huh, a continuación, cerró el teléfono y devolvió el ID a Jason—. Lamento esto, Sr. Schuyler. El gobernador dice que siente mucho lo de la enfermedad de su padre.

—Sí, mi padre se está muriendo de cáncer, y en vez de poder verlo en paz, me voy a ser detenido por parte de los medios de comunicación de

aquí al hospital. Jesús, si hubiera sabido lo de la boda podría haberlo aplazado una semana.

Toqué su brazo.

—No podrías haberlo hecho.

—Lo sé —dijo Jason—. ¿Y si muere esta semana? —Creo que él trató de hacer una broma, pero cayó plana y amarga.

—Realmente siento el malentendido, Sr. Schuyler. Tenemos limusinas que esperan llegar a los invitados; si podemos dejarles en alguna parte para compensar las dificultades, sólo diga la palabra. Las limusinas tienen el cristal oscuro, y hemos tenido muchas llegadas de amigos de la novia. Los medios de comunicación han dejado de perseguir a las limusinas, porque las entrevistas de todos suenan igual.

—Y si tomo un taxi se preguntarán por qué Keith esta con una morena que no es su novia, y por qué no está en una limusina —dijo Jason.

Chuck encogió sus masivos hombros.

—Eso le ocurrió al gobernador.

—Bien, llévenos al hotel.

—¿Pero no conseguiremos al salir en una limusina de los Summerland añadir confusión? —pregunté.

Chuck parecía perplejo, como si lo obligara a pensar en cosas que no eran por lo general asunto suyo. Él había estado absolutamente cómodo empujándome de vuelta al avión. Obligando a Keith a ser un muchacho bueno. Sin embargo, decidir qué hacer con un primo idéntico que no estaba lo suficientemente cerca para ser incluido en la boda, estaba más allá de él.

—Vamos a tomar la limusina, y cogeremos un taxi hasta el hospital. No sé qué más hacer —dijo Jason.

—Voy a llamar a la secretaria de prensa de la limusina —dijo Chuck—. Ustedes se parecen tanto que podría ser un problema real. Si los medios de comunicación creen que es Keith y que está poniendo los cuernos con esta chiquita, se va a poner feo.

—Me ha llamado chica, ahora chiquita. Chuck, no está ganando puntos brownie conmigo.

Me dio una mirada que claramente decía que le importa un comino, y quién era yo para quejarme.

—Se trata de Anita Blake, es mi amiga muy cercana, Chuck.

—¿Novia? —Él hizo una pregunta.

Jason asintió.

—Estoy llevándola a casa a ver a mi padre antes de morir, ¿la pone en perspectiva? —Jason me apretó la mano como para decir, sólo está de acuerdo conmigo. No estaba segura de si estaba o no de acuerdo, así que me quedé allí y dejé a Jason manejarlo. Era su crisis, no la mía.

Chuck asintió y me dio una visión mucho más respetuosa.

—Lo siento, señorita Black.

—Es Sra. Y es Blake —corregí.

Él me parpadeó y luego dijo:

—Muy bien, Sra. Blake. No entendí que era más que una novia… Lo siento, no quise faltarle al respeto.

—Sí, lo hiciste, pero mi ego no se magulla tan fácil, Chuck. —Admito hacer su nombre parecer un poco entrecortado al final. Él me frunció el ceño.

Jason me apretó la mano de nuevo.

—Solo llévenos al hotel lo más silenciosamente posible. Quiero ir al hospital hoy, por si acaso.

La cara de Chuck logró una mirada verdaderamente simpática.

—¿Tu padre está tan mal?

—Le dieron semanas de vida, pero lamentaría estar en la ciudad y perderle antes de un día.

—Entonces, permítanme llevarlos en la limusina, Sr. Schuyler, Sra. Blake. —Puso un poco de ironía en la última parte, y cuando se inclinó, brilló la pistola en la cadera. Me di cuenta de que había desabrochado la camisa para que lo viera. Como un vampiro que quería que veas sus colmillos. Quería tu miedo.

Le sonreí con dulzura.

—Tus manos son un poco grandes para un treinta y dos, ¿no es así, Chuck?

Su propia sonrisa se marchitó en los bordes.

—Hace el trabajo. —Pero pareció inseguro, como si mi respuesta no entrara en la caja en la que me había puesto. Bien por mí. Me gustó eso cuando el musculitos me subestimó. Hacía las cosas más fáciles si más tarde se ponían feas.

Jason no me empujó en la limusina, pero se aseguró que no tardaba cambiando la respuesta ingeniosa inteligente con Chuck.

El gran hombre preguntó:

—¿En qué hotel?

Jason lo nombró.

Chuck dijo, apoyándose en la puerta de la limusina:

—Maldita sea, ese es el mismo hotel, en el que los invitados se quedan.

—Es el mejor hotel de la ciudad —dijo Jason.

Chuck asintió.

—Sí. —Él me dirigió una mirada mientras cerraba la puerta. Fue la primera mirada de él que no creía que era un pedazo de culo. Lo que significaba que era más brillante de lo que parecía. Tendría que tener cuidado de no subestimar a Chuck. ¿Por qué me preocupo por él? Respuesta: era un matón. Había estado trabajando con la policía demasiado tiempo para saber cuándo me encontraba con uno. ¿Qué hacía un aspirante a la presidencia trabajando con alguien así?

—No bromees con él, Anita —dijo Jason cuando la limusina arrancó. Salimos del hangar hacia abajo una unidad independiente, un poco de distancia del resto del aeropuerto principal.

—Lo siento —dije—. No estoy segura de poder evitarlo.

—Prueba, por mí. —Me acarició la mano, pero ya estaba mirando por la ventana. Valía la pena un vistazo. Había despliegues de montañas boscosas, y por fuera, como capas de espinas suaves de dragón enroscado en todas partes. Por unos minutos me olvidé de los matones y los políticos y me limité a las montañas.

—Es hermoso —dije.

—Sí —dijo Jason—. Supongo que lo es.

—¿Supones? —Hice señas en las montañas. Había hoteles y sitios de comida rápida metidos dentro del camino, pero no lo bastante cercano para arruinar la vista. Un río cortaba a lo largo del lado izquierdo del camino, todos los bajos de plata y rápidos brillantes, puestos todo en verde, todos aquellos árboles.

—Esto es más bonito que Smokies en Tennessee.

—Bueno, es la montaña Blue Ridge —dijo de manera casual.

Tuve un pensamiento inteligente.

—Crecisteis aquí, así que no es espectacular para ti, es simplemente normal.

—Sí y ¿alguna vez has notado que es hermoso, hay mucho de bonito, pero no hay trabajo? A menos que trabajes para la universidad.

—¿Universidad? —Hice una pregunta.

—Universidad de Carolina del Norte en Asheville. —Jason no parecía

querer hablar sobre el paisaje. Bueno, podría mantenerme en el camino.

—No pareces sorprendido de que los Summerlands tengan a alguien como Chuck trabajando para ellos.

—Han tenido siempre a alguien como él trabajando para ellos.

—¿Por qué? —pregunté.

Me miró.

—No hagas esto, Anita.

—Que no haga, ¿qué?

—No juegues al policía. Deja que ocurra.

—Tú sabes algo.

—Déjame ver a mi padre, Anita. Vamos a ver algunos viejos amigos. Permíteme intentar mantenerme fuera del caos de la familia Summerland. No quiero ser parte de ellos. ¿De acuerdo?

—Dime por qué tienen musculitos y lo dejaré ir.

—¿Qué piensas que estaba haciendo Chuck en el aeropuerto? —preguntó.

Fruncí el ceño a Jason.

—Creo que impedía a este Keith entrar con otra mujer sólo días antes de su boda.

—Exactamente.

Fruncí el ceño fuerte, y luego la luz cayó.

—Es su hombre de limpieza.

Jason asintió.

—¿Por qué su hombre de limpieza debe estar armado?

—¿Por qué estás armada?

—No salgo de casa sin armas —dije.

Jason me miró.

—Tal vez Chuck es tan paranoico como tú.

—No…

Jason se arrodilló en el suelo de la limusina a mis pies. Tomó mis manos entre las suyas y con una mirada en mi rostro de pura suplica.

—Por favor, por favor, Dios, déjalo ir, Anita. Haré lo que quieras, si no te metes con los Summerlands. Por la boda y el parecido de familia vamos a tener bastantes problemas.

Él puso su cabeza en mi regazo, y dijo:

—Por favor, no hagas más problemas, por favor, no hagas esto más difícil para mí. Por favor.

Dije que lo único que pude decir.

—Está bien, Jason.

Él levantó su cara y me dirigió esa sonrisa infame. Esa no era su verdadera sonrisa.

Esa era la sonrisa que lo había visto usar en los clientes de Placeres Prohibidos cuando trataba de separarlos de su efectivo. Jason no quería el efectivo de mí, él quería paz. Prefiero empujar unos veinte en sus pantalones que soltar el sentimiento persistente de que había algo mal con los Summerlands. Algo que necesitaba a un hombre armado de limpieza. Algo más allá de un hijo mujeriego.

Pero lo hice por Jason lo que no he hecho por casi nadie. Lo dejé pasar.

Si Chuck de la pistola demasiada pequeña me dejaba en paz, lo dejaría en paz. No estaba aquí como un marshal. Estaba aquí para ayudar a Jason a decir adiós a su padre. Pensé que tenía que seguir repitiéndomelo una y otra vez, no importaba con cuantas pistas alguien se tropiece. La pregunta era, pistas ¿para qué? Nada que fuera asunto mío. Había hecho una promesa a Jason, y realmente no era de mi incumbencia. A menos que los Summerlands resultaran ser vampiros malos, nunca sería asunto mío.

Volví a ver el increíble paisaje a ambos lados de la carretera. No hubo mala opinión. Jason volvió a mirar por la ventana, también, pero no parecía estar viendo algo especial. Pensé que la unidad en Asheville, Carolina del Norte, era uno de los más bonitos conducciones más bonitas en las que he estado, pero entonces no había crecido viendo todo. Supongo que consigues cansarte casi de todo lo que vemos todos los días. ¿Estaba cansada de zombis y vampiros? Tal vez. Pero las montañas eran hermosas.



DIEZ

El escenario estalló en montañas y colinas verdes, con más árboles de hoja perenne de los que tenemos en casa hasta que giramos en la carretera y entramos en Charlotte Street.

Entonces estábamos en un pequeño pueblo de América. Ningún edificio muy alto, no demasiado desarrollado, una gran cantidad de casas y pequeños negocios entre los árboles.

La limusina tenía cristales oscuros para que nadie pudiera ver dentro, pero yo podía ver muy bien. Una de las cosas interesantes para saber si viajas en limusinas. Jason estaba más interesado en el paisaje ahora. Supongo que era sólo un chico de ciudad en el corazón.

—Ahí está el estudio de baile —dijo con voz emocionada. Había un cartel con una silueta de una bailarina de ballet fuera una de las casas más grandes. Dos niñas en leotardos estaban siendo conducidas por una mujer dentro del local.

—Me gustaría que pudiéramos parar. Me gustaría ver a mis viejos maestros de nuevo.

Si hubiera sido nuestra limusina, o mejor dicho, de Jean-Claude, habría dicho alto pero era un préstamo. Sería una grosería preguntar.

—Podemos volver —dije.

Él asintió y señaló a una pequeña bodega de mamá y papá sentados justo debajo de las puertas del estudio.

—Había pensado que Siglier habría salido del negocio. Compré mis primeros cigarrillos allí.

—No fumas —dije.

Se volvió y me dio una sonrisa que le llenaba los ojos de risa.

—No fumo, pero todos lo hemos intentado por lo menos una vez.

Algo en mi cara se debió mostrar porque se deslizó más cerca de mí.

—Nunca lo intentaste ¿Ni una sola vez?

Me encogí de hombros y me moví un poco en mi asiento para tratar de mantener el arma en un lugar cómodo. Estaba empezando a recordar por qué rara vez llevaba un arma ahí. Hacía que me sentara más difícil.

—Tuve un par de primos que eran malas influencias.

—Así que fumabas.

—Traté con cigarrillos, no es lo mismo que fumar.

—¿Así que no eras completamente pura, cuando Jean-Claude y tú os conocisteis?

Le fruncí el ceño.

—He tratado con cigarrillos, Jason; eso en realidad no me había preparado para Jean-Claude.

Jason fue repentinamente solemne de nuevo.

—No, supongo que no lo hicieron. Es difícil para mí creer que sólo habías tenido relaciones sexuales con otro tío antes de unirte a Jean-Claude.

—¿Por qué? —pregunté, sin saber que realmente quería saber la respuesta.

—Ya te lo dije, me acosté con casi todas las que me gustaban. No me puedo imaginar rechazar todos los tipos que preguntaron.

—Confía en mí, Jason, no fueron muchos.

Me miró como si estuviera bromeando.

—Vamos, Anita, tengo ojos. Eres taaan caliente.

Me retorcí en mi asiento, lo que bajó la pistola por mi espalda, eso me puso de mal humor, y la conversación ya había incrementado mi mal

humor.

—No voy a discutir contigo. Sabes que a veces lo veo, y a veces no puedo. Había chicos atraídos por el envase, pero no querían lo que había dentro.

—No lo entiendo —dijo.

—Tenía al menos tres chicos en la universidad diciendo algo así como, Si tu interior coincidiera con tu exterior… O una de mis frases favoritas en primer lugar, Que era perfecta hasta que abrí la boca.

Jason me miró.

—Sé que lo dices en serio, pero maldita sea, ¿tan estúpidos eran los tipos?

Me sonrió y dio unas palmaditas en mi mano en el asiento.

—Eso es dulce, pero siempre he dicho mi opinión. Siempre he sido independiente. Ese no es el rasgo que atrae a los hombres de una mujer bonita, pequeña, una mujer de aspecto delicado. Ellos quieren proteger y mimar, y estupideces por el estilo.

—Los intimidabas —dijo.

Asentí.

—Ahora lo sé.

—Me gustan las mujeres fuertes —dijo.

Le sonreí.

—Me he dado cuenta.

Él me dedicó la versión real de la sonrisa que dedicaba a las mujeres en el club. Si pensaban que la versión falsa era algo, deberían de tener todo el peso de la oferta real. Esto fue suficiente para girar la cabeza de una niña. O hacer que se ruborizase, maldita sea.

—Estás ruborizada —el muy maldito se rió. Rebotó en el asiento—. Me encanta que lo hagas.

Me cubrí la cara con las manos.

—No.

Sus manos en mis muñecas fueron el primer indicio que tuve de que estaba muy cerca de mi lado otra vez. Le dejé aparta mis manos para que él pudiera mirarme a los ojos.

—Me encanta que sea uno de los hombres con los que reaccionas. Era como invisible para ti. Quiero decir, no estoy en la liga de Jean-Claude, pero hay mujeres que darían un brazo por estar conmigo —dijo, con una mirada hacia el lado que trató de humilde y casi lo hizo.

—He visto a los fans en el club, y a las mujeres que entran y salen del circo.

Él tomó mis manos entre las suyas y apoyó la barbilla en las manos unidas. No estaba exactamente mirándome. Más información en la memoria en su cabeza.

—Pero nunca me viste así. Yo era una primera responsabilidad. Otra persona que pensaba que necesitabas mantener a salvo, y luego fui tu amigo. —Él me miró con esa sonrisa pícara—. Me habías visto desnudo por dinero y no reaccionaste a mi cuerpo. Ese fue un golpe a mi ego, déjame decirte.

Me sonrojé de nuevo y aparté la mirada de su rostro.

—Eras mi amigo, Jason, no ves a los amigos de esa manera.

—No, pero lo hice. Pensé diablos no estoy a su altura.

—Las casas son muy agradables aquí —dije. Y lo eran. El camino más estrecho estaba rodeado por unas preciosas viviendas caras.

—Estás cambiando el tema —dijo Jason.

—Sí, intentando.

—No quiero cambiar de tema.

Retiré mis manos. Esta conversación era demasiado íntima para mí. Me había olvidado de una cosa, Jason hacía que me sintiera más incómoda. Tenía una inclinación por las profundas e introspectivas charlas. Cuando necesitaba una, era genial, aunque a veces doloroso. Pero no podía pasar los dos días siguientes siendo analizada, me volvería loca. Seguí mirando las casas hermosas situadas en sus jardines verdes y con árboles. Todavía era muy hermoso, pero ninguna cantidad de belleza me convencería de ser analizada todos los días.

Me besó las manos con suavidad, y luego se alejó.

—Sabes que no fue así, Jason.

—Yo sé que estabas tratando de aferrarte a la poca virtud que según tú te quedaba.

Asentí, todavía sin mirarle.

—¿Puedo pedir un favor, Jason?

—Claro.

—No me analices en este viaje, ¿de acuerdo?

—No estaba…

Levanté una mano.

—Simplemente no pongas sal a la herida ¿de acuerdo? Se supone que

debo estar aquí para apoyarte, y si me hechas en cara mis demonios, no voy a ser muy buena para ti aquí. ¿Entiendes? —Le miré de reojo Estaba solemne de nuevo, pero asintió—. No tengo problemas cuando me doy cuenta de algo sobre alguien, algo secreto que no sabía antes. Quiero saber por qué, o lo que el otro estaba pensando, sintiendo. —Su rostro estaba solemne de dolor—. Siempre he sido así.

Algo sobre la forma en que lo dijo me hizo preguntarme qué era lo que le había pasado de niño para ser así. Si nuestros papeles se habían invertido y me hubiera preguntado, pero era yo, y yo ya estaba fuera de mi elemento definitivamente.

A solas con Jason por unos días, pensaba que el sexo y sus problemas con su familia serían los puntos a tratar. Lo que me estaba dando cuenta ahora, demasiado tarde, era que el mismo Jason era el peligro. Era demasiado íntima, esta visita. Tenía dificultad en mantener mis límites emocionales una vez que el sexo estuviera involucrado. ¿En qué demonios había estado pensando?



ONCE

El estrecho y tortuoso camino estaba bordeado por árboles de hoja perenne, y otros árboles, pero sobre todo árboles de hoja perenne. Todavía había algunas casas viejas agradables, y algunas casas costosas más nuevas que punteaban a lo largo del camino, pero sobre todo de árboles. Subíamos, supongo. Subíamos por el valle en el cual la mayor parte de Asheville se asentaba. Los ricos parecían siempre vivir arriba.

El primer indicio que tuvimos de que el hotel estaba delante era el grupo de camionetas de noticias que bloqueaba la carretera.

La sinuosa carretera que conducía entre árboles y furgonetas se mantenía limpia por los hombres de uniforme. No uniformes de la policía, sino por los bonitos uniformes de los ayudantes del hotel. Mantenían a los fotógrafos, reporteros y cámaras a raya el tiempo suficiente para que la limusina pasara.

El camino de entrada giró suavemente derramándose entre los árboles

aún más, y de pronto pudimos ver el Grove Park Inn.

El escenario en las colinas era precioso, pero el edificio ayudaba a hacerlo bonito. Todo era de piedra y una especie de pseudo Bávaro, como si los hombres con la ropa del siglo XVIII debieran venir caminando a la vista con los perros y sirvientes. Debí haber observado exageradamente, o tontamente, pero no fue así.

El hotel parecía haber surgido de las rocas y los árboles a su alrededor, perfecto en su entorno, orgánico y correcto.

—He adorado este lugar desde que mis padres nos trajeron aquí para el Día de la Madre, cuando tenía siete años.

—Ya veo por qué te quieres quedar aquí —dije y lo hacía.

La ventana entre el conductor y Chuck descendió. Chuck se giró y dijo:

—Ya visteis los medios de comunicación delante. No hay manera de que te permitan explicarte, o creerte, sobre quien es en realidad. Si va allí, será noticia que Keith Summerland es infiel a su novia días antes de la boda.

—¿Qué quiere el publicista que hagamos al respecto? —dije, y mi voz no era fácil cuando lo dije.

Los ojos de Chuck me miraron, luego de vuelta a Jason.

—Si cambia de hotel, nosotros pagamos la estancia, siempre y cuando esté en la ciudad.

—Puedo pagar mi propio hotel —dijo Jason.

—Puedo verlo, pero ¿ve el problema a partir de nuestro final, no? —Jason suspiró y se acomodó en el asiento.

—Mira —dije—, tenemos que registrarnos en el hotel y llegar al hospital hoy.

—¿Qué tal si los llevamos al hospital? Los esperamos fuera. Visita a su padre, y les llevo de regreso al aeropuerto. De esa manera no habrá confusión con los medios de comunicación.

La limusina se había parado un poco delante del edificio, donde más mozos del hotel bien vestidos esperaban. Estábamos inactivos en el lado del aparcamiento.

Le miré.

—¿Está diciendo que salgamos de la ciudad?

—No —dijo Chuck, pero sus ojos estaban en Jason.

—No estoy seguro de sí una visita al hospital hará el trabajo, Chuck —dije, enfadándome y sin preocuparme por mostrarlo.

—Sr. Schuyler —dijo Chuck, con voz suave, casi deferente.

Jason sacudió su cabeza.

—No, lo siento; diga al gobernador que no quiero ser un problema. Pero no he visto a mi padre en tres años. Estamos distanciados, por eso no he venido antes. Ahora tiene semanas de vida y yo tengo que intentar arreglarlo con él. Es un bastardo, y siempre lo ha sido, y tengo unos días para tratar de conseguir ese momento Hallmark. —Miró a Chuck—. Dígale al gobernador que lo siento, pero una visita al hospital no hará el trabajo.

—¿Va a cambiar de hotel entonces? —preguntó Chuck.

—No —dijo Jason—. Me he ganado el derecho a estar aquí. No porque mi padre pagara por él, sino porque me lo he ganado. No voy a escabullirme porque Keith Summerland es una polla. Hable con su publicista, trate de encontrar una manera de hacer un control de daños que no incluya que sea escondido en algún motel barato.

—Puede quedarse con su familia —dijo Chuck.

—No —dijo Jason—, no podría.

Los ojos de Chuck se endurecieron. Sólo un destello de una mirada, pero era una que había visto antes. Acababa de poner a Jason en el cuadro de problema. Una caja que los hombres por lo general como Chuck cuidaban de manera desagradable. Tal vez estaba exagerando, pero él acaba de hacer que mi radar chico malo estuviera demasiado alto como para ignorarlo.

Tuve que repetir el nombre de Chuck dos veces para conseguir que me mirara. Ya entonces era una mirada desdeñosa. Él, como la mayoría de los chicos en la universidad, estaba mirando el paquete físico y haciendo suposiciones.

—Chuck, vamos a ser muy claros mutuamente. Haremos nuestro mejor esfuerzo para mantenernos al margen de su pelo, y la boda, pero Jason necesita ver a su padre. Que mal momento que pasara en la misma semana que esta boda, pero ese no es nuestro mal.

—Va a darles pienso para destrozar a la familia del Gobernador Summerland a los medios de comunicación.

—Vamos a hacer todo lo posible para no hacerlo, pero si sucede, entonces, Summerland pagará a la gente de control de daños, para que hagan su trabajo.

—¿Ella siempre es tan insistente? —preguntó Chuck.

Odio cuando los hombres hacen eso. Preguntar a los hombres por qué

era tan prepotente e insistente.

Jason se rió.

—Si cree que esto es insistente, Chuck, ha estado perdiendo el tiempo con algunas mujeres de culo débil.

El conductor le preguntó:

—¿Les dejo delante de la posada o en el garaje?

—¿No va a cambiar de hotel? —pregunto Chuck.

—No —dijo Jason—, no lo haremos. —Él pareció demasiado serio, tan diferente de él, que toqué su hombro. Casi como si me tranquilizase cuando era él. Él podría ser firme, y fuerte, pero por lo general decidía no serlo. Siempre había sabido que se trataba de una elección por parte de Jason, pero por primera vez veía la fuerza de lo mucho que se escondía detrás de esa sonrisa encantadora.

—Déjales en el garaje, sino va alimentar el frenesí.

La limusina pasó la entrada principal y se deslizó en la penumbra del garaje del aparcamiento. Había guardias de seguridad armados asegurándose de que nadie conseguía entrar allí que se suponía no debía estar allí. Nunca había visto a la seguridad uniformada en un hotel antes. Me preguntaba quién estaba pagando por ello.

El chofer abrió mi puerta, y Chuck abrió el lado de Jason. No hice caso del chofer y me deslicé con Jason. Un espectáculo de solidaridad, sí, sino también el sentimiento escalofriante que tenía. Habría dirigido mi insignia a Chuck si supiera que la cierta vista de un marshal federal le habría asustado más. Algunos tipos malos profesionales reaccionan realmente mal a insignias de cualquier clase.

Mantendría toda la cosa de la insignia reservado. Este concierto era de Jason, no mío. El centelleo de mi insignia cuando no la necesitaba podría socavar su… lo que demonios sea lo que estaba haciendo.

El conductor sacó las maletas del maletero. Chuck dijo:

—¿Puede por lo menos no ser demasiado íntimo en público, para que no consigan fotos de la morena?

—Tiene un nombre —dijo Jason.

—Lo siento, ¿puede no estar tan cerca y personal con la Sra. Blake en público mientras está en la ciudad?

Uno de los uniformados de seguridad llegó y le susurró algo parecido a Chuck.

—Mierda —dijo.

—¿Qué está mal? —pregunté.

—Han encontrado a un fotógrafo que se esconde entre los coches. Pensé que le pagábamos a estos tipos para asegurarnos que esto no pasara.

Jason miró a su alrededor, y yo seguí su mirada. Había una figura agachada entre dos coches de tamaño medio. Tenía una cámara con una lente enorme en él.

Chuck agarró una maleta y trató de conseguir que nos moviéramos. Yo estaba dispuesta, pero Jason tomó mi mano. Él me llevó por el camino contrario. Sabía lo que iba a hacer antes de que lo hiciera. Dije:

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

—No, es una idea terrible. —Lo dijo justo antes de que me besara. Me besó, no como quiso decir. Me besó no porque quisiera besarme, sino porque esto causaría problemas. No me gustó eso, pero sabía que si luchaba demasiado le untaría mi barra de labios y tal vez lo haría aspirar a más de un beso. Él estaba en un estado de ánimo extraño que no estaba segura de cómo manejar.

Chuck se acercó y nos ocultó de la cámara con su ancha espalda. Para los guardias desconocidos, dijo:

—Obtened esa cámara. —Para Jason, dijo—: ¿Por qué?

Jason rompió el beso y le dio al hombre más alto una mirada que nunca había visto antes. Esa mirada: parte ira, parte terquedad, parte fuerza justa y mala voluntad. Esa mirada tenía más hogar en mi cara que en la de Jason.

—No me gusta que me digan qué hacer, Chuck.

—Ahora suena como Keith.

—No tienes ni idea de lo mucho que puedo ser como Keith.

—No os necesito jodiendo esta semana, Schuyler.

—No soy uno de los Summerlands, Chuck. No recibe un pago de su jefe para dominarme, así que no lo intente.

Jason alcanzó mi mano. Me aseguré de que él consiguiera la izquierda. Quería mi mano de la pistola libre por si acaso. Porque si las miradas matasen, Jason hubiera sido una mancha de grasa en el pavimento.

Bromear con hombres armados de gran tamaño no era un pasatiempo sano, y hablaría con Jason sobre eso cuando no estuviéramos en público.

Las manos del hombre grande se doblaron lentamente a los costados, mientras creo que él contaba hasta veinte. Si una cámara no se hubiera dirigido a nosotros, estaba bastante segura de que había visto más del temperamento de Chuck que sólo una pequeña flexión.

El fotógrafo fue corriendo hacia la luz del sol con los guardias en su persecución. Estaba tomando fotos por encima del hombro en la forma en que dispararía un arma para frenar a tus atacantes, pero no estaba realmente segura de que hubiera golpeado algo. Pero estaba destinado a Jason y a mí, no a los guardias.

—Entonces, carga tu maldito equipaje —dijo Chuck con los dientes apretados.

—Encantado —dijo Jason, y su voz estaba enfadada. Tenía los ojos muy azules, un color rico y profundo. Me di cuenta que era el color de sus ojos cuando estaba enfadado.

El fotógrafo se perdió de vista, y los guardias habían desaparecido con él. Jason recogió ambas maletas, se puso en equilibrio con ellas, y se dirigió a la puerta. Tomé la maleta de noche con todas las armas en ella y le seguí. Estaba pendiente de Chuck a medida que avanzábamos por la puerta trasera.

Él tenía razón en una cosa: Jason había puesto deliberadamente un rumor en aquella cámara. Eso golpearía las noticias antes de que alguien pensara en preguntar si era algún pariente distante. Todos creerían que era Keith Summerland con una amante entrando en un hotel a sólo cinco días antes de su boda.

Mierda.



DOCE

Llegamos a la habitación después de que Jason había demostrado con su identificación que no era un Summerland. Siguieron tratando de visitarnos en la habitación de Keith. Jason parece ser demasiado familiar a varias de las funcionarias. Incluso una le trató de dar una nota, mientras yo estaba sosteniendo su mano en el ascensor.

Por fin llegamos a la habitación, con el sonido de la campanilla, cerró la puerta, echó la llave, y estuvimos solos. Jason se apoyó contra la puerta.

La habitación era grande, con dos diferentes ambientes, ambos con sillas y sofás, una amplia ventana, que dejaba entrar el sol y una hermosa vista de las montañas. Incluso tenía un comedor con cuatros servicios cerca del conjunto de ventanas para que pudieras comer y deleitarte con la vista. Grande, espaciosa, pero la decoración me detuvo en seco. Las sillas y sofás tenían una forma vagamente orgánica y eran de un profundo color morado y rojo. Las cortinas eran muy pesadas, como si la luz del sol tuviera que

luchar para cruzar y había cuadros en todas las paredes. La mayoría de ellas eran arte moderno, lo que estaba bien, incluso yo tengo algunos, pero el arte moderno no está pensado para ser papel tapiz. Todo esto estaba muy artístico y causaba una especie de claustrofobia.

—Lo llaman «The Gallery» —dijo Jason. Lo miré—. Hey, era esto o Swinging 60's. Esta pintada completamente de rosa.

—¿Rosa?

—Rosa.

—Es una habitación adorable —dije.

—Gracias —dijo.

La cama estaba alrededor de la esquina. Había un sofá apenas visible cerca de él. Me senté en el borde de la cama y me quité los zapatos de tacón alto. Tal vez si me concentraba en el problema en cuestión, tal vez así no seguiría tratando de adivinar como narices no veía la imagen que tenía delante de mí.

—¿Qué demonios fue todo eso? Me pediste dejar a los Summerlands solo, especialmente Chuck, y luego pellizcas su cola desesperadamente.

—Lo sé —dijo Jason—. Fue realmente estúpido y mezquino.

—¿Por qué lo hiciste?

Se aflojó la corbata y se dejó caer de espaldas en la cama lo suficientemente fuerte para que rebotara donde yo estaba sentada.

—No lo sé.

—Mentiroso —dije.

Se giró para mirarme.

—¿Qué se supone que quieres decir?

—Eso significa que tienes alguna historia con esa gente.

—Se fueron cuando él se convirtió en gobernador. No sabía que iba a volver aquí para la boda. Dios ten compasión debe ser una chica local.

—Si, vi como las mujeres del personal te miraban, tan pronto como me doy la vuelta están listas para atacar.

—Keith, se parece a mí, y yo me comporto mejor, pero él es rico y su padre es rico.

Las mujeres siempre quieren estar más cerca de los ricos.

—Y ahora su padre es gobernador y está haciendo carrera a la presidencia. Creo que es la adición al atractivo Summerland —dije.

Jason asintió, luego se incorporó. Apoyó los codos en las rodillas y la cabeza.

—No debería haber posado así para las cámaras. Pero los gemelos eran una pesadilla en mi infancia. Siempre nos estaban confundiendo el uno por el otro, profesores, niñas, niños, extraños. Keith deliberadamente hacia tonterías y me culpaba. Claro que también le hacía algunas cosas a su hermano, por lo que no era tan especial.

—¿Kelsey, bien, el hermano?

—Si.

—¿Es el gemelo bueno?

—Kelsey estaba en algunas obras conmigo. Era más tranquilo, un poco tímido. Tan torpe con las chicas como Keith suave.

—Suena como si te gustara como era Kelsey.

—Me habría gustado que fuera mi amigo, si no hubiera sido un Summerland y el hermano de Keith. No podías ser amigo de Kelsey si Keith no lo permitía y Keith me odiaba.

—¿Por qué?

—Algunas de las chicas que lo rechazaron estuvieron conmigo. Quiero decir que le rechazaron y luego durmieron conmigo. Anita, piensa en eso.

Lo hice.

—Ellas le rechazaron no porque no fuera guapo, le rechazaron por que era un idiota.

—Sí, y todo el dinero de su padre no podía comprar a las chicas que sabían realmente lo que era.

Jason se levantó y fue al espejo, comenzó a enderezar su corbata.

—Fui a la Universidad en St. Louis y él se quedó cerca de la capital del estado. Pero oí rumores sobre un par de cargos por citas que terminaron en violación. Limpio, nunca vio un juicio. Pero creo que es posible que una cita con Keith terminara en violación. Él nunca hizo ningún bien.

—Y su padre está haciendo la carrera para presidente con un billete de familia conservadora —dije.

—Probablemente ese es el por qué de tanta prisa para que se case.

—Casarte no hace que se te cure el ser un bastardo —dije.

Me sonrió.

—Nada cura que seas un bastardo. —Vino hacia mí y me tendió la mano. La tomé y me ayudó a ponerme de pie—. Vamos al hospital.

—Pensé que comeríamos primero.

Negó con la cabeza.

—Si empezamos a quitarnos más ropa para acomodarnos querré tener

sexo y como lo señalaste, vamos a lograr desordenarnos todo. Y yo desesperadamente no quiero ir a verle. Así que eso quiere decir que vamos a ir ahora y a terminar con esto.

—Pensé que la del tipo saca la venda de un tirón era yo.

—Tal vez tras años de observarte ser valiente han hecho que se me pegue.

Sentí una especie de vergüenza.

—No soy tan valiente, casi vomito en ese avión.

—Antes de conocerte, pensaba que ser valiente era no tener miedo. Tú me has enseñado que valentía es estar aterrorizado y hacerlo de todos modos. —Me acercó a sus brazos y por la altura casi idéntica eso hacía íntimo lo que Micah podía hacer. Cuando no levantas la mirada, realmente, pero miras a un hombre.

Estudié su cara, tratando de ver el miedo al que se refería.

—Veo más ira que miedo en ti, Jason.

—¿Vas a pasar por alto el cumplido y pasar directamente a los negocios, no?

Me encogí de hombros, un poco torpemente, mis brazos alrededor de su cintura y los suyos a mi alrededor.

Cerró la distancia casi invisible que separaba nuestros cuerpos, por lo que nos tocábamos desde el pecho hasta la ingle y los muslos. La cercanía se me hizo un tanto incomoda, y más confortable. Se sentía bien y me molestó que se sintiera tan bien. Nunca había dicho que no tuviera conflictos con mi sexualidad. Lo que ayudó a que no fuera sexual fue la actitud de Jason, él lo hacía para consolarse, no para empezar con los juegos previos.

Jason me dio una sonrisa que era más una mueca mostrando sus dientes.

—Sí, estoy cabreado. Estoy cabreado por que los Summerland arruinaron mi infancia, y ahora están arruinando mi última visita a mi padre. Estoy enfadado con mi padre. Molesto por no dejar que mi madre me llamara antes. Demonios, estoy enfadado con mi madre por no llamar antes, o con mis hermanas. Podrían haberme llamado, pero todas se sentaron a esperar a que el gran matón les diera permiso.

—¿Es realmente un matón o solo estás enfadado?

Jason me abrazó, enterrando su cara en mi pelo, como si quisiera respirarme por dentro.

—Me reuniré con él dentro de un rato y juzga por ti misma. Le he odiado, y traté de amarlos durante tantos años que no puedo verle con claridad.

Le devolví el abrazo y luego dije:

—Déjame ponerme de nuevo mis tacones. ¿Llamamos un taxi?

—Sí —dijo y cogió el teléfono.



TRECE

El taxi no podía salir de la carretera frente al hotel a menos que el conductor estuviera dispuesto a pasar por encima de varios miembros de la prensa. Eso sería probablemente una violación a la primera enmienda y yo soy defensora de la constitución. Además el homicidio también apesta.

El conductor se dio vuelta.

—No puedo pasar, Sr. Summerland, lo siento.

—Mi nombre es… ¡Oh demonios! —Jason miró a la multitud que había descendido y nos rodeaba. ¿Dónde estaban los mozos que habían estado antes en la carretera? Las cámaras estallaban por todas partes. Los reporteros gritaban preguntas—. ¿Quién es ella? ¿Ha roto con Lisa? ¿La boda fue suspendida?

—Mierda —dijo bajito, pero con sentimiento.

Las ventanas estaban cubiertas de personas y cámaras. De repente sentí dificultad para respirar. Me forcé para respirar lento y uniformemente, pero

la presión de personas alrededor del taxi era claustrofóbica. Maldición.

Finalmente los de seguridad uniformados y los mozos vestidos maravillosamente aparecieron entre la multitud de la prensa. Empezaron a empujarlos hacia atrás, de una pulgada a la vez. El taxi intentó avanzar hacia adelante, pero incluso con los guardias y mozos fuimos detenidos.

El taxista se dio la vuelta y nos miró.

—¿Solo quiere salir?

—Creo que vamos a tener que… —dijo Jason.

Miré a tiempo para ver a un guardia y a un fotógrafo entrar en un juego de empujarse.

—No puedo atravesar esto —dijo el taxista.

Jason me miró.

—Si no te hubiera besado en el callejón diría que les follen, pero es culpa mía.

Le miré. Quiero decir, ¿qué iba a decir? Él había querido provocar un escándalo, y había tenido éxito.

Una persona con el uniforme de seguridad llamó a la ventanilla. Jason abrió una grieta. El hombre dijo:

—Creo que debe volver al interior, Sr. Summerland.

Necesitamos más personas para garantizar su seguridad, y le seguirán a donde quiera que vaya. No es seguro.

—¿Qué quieres que hagamos?

Otro guardia empujó contra la ventana, tropezó, como si le hubieran empujado por la espalda.

—No podemos despejar el camino lo suficiente como para que el taxi pueda moverse, a menos que empecemos a reventar cabezas.

—No tiene permiso para ello —dijo el primer guardia. Eso parecía implicar que con el permiso ellos felizmente hubieran atacado a la prensa. ¿Qué tipo de guardias eran?

—Vamos a obligarlos a volver, y luego pueden salir del taxi. Hay suficientes de nosotros para formar un círculo alrededor de los dos. Quédense en el centro y todo irá bien. —Su boca estaba diciendo bien, pero sus ojos eran inseguros.

Me incliné alrededor de Jason.

—Vamos a estar en medio de una estampida.

—No, señora, los vamos a proteger. Es nuestro trabajo.

—Él va a mantenernos a salvo —dijo Jason—, porque de lo contrario el

gobernador va a estar muy, muy descontento con él. Con todos ellos. ¿No es así? El guardia uniformado se pasó la lengua por los labios. Sus ojos en realidad mostraban demasiado blanco. Él estaba real y verdaderamente asustado. O cualquiera de sus nervios era débil, o el Gobernador Summerland era más aterrador que el político promedio. O tal vez era todo el asunto pierde tu puesto de trabajo; sí, que podría hacerlo.

—Sí, señor —dijo.

Se giró y empezó a gritar órdenes a los otros guardias.

—Le asustaste a propósito —dije.

—Lo hice.

—¿Por qué?

Hizo un gesto a la multitud que empujaban hacia atrás.

—El guardia tenía razón, a menos que estemos dispuestos a ponernos demasiado rudos alguien puede resultar herido. No podemos pasar. No quiero recibir otra paliza que pertenece a Keith.

Les empujó hacia atrás, como una extraña versión de una línea de defensa de fútbol, pero con cámaras y micrófonos. Los reporteros nos estaban gritando, a los guardias, el uno al otro, por lo que el ruido era como una tormenta, por lo que todos los sonidos combinados eran un estruendo de ruido ininteligible.

Cuando había sitio, el guardia nervioso abrió la puerta para Jason. No estaba segura de que fuera una buena idea, pero no tenía una mejor. Se bajó y me ayudó a salir del taxi.

Pensé que nos quedaríamos ciegos por los flashes antes de que hubiéramos andado dos pies. Me aferré a la mano de Jason, tratando de proteger mi visión y preguntándome qué demonios había hecho con mis gafas de sol. Si hubo alguna vez en que las necesitaba, era ahora.

Gritaban:

—¡Keith, Keith!

Jason esperó un poco de calma en medio del ruido susurrante. Habló fuerte y claro:

—Mi nombre es Jason Schuyler.

No le creyeron. Eso dijeron. También presionado al círculo de hombres que nos protegían. Llegamos a un punto muerto del camino en pendiente. Los guardias y los mozos les detuvieron, pero no pudimos avanzar.

Jason gritó esta vez:

—Mi nombre es Jason Schuyler. ¿Quién quiere una prueba? —Sacó su

billetera—. ¿Quién quiere poner mi permiso de conducir ante la cámara?

Hubo una gran cantidad de empujones para eso, y mientras discutían sobre quién lo quería, susurré:

—Cubre el número y la dirección.

Él asintió, y cambió de manos de manera que sólo su imagen y el estado eran visibles. El afortunado ganador tuvo que presentarse con una cámara y un equipo, y filmó el permiso. Los guardias actualmente les dejaron pasar, pero el resto eran más pacientes ahora, esperando su turno con la esperanza de sangre. La cabeza parlante que acompaña a la cámara metió un micrófono en la cara de Jason.

—Si realmente es Jason Schuyler, entonces ¿por qué se parece tanto a los chicos Summerland?

—Siempre la gente nos ha confundido en la escuela. Puede ver por qué.

—Ustedes podrían ser trillizos —dijo.

Él asintió, algo sombrío.

—Estoy en casa para visitar a mi familia, que no tiene nada que ver con la boda Summerland. Sólo necesito que todos me dejen algún espacio para visitar a mi gente.

—¿Qué le trae a casa?

Él me miró. Me encogí de hombros.

—Mi padre se está muriendo de cáncer. No le queda mucho tiempo. Pediría que todo el mundo nos diera un poco de espacio para decirle adiós.

—¿Y quién es tu padre?

—Si lo digo, ¿irá a molestarle al hospital?

—Nos gustaría tomar unas fotos de su familia por tener un hijo que se parece mucho a los famosos gemelos Summerland.

—Mi papá se está muriendo. Le quedan semanas. Por favor, se lo ruego, no le atormenten. Por favor.

Alguien gritó desde la multitud:

—¿Quién es la morena?

Jason dio un paso atrás y de repente estuve en el micrófono.

—Soy Anita Blake.

—¿Quién es usted para los Summerlands?

—Nada, aparte de saber del Gobernador Summerland nunca había oído hablar de su familia hasta hoy. Jason Schuyler es… es un buen amigo. —Allí, la primera pausa incómoda. Apuesto a que no sería la última.

Jason puso sus manos sobre mis hombros desde donde se puso de pie a

mi lado.

Los destellos se intensificaron.

Otra voz gritó:

—Oye, tú eres Anita —Jean-Claude Blake, ¿no?

Anita Jean-Claude Blake, que no es marshal federal, Anita Blake, no el verdugo de vampiros, Anita Blake, no, era la novia de Jean-Claude. Magnifico.

—Sí —dije. ¿Quién era para discutir?

—¡Oh, Dios mío, eres Ripley! —Una voz de mujer en la multitud. Ripley era el nombre de Jason para bailar. Y sí, había elegido su nombre artístico debido a la película Alien. Cuando le pregunté por qué, respondió: «Sigourney Weaver es demasiado caliente». Sus más fervientes fans le llamaban Rip para abreviar. Había un admirador entre la prensa. Esto iba a ser bueno, o malo en realidad.

Otras voces preguntaron al reportero:

—¿Quién es Ripley?

Jason se inclinó sobre mis hombros para decir, lo suficientemente alto como para que otros micros lo recogieran:

—Ripley es el nombre con que actúo en el club de Jean-Claude en St. Louis, Placeres Prohibidos.

Un estremecimiento pasó por la prensa que se encogió, casi como si fueran una sola bestia, con una sola piel, que acababa de ser tocada por una mano gigante.

La mujer de la prensa que parecía saber quiénes éramos pasó al primer plano, tenía mejores preguntas.

—Anita, eres la novia de Jean-Claude, ¿verdad?

—Sí —dije, de nuevo, no muy feliz que todos mis propios logros hubieran sido reducidos a ser alguien, nadie, excepto la novia.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí con Ripley, me refiero con Jason?

—Jason dijo que su padre está gravemente enfermo, eso es cierto. Vino a casa para decirle adiós, y yo estoy con él dándole apoyo moral.

—Oh, Dios mío —dijo—, has vuelto a casa para encontrarte con tu familia. Has dejado a Jean-Claude por uno de sus strippers.

Mierda.

—No —dije—, quiero decir, no es lo que piensas, es…

Pero ya era demasiado tarde. Otra especie de frenesí había comenzado.

Estaba simplemente fuera de nuestro control, como una fuerza de la naturaleza.

Los reporteros comenzaron a gritar las respuestas a las preguntas de los demás, como si fueran preguntas para nosotros, pero las respuestas que daban estaban realmente ahogando las nuestras. Fue una de las experiencias más extrañas. Fue un huracán de rumores, y no había forma de detenerlo.

Chuck apareció con los guardias vestidos de civil, y estuve feliz de verles a todos ellos, incluso a Chuck. Nos sacó de la prensa, por el camino de entrada, hacia el interior del hotel. Ni siquiera podía discutir. El taxi no iba a ninguna parte.



CATORCE

Terminamos en una amplia sala al lado del vestíbulo principal que estaba llena de sillas y había un podium. Creo que este era el lugar donde se efectuaban los eventos de prensa.

Había una mujer en una de las sillas. No era tan alta, pero tenía unas largas piernas debido a los tacones de aguja y un traje de diseño. Su cabello castaño estaba recogido en un moño apretado, su rostro estaba maquillado perfectamente pero llevaba demasiada sombra de ojos.

—No se hablará con la prensa a menos que sea a través de mí —dijo.

—Yo no soy uno de los Summerlands —dijo Jason, parecía cansado. No le culpo.

—Él se clavó su propia espada para nosotros, Dubois —dijo uno de los trajeados. Este era mayor, su traje era gris oscuro, sólo un poco más que el pelo. Su cara era lineal, pero era una buena cara. Si se hubiera teñido el pelo no aparentaría su edad. Un traje diferente habría ayudado, también. El

gris no era su color.

Ella le hizo un gesto abrupto.

—Les diste carnaza. El pequeño beso en el callejón fue infantil.

—Ya lo sé —dijo Jason—. Pero Chuck aquí me mandoneó, y yo no soy Keith. No necesito niñera.

—Después de ese beso y la improvisada conferencia de prensa, al infierno si no lo haces —dijo.

—¿Son todos los agentes de prensa tan agradables? —pregunté.

Ella me dirigió una mirada enfadada.

—Y, —señaló con su larga uña pintada hacia mí—. No estás ayudando.

—Soy marshal federal y una caza vampiros. También resucito muertos para ganarme la vida. A quien le interesa a la prensa es a mi novio. No quería discutir con los periodistas. Les dejé hacer preguntas sexuales y no me enfadé ante la cámara. Creo que me comporté admirablemente.

Jason me abrazó con un solo brazo.

—Realmente controlaste tu temperamento. Estoy muy orgulloso de ti.

Le miré de una forma que la señora Dubois parecía mansa. Él hizo una mueca, pero no lo decía en serio.

—Francamente —dije—, me sorprendió demasiado saber qué hacer. He estado ante la prensa con Jean Claude, pero nada como esto.

Dubois parecía haber superado su enfado, porque ella ofreció su mano. A mí, no, a Jason. Se ganó un punto o dos brownies.

—Soy Phyllis Dubois, secretaria de prensa del hotel para la semana de la boda.

Cogí la mano. Fue un apretón firme para una mujer, yo también lo hice.

—Yo soy Anita Blake, y creo que lo que soy hoy en día es la novia de Jason.

—Jean Claude es el maestro vampiro sexy de St. Louis, ¿no? —dijo.

Asentí.

—¿Le dejaste por Jason?

Le miré mal.

—No empieces.

Ella sonrió mostrando un rostro más juvenil, más a tono con la composición de su maquillaje.

—Lo siento, pero si fuera cierto nos podrías ayudar a desviar parte del calor de nuestros chicos.

—Explotarías aún más la historia —dije.

Ella se encogió de hombros, pero elegantemente.

—Es mi trabajo.

—¿Cómo puedo llegar al hospital para ver a mi padre? —preguntó Jason.

—Vamos a poner una limusina, y si es necesario podemos obtener una escolta policial —dijo Dubois.

—¿Por qué? —dijo Jason, inusualmente sospechoso.

Respondió:

—Porque una limusina con escolta policial hará que se disipe parte de la prensa que está dando vueltas desde la noche de la despedida de soltera.

—Realmente me vas echar a los lobos, ¿no?

—Oh, me gustan los lobos —dijo—. Son los periodistas los que me asustan.

Traje gris dijo:

—No creo que haya alguna manera de llegar tranquilamente al hospital. De hecho, hay que enviar a gente por delante para advertir al hospital para que los periodistas no se metan en la habitación del señor Schuyler.

—Bien pensado, Peterson, como siempre. Llama a nuestro enlace en el hospital. Peterson, alias Traje Gris, sacó un teléfono móvil y se fue hacia un lado de la habitación. Al parecer, para tener algo de privacidad para llamar.

Otro teléfono sonaba. Dubois tenía uno en su bolsillo y empezó a hablar por él.

Chuck dijo:

—¿Eres marshal federal?

—Sí —dije.

Me miró de arriba abajo, no como un hombre, me evaluó mirando otras cosas que no tenía nada que ver con el sexo.

—Tienes una pistola en la parte baja de la espalda. Esta de lado no hacia arriba ni hacia bajo, así es casi invisible.

Asentí.

—No te diste cuenta cuando nos conocimos.

—Muy mal —dijo.

—Un descuido —dije.

—No volverá a suceder.

—¿Qué no volverá a suceder?

—No pensaré que eres solo una… novia.

—¿Dudas siempre antes de decir novia, Chuck, realmente que quieres decir?

—No te va a gustar.

—Apuesto a que ya sé la frase que está en la punta de tu lengua, Chuck.

Jason nos estaba observando, como lo hacía cuando la gente estaba haciendo algo que le interesaba o le desconcertaba. Estaba atento y me hablaría de ello más tarde.

Chuck miró a su alrededor, y cuando se dio cuenta de que tanto Dubois como Peterson no podían escucharlo, dijo en voz baja:

—Pedazo de culo y no voy a cometer el error de pensar que eres solo un pedazo de culo.

Asentí.

—Sí, eso es lo que me imaginé que estabas pensando.



QUINCE

Llegamos al hospital en un estilo que incluso Jean Claude no lo podría haber logrado. La ciudad no le habría dado una escolta policial a menos que fuera detenido. Pero nosotros teníamos una en el Hospital San José, con su unidad de trauma casi nueva. La unidad de trauma estaba en el ala Summerland del hospital. Olí a donación increíblemente grande.

Nos llevó un tiempo atravesar la puerta del hospital, había salido varia gente por el sonido de las sirenas y la limusina. El colmo era que teníamos algunos trajeados con nosotros. Peterson estaba al cargo, en lugar de Chuck, iba un paso adelante, pero aún así era un error comprensible por parte de la administración del hospital. Si alguien me hubiera dado dinero suficiente para poner un ala en mi hospital, sería bueno con ellos, también.

En el vestíbulo, mientras estábamos tratando de explicar que Jason no era uno de los gemelos Summerland, vi un retrato. Se trataba de una pintura antigua de un hombre en un traje de paño negro, camisa blanca, cuello

fuerte, y bigote de color castaño claro. Pero debajo de la ropa extraña y el vello facial, era el rostro de Jason.

De hecho, me dirigí hacia el retrato sin querer. Los ojos azules de Jason se quedaron mirándome con expresión severa.

Cuando Jason se puso a mi lado. Miré a él y a la pintura.

—Espeluznante, ¿verdad? —dijo.

—Podrías ser así en pocos años, si te dejaras bigote.

—¿Conoces a Jedediah Summerland? Él era el jefe de la comunidad religiosa que vino aquí para escapar de las tentaciones mundanas. Era un tipo muy egoísta, pero extrañamente una gran cantidad de familias componen sus descendientes, cuando estaba vivo había un montón de niños que se parecían inquietantemente a él.

—Muchos de los líderes del culto parecen tener debilidad por las mujeres —dije.

Él asintió y sonrió.

—Jedediah fue asesinado en realidad por los vampiros. Al parecer, trató de convertirlos al Señor, y no les gustó. Francamente, creo que trató de seducir a una dama no-muerta y pagó el precio.

Se volvió hacia mí, no con una sonrisa, con algo en sus ojos que no podía interpretar bien.

—¿Qué? —pregunté.

—Creo que está conectado con los vampiros de la familia.

Se dio la vuelta, manteniendo la expresión tranquila, por lo que qué estaba pensando, no lo pude saber.

Miré a la cara de la pared. Era el rostro de Jason, pero si el artista había capturado a Jedediah correctamente, no tenía humor en los ojos, la sonrisa de siempre en la esquina de su boca. La misma cara, pero una persona muy diferente.

Peterson se acercó. Contempló el retrato, también.

—El aire familiar es casi inquietante, si no te importa que lo diga.

—No me importa —dijo Jason.

—He resuelto los trámites para que pueda ver a su padre, Sr. Schuyler. Te voy a acompañar con un segundo hombre. El personal del hospital ya ha pillado a dos reporteros tratando de colarse arriba. Les he pedido que preserven la privacidad de su padre. Creo que debe tener la prensa a distancia.

—Gracias —dijo Jason. Todavía estaba mirando el retrato cuando lo

dijo. Se volvió y sonrió a Peterson. Se mostró risueño, volvía a ser Jason.

Peterson parecía casi asustado, y luego le devolvió la sonrisa. Jason tenía ese efecto en las personas.

Jason me tendió la mano, y yo se la cogí. La sonrisa se desvaneció un poco, y su mirada parecía tan intensa como la del retrato.

—Vamos a acabar con esto.

Nos dirigimos hacia el ascensor, ya estaba el administrador del hospital en la puerta del ascensor. Al parecer iba a subir con nosotros. Los ricos y poderosos son realmente diferentes, o por lo menos son mejor tratados.

La mano de Jason estaba un poco caliente al tacto, sin sudor, sin nervios. Era un licántropo, lo que significaba que los nervios pueden provocar el cambio. Tenía muy buen control, pero su temperatura corporal se elevaba con su ansiedad. Eso no era bueno.

Por primera vez me pregunté qué pasaría si Jason cambiara delante de su familia.

Seguramente sabrían que era un hombre lobo. ¿No es así? Los medios de comunicación lo sabrían una vez que buscaran en la web de Placeres Prohibidos. Que no mostraba strippers habituales, porque eran vampiros, u hombres animales, y animales que podían cambiar al verlos. Si los medios de comunicación se interesaban mucho por el tema, tendría que salir de eso.

El administrador estaba hablando con Jason, hablaban tan bajo que no podía oír nada.

Miré al administrador y dije:

—Es muy amable de su parte ayudar a su padre.

—Cualquier amigo del gobernador es un invitado muy especial —dijo ella, sonriendo.

Jason dijo con voz amarga para hacer daño.

—Mi padre no es amigo del gobernador.

La mujer me miró, luego a Peterson.

—Pensé…

—El gobernador consideró que, dado que el Sr. Schuyler, se parece a sus propios hijos, tenía problemas con los medios de comunicación, lo menos que podía hacer era asegurarse de que su padre en sus últimos días no fuera acosado por la prensa.

—El parecido es asombroso —dijo—. Incluso de pie tan cerca de ti juraría que eres uno de los hijos del gobernador.

—Jedediah era un chico ocupado —dijo Jason, en voz baja.

—¿Perdón? —dijo.

Jason negó con la cabeza.

—Nada.

Intenté cambiar de conversación. ¿Cuánto tardaba el ascensor?

—Jason no sabía que los gemelos estaban en la ciudad, por lo que la prensa nos pilló con la guardia baja. Con la boda y todo, resultó difícil. No envidio a los Summerlands si realmente son tratados así por la prensa.

—Esto empeoró desde la candidatura a la presidencia —dijo uno de los trajeados más joven.

Peterson le dirigió una mirada.

La mirada decía con claridad, no hables. El más joven dejó de hablar y se mantuvo en pie lo mejor que pudo muy derecho y listo para desvanecerse en la esquina. No era fácil de hacer al mismo tiempo, pero lo intentó.

—Por supuesto, por supuesto —dijo el administrador.

Las puertas se abrieron, y salimos al pasillo. No importaba lo agradable que fuera el hospital, no dejaba de ser un hospital. Estaba pintado en un color agradable y alegre, pero el olor a antiséptico que utilizaban para tratar de ocultar el olor de la enfermedad, el olor de la muerte, era fuerte. Las dependencias que no tenía ese olor era la sala de maternidad. Es casi como si la muerte realmente tuviera olor, y lo mismo ocurre con la vida. No se puede engañar a la diferencia con un limpiador. La nariz lo sabe, y lo mismo ocurre con la parte del cerebro que no entiende de ascensores y ofertas presidenciales. Esa parte del cerebro de los seres humanos no considera un capricho caminar en posición vertical.

Jason se detuvo en el pasillo. Su mano apretó la mía. Me di cuenta de que el olor sería cien veces más fuerte en su nariz. Incluso en la forma humana los hombres animales podían oler cosas que los seres humanos no podían.

El administrador se detuvo y se volvió.

—La habitación de su padre está en ese pasillo.

En realidad hizo un gesto como si estuviera dirigiéndonos a cualquier lugar. Supongo que trabajando aquí todos los días. Tal vez después de un tiempo no se siente.

Jason me apretó la mano de nuevo, me dio una versión suavizada de su sonrisa y asintió con la cabeza. Nos pusimos a andar hacia donde nos había

señalado. La mano de Jason estaba caliente sobre mi piel.



DIECISEIS

Una mujer apareció en el pasillo, justo por delante de la administradora. La mujer llevaba un traje de color rosa suave y tenía el pelo corto y rubio. Era de nuestra altura. Se giró hacia nosotros, y en el momento en que vi su cara supe que tenía que ser la madre de Jason. Los mismos ojos y pelo, el rostro era diferente, más delgada, la barbilla un poco más en punta, pero los ojos eran como mirar a los ojos de Jason. Pero al igual que la pintura de la planta baja tenían los ojos llenos de desaprobación, sus ojos estaban llenos de preocupación.

Ella vio a Jason, y su rostro se iluminó durante un momento. Sus ojos chasquearon hacia mí, hubo un momento de duda en su rostro, y luego vino hacia nosotros sonriente, estirando los brazos, pero sus ojos nunca perdieron el pensamiento, un pensamiento claro, ¿Es esto una buena idea? Esperaba que su madre nunca hubiera jugado al póquer, ya que habría estado jodida.

Soltó mi mano lo suficiente como para abrazarla. Ella envolvió sus brazos alrededor de él, su mano acariciando la parte de atrás de su pelo cuando ella se separó de él. Ella tiró de su traje, poniéndolo en su lugar, como si lo hubiera desordenado.

—Te ves bien —dijo.

Jason, y se acercó a mí de nuevo. Fui a su mano.

—Esta es Anita Blake. Anita, esta es mi madre, Iris.

Estreché la mano de Iris Schuyler. Era aproximadamente del mismo tamaño que la mía. Su apretón de manos fue un toque desnudo, luego se retiró, como si no diera mucho la mano.

—Estoy haciendo el tonto —dijo ella, y me abrazó. Luché para no estar rígida en el abrazo. No me gustaba ser tocada por extraños. También me preguntaba si iba a notar el arma, pero por suerte me abrazó del mismo modo en que me dio la mano: apenas. Fue un abrazo bien torpe por ambos lados. Hice lo que pude, y encontré el traje perdido en ella, como si hubiera perdido mucho peso recientemente.

—Es un placer conocerla, Sra. Schuyler —dije, así conseguí volver a Jason. A diferencia de su madre, podría mentir con el mejor de ellos.

—Iris, por favor, llámame Iris.

—Entonces llámame Anita —dije.

—Anita —dijo ella, y me tocó otra vez, en el brazo.

Me las arreglé para mantener mi sonrisa, pero estaba un poco tensa. Dios, ¿era su familia una de esas familias delicadas? La familia de Richard era así. Había hecho las paces con el hecho de que la madre de Richard me abrazara y me tocara, pero nunca me gustó. Los hombres se comportaban mejor debido al rol tabú sexual. Pero la madre de Richard y su hermana eran tocadoras. Puaj.

Jason puso su brazo alrededor de mi cintura y me atrajo tensamente contra él. O había notado mi malestar o estaba peor. De cualquier manera, yo estaba bien con ello. Jason tenía permiso para tocarme.

La madre de Jason tomó su mano libre y nos condujo hacia la habitación de la que había salido. No me gustaba que le llevara de la mano como un niño. Pero lo dejé pasar; uno, en realidad no era su novia-novia, y dos, su marido se estaba muriendo, así que tal vez se había ganado el derecho a tomar la mano de su hijo.

Una mujer cuyo pelo era casi tan negro como el mío salió de la habitación. Era alta y de anchos hombros, pero todavía daba la impresión

delicada de huesos. Vestía pantalones vaqueros y una camiseta con algún tipo de consigna en ella. Nos vio y dio un grito de alegría:

—¡Jason!

Lo siguiente que supe, es que ella y Jason se abrazaban. Ella malditamente cerca de él ahogándole en su bonito pecho. La diferencia de altura era considerable, con ella en el extremo alto.

Jason se retiró lo suficiente como para decir:

—Anita, esta es mi hermana Julia.

¿Hermana? Nadie en mi familia abrazaba a su hermano así. Entonces tuve un abrazo de Julia, y me di cuenta de que no era en lo más mínimo sexual. Era una de esas entusiastas abrazadoras. Yo era de la misma altura que Jason, así que tuve una prueba más de lo que quería, de que ella estaba tan bien dotada como yo. Querido Dios, incluso la familia de Richard no tenía este toque sentimental.

Jason se rió y me rescató.

—Déjala respirar, hermanita.

Julia retrocedió, pero mantuvo un brazo alrededor de mis hombros.

—Es tan bueno verte, hermano pequeño. Y no creo que hayas traído a una chica a casa si no ibas en serio. —Me abrazó de nuevo, un poco menos furiosa, pero estaba realmente pensando cómo alejarme de ella.

Su camisa decía Browning y Schuyler Gardening Center con unas pocas plantas hechas en línea de arte. La camisa era de un tono amarillo que la mayoría de la gente no podía haber usado, pero se veía muy bien con su tez, y muy bien con su bronceado de verano. Parecía como si tuviera un tostado casi tan oscuro como la familia de Richard, y tuviera a los indios americanos en su fondo.

Me pregunté si Julia era una media hermana.

—¿Trabajas en el centro de jardinería? —pregunté, con la esperanza de distraerla de los abrazos.

—Yo y mi esposo, Brian. Está cuidando la tienda para que pueda venir a visitar a papá. —El sol se perdió un poco de sus grandes ojos castaños. Era como ver una flor hundiéndose por falta de agua. Sólo sabía que si algunas buenas noticias venían pronto habría refuerzos.

—Vamos, Anita, vamos, hermana —dijo Jason riendo. Tomó mi mano y me llevó lejos de su hermana.

Ella le esbozó una sonrisa. Conocía esa sonrisa. Era un rostro totalmente diferente, pero la sonrisa, era la de Jason.

Deslicé un brazo alrededor de la cintura familiar de Jason con una sensación de alivio. Extraños abrazándome a mí, aah.

—Hola, Jason. —Una mujer que se parecía demasiado a Julia como para no ser otra hermana, se paró en la puerta. Llevaba un traje de falda azul marino de negocios con un pañuelo blanco. Una especie de versión más conservadora de lo que yo llevaba puesto. Pero sin embargo, apostaba a que no llevaba una pistola debajo de ella.

—Roberta, hola. Esta es Anita. —Me llevó hacia delante, y ella se trasladó a nuestro encuentro. Me tensé por otro abrazo, pero me ofreció una mano en su lugar.

Ella tenía un firme, pero no demasiado fuerte apretón de manos. Se sentía como si diera la mano un montón. Le di una sonrisa, agradecida de que no me hubiera tocado más.

El conservador pero agradable maquillaje hacía que sus ojos marrones dominaran su cara. Era su mejor característica. Donde Julia tenía una delicadeza en su altura, Roberta era alta. Los huesos de su cara eran demasiado cuadrados para la belleza. Había hecho bien con el tipo de maquillaje para tallar la cara que quería que vieras. Era atractiva, pero era una belleza casi masculina, a falta de una palabra mejor.

Donde el pelo de Julia había sido descuidadamente cortado justo por encima de los hombros, el de Roberta fue diseñado cuidadosamente pasando sus hombros.

—¿Eres realmente su novia? —preguntó.

Me quedé mirándola con asombro.

—¿Por qué lo preguntas?

Iris se acercó, tocando el brazo de Roberta.

—No seas grosera.

—No, no quiero a papá molesto. —Volvió los ojos hacia mí—. ¿Eres realmente la novia de Jason, o simplemente alguien que ha traído aquí porque mamá entró en pánico?

Miré a Jason. Estaba tratando de encontrar la manera de responder a esa pregunta y no mentir. Supongo que simplemente no esperaba que nadie fuera audaz al respecto.

—¿Acostumbras a traer a casa a las mujeres que no son tu novia?

—Traje a casa a unos pocos compañeros de mierda, pero aparte de eso, no.

—Jason —dijo su madre, en ese tono que las madres tienen que te

permite saber que has sido malo.

—¿Por qué eres mala, Bobbi? —preguntó Julia.

—Mi nombre es Roberta —dijo ella, como si estuviera diciendo mucho —, y no estoy siendo mala. Sólo quiero ser clara. Papá sabrá si estás mintiendo, Jason, y eso le molesta más que la verdad.

El administrador sacudió escasamente algunas manos, yendo hacia el ascensor. Peterson y el trajeado tomaron puestos en el pasillo. El joven trajeado parecía que había tomado más bien el ascensor con la administradora. Peterson tenía una gran cara en blanco; el pan de cada día.

Los ojos oscuros de Roberta miraron a los hombres, entonces de nuevo a Jason. Por fin tienes tus propios guardias, al igual que el resto de los Summerlands.

—Roberta —dijo Iris como si significara algo. Esa única palabra rompió en el repentino silencio con más fuerza de lo que pensaba que la señora Schuyler tenía en ella. Bajo ese exterior delicado había un pedazo más duro. Bueno saberlo.

Roberta le dio a su madre una mirada casi tan enfadada como el que ella destellaba a Jason. Estaba empezando a pensar que Roberta sólo quería estar enfadada con alguien, con cualquiera. A veces el dolor te hace esto, atacar objetivos al azar.

—Dile a papá la verdad, Jason —dijo con una voz más suave, pero firme aún.

—¿Y cuál es la verdad, Roberta? —preguntó Jason, su voz era plana y poco amistosa. No sé si alguna vez había oído su voz así. No había amor perdido entre él y esta hermana.

—Eres gay, Jason.

Él se echó a reír, pero no como si fuera gracioso.

—Tú y papá habéis creído esto desde la escuela secundaria. No sé por qué, pero lo habéis hecho. Mamá dice: vuelve a casa, lleva una novia, si tienes una, así tu padre puede morir en paz. No le puedes dejar morir pensando que su único hijo es maricón, ¿verdad?

—Apenas acabas de admitirlo.

Levanté una mano.

—¿Puedo decir algo aquí?

Jason dijo:

—Sí.

—Ella dijo:

—No.

—Sí —dijo Jason con más vehemencia.

—Soy una muy buena amiga, Roberta. Tu madre le llamó ayer. Dejé todo para subir a un avión y venir aquí con Jason. No haría eso si no fuera importante para mí.

Ella me dirigió una mirada malditamente cerca a la rabia. No tenía ni idea de dónde venía esa ira.

—Él siempre ha tenido un montón de novias brujas maricas.

Iris y Julia dijeron:

—¡Roberta!

Le miré con la boca abierta por un segundo.

—Gracias, Bobbi, te quiero tanto como tú me amas —dijo Jason.

Ella giró la mirada llena de rabia hacia Jason.

—Sé que te has acostado con chicas en la escuela secundaria, pero también sé que dormías con chicos. Eso te hace gay, Jason.

—Técnicamente, eso me haría bisexual, Bobbi. ¿Podríais tú o papá decirme por qué estáis convencidos de que dormía con chicos en la escuela secundaria?

—Te vi.

—Una noche, crees que me viste, y se lo dijiste a papá, quien siempre pensó que era gay de todos modos. Te lo dije entonces y te lo digo ahora, yo no estaba allí. No sé qué o a quién creíste ver, pero yo no estaba con nadie.

—¿Quién? Sólo dime quién, y tal vez te creeré.

—Le prometí que nadie lo sabría nunca, y cumpliré mi palabra.

—Que conveniente. Sé lo que vi.

La mano de Jason comenzó a frotar una y otra vez mi cadera, suavemente. Lo estaba haciendo para consolarse a sí mismo, como todos los licántropos hacen. La Browning en la parte baja de la espalda le obligaba a poner la mano lo suficientemente abajo como para tocar mi cadera. Mi cintura estaba ocupada por el arma.

—Tócala todo lo que quieras en público, no cambia la verdad.

—Mira —dije—, no sé cuál es el problema de la familia en que he entrado, pero Jason y yo somos amantes.

—¿Y cuántos hombres estás compartiendo con él?

—Ninguno —dije.

Ella le dio a Jason una mirada fulminante.

—La tienes engañada.

Julia se interpuso entre ellos en ese punto.

—Bobbi, detente. Sé que estás herida por lo de papá, pero perjudicar a Jason no lo salvará.

Roberta apartó la mirada de nosotros. Ella negó con la cabeza.

—Tengo que salir de aquí. —Se fue, no por el ascensor, sino por el pasillo. La vimos caminar alrededor de la esquina fuera de la vista.

—Lo siento mucho, Anita —dijo Iris.

Julia abrazó a Jason.

—Creo que ella es tu novia.

—Gracias, pero estoy apostando a que papá estará de acuerdo con Bobbi.

Julia le abrazó un poco más fuerte, pero su rostro mostraba el mismo pensamiento. Julia, como su madre, habría jugado al póker en cualquier día de la semana.

Roberta, no estaba segura de eso todavía.

Una voz profunda provenía de la puerta abierta.

—Si vais a discutir, lo hacéis donde lo puedo ver.

Jason suspiró y se apoyó contra mí. Puso su cara en mi cuello. Aspiró el olor de mi piel, la forma de obtener un último aliento de oxígeno antes de sumergirse en las profundidades.

Iris iba delante de nosotros, diciendo:

—Frank, se amable.

Estaba apostando a que Bobbi se parecía a su padre. Diversión, diversión, diversión.



DIECISIETE

Frank Schuyler ocupaba la mayor parte de la cama, de modo que sus pies parecían estar varados sobre el borde de la misma, como si no hubieran sido capaces de encontrar nada lo suficientemente grande como para adaptarlo a él. Incluso acostado tenía, obviamente, más de seis pies. Pero el cáncer le había dejado casi nada más que la altura. Los huesos fuertes de su rostro que había mostrado la cara de Roberta eran prominentes en la forma que los esqueletos lo son. Sus ojos eran profundas cuevas marrón, hundidos. Aún tenía la cabeza llena de pelo negro y un bigote muy oscuro. Al parecer, ya había rechazado la quimioterapia o no habían encontrado el cáncer a tiempo para que valiera la pena.

Estaba conectado a tubos en los brazos y la nariz. El olor de la muerte era pesado, pero no peor que en el pasillo. Lo que lo estaba matando no había tomado toda su dignidad, aún no por lo menos.

—Jason ha venido de visita, y trajo a su novia, ¿no es agradable? —Iris

suspiró feliz, pero sonó tensa.

—Hola, papá —dijo Jason con voz plana.

—¿Por qué has venido? —preguntó su padre.

Jason dio un apretón más fuerte en mi mano.

—Mamá me pidió que viniera. —Su voz seguía siendo cuidadosa.

—No tienes que sostener a la muchacha tan fuerte —dijo el hombre en la cama, con una voz que era tan profunda que era casi doloroso escuchar —. No tienes que fingir para mí, Jason. —Su voz era mucho menos hostil que sus ojos. Tal vez no podía ayudar a sus ojos.

Jason soltó mi mano y puso su brazo alrededor de mi cintura, una mano en la cadera por debajo de la pistola. Recorrí mi mano hacia atrás y adelante de su costado debajo de su chaqueta, tratando de darle toda la comodidad que podía.

—Sostendré a Anita de cualquier manera que me guste.

—Roberta tiene razón, muchacho, puedes tocar a la chica todo lo que quieras en público. Es lo que hacen en privado lo que importa.

—¿Qué crees que estoy haciendo en privado que no hago en público… papá? —preguntó Jason, en voz baja.

—Tu madre te dijo que trajeras a una chica a casa para que pudiera morir feliz pensando que mi hijo no es sólo… —se detuvo como si no estuviera seguro de con qué palabra terminar la frase.

—¿Un qué? —dijo Jason, todavía suave, pero con un borde de ira en la misma. Su energía sobrenatural comenzaba a deslizarse a lo largo de mi piel cuando le toqué.

No era bueno.

—Una fruta —dijo Frank.

—Una fruta —dije, y luché por no reír. Fue uno de esos momentos cuando la tensión es demasiado alta y deseas reír.

Me miró como si sólo hubiera aparecido.

—Lo siento —dije.

—¿Crees que es gracioso que mi esposa le diga que te traiga y me mienta? Me mienta en mi lecho de muerte, ¿crees que es divertido?

Pegué la cabeza contra Jason.

—¿Qué quieres que haga?

—Sé tú misma.

Me alejé lo suficiente como para mirarle.

—¿Estás seguro?

Él sonrió.

—Positivo.

Me encogí de hombros, todavía con su brazo a mi alrededor. Miré de nuevo al hombre en la cama. Traté de pensar en una manera cortés de comenzar.

—Creo que es gracioso que usted piense que Jason es gay.

—Tú colgando sobre él no cambia que es un homo.

—Fruta, homo, ¿no puede decir homosexual?

—Si te gusta esa palabra más, nena, está bien. Es un homosexual.

Su madre se había acercado a la cama, pero no a él. Se movía en algún lugar entre su marido y su hijo. Tenía la sensación de que había pasado mucho de la vida de Jason así.

—Creo que estoy en una mejor posición para saber las preferencias sexuales de Jason que usted, Sr. Schuyler. —Ahí, había sido cortés.

—Papá —dijo Julia cerca de la puerta—, Jason trajo aquí a Anita para cumplir, ¿no te dice eso algo?

—Me dice que va a mentir por él.

Jason se alejó lo suficiente para sostener sólo mi mano. Él me llevó hacia la puerta.

—Vamos, Anita.

—No —dijo Iris, tomando su otra mano.

—Papá —dijo Julia—, vino todo el camino hasta aquí. Los dos abandonaron el trabajo y todo para venir aquí. Hay que ser agradables.

—Me estoy muriendo, Julia, no tengo tiempo para ser amable. Quiero que mi hijo sea un hombre, y él no va a serlo.

Jason giró los hombros como si hubiera recibido un golpe. Eso fue todo, el colmo. Este camello no estaba tomando ninguna mierda de nadie más, ni siquiera al morir.

Mantuve la mano de Jason, pero me volví hacia la cama.

—Jason es un hombre mejor que usted, Sr. Schuyler.

Esos ojos cavernosos me miraron.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eso significa que un hombre es cortés. Un hombre de verdad es bueno. Un hombre de verdad ama a su familia y los trata como a seres humanos.

—Me estoy muriendo, me he ganado el derecho a ser un hijo de puta.

—Apuesto a que siempre ha sido un hijo de puta cruel.

Una mirada que no sabía leer se apoderó de su rostro.

—No soy un hijo de puta.

—Oh, creo que lo eres. Así que se está muriendo, ¿y qué coño? Todos nos estamos muriendo, Sr. Schuyler, acaba de saber su momento de estirar la pata y en qué medida le pasará factura.

—Saca a tu pequeña amiga furcia de aquí. Poner una cruz alrededor de su cuello no cambia lo que es —dijo.

La mano de Jason se tensó en la mía, me atrajo un poco hacia atrás. Debí de haber avanzado hacia la cama sin darme cuenta. Me habían dicho que llevar una cruz estaba mal porque resucito a los muertos, pero no porque fuera una puta. Fue un nuevo insulto. No me gusta mucho.

—No deberías haber dicho eso —dijo Jason.

—¿Furcia quiere decir lo que creo que significa? —pregunté.

—Sí, te llamó puta —dijo Jason. No podía leer su tono, pero no estaba enfadado exactamente, más bien sorprendido, como si incluso para su padre hubiera sido demasiado.

Julia e Iris estaban de pie boquiabiertas, como si también les sorprendieran demasiado como para saber qué decir.

—Franklin —dijo la señora Schuyler, finalmente, con voz entrecortada, insegura.

—Ser stripper es sólo un escalón por encima de puta —dijo, totalmente sin arrepentimiento.

—Así que ahora soy un homosexual y una prostituta —dijo Jason. No parecía enfadado, más bien cansado.

—Si el zapato ajusta —dijo su padre.

—Franklin, no lo hace.

—Tú le dijiste que me mintiera, Iris. Le dijiste que trajera a su amiga la pequeña stripper, así me iba a morir en paz. Es un hada de mierda y cebo de ataúd de mierda para rematar.

Jason se dio la vuelta, la energía sobrenatural se detuvo, como si hubiera puesto algún gran escudo que cortara todo. La energía peluda, la emoción, todo. Él se cerró.

Sostuve su mano, le mantuve en la habitación.

—Si caminas fuera de esta sala, será cierto.

—Ya lo sé —dijo en voz baja.

—¿Si se termina, podemos salir con un golpe en lugar de un gemido?

Me miró, estudiando mi cara. Luego asintió.

—¿Por qué no?

Le sonreí, y sabía que era esa sonrisa, la más desagradable. La que solía asustarme en el espejo, pero me había acostumbrado a ella. Sabía que estaba ahí ahora. Di la vuelta a la cama y al hombre en ella.

—Algunos de mis mejores amigos son strippers, Sr. Schuyler, gente que quiero, incluso. Así que no es el insulto que usted quiere que sea. Soy Marshal Federal, Anita Blake. —Dejé ir la mano de Jason para que pudiera sacar la tarjeta de identificación de mi bolsillo con la mano izquierda. Me moví lo suficientemente cerca de la cama para que él la viera.

—No lo creo.

Guardé nuevamente la placa y me quité la manga izquierda de la chaqueta para que pudiera mostrarle la peor de mis cicatrices de trabajo.

—El tejido de la cicatriz en la clavícula es donde un vampiro me royó. Los doctores pensaron que podría perder el uso de mi brazo. La cruz en forma de quemadura es de algunos siervos humanos que pensaron que sería divertido para un cazador de vampiros tener una cicatriz igual que un vampiro. Las marcas de garras son de una bruja cambiaformas.

—Así que eres uno de los marshals federales que cazan vampiros.

—Sí, lo soy.

—Sabes que se está tirando al maestro vampiro de St. Louis.

—En realidad, sé que no lo hace. Jean-Claude obtiene un montón de gente que cree que está durmiendo con alguien que ha sido visto con él en público. Una de las desventajas de ser un hombre hermoso, supongo.

Esas cuevas de color marrón oscuro de sus ojos me miraron.

—¿Me estás diciendo que no le da sangre?

—Pensé que estábamos hablando de sexo.

—Es lo mismo.

—Si usted piensa que la extracción de sangre es lo misma que el sexo, Sr. Schuyler, entonces usted es el perverso, no cualquiera de nosotros.

Iris dijo:

—Anita, —como si fuera mi madre y ese tono nunca lo hubiera escuchado en mí.

Él dijo:

—No, no, no la detengas, yo empecé. —Él me miró—. Pero tú lo terminarás, ¿no?

—¡Malditamente seguro que lo haré! —dije.

Él sonrió, sólo un poco.

—¿Eres muy amiga de mi hijo?

—¿Qué tengo que hacer para demostrarle a usted y a su otra hermana que estamos saliendo? Estamos enamorados y somos amigos, así que supongo que eso me convierte en su novia. La palabra suena un poco de secundaria, ¿no le parece?

Él sonrió de nuevo.

—Supongo que sí. —Extendió la mano como si fuera a tocar las cicatrices, luego vaciló. Él no era el primero en querer tocarlas. Me acerqué para que pudiera.

Su mano era muy áspera, como si su trabajo diario hubiera sido algo con sus manos. Hubo un grito detrás de mí. Me giré y encontré a la Sra. Schuyler con la mano a la boca y los ojos un poco sorprendidos.

Jason se trasladó hasta levantar mi chaqueta en su lugar.

—Vio la pistola.

—El arma —dijo Julia.

Jason me ayudó con mi chaqueta, y las cicatrices fueron invisibles otra vez. Bueno, excepto por la de la palma de mi mano derecha. Era una cicatriz más pequeña de quemadura en forma de cruz. La primera la tengo porque un vampiro muy grande y malo estaba tratando de poseerme y alguien empujó una cruz en mi mano. El vampiro no se había rendido hasta que la cruz se había hundido en mi carne.

—No voy a ninguna parte sin armas —dije en voz baja.

Jason me besó en la mejilla, y me moví para atrás para estar con él.

—Voy a llevar a Anita de regreso al hotel. Nos iremos por la mañana.

—Quédate un día o dos —dijo su padre, llanamente, casi sin emoción. Pero las otras dos mujeres en la sala estaban tensas, como si esa pequeña declaración significara más de lo que pensaba. Jason puso su cara junto a mi cuello y respiró el olor de mi piel otra vez, como si necesitara otro toque. Sentí que usó el tacto y aroma para ayudar a que su voz fuera tranquila cuando dijo:

—No nos iremos mañana, pero más allá de eso, tendré que verlo. Los dos tenemos trabajo.

—Te veré mañana —dijo su padre.

Jason asintió.

—Supongo que lo harás.

Fuimos a la puerta. Su padre dijo:

—Me alegra ver que te cortaste el pelo.

Jason miró hacia atrás, y no era una mirada amistosa.

—Si hubiera sabido que iba a venir a casa, lo habría dejado crecer de nuevo.

—Porque sabes que me gusta corto.

—No, porque cuando está largo te parezco demasiado bonito para ser un chico. A Anita le gusta el pelo largo.

—¿Entonces por qué te lo has cortado? —preguntó a su padre.

—Para un cambio. Nos vemos mañana, papá.

—Voy a estar aquí.

Su madre empezó a seguirnos, pero su padre dijo:

—Iris, —en un tono que llamó a su espalda.

Ella nos saludó, y se despidió:

—Adiós… Te amo. —Jason no respondió.

Julia nos siguió y nos abrazó a ambos a fondo. Jason la abrazó de vuelta, hice mi mejor esfuerzo.

Peterson y Trajeado llegaron en línea rodeándonos. Jason pasó mi brazo izquierdo a través de él para que pudiera tocar mi mano y el brazo con sus manos. Subió con fría calma en el ascensor que iba hacia abajo al vestíbulo, y con la calma más perfecta se metió en la limusina.

Peterson cerró la puerta. Estábamos solos. Jason se sostuvo hasta que el motor se encendió, y luego sus hombros comenzaron a temblar. Puso las manos delante de su cara y lloró. Lloró con todo su cuerpo, temblando, temblando.

Le toqué el hombro, y se estremeció. Lo intenté una vez más y cayó de lado en mi regazo, para que le sostuviera, mientras lloraba. Le tenía, mientras lloraba en enormes espasmos atormentados, pero no era fuerte. Su cuerpo se sentía como si estuviera cada vez más desgarrado por el dolor, pero no se notaba. Lloró como alguien que había sido enseñado a no atraer demasiado la atención con su dolor. Demasiado ruido y vienen a buscarte, para averiguar por qué las lágrimas.

Llámalo una corazonada, pero estaba apostando a que Franklin Schuyler creía que los muchachos no debían llorar, sobre todo su muy pequeño, muy bonito, muy diferente hijo.



DIECIOCHO

Las lágrimas comenzaron a disminuir y, finalmente, sólo se quedó en mi regazo, muy quieto, como si las lágrimas le hubieran vaciado de todo. Le acaricié el pelo, haciendo ese sonido que hacen cuando se sabe que el dolor es tan grande que nada se puede hacer para solucionarlo. El suave —Está bien, cuando se sabe que no está bien, y nunca volverá a estarlo, y tal vez nunca lo había estado.

Peterson nos abrió la puerta. Jason se limpió la cara y se sentó. Si hubiera sido una mujer habría preguntado si se veía como si hubiera estado llorando, pero era un hombre, y no preguntó. Salimos de la mano de nuevo. Nos habían llevado por todo el garaje de nuevo. No me había dado cuenta. El mundo se había reducido al hombre en mi regazo y su dolor.

Peterson nos condujo hasta la escalera de servicio, lo que significaba que había probablemente un verdadero caso Summerland de interés periodístico en el vestíbulo. Me parece muy bien, había tenido suficiente

circo por un tiempo. Estaba lista para un poco de pan.

Peterson y Trajeado esperaron a que abriera la puerta con la pequeña llave de tarjeta. Esperaron hasta que estuvimos dentro de la habitación. Medio esperaba que comprobaran que la habitación era segura, pero resistí el impulso. Intimidación para ellos.

—Gracias —dije.

Peterson me entregó una tarjeta de visita.

—Si tienen más incidentes con la prensa, llámenos. Va a ser un desastre aquí esta semana. Es muy lamentable que su amigo y su padre se vayan a quedar atrapados en ella. El gobernador es muy serio en que la ayuda se mantenga en la sombra.

—Aprecio el esfuerzo, Sr. Peterson.

—Es mi trabajo, Srta. Blake.

Asentí.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Cerré la puerta, eché llave, y puse el bloqueo de barra sobre la puerta en la parte superior. Siempre aseguraba todo. Sí, la mayoría de las cosas que cazaba podían atravesar una puerta sin ningún problema, pero nunca se sabe, algunos malos eran sólo humanos.

No me esperaba esta noche a los chicos malos, pero no había esperado la necesidad del arma hoy tampoco. Y la había traído de todos modos.

Jason se había ido al baño y cerró la puerta. Oí el agua corriendo. Casi le dejo solo, pero me estaba muriendo de hambre. Llamé a la puerta.

El agua se detuvo.

—Sí.

—Quiero pedir algún servicio de habitaciones, ¿qué quieres?

—No tengo hambre.

—Tienes que comer, Jason. —No sólo era el normal tener que comer. Los hombres animales tenían un mejor control de su bestia si sus estómagos estaban llenos. Un hambre alimenta a la otra, y un vacío llama a otro.

—Nada va a sonar bien para mí, Anita.

—Ya lo sé. —Apoyé la frente contra la puerta—. Lo siento, Jason.

Le oí en la puerta, y me alejé lo suficiente para que abriera sin tropezar conmigo.

—¿Lo sientes por qué?

—Porque tu padre sea tan terrible, supongo.

Me dio una sonrisa que era tan amarga que dañó mi corazón al verlo.

—Ha sido terrible para mí toda mi vida. Supongo que pensé, que ahora que se está muriendo, íbamos a tener ese momento de Hallmark, pero no va a suceder, ¿verdad?

No sabía qué decir, excepto:

—No lo creo.

—Le gustaste, sin embargo. Eso me sorprendió.

—¿Por qué?

—A él le gusta mamá toda suavidad y —si, querido. La que más le gusta de las chicas es Roberta porque siempre está de acuerdo con él. Pero le gustó que lo enfrentaras.

Me encogí de hombros.

—Mi encanto especial, supongo.

Me sonrió.

—¿Así es como lo llaman en estos días? —Pasó por delante de mí en la habitación.

Fruncí el ceño a sus espaldas.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eso significa que tocaba tus cicatrices.

—Mucha gente está fascinada por ellas.

—No, no lo están. Las ignoran y pretenden que no están ahí. O las miran fijamente, pero no quieren. Tus cicatrices avergüenzan a la gente, los hacen sentir incómodos.

—Trato de ignorar todo eso —dije.

—Sí, pero son tus cicatrices, por lo que te molesta. Yo sólo consigo ver las reacciones de la gente. —Se quitó la corbata y la tiró al suelo.

Me encogí de hombros.

—No sabía que estabas tan interesado en cómo la gente reacciona a mis cicatrices.

Me sonrió mientras se quitaba la chaqueta.

—Me gusta observar a la gente, ya lo sabes.

—Todos los hombres animales lo hacen, siempre he pensado que era la misma forma que un león ve una manada de gacelas. Ya sabes, busca el eslabón más débil.

Sacudió la cabeza y comenzó a desabrocharse la camisa.

—Siempre me ha gustado ver a la gente, una vez pensé en ser actor.

Recogemos gestos como otras personas coleccionan sellos.

Pensé en ello.

—Supongo que tiene sentido.

—Tenías los tacones altos fuera en el momento en que cruzamos la puerta la última vez. Ponte cómoda.

Parecía la semana pasada cuando había estado por primera vez en la habitación. Estaba agotada de toda la mierda familiar que había presenciado. Jason parecía estar bien, como si el llanto en el coche no hubiera pasado. Tenía un pequeño hueco alrededor de los ojos, pero aparte de eso pareció volver a ser el mismo de siempre.

Sabía que era mentira, tenía que serlo. Hacía que me preguntara con qué frecuencia Jason ocultaba su confusión emocional de regreso a St. Louis. Si era tan bueno en ello, podría estar escondiendo la forma en que realmente sentía todo el tiempo.

—¿Qué? —preguntó. Su camisa estaba abierta en la parte delantera, con sólo los puños franceses con sus gemelos de oro del lado izquierdo para quitar.

—Me pregunto cuantas veces haces esto en St. Louis.

—¿Hacer qué? —preguntó.

—Pretender que todo está bien cuando en el interior no lo está.

Sus ojos azules se endurecieron, y un poco de la tensión se mostró en su rostro, pero sólo por un instante. Entonces me sonrió, y llenó su boca arriba todo el camino hasta sus ojos.

—Voy a comer si tú lo haces. —Él se movió cerca de mí. Y así no más, quise alejarme de él. No había hecho nada, realmente. Su expresión seguía siendo agradable. Pero había una promesa en la forma en que se quedó allí que me hizo sentir incómoda.

—Voy a comer porque tienes razón —dijo—. No necesito tener hambre cuando estoy teniendo tanto… —me tocó la cara—, estrés.

El roce de las puntas de sus dedos me hizo estremecer. Cerré los ojos, sin saber si los estaba cerrando para mantener la sensación más cercana, o porque no podía ver su rostro. Sus ojos no sonreían ya. Tenían algo demasiado adulto, demasiado real, demasiado… incómodo.

Su mano se deslizó a lo largo de la curva de mi mandíbula, acunó mi cara. Me besó, y conmigo sin tacones era un poco más alto. Se sentía lo suficientemente diferente como para hacerme abrir los ojos. De repente estaba mirando sus ojos a pulgadas de distancia.

—Te ves sorprendida —dijo, con voz suave.

Tuve que tragar antes de que pudiera decir en una voz que era extrañamente entrecortada:

—Supongo que lo estoy.

—¿Por qué? Nos hemos besado antes.

Me miró a la cara. No podía ponerlo en palabras, pero… me lamí los labios repentinamente secos y susurré:

—No lo sé.

—Te ves… casi asustada —dijo, y fue casi un susurro, también.

Me alejé de él, lo suficientemente lejos para que no pudiera tocarme. Que era lo mejor.

Inclinó su cabeza hacia un lado y me miró.

—Estás nerviosa —dijo, y sonó sorprendido.

Me dirigí a la pequeña zona de estar, a un lado de la habitación, con su silla otomana. Me senté y no le miré cuando me quité los zapatos y los puse al lado de la silla.

—Háblame, Anita —dijo.

—Vamos a pedir la comida —dije.

Él vino y se arrodilló delante de mí. Su camisa todavía se sostenía en su lugar sólo por los puños franceses. La camisa se extendió alrededor de la extensión suave de su pecho, los músculos de su estómago se contrajeron cuando se arrodilló.

Desvié la mirada y comencé a levantarme. Puso su mano sobre mi muñeca. Mi pulso se aceleró bajo su tacto. Me puse de pie y quedé atrapada entre Jason y la otomana. Empecé a caer hacia atrás. Se trasladó en uno de esos increíbles demasiado rápido-para-ver-el-movimiento. Y de pronto estaba de pie, sosteniendo mis muñecas, tirando de mí hacia adelante. Terminé cayendo en su cuerpo, y él me cogió por la cintura. Teníamos la misma altura otra vez sin los tacones.

Me quedé mirándole fijamente a la cara, el contacto visual era demasiado íntimo, muy íntimo. Le empujé, casi luché para escapar.

Me dejó ir, pero dijo:

—¿Qué hay de malo?

Abrí la boca, la cerré, respiré hondo, otro, y finalmente dije:

—No estoy segura.

—Mentirosa —dijo.

Frunciré el ceño.

—No estoy mintiendo.

—Normalmente, no puedo decir cuando estás mintiendo. Ni siquiera hueles como si estuvieras mintiendo, pero tu pulso se ha acelerado, y tus ojos lo han mostrado. ¿Qué pasa, Anita? Por favor, háblame.

—Vamos a pedir la comida primero y después, mientras esperamos, trataré de explicártelo.

—Quieres tiempo para organizar tus pensamientos. —Él lo hizo una declaración.

—Sí —dije.

Él asintió.

—Bueno, vamos a encontrar al servicio de habitaciones. —Su rostro estaba cuidadosamente cerrado. Él no me necesitaba toda rara ahora. Se suponía que debía ser su refugio mientras estábamos aquí, y lo estaba arruinando.

Se acercó a la mesa de al lado de la habitación y encontró el menú en la parte superior de la misma. La abrió sin mirarme de nuevo. Pero era demasiado buen amigo para mí, no para ver cómo sostenía sus hombros. La línea de su cuerpo me decía que estaba infeliz. Mierda.

Sabía lo que estaba mal, mi propio argumento extraño interno sobre el sexo. Nathaniel me ayudó a aliviarme, al igual que Micah, y Jean-Claude. Incluso Jason me había ayudado a hacer frente a algunos de mis temas sobre Nathaniel cuando estaba todavía tratando de no ser su amante. Pero a pesar de que Jason podría ayudar hablando conmigo a través de problemas con otros hombres en mi vida, Jason nunca había tratado de hablar a través de cuestiones acerca de él. No sabía que tenía algún problema con Jason. Pero tenía uno.

Me encantaba Jason. De este modo amigo, sí, pero vivía en esa arista emocional para mí. Ese borde que se sentía familiar. El borde en el que Nathaniel había vivido durante un tiempo. El borde en el que Asher había vivido. Había otros hombres que eran más frecuentes en mi cama, pero ninguno de ellos estaba tan cerca de ese momento emocional. El amor, ya sea de amistad o más, es como una taza. Se llena gota a gota, hasta que la última gota cae y el vaso está lleno. El líquido cuelga allí casi por encima del borde, cuelga en la tensión superficial sola, y puedes sentir que una gota más y se derramará. La primera vez, no había tenido conocimiento del proceso, pero había tenido que pasar demasiadas veces ya. No podía permitirme otro derrame. No podía permitirme otro hombre en mi vida, no

así.

¿Podría no saber la diferencia? ¿Era eso? ¿Estaba tan confundida acerca del sexo y el amor que sin Nathaniel u otra persona, no podía decir la diferencia entre querer a un hombre por lujuria, y quererlo por amor? Tal vez, tal vez. Dios me ayude, no lo sabía.

—Sé lo que quiero —dijo Jason. Me ofreció el menú. Lo tomé, tratando de no mirarle. Tratando de no dejarle leer lo que estaba en mis ojos.

Él sabía lo que quería. Ojalá que yo también, demonios.



DIECINUEVE

Jason llamó para pedir la comida: Pollo César a la parrilla para él y sándwich de pollo a la parrilla para mí. Él tuvo que discutir con ellos para asegurarse de que no pusieran un poco de queso o salsa rara en mi sándwich. ¿Quién demonios pone queso azul en el pollo? Se sentó en la cama, finalmente deshizo los gemelos y se quitó la camisa. Siguió con sus calcetines y caminó alrededor con los pies descalzos por unos momentos antes de que rebotara en la cama y dijera:

—Ahora, habla conmigo.

Me levanté, caminé hacia el armario, y puse mi chaqueta en una percha, mientras trataba de encontrar la manera de empezar.

—Nunca he tenido relaciones sexuales contigo cuando nos quedamos solos, excepto cuando tenía que alimentar el *ardeur*.

—Bueno, supongo que es verdad.

Me di vuelta y le miré. Estaba descansando en la cama, apoyado en un

codo. Admití que me parecía muy lindo allí tendido. No quería admitirlo.

Contrólate Anita, pensé. Me obligué a caminar hacia la cama y me senté en la esquina para poder deshacerme de las medias. Tuve que levantar mi falda para llegar a ellas, también se sentía demasiado íntimo. Mis dedos se sentían torpes cuando trataba de deshacer las ligas.

—Deja las medias —dijo.

Le miré, y no sé qué mirada estaba en mi cara, pero lo que sea le hizo salir de la cama y venir a mí sobre sus rodillas.

—Anita, ¿qué es lo que está mal? Dios, te ves como si te fuera a atacar o algo. No puedes tener miedo de mí. Soy Jason, sólo Jason.

Dejé de jugar con las ligas, y traté con la verdad. Siempre había verdad entre Jason y yo. Era una de las razones por las que éramos amigos.

—Tengo miedo de lo que siento por ti.

Me dio una mirada que no supe leer, y se recostó sobre sus rodillas otra vez, con ellas todo lo que pudo, por lo que los músculos de su estómago se contrajeron de nuevo. Me di cuenta de que era una posición que él utilizaba mucho en el escenario. O bien era cómodo, o un hábito.

—No sé lo que estás tratando de decir, Anita. Normalmente, sería el primero en no presionar, pero estoy un poco estresado esta noche. Sólo tienes que hablarme.

—Me da vergüenza que te desee, igual que tú me deseas. No por el *ardeur*, o cualquier cosa metafísica, sólo porque eres Jason. Me gustas.

—También me gustas —dijo. Me miró, con una especie de perplejidad —. Pero te sientes mal porque me quieres, no por el *ardeur*, sino sólo por mí.

Asentí.

Sonrió y me cogió la mano, suavemente, en la suya.

—Que todavía te puedas sentir tan nerviosa a mi alrededor es dulce, Anita. En realidad, lo es. —Tomó mis manos en las suyas—. Pero necesito que trabajes con esta cuestión. Vamos a comer, pero luego necesito cercanía. Necesito que me ayudes a ahogar el día de hoy. ¿Entiendes?

Lo hacía, en realidad.

—El sexo es casi con lo único que me relajo por completo. Nathaniel bromea con que es mi único pasatiempo.

Jason sonrió y levantó mis manos hasta besarlas.

—Es una de mis cosas favoritas para hacer, también.

Empecé a ruborizarme y traté de detenerlo, sabiendo que no podía.

—No quise decirlo de esa manera.

Él me dio un beso en la nariz.

—Eres demasiado linda.

Le aparté y me levanté.

—No soy linda.

Se acostó en la cama boca abajo, mirándome, sin dejar de sonreír.

—Eres linda, hermosa, pero linda cuando te pones así.

—¿Me pongo cómo?

—Tratando de complicarte la vida.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Te estás sintiendo toda quisquillosa sobre el deseo de tener relaciones sexuales conmigo, ¿verdad?

—Algo así.

—Tienes el permiso de cada hombre en tu vida para estar aquí conmigo. Todos sabían que estaríamos follando como conejos si tuviera algo que ver con eso. Así que no te puedes estar sintiendo culpable porque estés haciendo trampa. Hacer trampa implica falta de conocimiento. Demonios, uno de los caramelos en tu vida se ofreció como voluntario para este viaje.

Crucé mis brazos por debajo de mis pechos, y sabía que estaba haciendo pucheros, pero no pude detenerlo.

—Esto es una especie de espionaje, también.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros, los brazos cruzados todavía.

—No es sólo el sexo.

—¿Qué es entonces? Dime.

—Me temo que la forma en que me siento contigo va a cambiar.

—¿En que no me quieras nunca más?

—No, en que me vas a gustar demasiado.

Él salió de la cama y se puso delante de mí.

—Anita, ¿estás diciendo que tienes miedo de enamorarte de mí?

Me encogí de hombros, y no le miré a los ojos.

Me tocó los brazos, miró debajo de mi mirada, así que tuve que mirar hacia arriba y encontrar su cara. Su rostro estaba un poco sorprendido y un poco triste. No era la mirada que esperaba.

—Si realmente pensara que fuera posible, sería el hombre más feliz en la ciudad, pero estás haciendo lo que siempre haces. Me quieres para el

sexo, y, como un amigo, deseas sexo y estoy aquí. Pero eso te hace sentir culpable por alguna razón, por lo que estás empezando a tratar de convencerte que es algo más que amistad.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque no me ves en una habitación de la forma en que ves a Jean-Claude, o a Asher, o a Nathaniel, o a Micah, o a Richard. Estoy un poco por delante de Requiem y London, y Damian, pero no estoy delante de los demás. Me ves ahora, tu cuerpo reacciona a mí, y eso es maravilloso. No puedo decirte cómo odiaba ser el niño invisible a tu alrededor.

—Te veía —dije.

—Me veías, pero no me veías.

Empecé a alejarme, pero sus manos apretaron mis brazos.

—Jason, no estoy segura de saber la diferencia entre amar a alguien y simplemente desearlo.

—Un montón de gente lo confunde, pero honestamente, Anita. Si Nathaniel estuviera aquí y se tratara de una elección, me dejarías caer en un segundo caliente, ¿no?

—No tendría que hacerlo, le gusta compartir.

Jason sonrió.

—Él hace eso, pero si Micah estuviera aquí lo elegirías sobre mí. Mi ego lo odia, pero es verdad.

—Micah comparte bastante bien, también.

—Comparte con Nathaniel, y Jean-Claude, y a veces Asher, pero no comparte conmigo.

Pensé en eso.

—Creo que nunca ha sucedido.

—Micah te comparte, pero no disfruta compartiéndote del modo en que Nathaniel lo hace. A mi mejor amigo le gusta mirarte con otros hombres. No creo que lo mismo sea completamente verdad con Micah.

Pensé en ello, y le dije:

—No estoy segura de lo que Micah cree en compartirme. Él está bien con eso, pero probablemente tengas razón. No lo prefiere.

—Nathaniel casi lo hace —dijo Jason—. Compartir te hace un llamamiento a una gran cantidad de sus patadas.

—Supongo que sí.

Jason me abrazó y se echó a reír.

—No hables de nosotros con un problema que no tenemos, Anita. Por

favor, por favor, necesito que tengas sexo sin complicaciones conmigo después de la comida, ¿de acuerdo? Te necesito para ser un amigo con beneficios, no lo hagas más o menos de lo que es, ¿de acuerdo?

Asentí. La mayor parte de mí, incluso estaba de acuerdo con él. Era sólo que esa vocecita en mi cabeza decía: Ten cuidado. Tal vez era tomar prestado un problema, o tal vez Jason no entendía que había encanto en él.



VEINTE

Hubo un toque en la puerta. Pensé que era la comida, pero Jason dijo:

—No huelo la comida.

Entonces tomé la Browning de mi funda y me dirigí a la puerta con los pies sólo con medias. Utilicé la mirilla y encontré que no era el servicio de habitaciones. Era Chuck.

Me quedé con la barra del seguro y abrí la puerta sólo un poco. Mantuve el arma fuera de la vista, pero en mi mano, contra la puerta.

—¿Qué quieres, Chuck?

—¿Ahora esa es la forma de saludarme? Vine a decirte que enciendas la televisión, canal trece.

—¿Por qué?

—Es una tormenta de mierda los medios de comunicación, pero no la que pensábamos que tendríamos. Querrás verla. —Parecía algo cansado en los bordes.

—Espera aquí —dije.

—Me gustaría entrar —dijo.

—Me gustaría ser más alta, pero eso no está pasando ¿bien? —Cerré la puerta suavemente.

—Dice que enciendas el canal trece.

Jason encontró el control remoto y encendió el televisor. La mujer que había visto antes, que había sido una fan del alter ego de Jason, Ripley, estaba en la pantalla. Estaba en mitad de la frase:

—… Cuando se le preguntó si el día de hoy, la reanimadora de zombis y cazadora de vampiros Anita Blake había dejado a Jean-Claude por uno de sus propios strippers, no tenía ningún comentario. —Ellos mostraron fragmentos de la conferencia de prensa gritándole sus preguntas. Jean-Claude estaba brillante en la pantalla ahora con su voz apagada—: El Vampiro Maestro de St. Louis se ha negado a comentar sobre los rumores de que el amor de su vida le ha dejado por Jason Schuyler. —La imagen de la página web del Placeres Prohibidos brilló en la pantalla. Jason se veía bastante bien, sugestivo en la imagen. Lindo, pero la imagen no iba a ayudar a sofocar cualquier rumor.

Dije:

—Mierda, —suave, pero con sentimiento.

Jason fue a la puerta y dejó que Chuck entrara, y se paró a mi lado. Chuck se quedó cerca de la puerta, pero estaba viendo la televisión, también. Era como un accidente de coche; no podía apartar la vista, a pesar de que sabía que no quería verlo.

—Se rumorea que han regresado a la ciudad natal de Schuyler para un matrimonio rápido para que su padre, que se está muriendo de cáncer, pueda ver a su único hijo casado antes de que él falte. Parece que Anita Blake, chica atractiva para el conjunto sobrenatural, por fin ha elegido a un hombre con el cuál establecerse, y es una sorpresa para todos, excepto para los más cercanos a la situación. Tenemos una entrevista en vivo desde St. Louis.

Un hombre apareció, estaba de pie delante del club de Jean-Claude, Danza Macabra.

—Tenemos a uno de los vampiros de Jean-Claude con nivel de maestro, aquí en exclusiva. —Sacó la cámara se retiró para mostrar a Gretchen.

—¡Mierda! —dije.

Ella seguía siendo la hija del panadero, rubia, de ojos azules, a quien Jean-Claude había seducido siglos atrás. Su nombre había sido Greta entonces. Era bonita, pero no impresionante a la manera de la mayoría de los vampiros de la línea de Belle Morte. Pero supongo que Gretchen diría lo mismo de mí, si no peor. Tenía celos casi patológicos de Jean-Claude, y me odiaba. Me veía como la única cosa que le impedía ser su amante una vez más. Incluso si mañana desapareciera, él no iría a Gretchen. Pero era más fácil para ella culpar a la otra mujer que aceptar que el hombre por quien había renunciado a su condición de mortal y su herencia familiar no la amaba, y probablemente nunca lo hizo.

Jean-Claude había aterrizado en este país casi sin un centavo. Sus primeras «seducciones» habían sido todo sobre la seguridad financiera o física.

Estaba vestida con la modesta ropa del club, porque era uno de los vampiros que recorrían la pista de baile en Danza Macabra. Uno de los puntos de venta del club era que se podía bailar con un verdadero vampiro «vivo». Gretchen era el equivalente vampiro de una bailarina colectiva de los viejos tiempos. Podías incluso obtener propinas, dependiendo de qué tan buen bailarín eras, o como de amistoso. Gretchen no estaba haciendo muchas propinas. Sólo había un hombre con el que quería bailar, y era el jefe.

El reportero sostuvo el micrófono cerca de su bonita cara y le preguntó:

—¿Te sorprende que Anita Blake se haya ido con uno de los strippers de Jean-Claude?

—No —dijo ella con voz oh-tan-razonable. Podía sonar tan sana si no la dejaban hablar el tiempo suficiente—. Ella ha estado durmiendo con Jason durante meses.

—¿No es el *pomme de sang* de Jean-Claude, su donante de sangre?

—Sí. Él dona sangre a Jean-Claude y tiene sexo con Anita.

—¿Jean-Claude sabía que eran amantes?

—No lo sé.

—Mentirosa —dije, en voz baja.

—¿Qué crees que Jean-Claude hará cuando se entere de que Anita y Jason se han fugado?

—¿Qué haría cualquier hombre si su honor y su corazón han sido traicionados? —preguntó.

—Ninguno de los otros vampiros quiso hablar en cámara con nosotros,

¿por qué ha decidido presentarse?

—Aquí viene —dijo Jason.

—Jean-Claude merece una mujer que le honre por encima de todos los demás hombres como una verdadera esposa haría. Anita nunca le será fiel, nunca.

—Pero ella está dispuesta a casarse con Jason Schuyler.

—Va a engañarlo, también. Ella es incapaz de ser fiel a un solo hombre. —Sus ojos cuidadosamente maquillados estaban un poco más amplios, su respiración más rápida—. Ella es una puta, y las putas no conocen la lealtad.

—¿No es eso un poco duro? —preguntó el reportero, pero se acercó a ella, como animándola a que sus palabras fueran desalentadoras.

—Ella tiene una serie de amantes. Once que yo sepa. Probablemente hay más.

Hubo movimiento detrás de ellos, y gorilas vampiro salieron del club. Fueron hacia los reporteros y Gretchen. Los reporteros se replegaron, manteniendo la filmación. Filmaron cuando los vampiros tomaron a Gretchen por los brazos y comenzaron a escoltarla hacia el club. Ella gritó por encima del hombro:

—Me encanta Jean-Claude. Siempre le he amado. Anita no le ama. Ella no ama a nadie más que a sí misma. Es una prostituta, una… —Luego tuvieron que poner un pitido para lo que estaba diciendo.

El equipo de cámaras se retiraron rápidamente, con el reportero diciendo:

—Y esa es la escena aquí en St. Louis, donde sorprende a la comunidad vampiro que su Maestro de la Ciudad haya sido abandonado por su chica. Volvemos contigo, Candice.

Jason golpeó el control remoto del televisor y lo apagó. Me senté en la cama con él. El arma estaba todavía en mi mano, pero no nos podía ayudar contra esto.

—Madre de Dios —dije—, ¿qué demonios ha pasado?

—Phyllis Dubois ayudó a que los rumores se alargaran un poco, pero no sabía que debería haber ayudado a obtener un perfil más bajo, Sr. Schuyler. Yo quería venir y asegurarle que el gobernador no tiene nada que ver con esto, y no lo aprueba actualmente.

Jason asintió.

—Sé que no lo hace. Él nunca me querría en el centro de atención al

mismo tiempo que sus hijos. Ya lo sé.

Miré de uno a otro, con esa sensación de que me estaba perdiendo algo.

Chuck me miró, vio la pistola en mi mano.

—¿Siempre abre la puerta con una pistola en la mano?

—La mayoría de las veces, sí —dije.

Casi sonrió.

—El gobernador me ha enviado para decirle que todo lo que necesite para ayudar con este lío, lo tiene.

—¿Podemos negarlo? —pregunté.

Los dos me dieron una mirada fulminante, como si hubiera dicho algo increíblemente estúpido.

—Podemos —dijo Jason—, pero ¿cómo? ¿Cómo podemos negarlo, y hacer que se sostenga? —Miró a Chuck—. ¿Qué dijo su agente de prensa para hacer las cosas tan mal, tan rápido?

—Ella mencionó el asunto del matrimonio sorpresa.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Jason.

Chuck parecía incómodo.

—No estoy en libertad de decirlo.

Jason se puso de pie.

—¿No está en libertad de decírmelo? No tiene ni idea de lo que acaba de hacer. Jean-Claude no es sólo mi jefe, es mi maestro. Yo soy su puta de sangre. No va a estar feliz con esto.

En mi cabeza pensé: Va a tener que castigar a Gretchen por lo que dijo. La última vez que la pusieron en un ataúd cubierto de cruces, había salido más loca. Si estaba mucho más loca que ahora no estaría a salvo en público. En los viejos tiempos antes de que los vampiros fueran ciudadanos legales simplemente la habría matado, probablemente. Una gran cantidad de maestros lo hacen de todos modos, pero si desapareciera la policía haría preguntas. Mierda.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté a todos y a nadie.

—Debes salir ahora, Chuck —dijo Jason—. Anita y yo tenemos que hablar.

—El gobernador quiere ofrecer su ayuda.

—Sólo tienes que irte, nos das tu teléfono móvil si quieres, pero tenemos que hablar en privado.

Miró a Jason, luego a mí. Yo no era de ayuda para él. Le dije:

—Ya escuchaste al hombre, vete.

—Si quieres esperar en el pasillo, puedes, pero necesitamos un poco de privacidad, —dijo Jason.

Chuck garabateó un número en la parte posterior de una tarjeta de visita.

—Voy a ir al bar del hotel. Llama cuando hayáis terminado de discutirlo.

Jason tomó la tarjeta sin realmente verla. Hice un gesto a la puerta con el arma. ¡Fuera, Chuck!

Se fue. Jason cerró la puerta detrás de él. Volvió para pararse a mi lado, a los pies de la cama.

—Tenemos que ayudar a Jean-Claude a limpiar esto.

—¿Qué quieres decir con ayudar a Jean-Claude? ¿No somos tú y yo los que estamos en el lío?

—Esta historia va a causar a Jean-Claude pérdidas graves entre los otros Maestros de la ciudad —dijo Jason.

—Cuando lleguemos no casados de nuevo, sabrán que todo era mentira.

—Si fueras un sirviente humano normal tendrías mucha menos libertad, Anita. Algunos de los maestros ven tu libertad como que Jean-Claude es una especie de sometido.

—¿Qué demonios estás diciendo?

Jason sostuvo sus manos, como si dijera: No mates al mensajero.

—Recuerda que la mayoría de los maestros son hombres y la mayoría provienen de una época en que las mujeres conocían su lugar, por lo que ahí está el problema, pero la mayoría también ven al siervo humano como mucho más que un siervo humano.

—¿Estás diciendo que estoy haciendo a Jean-Claude quedar mal delante de los otros maestros?

—¿Recuerdas cuando Jean-Claude invitó a todos los maestros principales de la ciudad, que tipo de confianza había para la gran fiesta?

—Lo recuerdo.

—Ellos, como se suponía, te verían esa noche. Habían traído candidatos a *pomme de sang* para que los probaras.

La idea entera de todo esto me había puesto tan incómoda que había temido la noche. La idea era que podía sólo bailar con cada candidato, rechazarlos como si no fuera mi taza de té, y acabar con eso. De esa manera no tenía que estar a solas con cualquier candidato, y podría rechazar educadamente a todos. Parecía un buen plan hasta que mi versión del

ardeur se había mostrado tan impredecible.

—Decidimos que era demasiado peligroso «probar» a los candidatos. Habría sido presentada a todo el mundo, pero habría pasado esto.

—Pero nunca llegaste incluso a ser presentada, ¿verdad?

—Sabes que no lo hice. —Sonaba hosca incluso a mí misma.

Jason se puso de rodillas delante de mí.

—No te enfades, pero ¿no ves como hicieron estas cosas que se viera Jean-Claude? Él había mandado a su siervo a hacer algo y no lo hizo. Ni siquiera se molestó en hacer la gran entrada con él.

—Estaba un poco ocupada —dije.

—Sé que tú y Asher os enfrentabais a algunos muy malos vampiros, los líderes de la compañía de baile de vampiros que habían rodado a cada maldito Maestro de la Ciudad en esa audiencia. Jean-Claude y tú, y Auggie, salvaron el día, les impidieron comer de todos nosotros. —Puso sus manos sobre las mías.

—Asher y yo estábamos negociando con los líderes.

—Sí, y los otros maestros estaban bien con eso. Jean-Claude lo hizo deliberadamente para mostrar lo mucho que confiaba en los poderes de Asher.

Amplié mis ojos.

—Asher es visto como débil, Anita. Un muy débil segundo al mando, sólo por la gracia del amor y de siglos de amistad.

Mis manos seguían bajo las suyas. Me estaba tocando, pero no le estaba tocando de vuelta. No me gustaba esta conversación y realmente no me gustaba que Jason se anduviera por las ramas. Quería llegar a algo. Cuanto más cuidadoso era, más segura estaba de que no me gustaría.

—Asher se probó a sí mismo cuando Jean-Claude estuvo a punto de morir en diciembre.

Jason asintió y me apretó las manos, cuando no respondí él dejó caer las manos lejos de mí, y sólo se quedó de rodillas.

—Él fue despiadado y eficaz, y sorprendió a mucha gente.

—A mí no —dije—. Sabía que él era más fuerte de lo que todo el mundo pensaba.

—Tan fuerte que casi te mata.

Me puse de pie y caminé a cierta distancia de él.

—Jean-Claude me dijo que me alimentara y luego cumpliera con los otros maestros.

—Asher era la comida, lo sé. Pero la comida no suele morder de vuelta.

—Te estás acercando a una idea aquí, Jason. No juegas a las veinte preguntas tan gentilmente. Por lo general, vas directamente al corazón del problema.

Se puso de pie.

—Está bien, si no te gusta el enfoque suave, puedo saltar hasta el punto.

—Me gustaría.

Me miró.

—Mentirosa.

—Está bien, no quiero oír tu punto, porque creo que no me va a gustar, pero prefiero simplemente escuchar y acabar de una vez que tener este largo período previo.

Jason hizo su punto, levantando un dedo para cada parte.

—Tienes más libertad que cualquier siervo humano tiene permitido. Despreciaste a los otros maestros cuando no te presentaste a la fiesta, sobre todo cuando se sabía que estabas teniendo relaciones sexuales con Asher. Dejaste plantado a tu amo para follar con uno de sus subalternos.

—No fue así —dije, pero sentí que comenzaba a enrojecer de todos modos.

—Te digo cómo se verá para ellos.

—Jean-Claude nunca mencionó que estuviera teniendo problemas con los otros maestros a causa de ello.

—Y si lo hubiera hecho, no habría ninguna diferencia. Tú eres quien eres, y lo acepta. —Jason se sentó en el borde de la cama más cercana a mí —. Él te ama, Anita. Demonios, a su manera, él nos ama mucho, pero no podemos dejar que esta historia se sostenga, Anita. Él no puede ser percibido como tan débil que ni siquiera puede controlar a su mujer, y su comida.

—Pero no es cierto, Jason. No hemos escapado juntos. No nos vamos a casar.

—Pero es un rumor muy bueno, Anita. Todo el mundo ama a un buen rumor, incluso los vampiros maestros.

—¿Jean-Claude ha estado tenido problemas con rumores como estos antes? —pregunté. Me levanté y me trasladé al centro de la habitación hacia la puerta. Estaba bastante segura de que Jason no había terminado con sus revelaciones, y estar más cerca de la puerta me hizo sentir mejor. Siempre me siento mejor cuando sé dónde está la salida.

—Anita, algunos de ellos no son rumores, de hecho.

—¿Qué quieres decir?

—Él te permite dormir con otros hombres, mientras que no se le permite el mismo privilegio con otras mujeres.

Le miré.

—¿Así que si dejo que Jean-Claude duerma con todos a su alrededor, su reputación sería mejor entre los otros maestros?

—Tal vez.

Negué con la cabeza.

—Si tienes un punto, lo mejor sería llegar a él.

—Si tú y Jean Claude simplemente no fueran monógamos, entonces los otros vampiros podían entenderlo. No tienes ni idea del talento de clase mundial que Jean-Claude ha rechazado últimamente.

—No sé de lo que estás hablando.

—Los otros maestros siguen tratando de mandarle regalos.

—¿Qué tipo de regalos?

—Sabes qué tipo.

—No he notado a un grupo de mujeres extranjeras en el Circo últimamente.

—Comienzan con imágenes en el ordenador o videos caseros. Han decidido que si él pudiera verles en acción y escoger los que más le gustan, podría tomar algunos de ellos en su grupo.

—Nunca me mencionó nada de esto.

—¿Por qué habría de hacerlo? Él sabe que nunca lo compartirás con otra mujer.

Espera una cantidad de tiempo amable, luego declina.

—¿Acaso ve esas… cosas?

—A veces, lo suficiente para que pueda responder a las preguntas cuando llaman y le preguntan si le gustó lo que hizo en tal o cual escena.

—¿Escena?

—El porno Vampiro es un negocio en expansión, Anita.

Me estremecí.

—No era consciente de ello.

—Auggie se ha diversificado en él, como un negocio legítimo.

—Legítimo. —Lo hice sonar como me sentía.

—Legal, entonces. —Jason parecía cansado.

Tuve un pensamiento, y lo dejé ir todo el camino.

—¿Jean-Claude quiere dormir con otras mujeres?

—Nunca me lo mencionó —dijo Jason.

—¿Entonces por qué me lo mencionas?

—Debido a que esta historia va a necesitar algún castigo.

—Qué, ¿las mentiras sobre nosotros?

Jason asintió.

—¿Qué quieres decir con castigo?

—Jean-Claude va a tener que ser visto recuperando el control sobre nosotros, Anita.

—Eso es una locura. No estamos fuera de control.

—¿No lo estamos? Estás aquí a solas conmigo. Somos amantes. Has quedado con mi familia. La mayoría de la gente tendrá en cuenta que todo esto es muy serio.

—¿Estás diciendo que Jean-Claude tendrá que al parecer castigarnos por algo que no hemos hecho?

Jason asintió, y estaba demasiado serio.

—Eso es una locura. Jean-Claude no nos va a castigar por algo que no hemos hecho.

—No, no lo hará —dijo Jason, con voz suave.

Me paré delante de él con los brazos cruzados sobre el pecho, y luego tuve que mover mis brazos. La posición funcionaba mucho mejor sin pechos.

—Entonces, ¿qué demonios estás diciendo?

—Estoy diciendo que tenemos que crear un castigo para que use sobre nosotros.

Negué con la cabeza.

—Lo que estás diciendo no tiene sentido en absoluto.

—Tiene un montón de sentido. No tienes ni idea de cuánto afectó tu comportamiento en la fiesta permanentemente a tu amo ante el resto de los vampiros.

—No fue mi intención.

—¿No tenías la intención de tener relaciones sexuales con Asher?

—No, quiero decir, sí. —Me senté en la cama junto a él—. No sé lo que quiero decir. Ni Asher ni yo quisimos que las cosas fueran tan mal. Se nos fue de las manos.

—Es por eso que no se os permite estar solos nunca más. Los otros maestros lo vieron como un justo castigo, pero el castigo previsto para

Asher debió ser más severo. Eso hizo que Jean-Claude pareciera débil, también.

—¿Qué tan grave es esto Jason?

—Jean-Claude tiene que verse como que pone orden en su casa al fin. Debe hacer cosas que lo hagan parecer fuerte ante los demás.

—¿Hablas en serio cuando dices que otro maestro podría desafiar a Jean-Claude por su territorio, sólo por este rumor?

—Recuerda, Anita, que la mayoría de estos chicos vienen de una época en que si un hombre no podía controlar a su esposa, era visto como menos que un hombre. Hay vampiros por ahí que están empezando a pensar que no es su poder, sino el tuyo el que lo hace fuerte.

—Soy su siervo humano, Jason.

—Sí, un siervo humano con su propio siervo vampiro, y su propio animal para llamar. Un animal que es diferente al de su amo.

—Le da a Jean-Claude un agarre sobre los leopardos, también.

—No, no lo hace. Micah y sus leopardos responden a Jean-Claude por cortesía y Micah reconoce algo bueno cuando lo ve, pero no se sienten atraídos por Jean-Claude. Se sienten atraídos hacia ti, al igual que todos los otros grandes felinos. Esa es tu energía no de Jean-Claude.

—Pero me siento atraída por los lobos.

—Estás metafísicamente ligada a Richard, nuestro Ulfric, nuestro rey lobo, también. Así que ¿quién puede decir que es tu vínculo con Jean-Claude el que te une al lobo o es el lazo con Richard?

—Todavía me estoy perdiendo algo, ¿verdad?

—Jean-Claude oyó un susurro, ni siquiera un rumor, sin embargo, que algunos de los maestros están especulando que si fueras su sirviente humano, podrían ser tan poderosos como Jean-Claude, pero serían lo suficientemente fuertes como para mantenerte en línea.

—Ellos, ¿no? —dije.

—Esto no es divertido, Anita.

—No parecía serlo Jason, desalentando cualquier intento de humor de mi parte. Las cosas estaban mal, tal vez mucho peor de lo que pensaba. Lo siento, Jason.

Él me sonrió.

—Está bien, no puedes saber lo que no se te dice.

—¿Por qué Jean-Claude no me lo dice?

—Debido a que no vas a cambiar. Ni siquiera quiere que cambies, de

verdad, pero tenemos que encontrar una manera de cambiar las percepciones de lo que está sucediendo en St. Louis.

—¿Cómo?

—Deja de desalentar los rumores de que Jean-Claude hace el amor con todos tus hombres. Si los compartes con él, entonces se explicaría su paciencia.

—Pero no es verdad.

Me miró.

—Un maestro vampiro puede oler una mentira sobre mí, si es lo suficientemente poderoso. Puedo controlar mi cara, mis ojos, mi cuerpo, mi voz, pero Jason, no sé cómo controlar el olor de mi piel, o la velocidad de mi pulso. No soy tan buena en la mentira.

—Casi nadie —dijo.

—Entonces, ¿cómo le mentimos a un grupo de Maestros de la Ciudad?

—No mientas —dijo Jason.

—¿Qué significa eso?

—Vamos a compartir con Jean-Claude a los hombres, o dejarle dormir con los demás.

Le miré fijamente, con la boca abierta, y finalmente me recuperé lo suficiente para decir:

—¿Eres voluntario?

Se echó a reír, y se dejó caer sobre la cama con las piernas colgando fuera de ella.

—Ya te lo he dicho antes, Anita, le pregunté y él me rechazó. Me rechazó porque pensaba que no lo aprobarías.

—Pero no te gustan los hombres —dije.

—Generalmente no, pero Jean-Claude está más allá de todas las excepciones para mí. A lo mejor es por ser su *pomme de sang*, o tal vez tendría que ser mucho más puramente heterosexual, pero no quiero pensar en ello.

Me acordé que Jason me dijo esto, pero lo había puesto en esa caja con todos los otros pensamientos que no quería pensar.

—Recuerdo que me dijiste que experimentaste con algún otro chico, y no fue tu taza de té.

—Digamos que me gusta dar más que recibir.

Debía parecer sorprendida, porque se incorporó y me besó en la frente.

—Eres terriblemente linda para ser el primer súcubo vivo en la historia.

—No soy linda.

—Lo eres, simplemente no te gusta serlo.

No sé lo que hubiera contestado a eso, porque hubo otro golpe en la puerta. Esta vez era la comida. No estaba segura de seguir teniendo mucha hambre, pero estaba agradecida de que se detuviera la conversación. Había tenido toda la honestidad que podía manejar en un día. Tenía la esperanza de que Jason sintiera lo mismo, pero lo dudaba. Cuando Jason tiene una idea en la cabeza, la dice. Incluso si no quieres oírla.



VEINTIUNO

Dejamos que el camarero, si ese es el nombre para el servicio de habitaciones, pusiera la comida en la mesa del comedor. Nunca había estado en una habitación de hotel en la que hubiera una mesa de tamaño completo para comer. Desde que la habitación estaba a su nombre, Jason firmaba el cheque y daba la propina. Me quedé sentada y dejé que lo hiciera. Estaba pensando, o tratando de no pensar.

El sándwich de pollo no estaba mal. Las papas fritas que vienen con él son excelentes. Jason parecía estar disfrutando de su César con pollo. Una vez hubiera querido una conversación, pero había crecido un poco desde entonces. A pesar de que no podía dejar de pensar que la última vez que había salido de la ciudad con uno de mis chicos había sido con Micah, y en que habíamos tenido una conversación incómoda y reveladora. ¿Qué es lo que tenía estar sola en habitaciones de hotel con ellos? Tal vez era solo estar juntos. Tal vez.

—Algunos de los otros chicos de St. Louis han sugerido que todo el que es habitual en mi cama crece en el poder.

Jason me miró, a medio camino de su bocado. Dejó el tenedor y pareció sorprendido.

—Iba a abandonar la conversación, y permitirte pensar en lo que había dicho.

Negué con la cabeza.

—Si hay incluso un rumor de que algunos de los otros maestros piensan que si me tomaran, serían más poderosos que Jean-Claude, tenemos que cortar esa idea de raíz. He tenido marcas de vampiro obligadas en mí antes y no me gustan. He tenido un Amo de Ciudad que lo hacía dos o tres veces. Es bastante horrible. No quiero pasar por eso, nunca más.

Él le dio un mordisco a su pollo y me miró. Los ojos del cielo de primavera mostraron toda su sagaz inteligencia, todo ese pensamiento profundo que normalmente llevaría unos días pensar en ello antes de que te dieras cuenta de lo grave que puede ser.

Me encogí de hombros.

—Tal vez estoy creciendo, finalmente.

Él me sonrió.

—Eres una de las personas más maduras que conozco.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Tienes muchos problemas, déjate disfrutar. No juegas bien.

—Creo que muchos de los chicos de St. Louis dirían que juego muy bien.

En realidad casi parecía avergonzado, pero luchó por apagarlo.

—Eres una compañera de cama increíble, Anita, pero no tienes ningún hobby. No haces nada para relajarte excepto sexo.

—Me gusta ir al campo de tiro.

Él chasqueó la lengua y agitó el tenedor en mí cara.

—Eso es trabajo, y lo sabes. No eres una loca de las pistolas como Edward y su amigo Otto, o Olaf, o la que sea su identidad secreta.

No podía discutir, por lo que no lo intenté. Volví a concentrarme en mi comida.

—Así que es eso, haces un comentario y no se habla más —dijo.

—Hey, yo puse el balón en juego, puede recogerlo, o puede dejar que se quede allí. He sido valiente, he iniciado una conversación que no quiero tener, ahora es tu turno.

Él sonrió, y puso su cubierto al lado de su plato. Se había acabado toda su ensalada. Él, como la mayoría de los hombres en su grupo de edad y más joven, podía comer malditamente rápido cuando quería, u obligar al resto a reducir la velocidad.

Todavía tenía la mayor parte de mi sándwich. Por supuesto, las patatas fritas eran crujientes y deliciosas, pero también me distraje con el pollo. ¿Estaba concentrada en la comida para no concentrarme en la conversación? Tal vez, pero no a propósito.

—Está bien —dijo Jason—, tenemos que ayudar a Jean-Claude que parezca tan poderoso como es, o más.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunté. Comí patatas fritas mientras hablábamos. Jason había dejado algo de su pollo y muchas de sus verduras a la parrilla.

—No estoy seguro, pero primero tenemos que poner fin a este nuevo rumor acerca de nosotros.

—¿Cómo lo hacemos?

—Creo que necesitamos un periodista y ponerle una exclusiva y que sea de fiar.

—Nadie que me vio aquí hoy es digno de confianza.

—Yo estaba pensando en un hombre lobo y St. Louisian.

Dejé de comer y parpadeé.

—Irving tuvo que retroceder en todas las exclusivas que le estaba dando, porque la gente empezó a hacer preguntas.

Jason asintió.

—Sé que casi has dicho que Irving era un hombre lobo por accidente.

—Sí, la idea es que no compartiría secretos con un ser humano. —¿Se oía amargo?

Jason se inclinó sobre la mesa y dio unas palmaditas en mi mano. Al parecer, había sonado amargo.

—Es difícil ser pintado como un monstruo cuando se está siendo humano.

Negué con la cabeza, y aparté mi mano de la suya.

—No he sido tratada de humana desde que era una niña, Jason. Recuerda, vi a mi primer fantasma en la escuela primaria, y llamé a mi primer zombi por accidente en la secundaria. Eso no es humano por las normas de la gente.

—La gente puede ser muy cruel —dijo. Su rostro se había ido todo

serio. De alguna manera no creí que estuviera pensando en mi infancia. Mierda.

Me puse de pie y rodeé la mesa hacia él. Me miró. Le besé en la frente.

—¿Qué fue eso? —preguntó, pero sonrió cuando lo hizo.

Le devolví la sonrisa.

—Así que había una sonrisa.

Él me llevó a su regazo, y nuestros brazos estuvieron de repente alrededor del otro.

—No puedo pensar en otras cosas que me hagan sonreír.

—Te puedo dar un fraternal beso en la frente y lo único en que puedes pensar es en sexo. Me dio esa sonrisa, la versión real de la sonrisa que ayudaba a las clientes a desprenderse de su dinero en el club. Podría parecerse al hermano favorito de todo el mundo, o el mejor amigo que tenías en el colegio o el instituto; él era el compinche de todo el mundo, hasta que consiguiera aquella mirada. La mirada que lo despojó del pretexto de inocencia. La mirada que te avisa que detrás del encanto el muchacho era alguien malo a quien ayudarías a ser malo.

La mirada trajo mi aliento en un suspiro y me hizo retorcer, no estábamos lo suficientemente cerca como para un beso.

—¿Hay una razón para dejarte comida sin comer en el plato?

La mirada lasciva vaciló.

—Nunca haces o dices exactamente lo que esperan que digas o hagas.

—No eres el primer hombre que se ha dado cuenta —dije, todavía no muy cerca como para besarlo.

Reconoció eso con la cabeza.

—Un estómago demasiado lleno impide el buen sexo.

—Sólo si va a ser fuerte —dije, sólo un poco más cerca, por lo que estaba mirando a sus ojos azules de muy, muy cerca.

Él sonrió, y luego esa mirada llenó su cara.

—Oh, mi plan es ser vigoroso, con el tiempo.

—Con el tiempo —dije, y cerró las últimas pulgadas, de modo que sus labios tocaron los míos cuando él dijo:

—Oh, sí.



VEINTIDOS

Jason podía haber planeado ser fuerte, pero empezó despacio. Cuando me dejé llevar y quería mover las cosas, finalmente me puso sobre mi vientre y me hizo tocar la cabecera.

—Lento, Anita, tenemos toda la noche. Nunca he tenido toda la noche contigo, y quiero disfrutar de ella. —Me dijo de rodillas con su cuerpo desnudo a mi lado.

—¿Por qué es que todos me recordáis que nunca he estado a solas con vosotros?

—Porque es cierto.

Me levanté en mis codos y miré hacia abajo de mi cuerpo para encontrarle a mis pies con el cuerpo extendido de manera que sus pies estaban más cerca de mí que cualquier otra cosa.

—¿Todos estáis cansados de compartirme?

—No es cansado, pero cada uno le gusta pensar que una mujer lo quiere

sólo a él, no que él es un par de manos más, una boca más, un pene de repuesto.

Debía parecer tan sorprendida como me sentía, porque se arrastró de nuevo hasta la cama y me abrazó.

—Lo siento, Anita, no debería haber dicho eso, realmente no debería haberlo hecho.

—¿Es así como todos se sienten?

Él negó con la cabeza.

—No, te juro que no. A Nathaniel le gusta compartir. A Jean-Claude le encanta que le permitas compartir con otros hombres, especialmente con Asher. No sé acerca de Micah. Richard, a nuestro Ulfric no le gusta nada compartir en los últimos tiempos.

—Excepto a cómo te sientes, ¿no?

—A decir verdad, yo y la mayoría de los hombres que sólo tienen un poco de tu atención. Vamos, a ser honestos, somos sólo más hombres en la cama.

—Eso no es cierto.

—Si no es verdad para mí, entonces ¿por qué no siempre se acercan a mí cuando el *ardeur* no está en modo de emergencia?

—Estoy contigo ahora.

—Sí, pero es un tipo diferente de emergencia. Sé que esto es una especie de sexo de misericordia.

—Yo no hago sexo misericordia. —Me senté.

—Oh, Dios, no estoy para pensar en esto.

—Entonces tal vez deberíamos parar —dije, moviéndome para estar sentada contra la cabecera.

Escondió su rostro en una almohada e hizo un grito ahogado por la frustración. Se levantó a tomar aire, y dijo:

—Puede que tengas razón. Probablemente deberíamos llamar a Irving primero y darle la verdadera historia de este viaje.

—¿Aceptas que no debes tener relaciones sexuales en este momento? —Hice una pregunta.

—Sí, y tal vez deberíamos llamar a Jean-Claude y conseguir su aprobación en nuestro plan. Supongo que los otros maestros tienen razón. Su palabra es suficiente para hacer las cosas. Soy tan malo como cualquier otro. No siempre consulto con Jean-Claude o cualquier otra persona. Dices saltar, y saltamos. Richard realmente odia eso de los lobos, por cierto.

—¿También lo odia Jean-Claude?

—No lo ha dicho.

Tiré una almohada en mi regazo y me abracé a ella.

—Voy a llamar a Jean-Claude, a llamar a Irving y a decirle que la historia no se publica a menos que Jean-Claude lo apruebe.

Jason asintió.

—Buen plan. —Él utilizó el teléfono fijo, y yo mi móvil. Tenía a Jean-Claude en línea mientras que Jason estaba todavía tratando de encontrar a Irving.

La voz de Jean-Claude fue lo más neutral que había oído nunca, vacía. Sabía que si hubiera estado de pie junto a él, habría sostenido la quietud que los vampiros realmente viejos podían mantener, como si por mirar hacia a otro lado lo hiciese invisible.

—Me preguntaba si ibas a llamarme, *ma petite*.

—Debí haber llamado antes, pero los periodistas nos echaron.

—Fue inesperado —dijo, todavía con esa voz vacía.

—Jean-Claude, Jason está tratando de encontrar a Irving Griswold para contarle la verdad acerca de por qué estamos aquí. ¿Crees que una exclusiva ayudará?

—No sueles pedir mi opinión cuando estás lejos, *ma petite*.

—Creo que me merecía eso, Jason me explicó algunas cosas, y lo siento.

—¿Qué sientes, *ma petite*?

—Siento que mi libertad te ha hecho quedar mal delante de los otros Maestros de la Ciudad. Siento que Asher y yo hayamos tenido nuestro pequeño problema y te diera un aspecto débil frente a nuestros huéspedes. Lo siento, siento no haberte incluido más en las decisiones que te afectan.

Su voz tenía un dejo de sorpresa.

—*Ma petite*, ¿es esto real?

—Bien, vale, búrlate de mí.

Él se rió entonces, palpable, la risa deslizándose por debajo de la piel.

—Lo siento, *ma petite*, pero me has sorprendido. Dame un momento para recuperarme.

—¿Soy realmente un dolor en el culo tan grande? No, espera, no respondas a eso. Ya sé la respuesta. —Se rió de nuevo, e hizo temblar mi cuerpo—. Deja de hacer eso, si quieres que Jason y yo resolvamos el problema en cuestión.

—¿No has tenido relaciones sexuales con nuestro joven hombre lobo todavía? —De nuevo me dejó oír la sorpresa en su voz—. Hemos pensado en ello, pero pensamos que sería mejor tratar de ser buenos siervos y no distraerte.

—No te trato como a mi siervo —dijo.

—No, y tal vez tengo que recompensar eso actuando en público un poco mejor.

—¿Qué quieres decir, *ma petite*? —Su voz era prudente.

—En primer lugar, ¿Jason puede decirle la verdad a Irving, y ser de ayuda?

—Él puede, y lo hará, ¿pero no arruinará eso el tema de portada con su padre?

—Supongo que sí, pero ¿qué más podemos hacer? Jason dice que este rumor te va a hacer parecer débil ante los otros Maestros de la Ciudad. Tenemos que hacerles saber que no es verdad.

—Sí, pero ¿qué puede decir Jason a nuestro amigo reportero para que mete el rumor, pero no estropeé la razón por la que ambos estáis allí?

Eché un vistazo a Jason. Parecía que tenía a Irving al teléfono por fin.

—Espera un minuto —le dije a Jean-Claude. Llamé la atención de Jason.

Él dijo:

—Espera un segundo Irving. —Puso su mano sobre el teléfono.

—Jean-Claude tiene curiosidad por lo que vamos a decirle a Irving que vaya a arreglar el rumor, pero no arruinar las cosas con tus padres.

—Has conocido a mi gente ahora, Anita. No puedo complacer a mi padre, no realmente. Mi hermana Roberta no va a ser persuadida tampoco. Fue un buen intento, Anita, pero tenemos que decir la verdad. Es más importante que Jean-Claude esté seguro que mi familia crea que es una mentira.

—No es una mentira —dije.

Se encogió de hombros.

—¿Qué no lo es? No nos casamos. No abandonamos a Jean-Claude. No nos escapamos, e hicimos a alguna estupidez como Romeo y Julieta. Todo esto es una mentira.

Toqué su brazo.

—Estamos muy enamorados. Te gustan las chicas más que los chicos.

—Sí, pero hay un puñado de chicos con quien no me importaría

levantarme cerca y bisexual para lo que a mi familia se refiere es gay. —Él se encogió de hombros. Vamos a tener una visita más en el futuro al hospital y luego vamos a ir a casa, a St. Louis.

Quería decir algo, pero no sabía qué decir. Jason se volvió hacia el teléfono y empezó a hablar con Irving.

Volví a mi teléfono móvil, que no me había molestado en tapar.

—¿Has oído eso?

—Lo hice —dijo Jean-Claude.

—Me siento como que he metido la pata.

—No se podía haber previsto esto.

—Supongo que no, pero debería haber pensado cómo los otro Maestros Vampiros podrían pensar, así que no me estaba comportando como un sirviente humano muy bueno.

—Eres quién y qué eres, *ma petite*. Te amo tal como eres.

Sonreí, aunque no podía verlo.

—Ya lo sé, pero Jason dijo que tenemos que ir para que levantes nuestros castigos. Que necesitamos que se vea la casa en orden, que no puedes ser visto perdiendo el control de tu mujer y tu alimento.

Jean-Claude estaba muy callado en el otro extremo del teléfono. A veces era desconcertante hablar con vampiros por teléfono. No tienen que respirar, y los antiguos no tenían sentido del movimiento. Finalmente dije:

—Jean-Claude, respira o algo para hacerme saber que estás todavía ahí.

—Otros maestros ven mi permiso para ir con mi *pomme de sang* a un viaje romántico como una debilidad; si sólo entendieran que tiene una fuerza.

—Lo que significa que Jason tiene razón. Tenemos que ser percibidos como que estamos siendo castigados por ello, a pesar de que no es cierto. Tienes que ser visto llevándonos a casa con una orden, por lo que dejaran de pensar que eres débil.

—Yo nunca lo hubiera sugerido, *ma petite*, ya lo sabes.

—Sí, ¿pero ahora que Jason ha dejado el gato fuera de la bolsa?

—Sería de gran ayuda para mi posición entre los otros maestros.

—¿Solamente habrías esperado hasta que alguien hiciera un movimiento antes de explicarme que era culpa mía que parecieras débil?

—Eso me habría dado la oportunidad de sacar el tema, sí.

—Jesús, Jean-Claude, tienes que dejar de esconderme todo esto.

—No sé qué magia ha hecho nuestro Jason sobre ti, pero parece que es

una de las pocas personas que puede decir duras verdades y que las aceptes. Ni siquiera estás enfadada.

Pensé en ello.

—Supongo que no lo estoy. Creo que estoy demasiado preocupada para estar enfadada. Jason me dijo que hay un indicio de que algunos de los maestros piensan que si me llevan como su sirviente humano, podrían ser tan poderosos como tú, pero me controlo mejor. Ese tipo de habladurías pueden ir realmente mal desde que viajo por todo el país haciendo mi trabajo, Jean-Claude.

—Pensé que lo verías como la manipulación ya sea para reducir tus viajes o para obligarte a desempeñar un papel más servil.

—Mi ego es fuerte, Jean-Claude, pero mi seguridad y la tuya no, si los otros maestros siguen hablando mierdas detrás de tu espalda.

—¿Qué estás dispuesta a hacer para ayudar a detener el rumor?

—No he pensado en eso ahora, pero estoy segura de que tú sí, así que o me lo dices ahora, o esperas y vamos a tener esta conversación cuando llegamos a casa.

—He puesto algún pensamiento en las cosas que pueden satisfacer las percepciones de los demás, y no hacernos daño en nuestros propios ojos —dijo, una vez más con mucho cuidado.

—¿Es algo que podemos hacer en este mismo momento?

—No.

—Entonces guardártelo, déjame digerir todas las noticias de esta noche. Hablaremos mañana.

—¿Y vas a hacer lo necesario para reparar mi reputación?

—Algo de ella, pero si Jason estaba en lo cierto, y que por lo general lo está, sugirió que si realmente tienes relaciones sexuales con algunos de los otros hombres, ayudaría a reparar tu reputación.

El silencio en el otro lado del teléfono fue atronador.

—Bueno, mierda —dije.

Su voz demasiado neutral dijo:

—¿Por qué la exclamación, *ma petite*? No he dicho nada.

—A veces el silencio es más claro que las palabras —dije.

—No lo entiendo.

—Digamos que sé la calidad de tus silencios, y que el último silencio significa que Jason tiene razón. Así que voy a decir esto: No tengo ni idea de cómo los otros hombres se sienten al respecto, y aseguro que no sé cómo

me siento al respecto. Aunque Asher probablemente dará volteretas.

—Eso es injusto, ha sido muy paciente.

—Ya lo sé. —Luché para mantener la impaciencia y la cólera, cerca de mi propia voz.

—Ahora estás enfadada.

—Son un montón de cosas para digerirlas, Jean-Claude, y los periodistas de hoy eran un poco raros. ¿Y qué pasa con Gretchen?

—Ella está siendo castigada.

—La última vez que la pusieron en un ataúd con cruces, salió aún más loca de lo que estaba, no creo que puede sobrevivir a otra ronda de lo mismo.

—Estoy abierto a sugerencias, *ma petite*.

—No puedes matarla, porque era demasiado público, habría demasiadas preguntas.

—¿Si no hubiera sido tan público?

—No es sólo yo y los hombres que le hacen parecer débil a los otros maestros, Jean-Claude. La mayoría de ellos habrían matado a Gretchen y a Meng Die ya.

—Podría matar a Meng Die, ella no ha hecho una demostración pública.

—No me refiero a matarla, pero ambas se han portado mal y la mayoría de vampiros maestro no lo toleraría. Me encanta que te sientas culpable por alejar su humanidad. Me encanta que te sientas culpable de que no te gusten, pero sólo las sedujiste. Me encanta que esas… humano. Pero los otros vampiros lo ven como una debilidad, ¿no?

—Ellos me ven débil por las mismas razones que me amas.

—Bueno, la mayoría son hombres, no pueden dejar de ser un poco… masculinos.

Él se rió, y se deslizó a través de mi piel como si hubiera arrastrado una pluma a través de mi cuerpo.

—Oh, Dios, Jean-Claude, no hagas eso otra vez. Estamos siendo buenos por aquí.

—Estás siendo muy, muy buena. —Él hizo sonar muy, muy totalmente influenciable.

—Para esto —dije.

Se rió de nuevo, y me aferré a la almohada como un salvavidas. Dije:

—¿Quieres aumentar el *ardeur* en mí y forzarnos a Jason y a mí a tener

relaciones sexuales?

—Vas a tener relaciones sexuales de cualquier manera, *ma petite*, te conozco a ti y nuestro Jason. Sexo para los dos es sólo una cuestión de cuándo, no de por qué.

—Bueno, muchas gracias.

—¿Por qué un saludable apetito por el conocimiento carnal es algo malo, *ma petite*?

Es bueno saber lo que quieres y necesitas, y que esas necesidades sean satisfechas.

—¿Me has impedido conocer algo de tus necesidades?

—Hemos hablado de bastanted cosas difíciles. Cuando hayas terminado de dar la verdad al señor Griswold, entonces disfruta tú misma.

—Estábamos planeando hacerlo, pero no me gusta que hagas campaña de eso.

—¿Te gustaría más si no doy mi permiso?

—No, nunca te engañaría.

Él se quedó callado por un momento y luego dijo:

—Je t'aime, *ma petite*.

—Je t'aime, Jean-Claude.

Colgó, y yo hice lo mismo. Siempre tuco un excelente sentido de cuando una conversación había acabado. Yo, en cambio, estaba siempre tratando de vencer a un caballo muerto. Él había aprendido hace mucho tiempo a dejar solo los laberintos de conversación conmigo, laberintos de conversación que sólo funcionan cuando había alguien con quien hablar, pero espera, Jason estaba todavía aquí. Siempre podía hablar de nosotros dos en una esquina después de que dejara de enseñarle nuestras entrañas a Irving. Sí, la noche era joven, había todo tipo de temas desagradables de los que podíamos hablar.



VEINTITRES

No había hablado con Irving Griswold en meses, desde que me dijo que mis exclusivas para él, y solo para él, estaban empezando a hacer que la gente dudase sobre su humanidad. Era un hombre lobo y un miembro de nuestra manada local, pero estaba profundamente dentro del armario. Era su elección, así que, cuando me dijo que diese marcha atrás, lo hice.

Podía imaginármelo en su lado del teléfono: bajo, de complexión cuadrada, no gordo, sino que daba la impresión de que si hubiese sido más alto habría sido un buen defensa de football americano. Tenía el pelo rizado con una calva incipiente, al parecer había comenzado a quedarse calvo antes de convertirse en hombre lobo, y ser hombre lobo significaba que no iría a más. Le había visto en su forma de lobo y el animal no tenía calva su cabeza. Interesante.

—Anita, sé que te dije que dejases de darme exclusivas, pero no esperaba que eso significase que desaparecieses del planeta.

Había esperado un montón de cosas de Irving, pero no herir sus sentimientos.

—¿Estás realmente ofendido porque dejé de hablar contigo, o es que echas de menos lo que mis exclusivas estaban haciendo por tu carrera?

—Eso es frío, Anita, muy frío.

—Es solo una pregunta, Irving.

Se echó a reír, y su risa era tan agradablemente ordinaria, después de la magia de la de Jean-Claude que me hizo sonreír.

—¿No puedo echarte de menos a ti tanto como a las oportunidades para mi carrera?

—Supongo. Jason te puso al corriente del problema.

—Así eres tú, Blake, todo negocios.

—Estamos con la mierda hasta el cuello, Irving, así que sí.

Suspiró y su voz sonó grave cuando dijo:

—Sí, Jason me explicó el problema. Además alguien del periódico se aseguró de que viese los reportajes sobre ti. Me dijeron que mi antigua novia estaba en las noticias.

—¿Novia? —pregunté.

—Al parecer ningún hombre puede ser visto con demasiada frecuencia contigo sin arruinar su reputación.

—No lo sabía —dije.

—No tenías porque saberlo.

—Así que esto no es por tu carrera ¿No?

—No, estoy saliendo con alguien del periódico de forma muy seria. Ella es muy comprensiva, pero los chismes en la oficina están siendo muy virulentos.

—Virulentos, mmm, esa es una palabra bastante fuerte.

—Eh, deja que presuma de mi vocabulario fuera de mis artículos; de alguna forma tengo que demostrar que tengo una educación universitaria.

Sonreí de nuevo. Había echado de menos a Irving más de lo que pensaba.

—¿Podemos hacer algo para arreglar este lío?

—Mis artículos pueden ayudar a minimizar el daño, pero un buen rumor es realmente difícil de matar una vez que ha llegado a los grandes medios de comunicación.

—¿Qué podemos hacer?

—Estaba pensando en una serie de artículos acerca de cómo es ser parte

de la vida de Jean-Claude. Ya sabes, hablar con Jason sobre lo que significa ser su *pomme de sang*. De cómo es para ti ser su novia. Podríamos empezar negando el rumor, pero tal vez el Amo de la ciudad es negativo en cuanto a un poco de buena prensa.

—Prensa que le hace parecer que controla la ciudad.

—Sí, Jason puso de manifiesto el hecho de que hay cosas que no puedo permitirme escribir. Si no tuviese miedo de ser descubierto podría escribir una historia mejor.

—Ser marginado sería la menor de tus preocupaciones si escribieses todo lo que sabes, Irving.

—¿Es una amenaza? —preguntó.

Pensé en ello.

—No, no de forma consciente. Pero sigo siendo el Bolverk de tu manada, el verdugo.

Bajó la voz:

—Sí, debes castigar a los malvados lobitos, lo sé.

—Pero no era una amenaza, solo una observación. Creo que Richard llegaría a ti mucho antes de que yo pudiese.

—Sí, nuestro Ulfric parece haber adquirido mucho carácter.

—Lo siento.

—¿Es cierto que heredó parte de tu temperamento? —preguntó Irving.

—Eso parece.

—Entonces mis felicitaciones por tu auto control durante todos estos años.

No estaba segura de que hacer con el cumplido, así que lo ignoré.

—Gracias, ahora. ¿Qué necesitas de mí?

—Quiero sacar un primer artículo sobre el padre de Jason y su cáncer, y como su maestro no pudo viajar con tan poco tiempo de antelación así que tú fuiste con él como apoyo moral. Muy sentimental.

—¿No hará que Jean-Claude se vea débil a los ojos de los otros maestros?

—Anita, no hay muchas maneras de explicar estos rumores de alejamiento. Mostrar que Jean-Claude es tan generoso con su pueblo puede hacer que los otros maestros piensen que es débil, pero confía en mí, los que no son maestros lo leerán y pensarán, guau, sería un buen maestro para el que trabajar. Me pregunto si podría mudarme a St. Louis. Las revoluciones empiezan desde abajo hacia arriba, Anita, rara vez de arriba

abajo.

—¿Estamos comenzando una revolución?

—Anita, la manera en que Jean-Claude dirige su territorio es revolucionaria. No soy el único reportero que está en el armario. Hay un par más que se quejan de las grandes historias que podrían escribir si no pretendiesen ser normales.

Me recosté contra la cabecera de la cama, la almohada todavía en mi regazo.

—Supongo que pensé que eras el único periodista que se ocultaba.

—No, hay un cisne, otro hombre lobo e incluso un tigre.

—¿Y todos habéis logrado ocultar lo que sois?

—Sí.

—Debe de ser difícil.

—Es difícil ocultarlo, pero mira lo difícil que es no ocultarlo.

Suspiré.

—En eso tienes razón.

—El que seas su sirviente humano no va a salir en los artículos, solo que eres su pareja.

—Lo he comprobado y el que sea su sirviente humano no es base legal para mi despido como marshal federal, ni como policía normal, si fuese uno.

—¿Estás diciendo que lo puedo usar?

—No, estoy diciendo que no es legal, pero da la impresión de que estoy ocultando algo.

—Esta bien, voy a escribir un artículo diciendo lo equivocados que están mis compañeros periodistas y luego vamos a empezar con el artículo de Jason. Después el tuyo y luego vamos a ver si alguien más quiere hablar; a mi editor le va a encantar.

—¿Y qué pasa con tu novia?

—Voy a hablar con ella en cuanto cuelgue el teléfono. Va a estar bien. Está en el negocio.

—Vale.

—Pareces cansada —dijo.

Apoyé la cabeza contra la pared de detrás de la cabecera.

—Tal vez.

—Iré a buscar a mi editor y hacer que esto empiece. Vosotros, chicos, tened cuidado.

—Yo siempre tengo cuidado, Irving.

Se echó a reír.

—Si esa es tu versión de tener cuidado, entonces se imprudente, quizá funcione mejor.

Colgamos, ambos riéndonos. Dejé el teléfono en su soporte y volví a reclinarme contra la pared. Incluso cerré los ojos. Estaba cansada. Ni siquiera podía decir porque estaba tan cansada.

Sentí la cama moverse y abrí los ojos para encontrar a Jason de rodillas delante de mí. Sus ojos estaban muy cerca de los míos. Continuaba desnudo, porque además de la almohada sobre mi regazo, ninguno de los dos había pensado en conseguir ropas.

—Hemos hecho todo lo que podíamos, Anita.

Le di una sonrisa, que teniendo en cuenta lo que sentía no fue una gran sonrisa.

—A veces estaría bien no tener que hacer todo lo que podamos, a veces solo me gustaría no tener una crisis a la que hacer frente.

Sonrió.

—Se lo que quieres decir. —Fue su sonrisa de «he pensado algo travieso que me hace sonreír».

—¿Qué? —dije, la palabra mostrando una gran cantidad de sospecha.

Se rió y eso hizo que su rostro se viese aún más joven de lo que era. Como un vislumbre de un Jason al que nunca había conocido. El Jason antes de que Raina casi lo matase, convirtiéndole en hombre lobo. El Jason antes de convertirse en el aperitivo de Jean-Claude. El Jason antes de que la vida le estirase casi hasta el límite.

La risa se apagó y sus ojos se pusieron graves mientras me miraba.

—Esa mirada en tu cara. ¿Qué estás pensando?

Negué con la cabeza. Una docena de pensamientos pasaban por mi mente; quizás era que estaba cansada, que le había dado una historia a los medios que echaría a perder nuestra fachada con su familia, que estaba siendo muy valiente, que sabía que esto le tenía que estar haciendo daño, que era mi mejor amigo y quería que él lo supiese. Lo que finalmente dije fue:

—Bésame.

Durante un momento me miró sorprendido, y luego sonrió, y esa sonrisa valía mi cuidadosa elección de palabras. Esa sonrisa decía que yo lo había pedido primero, sin el *ardeur* suelto, le había pedido un beso.



VEINTICUATRO

El beso creció mientras me empujaba para tumbarme de nuevo en la cama, su cuerpo ansioso contra el mío. Lo suficientemente ansioso para que envolviese mis piernas alrededor suyo, sus partes más íntimas se presionaron fuertemente contra las mías. Se apartó con una sonrisa temblorosa.

—Necesitamos un condón.

Cerré mis ojos ligeramente avergonzada.

—Por supuesto, lo necesitamos, lo siento me dejé llevar.

Se inclinó y me dio un beso rápido y duro, me permitió ver la alegría de su cara provocada por el hecho de que me hubiese olvidado de mí misma con él.

—Jean-Claude realmente me envió con muy pocas restricciones, pero esta era una de ellas. No tener relaciones sexuales sin protección. —Me besó de nuevo antes de salir de la cama a la caza de los condones

guardados en el equipaje.

Me quedé pensando en el hecho de que me había perdido lo suficiente como para tener relaciones sexuales sin protección con Jason. Tomaba la píldora, así que técnicamente no estaba exactamente sin protección. Pero estaba siendo muy cuidadosa desde el susto del falso embarazo de hacía unos meses. ¿Cómo podía haber sido tan descuidada? Las palabras de Irving volvieron a mí, esas que decían que si mi cautela no funcionaba, tal vez era el momento de probar con la imprudencia. ¿Sería eso? ¿Estaba cansada de que mis mejores esfuerzos resultasen tan mal? ¿Por qué intentarlo entonces? No, no era eso, solo era que me había dejado llevar por un hombre hermoso en mi cama. Jesús. Eso no sonaba mejor.

Jason volvió con una pequeña cadena de condones sin abrir en su mano. Conté por lo menos cuatro.

—¿No estamos siendo un poco ambiciosos?

Echó un vistazo a los preservativos y volvió a reír.

—Para el caso de que pongamos uno mal, o tenga un agujero. No quiero tener que volver a dejar la cama en busca de otro.

Tuve que sonreírle, esa era una de las mejores cosas de estar con Jason. Siempre me hacía sonreír. No había ataduras, no había amor en la relación, solo buenos amigos que habían logrado convertirse en amantes y seguir siendo amigos. Eso era bueno.

Puso los condones en la mesita de noche, luego se subió a la cama, sin dejar de sonreír. La sonrisa iba cambiando según se acercaba, los ojos cada vez más serios, la sonrisa desapareciendo hasta dejar su rostro casi vacío de expresión, salvo por la intensidad de sus ojos. Sus ojos normalmente eran del color azul del cielo de primavera, pero cuando se inclinó hacia mí el azul se había profundizado, por lo que sus ojos habían cambiado al color del verano, no tan suave como el de la primavera.

Vaciló y luego se medio inclinó para un beso, su cuerpo todavía al lado del mío.

—Esa mirada en tu cara, Anita —suspiró.

—¿Qué mirada? —pregunté.

Sonrió, pero sus ojos continuaron serios, de color azul profundo. Se volvió a inclinar y respondió con la boca justo encima de la mía.

—Esa mirada.

Me besó, suave al principio luego el beso creció y creció, dejó que su cuerpo cayese junto al mío, por lo que su frente desnudo quedó presionado

contra la línea desnuda de mi costado. La sensación de su entrepierna contra mi muslo hizo que me empujase en el beso con manos, brazos y boca. O bien lo entendió o su cuerpo simplemente respondió, porque se puso más duro y empujó más fuerte contra mi muslo, mientras se hundía en mi boca y yo le seguía. El beso se convirtió en otra forma de follar, cogiendo su propio ritmo, como si ambos supiésemos que era lo que estábamos imitando. Nuestros cuerpos se encendieron con el beso, empezó a empujar contra mi muslo al mismo ritmo que nuestras bocas.

Se echó hacia atrás, riendo sin aliento, separando su cuerpo unos centímetros así que dejó de tocar mi muslo.

—Si no nos detenemos me voy a correr así.

Tuve que intentarlo dos veces para conseguir aire suficiente para decir:

—Entonces tenemos que parar porque así no es como quiero que te corras.

Se apoyó en un codo, su otra mano acariciando ligeramente mi estómago desnudo. Si hubiese sido solo un poco menos metafísicamente poderosa habría tenido algunas cicatrices realmente serias con las que jugar, pero el hombre tigre que había intentado arrancarme el intestino no había dejado ninguna marca.

—Te has puesto seria —dijo Jason.

—Estaba pensando que si fuese un poco menos poderosa, habría cicatrices con las que jugar en mi estómago.

Tocó mi cara.

—No pienses en lo que hemos perdido, Anita. Piensa en lo que tenemos.

Le sonreí, porque él quería que lo hiciese.

—¿Quieres decir que no piense en la lucha que pudo haberme dejado cicatrices, y que no piense en quien murió para salvarme?

Su rostro se mostraba suave, tierno, serio.

—Ahora ya lo has hecho.

Abrí la boca, y él tocó con su dedo mis labios. Negó con la cabeza.

—Si sigues así vas a tener que ayudarme para que vuelva a conseguir el estado de ánimo apropiado.

Sonreí con su dedo aún contra mi boca. Lo movió así que pude decir:

—Todavía parece que estás en el estado de ánimo adecuado para mí.

—Las chicas tenéis una ventaja injusta —dijo—, solo tienes que mirar hacia abajo y ahí estamos.

—Me gusta eso de los chicos —dije.

Se rió suavemente.

—Me he dado cuenta.

Se inclinó hacia mí otra vez, demostrándome que aún estaba erguido, pero no tan duro.

—Mi estado de ánimo se ha ablandado un poco así que nada de pensamientos serios. Quiero pensar solo en el ahora, en esto.

Busqué su rostro. Su cuerpo estaba feliz, pero su rostro era más serio de lo normal. Creo que debería haberme esperado eso, pero era Jason, mi chico alegre. En el sexo al menos, siempre sin complicaciones. En la charla de almohada de después podía conseguir terapia profunda, pero durante el sexo, nunca.

—Tienes esa cara seria de nuevo —me reprendió.

—Estaba haciendo lo que me pediste, pensando en ti.

—¿Por qué estás tan seria entonces? —preguntó, frunciendo un poco el ceño.

Deslicé mi mano a través de la seda de su pelo corto, justo en la base de su cuello, lo rodeé y lo atraje hacia mí mientras seguía acariciando.

—Tienes el pelo más suave que nadie que haya tocado.

—¿Más suave que Nathaniel?

—Sí —dije. Tratando de atraerlo a un beso.

—Mentirosa —dijo, y empujó contra mi mano para que no pudiese acercarlo.

—¿Mentirosa? —dije.

—He tenido sexo con vosotros dos, recuerda. Su pelo es como piel sobre piel.

—Sí, pero no es tan puramente suave. Es una textura diferente a la tuya.

—El pelo de Jean-Claude es suave.

Le fruncí el ceño.

—Sí, pero no tan suave como el tuyo. El pelo rizado nunca es tan suave como el liso.

—El pelo de Asher es como espuma.

Fruncí el ceño más fuerte y aparté mi mano. Le miré.

—¿Te hago un cumplido y tienes que fastidiarme con él?

—Lo siento, pero es que no te creo.

—No miento durante las relaciones sexuales, Jason. No digo cosas que no quiero decir, y nada de lo que digo es falso.

Bajó la cara, así que solo podía ver su perfil. Y era un buen perfil.

—Lo siento, Anita, esto no es tu problema, es mío. —Me miró y sus ojos comenzaron a volver a su normal azul pálido.

—¿Qué problema? —pregunté.

—Has conocido a mi familia. He pasado mi vida siendo la persona que nadie quería en su vida. Mi padre quería un hijo diferente, Anita. ¿Sabes lo que se siente al saber que tu padre siempre querrá otro tipo de hijo?

—No en la parte del hijo —dije.

Sus ojos se intensificaron, mostrando su curiosidad en ellos.

—¿Tu padre quería que fueses un chico, o algo así?

Sonreí.

—No, él estaba contento conmigo. Yo era su compañero de caza y hacíamos todo tipo de cosas de hombres juntos.

—Tu madrastra, Judith —dijo.

—Eres demasiado inteligente a veces.

—Lo siento.

—Se casaron cuando tenía diez años, y desde el momento en que llegó nunca pude ser lo suficientemente buena. No era lo suficientemente rubia, ni lo suficientemente femenina, no cooperaba, no era la hija que quería.

—Ella tiene una hija de tu edad, ¿verdad?

—Sí, Adriana. Ella es la perfecta hija para Judith.

—¿A qué se dedica?

—Es abogada, comprometida con otro abogado.

—Guau, una abogado y comprometida para casarse antes de los treinta. Difícil competir con eso —dijo Jason.

—Me di cuenta en algún momento de mi adolescencia de que no podía competir, así que dejé de intentarlo. Tú seguiste tu camino. Yo hice mi propia versión.

—¿Cómo? —Se apoyó sobre su estómago, con los brazos acunando su cabeza, su rostro expresaba su atención. Quería el sexo, sí, pero también quería saber más.

—Me convertí en el último marimacho. Me negué a usar vestidos. Me negué a jugar el juego de Judith.

—¿Hiciste todo eso de las camisetas negras y la melancolía?

—¿Crees que fui una gótica?

Asintió, su cabeza aún acunada en sus brazos.

—Sí, supongo que sí, pero no porque me gustase realmente sino más

bien porque no le gustaba a ella. Usaba las camisetas más ofensiva que podía encontrar, muchas de ella negras. Pero mis amigas en el instituto eran buenas chicas, no sombrías poetisas escribiendo sobre la muerte. Encontraba eso… aburrido.

—¿Por qué?

—Porque había tenido una muerte real en mi vida y pensaba que la mayoría eran farsantes.

—Tú no tienes mucha paciencia con los farsantes, ¿verdad?

—No.

—Pero siempre podrás decirte a ti misma que Judith es la madrastra malvada.

—Sí, pero la abuela Blake, que me crió durante dos años antes de que apareciese Judith, bueno, eso es un problema diferente.

—¿Qué tipo de problema?

—Recuerda que veía fantasmas en la escuela primaria; en mi adolescencia accidentalmente empecé a levantar los animales atropellados de las cunetas. Levanté a mi perro muerto cuando tenía catorce años. Mi padre me llevó a ver a la madre de mi madre, la abuela Flores, para que pudiese aprender a controlarlo. Pero la abuela Blake no quería que aprendiese a controlarlo. Estaba convencida de que si rezábamos lo suficiente, el mal acabaría por irse.

Jason me miró con los ojos ensanchados.

—¿Ella lo cree incluso ahora?

—Supongo que sí. Sé que ruega por mi alma. Sé que cree que levantar a los muertos es el mal. Y sé que cree que dormir con vampiros es un pecado mortal.

—¿Y qué piensa de los cambiaformas?

—Oh, tú también estás condenado.

—¿Sabe ella que vives con dos de ellos?

—No.

Me sonrió.

—¿Protegiéndola de las cosas por el momento cuando eso la molestaría mucho?

—No, no creo que nunca se lo diga a mi familia.

Él me miró.

—¿Nunca te vas a casa durante las vacaciones y llevas a alguien contigo?

Suspiré.

—¿Y a quién iba a llevar?

Pareció pensar en eso.

—Los vampiros están fuera, supongo.

Asentí.

—Espera, no quieres volver a casa durante las vacaciones, así que vivir con dos cambiaformas significa que no tienes que volver porque tu familia no lo entendería.

Pensé en lo que había dicho durante unos segundos.

—Tal vez, pero Nathaniel y Micah no son una excusa para no visitar a mi familia. Los amo, y finalmente tengo un arreglo doméstico que se adapta a mí.

Asintió.

—Te conozco desde hace más tiempo que cualquiera de ellos y nunca te he visto tan relajada, o tan feliz.

Sonreí.

—Muy bien, ahora que me has analizado, te toca a ti.

Realmente parecía un poco avergonzado.

—Lo siento.

—Si no quisiese hablar de eso, solo tenía que decir que no.

—Cierto, ¿Por qué me has contado tanto?

—Porque he visto a tu familia, y pensé que te habías ganado el derecho de conocer un poco más de la mía.

—Lo hiciste para tratar de que me sintiese un poco mejor —dijo.

—Tal vez, ¿funcionó?

Vi los pensamientos pasar por su cara, luego asintió.

—Sí, lo hizo, supongo que lo que necesitaba era saber que no soy el único que es un extraño en todas las comidas familiares.

—Sí —dije—, eso lo resume todo. Todo el mundo vuelve a casa por nostalgia y por los recuerdos felices. Deberíamos aceptar que cuando no has encajado en casa siendo un niño, ser un adulto no lo va a cambiar. Cuando era pequeña pensaba que había sido abandonada por los gitanos o cambiada en el hospital, excepto que tenía fotos de mi madre. Me parecía demasiado a ella para no ser su hija.

—Ella era de México, ¿verdad?

—Su familia lo era, ella fue la primera generación de estadounidenses.

—No te ves muy hispana.

Sonreí.

—El color de la piel es de mi padre, pero el pelo, los ojos y la estructura ósea son más de mi madre. Los pómulos de mi padre me han dado más aspecto de pertenecer a la raza correcta, pero todavía soy el fantasma en el banquete, Jason. Y con la edad que tengo ahora más, le recuerdo a mi padre la esposa que perdió, y a Judith a la mujer a la que sustituye.

—¿Ese es tu problema o el de ellos?

—Un poco de ambos, creo. Recuerda que mi madre fue el primer amor de mi padre, tal vez su primer amante, no lo sé. Pero muchas primeras cosas. Eso es mucho equipaje que superar. Si además le unes una muerte joven y trágica que añada una bruma romántica a todo eso…

—¿Duro para Judith competir con una santa muerta? —dijo.

—Algo así.

—Todo eso lo supones, o sabes a ciencia cierta que la madrastra malvada se siente de esa manera.

—No lo sé, Jason. Sé cómo me siento yo y como ellos parecen sentirse, pero era una niña y ahora no puedo ver con claridad. Hay demasiado equipaje en el camino.

—Lo imagino —dijo, y su cara volvió a ponerse seria y triste—. Quería ahogarme en el sexo y no pensar, pero aquí estamos, haciendo toda esa terapia que odias.

Le toqué el hombro.

—Te has ganado un poco de charla.

—Porque, ¿Por qué mi padre es un bastardo y se está muriendo?

—Sí, y porque eres mi amigo y yo quiero estar aquí para lo que necesites. Si necesitas hablar más que el sexo, entonces podemos hacerlo.

—Necesitas alimentar el *ardeur* —dijo.

—Sí, pero si lo malo se pone peor, puedo liberar el *ardeur* y acabar con nuestros problemas.

—El *ardeur* es estupendo, y puede acabar con la necesidad de juegos previos, pero no es lo que quiero ahora.

—¿Qué quieres entonces?

Me miró con su rostro demasiado serio, casi parecía una cara extraña, como si las cosas que había visto hoy le hubiesen cambiado. O tal vez las cosas que habían sucedido hoy le habían permitido enseñarme una parte de sí mismo que mantenía oculta. O tal vez el paseo por mis propios recuerdos

torturados estaba consiguiendo ponerle aún más serio. No lo sabía, y no tenía aquí a Nathaniel o a Micah para ayudarme a solucionarlo. El único otro hombre que normalmente podía ayudarme a ver a través de ese laberinto de confusión estaba acostado a mi lado en la cama, sumido en sus propios problemas.

—Te quiero —dijo simplemente.

Le fruncí el ceño.

Me dirigió una suave sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Voy a aclarar la pregunta que tienes en tus ojos.

—¿Me conoces tan bien?

—En la cama sí. Tú dejas de intentar controlar tu rostro una vez que la ropa ha desaparecido. Vestida a veces eres tan difícil de leer como Jean-Claude.

Pensé en eso durante un segundo.

—Supongo que siento que no me desnudaría con gente en la que no confío.

Sonrió.

—Sí.

Me instalé de nuevo sobre las almohadas y dije:

—Así que explícalo.

—No puedo encontrar mujeres con las que dormir, o follar. Soy un stripper. Siempre están tratando de darme sus números, de convencerme para que vaya más allá de lo legal. Soy el *pomme de sang* de Jean-Claude, un montón de mujeres quieren dormir conmigo solo por eso. Para acercarse a los vampiros. Ser hombre lobo te consigue un tipo diferente de groupies. —Entonces me dedicó esa sonrisa que llenó durante un momento sus ojos de brillo. Me hizo sonreír en respuesta—. Y también tengo mi parte de mujeres que no saben nada de eso, y por las que probablemente podría ser persuadido.

Esperé a que continuara, pero tuve que ver como el brillo de sus ojos y su sonrisa se desvanecían. Su rostro quedó atrapado entre su habitual encanto y esta nueva faceta seria.

—Pero… —finalmente le empujé.

Tomó aire y dijo:

—Pero solo tú me dirás la verdad. Solo tú me dirás exactamente lo que quieres, o no quieres. Tú misma lo dijiste, no hay falsedad aquí. No protegerás mi ego. O soy bueno o no lo soy. No quieres atraparme en nada.

No tienes una agenda más allá del placer. No te preocupas por lo que vamos a hacer después o lo que hemos hecho un momento antes. Estás completa y totalmente en el sexo, casi desde el momento en que tocas a un hombre. Es relajante.

—¿No todo el mundo lo hace de esa manera?

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—No, no, no lo hacen. La mayoría de la gente tiene su día en la cabeza y lo entromete en el sexo. Muchas mujeres no pueden apagar la cabeza lo suficiente como para relajarse para empezar a disfrutar.

—He conocido algunos hombres que hacen eso también —dije.

—No normalmente, pero si a veces. Normalmente sabes guardar el análisis para después del sexo, como si el sexo aclarase el camino para tener un —corazón a corazón.

Sonrió de nuevo.

—Yo estoy siendo uno de ellos.

Rió.

—Eso no es todo. Me gusta el sexo más de lo que me gusta hablar.

—Pero no esta noche —dije en voz baja.

El humor brilló en sus ojos durante un poco más de tiempo pero su rostro empezó a deslizarse hacia la seriedad otra vez, una versión más adulta que me di cuenta que probablemente iba a empezar a ver más y más a medida que pasasen los años. Tal vez todos estábamos creciendo, incluso Jason.

—No, no esta noche. Sin embargo, he terminado la conversación. Quiero tocarte, y quiero que me toques. Quiero ahogarme en el perfume de tu piel, en el sabor de tu cuerpo. El sexo ha sido mi adicción desde que era un niño, y todavía es mi elección de escape.

—¿Eres adicto al sexo? —pregunté.

—¿Terapia de nuevo? —dijo.

Tuve que sonreír.

—Ya sabes, Nathaniel va a terapia.

—Sé que le diagnosticaron como un adicto al sexo, si te refieres a eso.

—¿Entonces sabes lo malo que ha sido para él?

—Lo sé —dijo Jason—, y no, si realmente quieres analizarlo, entonces no, no soy un adicto al sexo. Estuve cerca de serlo en la escuela secundaria, y muy cerca en la universidad. Pero Raina casi me mata durante el sexo, eso me curó de los comportamientos de riesgo, mejor de lo que cualquier

terapia podía haberlo hecho.

A través de un accidente metafísico había compartido sus recuerdos una vez. Había sido horrible, porque había estado en la cabeza de Raina y sabía a ciencia cierta que a la ex lupa de nuestra manada de hombres lobo no le había importado un comino si Jason vivía o moría. Él había estado de acuerdo con ser atado y que ella cambiase encima de él, ser aceptado de esa forma en la manada. Lo que él no había sabido era que ella podría cortarlo en pedazos sin preocuparse. Para ella se trataba más de violencia que de sexo, tenía una verdadera mentalidad de asesino en serie. Creo que lo único que había impedido que su número de muertos fuese aún mayor fue que la licantropía salvó la vida de sus víctimas. Aunque, honestamente, no pude encontrar a nadie más a quien hubiese convertido con la violencia con la que lo había hecho con Jason. Empujé ese pensamiento lejos. Todavía a veces era capaz de canalizarla, y este no era el momento.

—Así que como pudiste detener ese comportamiento con terapia de choque, ¿No eres un verdadero adicto?

—Algo así, aunque dependerá del terapeuta con el que hables, supongo.

Nos quedamos mirándonos uno al otro, ambos demasiado serios para estar desnudos en la cama. Ambos pensando demasiado para lo que se suponía que deberíamos estar haciendo. Me pregunté si deberíamos pasar de esto a otra cosa, o si era el momento de volver a ponerse la ropa.

—Adoro verte pensar —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Significa que incluso en medio del sexo, a veces algo pasa y puedo verte pensar. No sobre tu día, o sobre algo externo, sino sobre el sexo, o sobre el hombre que está contigo.

—¿Cómo puedes estar seguro de que es lo que estoy pensando?

—Bien, ¿Qué estás pensando?

Traté de no sonreír y fracasé.

—Me preguntaba cómo llevarte de esto al sexo.

—¿Ves?

—¿Y qué estás pensando tú ahora, señor cara seria?

Sonrió.

—En que quiero mirar tu cara mientras miras fijamente hacia arriba con tus ojos fijos en mí mientras hacemos el amor.

—¿Entonces quieres estar arriba? —pregunté, tratando de bromear. La

broma falló ante sus ojos serios.

—Con el tiempo.

—¿Con el tiempo?

Se inclinó hacia mí y una sonrisa cruzó su rostro, una de esas que si los clientes de Placeres Prohibidos pudiesen ver, haría que vaciasen sus cuentas bancarias.

—Sí.

Empecé a preguntarle qué era lo que quería hacer en primer lugar, pero me besó, sus manos se deslizaron por encima de mi cuerpo y ya no hubo necesidad de que preguntase. Él me lo estaba mostrando.



VEINTICINCO

Jason me tocó con su mano entre mis piernas, con la boca en la mía. Me mostró que había hecho con sus dudas, lo que había hecho con todo, con mi cuerpo y el suyo.

Nunca había estado a solas con él cuando el *ardeur* no me estaba montando. Nunca había estado con él cuando podíamos prestar atención sólo el uno al otro, sin que nadie, ni nada, nos distrajera. Era todo manos y boca y dientes, y necesidad. Me trajo con sus dedos entre mis piernas y luego deslizó sus dedos dentro de mí, hasta encontrar el punto ideal. Me trajo de nuevo, una y otra vez, con un movimiento de los dedos y una flexión de la mano. Me trajo hasta que me estremecí, temblé y me retorcí, y me convulsioné en la cama, mientras él se arrodillaba entre mis piernas para encontrar el ángulo adecuado para su mano.

Me las arreglé para jadear:

—¡Dios, Jason, Dios! —Luego me robó el aliento con el placer de su

mano dentro de mí. Me dejó con los ojos en blanco, así que estaba ciega a todo excepto a las sensaciones de mi cuerpo. Sólo entonces le sentí por encima de mí. Sentí la presión de su cuerpo, su peso asentándose en la parte superior de mi cuerpo me hizo llorar de nuevo. Luché por abrir los ojos, para ver como su rostro se cernía sobre mí. La mirada en su rostro era todo lo que deseaba ver en ese momento. No había incertidumbre, sólo el conocimiento de lo que me había hecho, de que su cuerpo, su tacto, su experiencia me habían traído hasta este momento, cuando simplemente su peso encima de mí podía hacerme llorar de placer.

Me susurró:

—Ahora voy a follarte.

Susurré a mi vez la única palabra en que podía pensar.

—Sí.

Él sonrió, y traté de decidir qué tipo de sonrisa de satisfacción era, pero él escogió ese momento para colocar sus caderas entre mis piernas y empujarse dentro de mí. Estaba tan mojada, tan preparada por todo lo que me había hecho que se deslizó dentro de mí en un movimiento fluido.

Mis ojos dieron vueltas de nuevo y arrancó un sonido de mi garganta mientras mi cuello se inclinaba hacia atrás y mi columna vertebral se inclinaba bajo el peso de los dos.

Su voz sonó junto a mi oído, contra mi pelo.

—Tan húmeda, tan fuerte, tan dispuesta. —Se metió dentro de mí, tan profundo como pudo, me hizo llorar de nuevo, y retorcerme. Entonces me besó, me besó con nuestros cuerpos enlazados lo más cerca que podíamos. Me besó, como si el beso lo fuera todo, y empezó a entrar y salir de mi cuerpo. Me besó, me exploró, besaba mi boca como follaba mi cuerpo. Él había llevado a cabo el necesario juego previo, parecía que en sólo unos minutos estaba gritando mi orgasmo en su boca, apretando alrededor de su ingle, arañándole la espalda y los hombros. Mis manos se deslizaban en el brillo sudor de su espalda. Grité para él, y él luchó por mantener su boca en la mía, el ritmo de su cuerpo dentro de mí. Lo único que cambió fue que me follaba cada vez más duro, golpeándose a sí mismo dentro de mí más y más rápido. Yo gritaba y gritaba, y me aferré a su cuerpo con las uñas y las manos y los brazos, como si el placer me desgarrara, o me fuera a destrozar.

Por último, se elevó lo suficiente como para sujetar mis muñecas a la cama. En esa postura no podía besarme, pero todavía podía follarme, y lo

hizo. Pude ver como su cuerpo se hundía dentro y fuera del mío, y verlo hizo que me viniera de nuevo. Sin su boca contra la mía, mis gritos sonaron largos y desiguales.

Su voz sonaba entrecortada, tensa por el esfuerzo, ya que su cuerpo seguía trabajando dentro y fuera del mío.

—Alimentación, Anita, ahora.

Me llevó unos momentos luchar contra las olas de placer para oír las palabras, incluso tratar de entenderlas. Me las arreglé:

—¿Qué?

—Calma el *ardeur*, Anita. Aliméntate antes de que me deje ir.

Parpadeé, y debí demostrarlo en mi cara, porque se echó a reír, una risa maravillosamente masculina, tan feliz, como Jason, o más.

—Se te olvidó, te olvidaste del *ardeur*.

Me las arreglé para asentir.

—He hecho un buen trabaj, —jadeó—, pero creo, estoy casi… —Su cuerpo se convulsionó por encima del mío, cerré los ojos, su cuerpo comenzaba a perder el ritmo.

—¡Alimentación, ahora!

Casi no tenía la suficiente concentración para encontrar esa pieza metafísica en mi interior y dejarlo ir. Pero en el último momento, con su cuerpo casi encima del mío, y el esfuerzo reflejado en su rostro, en sus hombros, brazos, pecho, me encontré con el *ardeur*, y lo dejé ir. Pasó sobre mí como una fuerza casi visible. El cuerpo de Jason reaccionó a él como si hubiera recibido un golpe. Gritó encima de mí, empujó su cuerpo dentro de mí una última vez, y sentí cuando también se dejó ir. Dejó escapar su control, dejando de lado el esfuerzo, y se entregó al *ardeur*, se entregó a esa parte de mí que se alimentaba de placer. Se alimentaba de la sensación de su cuerpo enterrado en lo más profundo del mío, se alimentaba de la fuerza de sus manos sujetándome bajo él, se alimentaba del sabor a sal de su piel, levanté la boca y lamí su pecho. Me dio de comer, ya que su cuerpo se convulsionó en mi interior, no una, sino dos veces, tres veces. Lo atraje con mi cuerpo apretado a su alrededor, pulsando para extraer la última gota. Posé mi boca en su piel, su pecho, lamiendo la sal, rozando la dureza de su pezón.

Hizo una pausa por encima de mí, la cabeza colgando hacia abajo, los mechones de su pelo pegados a la cara por el esfuerzo. Sus hombros comenzaron a derrumbarse, por lo que finalmente quedó tumbado sobre la

parte superior de mi cuerpo. Mantuvo sus manos en mis muñecas y su cara en la almohada al lado de la mía. Todavía estaba dentro de mí. Nos quedamos ahí, no por más sexo, sino para coger aliento y esperar a que nuestros cuerpos pudieran moverse de nuevo.

Me besó en la mejilla, y me volví, con esfuerzo, para poder besar sus labios. Fue un beso suave, sin aliento, y juro que pude probar su pulso en la boca.

—Me gustas —dijo, y esbozó una sonrisa mientras lo decía.

Me hizo reír, y luego la risa se convirtió en mueca de dolor, me retorcí.

—No, Dios, por favor.

Había llegado a ese punto en que estaba demasiado sensible para hacer nada más. Interesante. Le devolví el beso y le dije:

—Tú también me gustas.

Bueno, el amor no estaba en el menú, pero no es algo malo poder decirlo.



El sexo había sido lo bastante bueno como para no tener que pensar en decidir cuánto tiempo deberíamos permanecer abrazarnos después, simplemente nos quedamos ambos dormidos. Caímos en ese profundo sueño inconsciente, agotado, que se produce cuando el sexo ha sido largo y duro, y sudoroso, y sorprendente, y el día ha sido demasiado largo, demasiado duro, y puedes finalmente dejar que todo desaparezca. Por fin puedes descansar contra la piel, el tacto y el peso de tu amante.

Me desperté abrazada a Jason, las piernas y los brazos entrelazados, los cuerpos casi pegados con el sudor, los fluidos y el sueño.

Hizo un sonido suave y pequeño que era casi una risa, pero no. Era uno de esos ruidos totalmente satisfechos que no tienen ortografía, que no tienen cabida en un diccionario, pero que a menudo son los que indican, más que cualquier palabra completa, cuán felices somos.

Volvió la cabeza lo suficiente para mirarme, y me dirigió una sonrisa y

una suave mirada que casi me hizo reír. Moví la cabeza hacia él, aún apoyada en la almohada, y él se movió también, para que nuestros labios se encontraran en medio de la almohada, nuestros cuerpos todavía entrelazados.

Jason se retiró lo suficiente como para mirarme a la cara, ambas todavía apoyadas en la misma almohada.

—Eso. Fue. Increíble.

Sonreí.

—Sí, lo fue. —Miré un poco más allá de su rostro y vi las marcas en sus hombros. Levanté la cabeza lo suficiente para ver mejor, y observé las marcas de mis uñas en su espalda—. Jesús, Jason, lo siento.

—Es un cumplido —dijo, con una sonrisa perezosa.

Posé la cabeza en la almohada, porque todavía me parecía un esfuerzo excesivo moverme.

—Por eso me sujetaste las muñecas.

—Sí —dijo, sonriendo—. Me encanta cuando pierdes el control conmigo de esa forma, pero no me sentía con ánimos de sangrar mucho esta noche.

Me levanté de nuevo, para ver las marcas con mayor claridad, flexioné los hombros y no sólo el cuello. No había muchas marcas, pero aún no se había secado la sangre en ellas. Hice una mueca.

—Lo siento.

Sacudió la cabeza y me atrajo más cerca sobre la almohada, de modo que nuestros rostros se tocaban y los hombros estaban relajados.

—Nunca te disculpes por disfrutar de estar conmigo, Anita. Me encanta que lo disfrutes.

Me besó en la frente porque era lo que estaba más cerca.

—Conozco a un montón de mujeres que te gustan.

—Gustaban —admitió—, pero últimamente no.

Acaricié su hombro con la mano.

—Ella realmente te ha sorbido el seso, ¿no?

—¿Te refieres a Perdy? —preguntó. Se había quedado muy quieto a mi lado.

—Sí.

—Ella dijo que me amaba, pero también me dijo que lo que quería hacer con ella estaba mal, que era un pervertido.

—¿Ella realmente dijo pervertido? —pregunté, y puse otro beso en su

frente.

—No —dijo.

—Mira, quien está proyectando.

—Ella dijo diablo.

Eso hizo que me acercara aún más a él, con mis labios contra su cara.

—¿El mal? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué rayos podrías haberle pedido para que te llamara diablo?

Él se tensó a mi lado y miró hacia la puerta.

—Hay gente en nuestra puerta. Uno de ellos ha estado bebiendo, mucho.

—Lo puedes oler —dije.

Él asintió sin dejar de mirar a la puerta. No cogí inmediatamente mi pistola de la mesilla de noche. Quiero decir, que podría ser sólo un grupo de fiesteros de camino a su habitación.

Entonces alguien golpeó la puerta y una voz de mujer dijo:

—¡Keith, sé que estás ahí, cabrón! ¡Abre la puerta, maldito bastardo!

Jason me miró.

—No me mires —dije—, este no es mi tipo de problema.

—¿Así que tampoco sabes qué hacer?

—No tengo ni idea —dije.

—Estupendo —dijo—, yo tampoco. Ella golpeó la puerta tan fuerte que se sacudió. La persona que estaba golpeando la puerta no era muy alta, pero estaba golpeando con todas sus fuerzas, y estando borracha, estaba usando más fuerza de lo que habría utilizado sobria. Le dolería por la mañana, y probablemente no recordara por qué.

Jason se puso uno de los gruesos albornoces que siempre había en las buenas habitaciones. Me lanzó el otro albornoz.

—No vamos a abrir la puerta, ¿verdad? —pregunté, y mi voz sonaba adecuadamente horrorizada.

—Ella no va a desaparecer.

—Ella está también lo bastante borracha para que una mirada a nosotros en esta habitación la convenza de que tiene razón.

—No puedo evitar parecerme mucho a él.

—¡Keith, hijo de puta, abre esta puerta!

—Sr. Summerland, ¿realmente quiere que las noticias de las once muestren a su novia en su puerta mientras tiene relaciones sexuales con

otra mujer?

Me senté, muy seria de repente, envuelta en mi albornoz.

—Oh, Dios mío, hay periodistas con ella. —Él comenzó a buscar la tarjeta de visita de Chuck—. Llama a Chuck, dile lo que está pasando. —No discutí, tomé la tarjeta y comencé a marcar.

Jason fue a la puerta, pero no la abrió. Gritó a través de ella:

—Mi nombre es Jason Schuyler, no soy Keith Summerland.

—Eso ya lo intentaste en la escuela secundaria, Keith, haciéndote pasar por Jason cuando te tirabas a Nan Brandweiss.

Pronto tuve a Chuck al teléfono.

—Aquí Chuck.

—Anita Blake. Tenemos a los periodistas en nuestra puerta con la novia de Keith Summerland muy borracha, exigiendo saber por qué la está engañando.

—Oh, mierda. —Lo dijo con verdadero sentimiento.

—Esos son exactamente mis sentimientos. ¿Qué hacemos?

—Pensé que no ibas a llamar, no estoy en el hotel. Estaré allí tan pronto como pueda.

Voy a alertar a algunos de los otros guardias. Al infierno, ellos deben estar con ella ahora. No abran la puerta.

—¿Desea que las noticias de las once muestren a la novia de Keith golpeando la puerta, sin que le abra? Eso es con lo que los periodistas están amenazando. Ella está llorando y está borracha.

—Maldita sea, voy para allí. Simplemente, oh infiernos, esto se va a ir a la mierda.

—¿Ir, Chuck? Creo que ya se ha ido.

Jason hablaba a través de la puerta.

—Lisa Bromwell, ¿eres tú?

—Keith, esto no es gracioso, no me humilles así, no me hagas rogar.

Jason comenzó a abrir la puerta.

—Me tengo que ir, Chuck, Jason va a abrir la puerta.

—¿No puedes controlarle mejor que eso?

—Igual que Keith controla a su novia —dije.

—Entonces estamos jodidos —dijo Chuck. Colgó el teléfono. Yo también colgué. No podía estar más de acuerdo.



VEINTISIETE

Cogí mi pistola de la mesita de noche y la puse en el bolsillo de mi bata. No porque pensara que necesitaba mi pistola a mano, sino porque era mi arma y mi trabajo era controlarla. Una mujer despreciada, muy borracha, estaba a punto de entrar por la puerta. No quería darle alguna idea. Un arma cargada desatendida podría ser un verdadero desastre. El bolsillo de lado era divertido, pero era mejor que la alternativa.

Jason abrió la puerta y una mujer bajita y rubia se derramó a través, golpeando con los puños en su pecho. Ella le gritaba. Un periodista, completo con cámara y luces, empujaba por detrás de ella. Perfecto.

Jason estaba intentando superar sus gritos.

—¡Soy Jason. Lisa, mírame, soy Jason!

Los ojos de Lisa estaban apretados mientras lo golpeaba y gritaba. Ella había buscado en la habitación, pero no quería ver.

Me quedé sin la menor idea de lo que podría hacer que pudiera ayudar.

Podría echar al reportero y al fotógrafo, estaba armada. Pero de alguna manera pensé que podría quedar mal en la prensa. Para la histérica Lisa yo era la otra mujer, por lo que tratar de tocarla sería malo. No tenía ni una maldita idea de qué hacer. Mierda.

La cámara estaba consiguiendo todo: a mí en bata, el lecho revuelto, la cadena de preservativos en su envoltorio en el suelo donde se le habían caído a Jason. Había incluso algunas piezas de ropa envueltas en la silla de la habitación. Una vez más, perfecto.

El reportero metió un micrófono en la cara de Jason.

—Keith, ¿esta mujer es la nueva? ¿Cuándo es la boda? Lisa merece la verdad, Keith.

Jason habló en el micrófono.

—Mi nombre es Jason Schuyler. Fui a la escuela con Lisa y Keith y con el hermano de Keith, Kelsey.

Tal vez habrían escuchado, quizá no, pero la lucha con Lisa había aflojado finalmente su bata para que enseñara suficiente para que la cámara tratara de obtener todo el espectáculo. Si se trataba de una cadena ellos no serían capaces de mostrarlo, pero ¿con qué frecuencia tienen la oportunidad de conseguir la película de un hijo a aspirante a la presidencia desnudo? El camarógrafo no iba a perder su oportunidad.

Las manos de Lisa estaban sobre el estómago de Jason, y había dejado de gritar. Ella estaba parpadeando hacia él, no hacia su cara.

—¿Jason? —murmuró, mientras Jason conseguía cerrar su bata un poco.

El hecho de verlo desnudo la hubiera hecho creer que era él, me hizo preguntarme, ¿cómo de amiga cercana había sido Lisa Bromwell de Jason en la escuela secundaria?

Voces desde el pasillo, en su mayoría hombres, gritando. Peterson fue el primero en llegar a la puerta, pero había otros hombres uniformados con él, y algunos de los guardias uniformados que había visto antes. Eran lo que necesitábamos. Algunos tipos malos para la prensa y rescatarnos, al mismo tiempo. No suelo esperar a ser rescatada, pero este nivel de atención de la prensa me había desconcertado. ¿Cómo manejas a esta gente grosera cuando no puedes darles una paliza en la nariz?

Peterson y sus hombres bajaron a la prensa. Se trataba de sacar a Lisa Bromwell también, pero ahora estaba aferrada a Jason y guiñando los ojos hacia él empañados. Una segunda mujer en el pasillo, estaba tratando de

ayudar a persuadir a Lisa Peterson para que dejara a Jason. La nueva mujer iba en tacones altos, que la hacían medir al menos seis pies, con el pelo liso moreno que llevaba al estilo recto, pero era lo suficientemente espeso, para apostar que se rizaba cuando lo abandonaba a su suerte. Era hermosa en ese perfecto maquillaje, leía Cosmo de camino. Ya sabes, suficientemente hermosa para que otras mujeres estuvieran celosas y los hombres la miraran, pero no parecía bastante real. Mujeres como esa casi nunca me hacen sentir insegura. No entiendo lo suficiente como para sentir celos.

Peterson tenía a los reporteros fuera de la sala con la ayuda de los guardias uniformados. Dos de los agentes más jóvenes se quedaron a nuestro lado de la puerta y tomaron posiciones contra ella, como si la prensa pudiera tratar de romper la puerta. Seguramente no, pero estaba empezando a darme cuenta de que habíamos pasado a una especie de prensa de Twilight Zone, donde las reglas normales no parecen aplicables.

La morena me tendió la mano.

—Soy Trish, amiga de la novia, y siento no haber podido detenerla a tiempo. —Ella tenía un buen apretón de manos, aunque su mano era lo suficientemente grande, y las uñas lo suficientemente largas, se sentía casi peligrosa, como si me cortara si sacudía con demasiada fuerza.

—¿Cómo llegó a encontrar nuestra habitación?

—El periodista sabía vuestro número de habitación. Le dijo que había visto a Keith registrarse con una morena. Tenían fotos de vosotros dos en el hotel, obviamente, ibais a una habitación.

—La despedida de soltera debe de estar en plena marcha para que esté borracha, dije.

Trish negó con la cabeza.

—No ha comenzado todavía. Estaba borracha cuando llegamos a la sala para la fiesta.

Miré a la pequeña mujer rubia, unas pulgadas más baja que Jason y yo. Se balanceó contra él, aferrada a su bata, como si ella y sus manos sobre su cuerpo delgado se golpearía con el suelo.

—Se emborrachó sola en su habitación. Sus damas de honor la encontraron de esta forma, agarrando un puñado de fotos de Keith contigo.

—No era Keith —dije.

Trish asintió.

—Aparentemente no, pero el parecido es inquietante.

No pude discutir con la parte misteriosa. Ahora que Lisa no estaba

gritando o llorando histéricamente o tratando de sacar los ojos a Jason, me di cuenta que ella y él se parecían. De hecho, Lisa Bromwell parecía más hermana de Jason que cualquiera de sus hermanas reales.

—Eres la primera mujer con la que he conseguido hablar que no sea de esta ciudad. ¿Soy yo o ellos se parecen, también? —dijo Trish.

—No es sólo a ti —dije.

—¿Has visto a muchos de los descendientes del viejo Jedediah y de las familias originales de su pequeña ciudad en las colinas?

—Todavía no —dije.

—Todos se parecen así, como si estuvieran relacionados.

—Jason dijo que Jedediah Summerland ayudó a poblar la mayor parte de la ciudad en su día.

—Cuando veas la fiesta de la boda, lo creerás.

Le di un vistazo. Ella asintió, con los ojos un poco anchos.

—Sólo espera, verás, es muy Twilight Zone.

—Acabamos de tener a un periodista con cámara y luces irrumpiendo en nuestra habitación de hotel, ya estoy en la Dimensión Desconocida.

—Me gustaría decirte que mejorará, Anita. Puedo llamarte Anita, ¿no?

—Claro que sí.

—Tengo amigos que han estado con ellos desde que se anunció la boda, y cuanto más cerca estás más rara la prensa se pone. Una de las razones por las que estaban tan seguros de ti y Jason, ¿verdad?

Asentí.

—… de Jason siendo Keith es que hay un rumor de que él tiene a una morena en el lateral. Incluso puede ser cierto.

Jason había sentado a Lisa en la silla. Le frotaba los hombros mientras hablaba en voz baja.

—Si es verdad, entonces ¿por qué se casa con él? —pregunté.

Trish me lanzó una mirada.

—¿Qué?

—Es rico, guapo, divertido como el infierno cuando no es un bastardo. Su padre es el gobernador del estado y aproximadamente a las elecciones presidenciales. Incluso puede hacer todo el camino hasta la Oficina Oval.

Ella dejó de hablar, como si eso explicara por qué una mujer se pone para arriba con un hombre que la engañaría días antes de su boda. Finalmente, dije:

—Tú no has dicho algo que me llevase por el pasillo con alguien que

me engañase días antes de mi boda.

—¿Y si es una de las mayores bodas del año en este país, y si darle la espalda ahora fuera más humillante que ir a través del pasillo con él?

Negué con la cabeza.

—No funciona para mí tampoco.

Trish estudió mi rostro, como si estuviera tratando de decidir si hablaba en serio o no.

—Tú realmente sólo harías a un lado su culo, ¿verdad?

—En un minuto caliente. —Era mi turno para estudiarla—. ¿No lo harías?

Ella se echó a reír, una risa nerviosa.

—Estuve casada por razones como el dinero y la política, Anita.

—Y divorciada, supongo.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, pero la pensión alimenticia fue una patada.

En ese momento supe que podría gustarme Trish eventualmente, pero nunca la comprendería, ni ella a mí. Las dos éramos mujeres, pero nuestra cultura femenina era demasiado diferente. Ella era una mujer-mujer, y yo era sólo una mujer. Se casó por dinero y política y la potencial pensión alimenticia. No podía pensar en nada que me pusiera en una nave de la iglesia, pero el amor habría estado más alto en la lista que nada de lo que la mujer a mi lado había enumerado. ¿Quién demonios se casa planificando la cantidad de pensión alimenticia que puede conseguir? Eso no era un matrimonio, era una transacción comercial con intercambio de anillos.

¿En cuántos problemas nos meteríamos si me las arreglaba para hablar a Lisa Bromwell de dar una patada en el culo a Keith Summerlands días antes de su boda? Había posibilidades, y no todas eran malas.



VEINTIOCHO

Fui presentada a la novia —para ser finalmente. Había sido un punto en mi vida cuando no había querido encontrar extraños sin vestir excepto con una bata, en un cuarto de hotel, con un hombre con el que no estaba casada, quién estaba también en una bata. Extrañamente, esto era tan leve en comparación con mi vida últimamente que ni siquiera me inmuté.

Ella parpadeó sus ojos azul claro hacia mí. El maquillaje que había comenzado la noche se había rendido a las lágrimas y al trapo húmedo que Jason había traído para ella. Me parpadeó, tenía mechones perdidos de su pelo amarillo pegados a su cara donde había sido humedecida. Otros trozos de su pelo alrededor de toda la cara. Sin el maquillaje parecía tener unos doce años, aunque sabía que tenía que ser de la edad de Jason. Veintidós o veintitrés años, no los aparentaba.

Dije de forma automática:

—Encantada de conocerte, Lisa.

Se sonrojó de un color rosado agradable y miró hacia abajo.

—Estoy tan avergonzada.

Jason se arrodilló delante de ella, asegurándose que su bata lo cubría.

—Está bien, Lisa, no sabías que estaba de vuelta en la ciudad, y los reporteros te mintieron.

—Y estaba borracha —dijo, en voz baja.

Pensé eso también, pero en voz alta dije:

—¿Mintieron los reporteros, o realmente no pueden notar la diferencia entre tú y ese tipo Summerland?

Lisa y Jason me miraron, y el efecto espejo fue sorprendente. Realmente se parecían.

—Se parecen demasiado —dijo Lisa.

Trish se acercó a nuestro lado, por encima de todos nosotros en sus tacones. Espera hasta que veas a Keith, enloquecerás de lo mucho que se parecen. Te juro que es como si Summerland hubiera tenido trillizos en vez de gemelos.

Jason se puso de pie.

—Sí, todos se casaron entre sí en la Promesa.

—¿Promesa? —Hice una pregunta.

—Era el nombre que los Summerland dieron a su pequeña comunidad religiosa en las colinas de Asheville. Promesa de Dios era el nombre completo, de hecho.

—¿Quieres decir como aquellos nombres Puritanos, Paso-por-el-valle-de-la-muerte-Smith?

Él sonrió y asintió.

—Sí, como eso, pero se redujo a Promesa.

—La escuela todavía es llamada la Escuela de Promesa —dijo Lisa, como si estuviera tratando de enfocar y hacer algunos avances.

—Todavía puedes obtener la matrícula gratuita si pruebas que tus antepasados llegaron con Jedediah —dijo Jason.

—Puedo entender que el lado de la familia de tu madre llegó con el viejo Jedediah, dije.

—La mía, y la de Lisa, y la de otros.

En mi cabeza, pensé, ¿Eso hace a Keith y a Lisa una especie de primos que se besan? Pero no era ningún asunto mío, una vez que dejan a los primeros primos hermanos, la mayoría de los estados no les importa. Decidí concentrarme en algo que me interesaba más que los antepasados y

los fanáticos religiosos que son comidos por los vampiros.

—Sin embargo Lisa descubrió que se trataba de Jason, aún borracha —dije. Bueno, estaba tratando de ser sutil, porque lo que quería preguntar era, ¿Por qué verle desnudo te convencería de que no era Keith? Sólo no podía entender un modo cortés de preguntarle.

Jason me sonrió, no con ojos completamente brillantes, pero era su sonrisa.

Le di una mirada que había pensado una vez que aplastaría aquella sonrisa, pero ahora no lo hacía por costumbre; nada que pudiera hacer tomaría alguna vez la chispa de aquella sonrisa.

Lisa se sonrojó de nuevo, y estaba muy nerviosa.

—Yo… Keith no es… yo… —Se puso de pie, de pronto, se tambaleó.

Jason y yo la tomamos del brazo.

—¿Puedo usar el baño, por favor?

—Yo la llevo —dijo Trish. La mujer más alta recogió a Lisa fuera de nuestros brazos y la llevo hacia la puerta del baño abierta. Poco caritativa me esperaba que no vomitara en cualquier parte de la habitación, pero me alegré por la privacidad. Aunque, mirando a los dos guardias postrados en la puerta, supuse que la privacidad se extendía.

Esperamos hasta que la puerta se cerró detrás de las mujeres, y entonces le miré. Supongo que saliste con Lisa en la escuela secundaria.

Él asintió.

—Lo hicimos. —Él iba a hacer que le preguntara. Bien.

—Te reconoció una vez que estuviste desnudo, Jason. ¿Qué le dio la pista? ¿Tú y los muchachos Summerland no son completamente idénticos cuándo la ropa está fuera?

—Estás molesta porque te hice trabajar en ello —dijo sonriendo.

—No estoy molesta, estoy cansada de sentir vergüenza de cosas estúpidas. Responde a la pregunta.

—Me afeito.

—Supongo que lo mismo ocurre con Keith.

—No estaba hablando de mi cara.

Oh.

—¿Quieres decir que te afeitaste totalmente en la escuela secundaria, también?

—No, pero me afeité lo suficiente de modo que ningún pelo del cuerpo se mostrara en los trajes para los recitales de baile. No comencé a afeitarme

completamente hasta que comencé a desnudarme. Me apené bastante de los otros chicos por lo que me afeité, no puedo imaginarme lo que habrían dicho si hubiera aparecido afeitado como lo estoy ahora. —Él negó con la cabeza—. Me gustó partes de la escuela secundaria, pero otras partes apestan.

—Amen por eso —dije.

Hubo un golpe en la puerta. Uno de los de trajeados se giró y habló en voz baja a la puerta. Empezó a dar bofetadas fuera.

Llamé:

—Detente.

Él me miró, la mano aún dando bofetadas. Tenía los ojos marrones y el pelo a juego.

Sus ojos tiraron con dificultad y vacío, pero estaba demasiado reciente fuera de la maleta para llevarlo a cabo.

—Nuestra habitación, por lo que tenemos que decir quién viene y quien va.

Pelo castaño miró a su compañero, que también era joven, con un corte de pelo tan corto que podía ver su piel a través del pelo. Llevaba puestas unas pequeñas gafas enmarcadas en plata sobre sus ojos pálidos. El corte de pelo me hizo pensar en ex militar. Tendría que esperar y ver si el corte de pelo hacía juego con algo más antes de hacer la llamada final.

Corte Militar hizo un pequeño encogimiento de hombros.

Pelo castaño dijo:

—Es Peterson y el hombre del gobernador.

—El hombre del gobernador, ¿quieres decir, Chuck? —pregunté.

Otro intercambio de miradas entre ellos, y luego asintió con la cabeza tanto como si lo hubieran calculado.

Intercambié una mirada con Jason. ¿Acaso pensaba que su referencia a Chuck como el hombre del gobernador era tan extraño como pensaba que era?

Jason se encogió de hombros.

—Creo que tenemos que dejarlos entrar, nosotros le pedimos ayuda.

Estaba en lo cierto, maldición. Asentí con la cabeza a los trajeados de la puerta.

—Déjenlos entrar.

Los dos trajeados intercambiaron otra mirada. Fue Corte Militar el que dijo:

—Sabe que no tomamos órdenes de usted.

—Muy bien, muchachos, en primer lugar, ¿cuáles son sus nombres?

Se miraron el uno al otro de nuevo. ¿Hacían esto antes de responder a cualquier pregunta, o era sólo porque yo los estaba confundiendo?

—Soy Shadwell —dijo Corte Militar.

—Soy Rowe —dijo pelo castaño.

—¿Son Shadwell y Rowe? —Hice una pregunta, porque sabía que si andaban mucho por aquí nunca sería capaz de resistirme a llamarlos Shad y Rowe, que acaba de ser muy divertido.

Jason demostró que me conocía bien, porque me tocó el brazo y me dijo:

—Se amable.

Le sonreí abiertamente para un cambio, pero me controlé en voz alta. Siempre podría irritar más tarde; estaba bien en ello.

—Muy bien, muchachos, aquí está el trato: ustedes dicen que no toman órdenes de mí, así que, no tomaremos órdenes de ustedes, tampoco. Tendremos que encontrar una manera de cooperar o van a ser unos días muy desagradables.

Hubo un golpe agudo en la puerta, y estaba bastante segura de que era la voz de Chuck diciendo:

—Abre la puerta.

Dijo Rowe:

—¿Puedo abrir la puerta ahora? —En un tono de voz que dijo que estaba impresionado con todo lo que había dicho.

—Claro —dije. Porque podría ser impresionado, siempre y cuando hiciera lo que yo quería que hiciera.



VEINTINUEVE

Peterson y Chuck tenían una lucha, más o menos. No estaban gritando o tirando golpes, nada tan incivilizado, pero se molestaban el uno al otro. Fue allí, en la forma en que hablaban entre sí, el conjunto de su lenguaje corporal, la forma en que sus ojos trabajaron cuando tenían que mirarse el uno al otro. El punto de discordia parecía tener algo que ver con nosotros, o tal vez con Lisa. Trish le había ayudado a salir del baño, estaba pálida, pero mejor. Incluso se había cepillado el pelo y la puso de nuevo en una cola de caballo limpio.

—Voy a llevar a Lisa de nuevo a la fiesta —dijo Trish.

Todos coincidieron en que era una buena idea.

Lisa agarró el brazo de Jason.

—Tienes que venir a la fiesta —me miró—. Ambos. Por favor, la mayoría de mi fiesta nupcial son las chicas de la escuela. Quieren verte, Jason, y quieren conocer a tu nueva novia.

Yo que noooo quería ir a la despedida de soltera de Lisa. Pero estaba bastante segura de lo que Jason iba a decir, y no me decepcionó.

—Necesitamos vestirnos primero.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Lisa, y luego ella le giró aquella cara frágil, pero vendréis, ¿no?

Él asintió, y no me gustó la mirada que le dio. Esto era el camino de una mirada demasiado íntima de un hombre a la novia de otro hombre. Había querido lanzar una llave inglesa en los proyectos de boda, pero no así, no, esto era una mala idea.

Como si hubiera leído mi mente, dijo Chuck:

—Esta es una mala idea, Lisa.

Ella le miró, y esa mirada me dijo dos cosas. Uno, a ella particularmente no le agradaba Chuck, dos, había más fuerza de voluntad dentro de ella de lo que había visto. Se abrieron a la vida esos ojos azules, le dio algo de color a su rostro que no era vergüenza.

—Yo digo quien viene a mi fiesta, no usted, ni mi futuro suegro, sino yo.

Él tomó aliento como si fuera a discutir.

Trish dijo:

—Vamos no discutáis.

Chuck frunció el ceño.

Lisa dijo:

—No voy a discutir. Chuck es un empleado, no se pelea con los empleados —dijo fría y dura. Punto para ella, pero la mirada en la cara de Chuck me dieron ganas de tocar mi pistola en el bolsillo de la bata. A Chuck no le gustaba Lisa nada mejor que a Lisa le gustaba él. Interesante.

—Muy bien —dijo Trish—, bien, pero vamos a volver a tu fiesta. Las otras chicas se van a preguntar lo que nos pasó. —Su tono de voz solo decía que ella había estado haciendo un montón de gestiones en los últimos días. Me pregunté si Lisa tenía un problema con la bebida. Eso sería malo.

Lisa no soltó el brazo de Jason. Ella le dio todo el contacto con los ojos que tenía en esos ojos azules.

—Vas a venir a mi fiesta, ¿verdad? Prométeme que tú y… Anita ¿verdad? Me prometéis qué vais a venir. Las otras chicas se van a poner como locas.

—¿Quiénes están ahí? —preguntó.

—Todas las Jennifers, —y sonrió. No era su sonrisa, pero estaba cerca

todavía.

Él le devolvió la sonrisa.

—¿Todas ellas? —preguntó.

—Todas ellas: Jen, Jenna, y JJ. —Ella lo agarró del brazo con ambas manos—. Y Ashley, y Kris. Ah, me van a matar si por lo menos no vienes a saludar.

Él asintió, como yo temía.

—Nos vestiremos y estoy seguro de que alguien aquí será feliz de ir a tu despedida de soltera. —Esto último era para Jason, porque sabía condenadamente bien que ninguno de los hombres le querían en esa fiesta. Maldición, yo no le quería en esa fiesta, aunque no por las mismas razones. Yo no quería ir.

Soltó el brazo con una mano y me agarró la mano.

—Por favor, Anita, sé que he sido horrible. Supongo que los nervios de la boda, pero por favor deja que Jason venga. Por favor, ven con él. Dame la oportunidad de demostrarte que no soy una loca, por favor…

Miré hacia su cara. Ella tenía que ser menos de cinco pies de alta. No conseguí bajar la mirada a muchas personas. Pero no era la altura lo que hizo difícil decir no. Era la mirada en sus ojos. Pero podría haber resistido eso, también. Era la mirada en los ojos de Jason. Él quería ir. Él quería hablar con sus viejos amigos. Bien, había conocido ya su familia, ¿Qué era conocer a unas viejas novias, comparada con esto? Traté de creer eso mientras estábamos de acuerdo en vestirnos y unirnos a la fiesta.



TREINTA

La primera cosa en que pensamos después, fue en la ducha. El sexo había sido lo suficientemente bueno para que necesitara una ducha de la forma en que la necesitas después de un buen entrenamiento. Tratamos de que Shadwell y Rowe salieran de la habitación mientras nos limpiábamos, pero no lo harían. Así que tenía a dos hombres desconocidos, armados a quien recientemente había conocido sentados en la sala mientras que Jason y yo nos turnábamos en la ducha. ¿Por qué turnarnos? Porque no quería a esos dos hombres desconocidos, armados a quien acababa de conocer en nuestra habitación de hotel. Paranoica, ¿Quién, yo?

¿Qué se pone uno para una despedida de soltera de la hija del futuro yerno de uno de los hombres más ricos de un estado, que es también aspirante a la presidencia? Había traído buena ropa de negocios y ropa cómoda, y un montón de armas. Las opciones eran limitadas en todo menos en armamento.

Eran amigos de Jason, así que le dejé elegir. Sé que, si el sindicato de chicas nunca se enteraba de que le pedía directamente a mi amigo varón que escogiera mi vestido para una fiesta iba a obtener mi tarjeta de la unión de un tirón, pero bueno, dejando de lado lo que había escogido agarré una camiseta, mis zapatos para correr, y un arma adicional. Tal vez un par de cuchillos para mayor comodidad.

Jason no creía que algo en la despedida de soltera conseguir que sacase un arma, pero me acordé de la última despedida que había ido. Había sido de mi amiga Cate, y se había puesto tan de la mano que lo que comenzó esa noche casi me mató.

Jason había dicho:

—No habrá strippers vampiro en la fiesta, Anita. Creo que tú y yo juntos podemos manejar a los humanos normales.

Había un punto, pero… comprometidos nosotros. Cambié la Browning de su lugar más oculto en la parte baja de la espalda a su equipo normal de pistolera de hombro. Me puse una chaqueta buena del traje negro sobre una perfecta camiseta roja y pantalones de mezclilla agradable. Mi placa estaba en el bolsillo de la chaqueta. Las Nike dieron paso a un par de botas cortas. Añadí cuchillos en dos vainas muñequeras debajo de la chaqueta.

Jason había protestado, pero le dije la verdad.

—No voy a ser capaz de quitarme la chaqueta o se verá el destello del arma, así que puedo tener mis cuchillos también.

—No llevarás el cuchillo de gran culo que se sitúa en tu columna, ¿verdad?

—No —dije—, lo dejé en casa, gracias. No creí que tu familia fuera tan peligrosa.

Habíamos intentado de nuevo que Shadwell y Rowe salieran de la habitación, pero habían dicho que no podían desobedecer una orden directa, y si ellos abandonaban sus puestos, perderían sus puestos de trabajo. Bien, ellos habían visto las negociaciones. Se habían colado su inexpresividad de guardaespaldas profesionales a su límite, creo. Por lo menos Rowe me había dado unos ojos abiertos de par en par unas veces. Jason y yo tuvimos que turnarnos para cambiarnos de ropa en el baño.

Finalmente estaba vestida y armada, y sentado en una de las muchas sillas de color púrpura de la sala de espera estaba Jason para terminar de cambiarse. Había conseguido mi cruz de la mesilla de noche, y era muy visible contra la camisa. Lo que no era visible eran el talismán debajo de mi

camisa. Lo llevaba casi todo el tiempo, también. Sin embargo, la cruz era un símbolo religioso y la protección contra los vampiros malos. El talismán de antaño era la protección frente a sólo un vampiro, la Madre de todos los vampiros, que había tomado un interés malsano en mí hacía unos meses. El Talismán se hizo de metal tan antiguo que lo doblabas si lo presionabas contra una superficie dura. Llevaba símbolos mágicos tan viejos que no había encontrado ningún ser humano capaz de leerlos. Pero algunos vampiros podían, porque eran los que me lo habían dado. Me lo habían dado para evitar que *Marmee Noir* usara mi nigromancia para despertarse y convertirse en su reina de nuevo.

Shad y Rowe trataban de no mirarme. Era una especie de versión muy leve de lo que hacían los guardias en el Palacio de Buckingham. Primer y principal deber, nada más existe. Una vez que los hubiera dejado solos, pero en primer lugar, yo era una chica, y eso significaba que me sentía malditamente obligada a hablar con alguien en una habitación silenciosa, y en segundo lugar, sólo quería dar un tirón a su cadena. Tal vez había estado dando vueltas con Jason demasiado tiempo.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera de los militares, Shadwell?

Su cuerpo reaccionó, pero no su rostro, una rigidez de hombros, la columna vertebral.

—¿El Corte de pelo? —dijo.

—Eso, y que simplemente no sabes a civil.

Volvió sus ojos claros enmarcados por pestañas. No era una mirada amistosa, o un poco amistosa, era más neutral.

—Dos años.

Rowe me miró.

Luché para no sonreír. Dios, todavía era tan brillante y radiante.

—No puedo asegurarlo, Rowe. No sabes a militar o a policía, pero sabes a algo que no es civil.

Me sonrió, con los ojos brillantes de placer.

—Sí, me pateó el culo siendo encubierto.

—Entonces, ¿policía, o federal?

—¿No te gustaría saberlo? —dijo.

Shad me dirigió una mirada, y un breve:

—No.

Rowe dejó de sonreír, pero sus ojos todavía brillaban con un poco de felicidad interior. Así Shadwell era el hombre alto.

—¿No qué? —pregunté.

—Se supone que debo protegerte no que confraternices contigo.

—Fraternizar —dije, y se echó a reír—. Fraternizar, no he escuchado esa palabra en un tiempo.

Shadwell me frunció el ceño.

—Es una palabra precisa.

Asentí, y luché para no parecer más grave. No ayudó cuando cogí la mirada de Rowe. Tenía los ojos brillantes de alegría prácticamente suprimida. El borde de los labios tembló y tuve que apartar la mirada, o me habría perdido. Shadwell pareció sentirlo, porque Rowe le dio una mirada dura. Rowe tuvo que tener un acceso de tos para cubrir la risa que estaba casi desbordada.

—¿Trabaja de encubierto, Rowe? —pregunté. Todavía se está recuperando de su «ataque de tos», dijo—: Mi sentido del humor.

Le miré, traté de ver si hablaba en serio. Estaba insinuando que había sido despedido, o reasignado por lo menos, porque su sentido del humor le había metido en problemas.

—Rowe —dijo Shadwell—, no tiene por qué saber tus antecedentes.

—Sí, señor. —Rowe volvió a la atención a la puerta, pero sus ojos y un cierto conjunto de la boca decía que no lo quería decir realmente. Estaba empezando a ver cómo Rowe podría haberse metido en problemas con sus superiores.

Shadwell nos dio a ambos una mirada dura, y era una buena mirada, una mirada real. Los chicos malos se habrían rendido ante su mirada, pero yo no era mala. Solo era alguien preguntándose por qué los guardias estaban de nuestro lado de la puerta. Me pareció un poco excesivo.

—Muy bien, Shadwell, ¿estaréis tú y Rowe aquí dentro de nuestra habitación toda la noche?

—No.

—Entonces, ¿por qué están aquí ahora?

—Debido a que fue lo que se nos indicó —dijo.

La boca de Rowe se contrajo de nuevo. Una persona con un sentido del humor les había asociado con los demás.

—¿No es un poco raro estar en este lado de la puerta? Quiero decir el peligro está ahí fuera, no aquí.

Shadwell frunció el ceño, luego se suavizo.

—Estoy siguiendo las órdenes, Sra. Blake.

—Marshal Blake —dije, porque me parecía bien recordar a regla y orden Shadwell que no era realmente un civil tampoco.

Sus ojos parpadearon hacia mí, a continuación, volvió a mirar hacia el espacio.

—Si es un marshal federal, entonces apreciará que estoy siguiendo órdenes.

Eso me hizo reír.

—Bien hecho, Shadwell. Si soy Marshal federal. Te aseguro que lo soy, placa y todo, pero no soy realmente real, ¿verdad? Quiero decir que tengo derechos adquiridos, y no fui a través de la formación, así que no soy realmente un marshal, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Está implícito —dije, y mi voz ya no era agradable.

—¿Estás tratando de comenzar una pelea con Shadwell? —preguntó Rowe, con el rostro curioso.

Me encogí de hombros, cayendo de nuevo en la silla hasta que la funda del hombro cómodamente me dejó.

—Tal vez, y si lo estoy, lo siento. Estoy un poco aburrida, tensa, y realmente, realmente, no quiero ir a esa fiesta.

—Es una mala idea —dijo Shadwell.

—La peor —dije.

Él me miró.

—Entonces, ¿por qué vas?

—Porque Jason va, y él me quiere con él.

Shadwell asintió.

—Mi esposa es la social. Odio las fiestas, también.

Traté de fingir que Shadwell no había hecho exactamente lo que le había gritado a Rowe, lo cual era compartido.

—Sí, pero apuesto a que tu mujer no te arrastra a las fiestas donde los hombres extraños se pueden quitar la ropa.

—¿No crees que tu amigo no quiera quedarse en esa parte de la fiesta? —preguntó Shadwell.

Me encogí de hombros, y me enderece.

—Él podría.

Los dos hombres se miraron. Incluso Rowe no parecía pensar que era divertido.

Luego Rowe sonrió como si no pudiera evitarlo.

—La última vez que vi strippers masculinos me estaba deleitando con el baile. —Los dos le miraron. Se encogió de hombros, y de hecho se ruborizó, eso no se ve en un ex policía mucho—. Habíamos tenido una racha burlándonos de los homosexuales que se convertían en asesinatos en serie. Todos los VICS habían frecuentado ese club. —Luego sonrió de nuevo—. Yo era el único de la unidad secreta que estaba lo suficientemente seguro de mi hombría para hacer el trabajo.

Con esa revelación la puerta del baño se abrió. Jason salió en una camiseta azul que coincidía con sus ojos a la perfección, por lo que sus ojos eran increíblemente azules. La camiseta también se ajustaba muy bien, así que todo lo que mostraba era trabajo muscular. Los pantalones vaqueros azules de citas, lo que significaba que eran firmes y se ajustaban bien. Se había añadido sus propias botas cortas y había una chaqueta de traje negro para lanzar sobre todo, por lo que parecía en algún lugar entre el desgaste y el club semi profesional. Pero se veía bien, y él lo sabía. Se había vestido para estar delicioso. No podría estar planeando conocer alguien en la fiesta, pero quería hacerlo. Suspiré. Fue así que iba a ligar su culo.



TREINTA Y UNO

Había dejado el cuchillo grande en casa y la plataforma de cuero especial que me dejaba llevarlo a lo largo con una pistola. Pero una de las razones por las que había todo un equipaje de mano de armas era que tenía que llevar mi equipo de caza de vampiros. ¿Por qué? Debido a que el reglamento de la rama preternatural del programa de marshal federales había cambiado. Ahora bien, si viajamos, incluso por motivos personales, teníamos que llevar todo nuestro equipo con nosotros de manera que si había una llamada de emergencia cerca de nosotros, y éramos los más cercanos al cuerpo, podríamos hacerlo. Esta nueva normativa había salido cuando uno de mis colegas había estado en unas vacaciones familiares que se convirtió en una caza de vampiros de la policía local. La caza había ido mal, y el informe que debía presentar había enumerado el principal problema como que su kit estaba en casa. Necesitaba sus cosas. No todas.

De modo que significaba que llevaba algunas cosas realmente

peligrosas conmigo. Cosas que tuve que conseguir en una aerolínea comercial, que nunca me dejaron subir al avión. Ni siquiera con una tarjeta de identificación. Llevaba lo de siempre: armas extra, munición extra, estacas, agua bendita, hostias, cruces extras. Incluso llevaba algunos elementos sagrados de otras religiones porque había tenido ocasión de trabajar con autoridades locales que no eran cristianos, y todo el mundo armado con un elemento sagrado era algo bueno. Si tienes unos pocos ateos, ruega que estén bien armados, pero no les digas que rezas por ellos. Algunos tienen aproximadamente la misma cantidad de sentido del humor como los derechistas.

Si podría haber conseguido que me dieran una patada al bajar del avión, o terminar en una sala de interrogatorios con Defensa de la Patria, era por la Heckler Koch MP5, las granadas y el fósforo. En realidad nunca utilizaba las granadas, pero mi amigo Edward, alias Ted Forrester, también un marshal federal de la rama sobrenatural, había dicho que hacen maravillas. Francamente, todas las granadas me asustaban, pero algo que ardía incluso en el agua sería una noticia realmente mala para los no-muertos de todos los tipos. Incluso podía trabajar en zombis y ghouls, que son ambos mucho más difíciles de matar que los vampiros. El gobierno dijo que necesitaba todos mis juguetes, así que traje todos, bien no todos. He resistido el deseo de que Edward me enseñara cómo usar un lanzallamas. Me dan miedo.

Todo esto para decir que teníamos que hacer una parada en la mesa principal con mi pequeño equipaje de mano. A Shad y Rowe no les había gustado tener que hacer esto, pero cuando se dieron cuenta de que era en serio, ordenaron a los guardias uniformados lo suficiente como para formar una falange que nos rodeaba y nos escoltó al vestíbulo. Pensaba que era excesivo hasta que nos cogieron la andanada completa de cámaras en el vestíbulo. De hecho, me puse las gafas de sol para mantener la mirada hacia abajo. Las estrellas de cine las usan.

Los guardias formaban un muro alrededor de nosotros, así que pude enseñar mi placa a la buena señora detrás de la mesa y explicar que había algunos temas sensibles en este caso y no quería dejarlos solos en la habitación. Antes de todo lo extraño, podría hacerlo, pero tenía esa imagen horrible de los periodistas irrumpiendo en la sala cuando no estábamos allí. Si no quería no iniciados jugando con mis armas, estoy segura como el infierno que no los quería jugando con granadas de fósforo.

La señora, cuyo nombre en la etiqueta era Bethann, fue más que feliz de ayudar. Incluso nos dejó a Jason y a mí caminar tras ella a la enorme caja fuerte. El hecho de que nunca parpadeara o hiciera una sola pregunta mostró que no era la única invitada con materiales sensibles. Aunque estaba dispuesta a apostar que era la única con este poder de fuego en un caso pequeño.

Cuando el caso estuvo seguro y habíamos estrechado la mano de Bethann, todos dimos la vuelta y fuimos a los ascensores. Los reporteros estaban gritándonos: «¿Qué has puesto en la caja fuerte?» Había algunos gritando: «Keith», pero algunas estaban realmente gritando el nombre correcto: «Jason, Jason, ¿has hablado con Jean-Claude?» "Anita, ¿es mejor en la cama que los vampiros?" Ignoramos todas las preguntas. La anterior conferencia de prensa improvisada desastrosa nos había enseñado la lección. La prensa era un peligro que ninguno de los dos sabía manejar, no en este nivel. Era como jugar realmente bien al fútbol de niños y de repente darnos cuenta de que nos enfrentábamos a los profesionales. Estábamos fuera de nuestra liga, y ahora nos dábamos cuenta.

La mayoría de los guardias uniformados se quedaron en el vestíbulo, probablemente a fin de —reñir —a la prensa para que otros invitados tuvieran la oportunidad de caminar por el vestíbulo sin que se rompieran la crisma por un micrófono en auge.

Shad y Rowe cogieron puestos cerca de la puerta, con nosotros detrás de ellos. Miré a la línea de sus trajes y supe dónde estaba la pistola, y que Shad llevaba algo extra en el bolsillo, y Rowe llevaba algo en el tobillo. Apostaba que lo del tobillo era una pistola pequeña, pero lo del bolsillo podría haber sido un montón de cosas, pero no un arma. Si no era un arma, abría un gran abanico de posibilidades.

Jason se inclinó y susurró:

—Podría acusarte de estar chequeándoles, pero estas buscando armas, ¿no?

Me limité a asentir.

Me abrazó con un solo brazo y dio un sonido excitado, casi una carcajada, pero no.

Sus ojos brillaban de anticipación.

Susurré:

—¿Cuántas de estas chicas son antiguas novias?

—Todas ellas.

—¿Cuántas son antiguas amantes?

Él sonrió.

—La mayoría de ellas.

—Genial.

Me abrazó más fuerte.

—Seré bueno, te lo prometo.

—Siempre eres bueno, Jason —dije en voz alta—, pero ¿te comportarás? Me dio una mirada, y la mirada fue suficiente. Lo intentaría, pero no, la respuesta honesta, era no. Suspiré y me recosté contra la pared mientras el ascensor se detenía. Nosotros, por supuesto, habíamos ido a lo más alto. Los ricos y poderosos siempre parecen preferir lo más alto de los edificios. ¿Alguien alguna vez les explicó que la altura sólo significa que tiene más para caer?



TREINTA Y DOS

Shadwell se bajó primero del ascensor. Rowe se quedó con nosotros. Había tenido suficiente de mis propios guardaespaldas para no discutir. Cuando Shadwell estuviera seguro de que estábamos a salvo, nos lo haría saber. Dio un paso hacia un lado y asintió, Rowe nos hizo señas hacia adelante.

Ese fue el cuerpo de custodia más serio que habían hecho, y me puse nerviosa. ¿Había amenazas contra la vida de Keith Summerland? Si así era, Jason y él se parecían tanto, que podría ser un problema grave. Tal vez había más de una razón para que de repente tuviéramos guardias. Mierda.

Una de las puertas tenía a Peterson de pie en una especie de atención por eso. Chuck estaba hablándole bajo y con urgencia. Así que este era el lugar donde los dos habían desaparecido.

Chuck se volvió y le dio una mirada a Jason. No era ni fácil ni poco amigable, pero no tenía buen aspecto. Era más como si estuviera tratando de ver a Jason, ver de lo que estaba hecho, y lo que quería decir. No me

gustó la mirada. Significaba que Chuck estaba pensando demasiado en Jason. Nos íbamos de esta ciudad en un día. Esa mirada era demasiado grave para que en veinticuatro horas nos hayamos ido.

Chuck se alisó el saco donde ocultaba su arma, y dijo, por encima del hombro, mientras se movía delante de nosotros hacia el ascensor:

—Es tu bola hasta que vuelva, Peterson.

—Técnicamente no eres superior a mi Ralston.

Así que Chuck tenía un apellido después de todo. Peterson no parecía muy contento con él por cualquier nombre.

Chuck pasó por delante de nosotros como si no estuviera allí. El guardia uniformado mantenía las puertas del ascensor abiertas como si lo hubiera ordenado también.

—Si no te gusta, Peterson, llama al gobernador, ve quien piensa que es responsable esta noche. —La cara de Peterson se cerró, luchando por ponerla en blanco, pero sus manos estaban cerradas, y supe que estaba cabreado cuando lo vi. ¿Qué había ocurrido entre ellos dos al mismo tiempo que habíamos estado atendiendo la oferta de Shadwell y Rowe? Algo estaba pasando, la pregunta era, ¿qué? No era asunto mío, repetía en mi cabeza como un mantra. Jason me ha hecho prometer que no iba a meterme con Chuck, pero Dios, era difícil no tirar de su cadena.

Yo era buena. Dejé que Chuck subiera al ascensor. Las puertas se cerraron, y no dije una palabra.

Jason me apretó la mano y me besó en la mejilla.

—¿Por qué fue eso? —pregunté.

—Por ser buena. No sé por qué, pero Chuck parece hacerte querer escogerle.

—Usted también, señor bésame-en-el-estacionamiento.

Jason en realidad parecía avergonzado, como no llegaba a verlo a menudo. Lo atesoré como el raro regalo que era, y nos quedamos frente a Peterson. Él no quería meterse con él, parecía objeto de hostigamiento. O tal vez había sido agradable en el hospital y le corté más flojo que a Chuck.

Shadwell y Rowe seguían con nosotros como buenos guardaespaldas. Hasta Shadwell había estado todo serio saliendo del ascensor, había empezado a sospechar que nos estaban vigilando para asegurarse de que no hiciéramos nada embarazoso para los Summerlands tanto como nos cuidaban de la prensa. Pero la salida del ascensor había sido demasiado real. Podría dejar a Chuck solo, pero necesitaba saber lo que estaba frente a

alguien.

—Tiene una media hora hasta que el… entretenimiento llegue. —Él dijo «entretenimiento», como si le doliera.

—¿Nos echa a patadas entonces? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Solamente asumí que el Sr. Schuyler estaría más cómodo saliendo entonces, pero no, no tengo ninguna orden para cuando abandone la fiesta, o si. —Una vez más, la voz decía que no le gustaba.

Jason dijo:

—Lo siento si nuestra llegada a la fiesta es un problema.

Peterson le miró sorprendido, pero se recuperó a sí mismo.

—Creo que quiere decir eso. Puede parecerse a Keith, pero no suena como él.

Shadwell y Rowe se pusieron rígidos a mi lado, como si no estuvieran acostumbrados a que Peterson fuese bastante honesto.

Jason le dedicó una sonrisa brillante.

—Esa es una de las mejores cosas que alguien alguna vez me dijo.

No era cierto y yo lo sabía, pero hizo sonreír a Peterson, y creo que eso era lo que Jason quería. A Jason le gustaba hacer feliz a todos y lo consiguió.

Se abrió la puerta detrás de nosotros, y una bandada de mujeres todas rubias que parecían hermanas de Jason debería haber estudiado se abalanzaron sobre él, dando grititos felices de «¡Jason, Jason!». Lo sacaron del cuarto, y se fue riendo.

Me quedé en el pasillo con los guardaespaldas. Peterson me miró. Era una mirada preguntando «¿qué harás ahora?» ¿Le preocupaba si estaría celosa? ¿Era parte de por qué no nos había querido en esta lista?

Rowe ahogó una risa que trató de convertir en tos.

Shadwell dijo, con voz seca:

—Deberías hacer algo con esa tos.

Le sonreí a todos.

—Está bien, muchachos. No voy a ir toda celosa porque Jason está coqueteando y le están coqueteando de vuelta. Soy genial.

—Ninguna mujer es genial —dijo Shadwell.

Sonreí y sacudí la cabeza.

—Para Jason coquetear es como respirar. Ambos se detendrán sólo cuando esté muerto.

Shadwell dijo:

—No eres su novia, o esto te molestaría.

Le di un contacto visual pleno cuando dije:

—Él va a coquetear con ellas, Shadwell, pero será conmigo con quien folle más tarde.

Sus ojos claros se estremecieron, y su rostro se puso serio.

—¿Estás tratando de sobresaltarme? —No, Shadwell, estoy tratando de hacerte comprender que si hay un problema esta noche no voy a ser yo.

Peterson dijo:

—Suficiente. No sé lo que está sucediendo con ustedes dos, pero no lo necesito esta noche. ¿Está claro Shadwell?

Shadwell dio un claro guiño.

—Bien. —Peterson me miró—. Señora… Marshal Blake, ¿tiene alguna objeción a que Shadwell y Rowe estén dentro de la habitación con usted por lo menos al comienzo de la fiesta?

—Bueno, eso es, ¿los civiles estarán dentro de la sala, con más guardias, supongo?

Peterson se limitó a asentir.

—Shadwell y Rowe se quedaron en nuestro lado de la puerta de la habitación del hotel. Hicieron una salida seria desde el ascensor hasta aquí. Ellos tenían muchísimos uniformes abajo cuando insistía en poner mi equipaje de mano en la caja fuerte. Pensé que iban a mantener a raya a la prensa, pero algo sucedió. ¿Qué fue?

—No podrías ser un civil, marshal Blake, pero no eres uno de nosotros. Nosotros no podríamos…

—¿La amenaza es contra todos los Summerlands, sólo los chicos, o se trata de Keith específicamente?

Rowe y Shadwell se miraron. Peterson luchó por no mirarles, y para mantener el contacto con mis ojos. Tuvo que trabajar en ello.

—No estamos en libertad de discutir…

—No me des esa mierda, Peterson. Estaban en el hospital hoy. No quiero ir con su familia y decir que tenemos a su único hijo asesinado porque fue confundido con un chico Summerland. Por no hablar de que yo… —saludé con la mano en el aire, tratando de pensar cómo decirlo—… esto dejaría un enorme agujero en mi vida al perder a Jason. Así que no lo van a perder, ¿verdad? —Miré a los tres.

—Estamos haciendo nuestro mejor esfuerzo —dijo Peterson.

—¿Qué ha cambiado en sólo las últimas horas?

—No puedo compartir la información, usted no tiene autorización.

—¿Cuánto peligro corre Jason? —pregunté.

—Usted sabe que no es él.

—Pero podría ser herido por accidente —dije.

Peterson hizo un sonido bajo exasperado en la garganta.

—Sí, se ve lo suficiente parecido a ambos chicos como para estar en peligro.

—¿En peligro de muerte o secuestro, o qué? —pregunté.

Esta vez se intercambiaron un aluvión de miradas, incluyendo a Peterson. Shadwell dijo:

—Ella no está autorizada para ello.

—Voy a tener que aclararlo con mis superiores, pero voy a tratar de obtener el permiso para que se llene con algunas de ellas —dijo Peterson —. Id a la fiesta, disfruten ustedes mismos, permanezcan más de treinta minutos. Tal vez para el momento en que acabe la fiesta te pueda decir más.

—Nunca van por eso —dijo Shadwell.

—Hasta que te den mi trabajo, Shadwell, ejecutaré esta operación de la manera que estime conveniente. ¿Está claro?

—Mucho, señor —dijo Shadwell, y logró una gran voz neutra militar, donde se podía decir Sí, señor, todo el día, mientras que en el interior estás pensando hijo de puta.

—Entonces, haced vuestro trabajo. Ralston estará de regreso para comprobar las cosas más tarde.

—¿Ralston, señor? —dijo Shadwell.

Peterson asintió.

—Sí, Ralston.

—¿Por qué está Chuck a cargo de la fiesta? —pregunté.

—Pregúntele al gobernador —dijo Peterson. Se echó hacia atrás y abrió la puerta para mí. Él iba a verme con seguridad dentro de la habitación antes de irse, al parecer. No discutí, acababa de dejar ir a Rowe en el primer cuarto, luego yo, a continuación, Shadwell. ¿No deberían haber hecho eso para Jason? Oh, espera, había estado a salvo detrás de una pared de hermosas mujeres rubias. Ahora esto era un chaleco antibalas.



TREINTA Y TRES

La habitación era casi idéntica a la nuestra a excepción de la decoración. Todo era blanco y dorado tostado, las líneas mucho más limpias, menos alboroto que en nuestra habitación. Estaba muy aireada y a través de las ventanas que estaban abiertas a la noche vi una baranda en el balcón. Los dos grupos de sofás y las sillas estaban vacíos. Había regalos en la mesa de cristal del comedor aún en sus envoltorios brillantes. Al parecer se trataba de una combinación de despedida de soltera y fiesta de regalos. O eso, o habían cambiado las reglas para despedidas de soltera y ahora se daban regalos.

¿Dónde estaban Jason y las chicas? Entonces oí una risita. Venía de la vuelta de la esquina, donde, si estuviéramos en nuestra habitación, estaría el dormitorio. Por supuesto, lo era.

Shad me detuvo con un movimiento de la mano. No me había dado cuenta que había hecho un movimiento hacia adelante. Él gritó:

—¿Price, Sánchez?

Un hombre dio la vuelta a la esquina. Fue el primer no-WASP que había visto en esta ciudad. Bueno, a menos que contara al padre de Jason y sus hermanas. Ellos, al menos, no eran rubios. Sin embargo, Sánchez era más bien oscuro, con otro tono de piel se vería como todos los otros guardias. Todos tenían este sello salidos-del-mismo-molino que sentía de ellos. Rowe era el más cercano a su propio ser, pero todo el mundo olía a un sistema de formación de grandes grupos de hombres para luchar contra otros grandes grupos de hombres. Salieron de las fuerzas armadas directamente a otro tipo de unidad, lo que no les había ayudado a perder su cohesión.

Habló mientras se movía por delante del mini bar para estar junto a nosotros.

—Ellas querían mostrar al hombre los vestidos de la boda —dijo Sánchez.

Miré a Shad.

—¿Puedo?

Él asintió.

Me adelanté y le ofrecí una mano a Sánchez. Él parecía un poco sorprendido, pero me dio un buen apretón de manos. Tenía las manos pequeñas para su tamaño, o por lo menos para los hombros que esforzaban su traje. Parecía que había ido mucho al gimnasio recientemente, y no había comprado una talla que le ajustara mejor. Hacía que su arma se marcara en la cadera debajo de la chaqueta.

Rowe dijo:

—Sánchez, tienes que conseguir una chaqueta más grande, hombre. Tu arma se nota.

Sánchez encogió sus grandes hombros, aunque sólo tenía unos cinco pies y seis pulgadas, el guardia más bajo que había visto entre la gente de Peterson. Tal vez por eso tenía que ir al gimnasio tan duramente; compensación.

Sus ojos eran tan marrones que eran casi negros, más oscuros aún que los míos. Movió los ojos a Rowe con el ceño fruncido, y luego dijo:

—No delante de…

—La marca —dije—, el trabajo, ¿cómo se llama a las personas que cuidan a los niños?

Él me dirigió una mirada especulativa de sus ojos muy oscuros.

—Eres de fuera de la ciudad. —Lo hizo una declaración.

Sonreí.

—No tienes ni idea.

En realidad sonrió, antes que Shadwell, dijera:

—Si se cambian de ropa, Price y tú pueden quedarse fuera de la habitación.

Sánchez negó con la cabeza, frunciendo el ceño de nuevo.

—No se están cambiando, pero nuestras órdenes eran explícitas. Hasta nuevo aviso no perdemos de vista a nuestros… —me miró, y luego terminó con—… cargos —dijo lo último en voz baja, como si no fuera la palabra que habría utilizado si uno de los —cargos" no hubiera estado de pie frente a él.

Le sonreí, y algo de la sonrisa le hizo cambiar, o tal vez el arma estaba clavándose en su costado.

—La chaqueta se ajusta bien, pero es más difícil ocultar una pistolera de hombro, dijo.

Oh, él se había dado cuenta de la pistola. Era mi turno de encogerme de hombros. Me acostumbré a usarla.

Shadwell dijo:

—Es un marshal federal, y la novia del hombre.

Los ojos de Sánchez eran un poco más anchos.

—Él no actúa como si tuviera una novia.

Sonreí, y esta vez fue feliz.

—¿Todavía tiene la ropa en su lugar? —pregunté.

Sánchez trató de no parecer sorprendido, pero lo hizo un poco alrededor de los bordes.

—Hasta la última vez que lo comprobé.

Sonreí más ampliamente.

—Entonces Jason no se ha dejado llevar demasiado.

—¿Se quita la ropa frente a grupos de mujeres muy frecuentemente? —preguntó Sánchez.

Asentí.

—Todo el tiempo —dije. No expliqué cuál era el trabajo de Jason, estaba disfrutando demasiado de la reacción de Sánchez. Me estaba ayudando a retrasar el entrar en la habitación de al lado, que era más o menos mi objetivo.

—Es un bailarín de striptease —dijo Shadwell, un poco disgustado.

Le di una mirada sucia.

—Voy a agradecerle que mantenga un tono civilizado sobre el trabajo de mi novio, gracias.

Los ojos de Shadwell brillaron sobre mí desde detrás de sus gafas, mostrando que había un poco de azul en todos los grises en sus ojos.

—Sin ánimo de ofender.

—Claro —dije.

—¿Es el entretenimiento? —preguntó Sánchez.

—No —dijo Shadwell, y no lo explicó tampoco.

Genial, sólo íbamos a jugar con la necesidad de saber hasta que todos estuviéramos confundidos.

Rowe se movió alrededor para que pudiera mirarme a la cara. Sus ojos parecían muy oscuros, hasta que tuve a Sánchez para comparar, ahora parecían pálidos.

—Usted nos está retrasando así no tiene que ir a la otra habitación.

Le di una mirada hostil.

—Usted no me conoce lo suficientemente bien como para hacer esa suposición.

—No es una conjetura —dijo.

Convertí mi mirada en un destello.

Él se rió y levantó las manos al techo.

—Oye, no me mires así sólo porque estoy en lo cierto.

Me encogí de hombros, y traté de no ser infantil al respecto. Me conformé con sonar un poco huraña, pero no pude evitar una parte.

—Eres más inteligente de lo que pareces, Rowe.

—Ahora sólo está siendo mala —dijo.

—Exacto —dijo Sánchez, con una sonrisa.

—Usted dijo que si teníamos un problema esta noche no sería usted —dijo Shadwell.

Volví los restos de la mirada hostil sobre él. Pero explicarlo podría mantenerme en esta habitación hasta que dejaran de mirar la ropa de la boda.

—Soy una mujer soltera que está saliendo lo suficiente en serio con un hombre como para dejarlo todo y venir a casa para encontrarse con su gente. No tenemos planes para casarnos, pero si voy a la otra habitación con los vestidos de novia con ooohs y aaaaahhs sobre ellos, las mujeres van a preguntar acerca de nuestros planes. Jason y yo no tenemos ningún plan,

y será el error de las mujeres. No quiero jugar a eso.

—¿Por qué llegas a casa a conocer a la familia de alguien si no tienen planes de casarse? —preguntó Shadwell.

—Voy a responder a su pregunta si va a responder a una de las mías en primer lugar.

Él parecía sospechoso, pero creo que no estaba mucho más dispuestos a entrar en la habitación de al lado que yo. El sonido de las risas tontas era acentuado por la risa de Jason.

—Puede preguntar.

—¿Qué causó la orden de bajar y no dejar a sus —cargos fuera de su vista?

Shadwell negó con la cabeza.

—Si Peterson nos da permiso voy a estar feliz de poder contártelo, pero hasta entonces, no puedo.

—Órdenes —dije.

—Cadena de mando —dijo.

Asentí.

—¿Qué sucederá cuando Chuck vuelva? ¿Es más alto en la cadena de mando de lo que eres? —Todos se miraron. Shadwell en realidad hizo rodar su labio inferior, que era la mayor muestra de nervios que le había visto.

—No sabe dónde se encuentra en la cadena de mando, ¿verdad?

—Eso no es asunto tuyo —dijo Shadwell.

—Lo que usted diga, ¿vamos a ir a ver si todo el mundo todavía tiene todo su ropa?

—Podríamos seguir hablando aquí —dijo Rowe.

—Podríamos, pero me he retrasado tanto como mi autoestima me lo permite.

Tiempo de desafiar a la multitud que se ríe tontamente.

—Todas las mujeres se ríen tontamente —dijo Rowe.

—Yo no —dije.

Me dio una mirada que no era ni profesional, ni buena en un hombre extraño.

—Apuesto a que podría hacerte reír.

—Rowe —dijo Shadwell, con voz grave.

—Usted acaba de perder puntos en mi libro, Rowe, puntos importantes.

Él levantó las manos en un gesto de poner distancia.

—Lo siento, eso estuvo fuera de línea.

—Sí —dije—, lo está, y si espera estar en la habitación con nosotros mientras dormimos esta noche, está muy equivocado.

Shadwell en realidad se interpuso entre nosotros para romper el contacto visual.

—Esperemos que las órdenes cambien para entonces.

—Lo siento —dijo Rowe, de nuevo—, sólo es bueno hablar con una mujer que no tiene esa mirada en sus ojos.

—¿Qué mirada? —pregunté.

—Esa mirada de —que tan rápido puedo hacerle caminar por el pasillo.

Me reí.

—Creo que esos son sus nervios proyectándose, Rowe.

—Esto viene de la mujer que no quería entrar en la habitación de al lado porque tiene miedo de que la vayan a presionar para casarse con su novio.

—Usted puede decir lo feliz que es una pareja por lo duro que las mujeres tratan de emparejar a sus amigos solteros —dije.

—Algunos hombres hacen eso, también —dijo Sánchez.

Hubo un golpe fuerte de la habitación de al lado, y la risa casi histérica.

—Mierda —dije, y me dirigí a la habitación.

—Pensé que no quería entrar ahí —dijo Rowe.

—No, pero me di cuenta que estoy realmente nerviosa, lo que significa que tengo que entrar.

—Eso no tiene sentido —dijo Rowe—. ¿Vas a hacerlo porque sabes que tienes miedo de hacerlo?

Yo no corregí su —miedo por mi —nerviosa, porque mi pulso se aceleró, mis músculos se tensaron. Sólo iba a conocer a algunas de las antiguas novias de Jason, por el amor de Dios. Él y yo ni siquiera éramos realmente una pareja.

—Ella tiene que hacerlo ahora —dijo Shadwell.

—¿Por qué? —preguntó Rowe.

—Que tengas que hacer esa pregunta es el por qué tuviste que dejar prematuramente la policía.

—¿Qué diablos significa eso? —preguntó Rowe.

Shadwell había apresurado el paso para ponerse al día conmigo, luego desaceleró debido a que su paso era aproximadamente el doble del mío. No tenía que mirar del uno al otro para entender. Si algo te asusta, no importa

cuán pequeño, tienes que hacerle frente, porque si empiezas a fallar en las cosas pequeñas, en algún momento vas a fallar en las cosas grandes. Shadwell lo entendió, Rowe no. Shadwell y yo no necesariamente nos gustábamos el uno al otro, pero entraría en la habitación conmigo.

Sánchez estaba detrás de nosotros. Rowe nos seguía.

Pude ver una pantalla plegable de metal que ocultaba la mayor parte de la habitación de la vista. Shadwell se fue más allá de la primera pantalla, y de pronto pudimos ver dentro. Hubo una tormenta de risas y la crinolina azul profundo estaba en todas partes. Un vestido azul pálido vino volando por el aire al suelo a nuestros pies. Llovían vestidos azules de dama de honor.



TREINTA Y CUATRO

Realmente tuve que dejar de lado el sofá justo dentro de la sala, porque parecía como si alguien hubiera previsto la imagen. La cama estaba cubierta de vestidos azules. Entre los vestidos estaban Jason y las mujeres. Todos eran rubios, de ojos azules, delicados, y parecían primos o más cercanos. Todos estaban sin aliento, y acostados o sentados como si hubieran terminado de hacer algo extenuante. Los vestidos azules, cerca de la cara hacían sus ojos increíblemente azules.

Trish estaba al lado de la pequeña fiesta como si hubiese huido de la cama cuando la diversión comenzó. Se puso de pie detrás de un hombre con un traje que tenía que ser Price, la otra mitad de Sánchez.

—¿Qué es lo que están haciendo? —pregunté—. ¿Tienen una pelea de vestidos?

Lisa empujó una hinchada ropa interior azul y dijo:

—Sí. Vamos a meternos en problemas como cuando el coordinador de

bodas vea las arrugas, pero se sentía tan bien.

Trish se inclinó y recogió un vestido que había caído al suelo.

—Si los colgamos ahora, no se arrugarán.

La mayoría de las mujeres en la cama comenzaron a recoger las cosas y a buscar soportes. Pero una de las mujeres se deslizó de la cama y vino hacia mí. Era más alta que las otras, más alta que yo por varios centímetros, por lo menos cinco pies y ocho, pero todavía tenía la delicadeza de huesos que parecían parte del curso.

Llevaba un vestido o fondo o ropa interior con el más delgado de los tirantes que se aferraba a su cuerpo para mostrar cada músculo, cada curva. No tenía suficiente grasa corporal para realmente tener curvas. Sus pechos eran pequeños y ajustados a su cuerpo. Pero se movía bien, y los músculos que mostró en sus brazos desnudos y el cuerpo del vestido eran más que los músculos que se obtienen de mantenerse en forma. Había un potencial físico en ella que no veías en muchas mujeres.

Jason rebotó en la cama, literalmente, y le cogió la mano antes de que llegara a mí.

—Anita, se trata de J. J., ella y yo estuvimos en el baile hasta el final de la escuela.

J. J. me dio una mirada evaluadora que no pude entender. No era sólo una antigua novia mirando a una nueva, pero estaba allí. No podía leer su mirada, y eso me molestó un poco. Tomé su mano, cuidadosamente arreglada, pero con las uñas lo suficientemente cortas como para ser funcionales. Ella tenía un buen agarre.

—Supongo que todavía está bailando.

Ella me dio una sonrisa tímida, los ojos se volvieron hacia abajo, mirándome debajo de sus largas pestañas. Las pestañas eran de oro y muy largas, y el color tenía que ser natural, porque el rimel se había arruinado.

—¿Se nota mucho?

—El ejercicio lo hace —dije, y me di cuenta de que parecía no tener intención de romper el apretón de manos. Tuve que sacar mi mano de ella. Su mano se quedó en mi muñeca, y por mi mano.

Ella estaba coqueteando conmigo. Genial. No tenía ni idea de por qué, ni qué hacer al respecto. Las mujeres siempre me confunden cuando llegan a mí. Me olvidaba de que podían hacerlo, o querían. Si se mantenía sutil podía ignorarla, pero J. J. estaba incluso en este audaz derecho fuera de la caja que me aseguraba bastante que no seguiría sutil.

Le di una mirada a Jason, como diciendo, ¿Qué le dijiste de mí?

Me dio una mirada de regreso que decía: No es culpa mía. No creí que te mirara. Se mudó entre nosotros y me abrazó firmemente. Sopló en la oreja, más que susurrar, No le dije que estarías interesada.

Si lo dijo abiertamente, le creí, pero… todavía no sabía qué hacer al respecto. Hice lo que siempre hacía cuando alguien me confunde: Traté de ignorarla. Las otras mujeres ayudaron, por querer ser presentadas a la novia de Jason. Primero novia de Jean-Claude, ahora Jason. Suspiré. Consigues una carrera, trabajas como un asno para hacerte con una reputación, y aún así eres presentada como la novia de alguien. Estupendo.



TREINTA Y CINCO

Jenna era promotora del inmobiliario Areal del estado, o había trabajado para uno. Jen era una ama de casa casada con su novio de la escuela secundaria. Tuvieron dos hijos. Kris estaba a punto de graduarse con su diploma en arquitectura. Ella había hecho la mayor parte de la escenografía para las obras en la escuela. Ashley estaba terminando sus estudios para enseñar, tenía la esperanza de enseñar drama en algún lugar junto con clases inglesas. Hablaron sobre el tiempo que había dirigido Pigmalión, que era la versión no musical de My Fair Lady, y el increíble trabajo que había hecho. Entonces contenta permaneció en la compañía. JJ estaba actuando con una compañía de danza profesional en la ciudad de Nueva York. Lisa había vuelto a casa para trabajar en el bufete de su padre como asistente legal. Era el abogado local para los Summerlands. Es el lugar donde Keith la encontró de nuevo. Nadie lo dijo en voz alta, pero estaba totalmente implícito que su padre deseaba fervientemente haber enviado a su hija a ese

viaje a Europa que había querido en vez de insistir en que consiguiera un trabajo de inmediato.

Hablaron de obras en las que habían trabajado, en los sueños que habían tenido, sueños que habían conseguido, los sueños que habían perdido. Sólo Jason, Ashley, y JJ se habían quedado con la danza saliendo de la escuela todo el camino hasta la universidad, aunque Jen estaba tomando una clase de ballet para adultos, tratando de ponerse en forma después de tener dos hijos en menos de tres años. No estaba fuera de forma, pero el peso la hacía parecer más vieja que las otras mujeres. O tal vez, sólo la falta de sueño por tener dos hijos todavía en pañales. Eso envejecería a cualquiera.

Trish y yo éramos las chicas extrañas. No teníamos viejos tiempos que recordar, por lo que nos quedamos atrás, al margen del grupo, buscando un lugar en el grupo de conversación. Sólo había una sección del sofá blanco con la espalda a la habitación, porque la mesa ocupaba la sala cerca de las ventanas. Nos sentamos en el sofá, a una discreta distancia la una de la otra, ambas un poco incómodas. Nunca conecto al instante con los extraños, y creo que Trish esperaba que estuviera enfadada con Jason, o las otras mujeres.

Ellos estaban en la sección más cercana a la puerta de espaldas a las ventanas. Había sillas allí, pero ninguna de las mujeres las usaba. Estaban abrazados todos en la sección, muy romana, como en la antigüedad, muy decadente, como en cualquier siglo. El grupo feliz estaba empezando a beber un poco, a excepción de Jason. Él no quiso beber por la misma razón que la mayoría de los licántropos no bebían. Se reducían sus inhibiciones, y significaba que era más difícil controlar a la bestia interior. No, alcohol y drogas no van con ser un buen pequeño hombre animal.

—¿No te molesta que Jason esté coqueteando así? —preguntó Trish, tomando su bebida.

Eché un vistazo al grupo sobre el sofá. En ese momento, Lisa estaba envuelta en su regazo, casi boca abajo, mientras él le acariciaba el pelo. Kris estaba detrás de él, abrazándolo tan cerca que estaba en peligro de derramar su bebida sobre él y Lisa. Todos habían tenido su turno de colgarse sobre él.

Me encogí de hombros y di un sorbo a mi coca-cola. Nunca bebía, y casi por la misma razón que Jason no podía beber, tampoco yo.

—Uno, es Jason, coquetea como si respirara. Dos, es un bailarín de

striptease, lo que favorece a sus tendencias naturales en esta área. En tercer lugar, quiere que le vean atractivo. Quiere coquetear con sus antiguas novias.

—Guau —dijo Trish—, esto es una manera más en la que podría tener razón ahora mismo.

Sonreí, y traté de pensar si sentiría lo mismo si se tratara de Nathaniel, o Micah, o Jean-Claude. Realmente traté de pensar en ello. Micah casi nunca coqueteaba. Pero Nathaniel lo hacía por muchas de las mismas razones que Jason, y Jean-Claude coqueteaba cuando quería, a la perfección. ¿Habría estado más celosa de lo que estaba de Jason? Tal vez. Probablemente. No lo sabía.

Pero era más que el hecho de que Jason no era mi apretón principal. Mi versión del *ardeur* me daba la posibilidad de ver los deseos de la gente, a veces, si el *ardeur* estaba muy activo, o los deseos de la gente eran muy fuertes.

Jean-Claude había trabajado conmigo para que pudiera sentir las cosas con el *ardeur* sin elevarse para la alimentación. Estaba mejorando. Esta noche me hizo saber cuánto. Podía sentir la intención de la mayoría de las mujeres colgando por todas partes de él. Estaban flirteando, pero no con intención. El coqueteo y el contacto físico era un fin en sí mismo para la mayoría de ellos. La excepción era la futura novia.

Lisa estaba desesperada. Era la única palabra que tenía para su energía. Estaba desesperada por joder con alguien. No tenía por qué ser Jason. Su necesidad era más fuerte que la de cualquier otro por allá, y había un borde de pánico en ello.

No había extendido el *ardeur* a propósito, pero las energías desde el sofá eran lo suficientemente fuertes para filtrarse a mi alrededor, como bocanadas de perfume. Los guardaespaldas eran el mayor problema para la lujuria pura. No todos ellos, y trataba de no prestar atención a cuáles eran básicamente los pensamientos que habrían recibido una bofetada si las mujeres los hubieran sabido. No leo la mente, especialmente de los extraños, pero percibí los toques de sus deseos. No exactamente los sentimientos, porque el *ardeur* no funcionaba en las emociones, excepto las que tenían que ver con el deseo, el amor y las cosas asociadas.

Marianne, mi tutora metafísica, psíquica, y bruja, me dijo que era como una empática, alguien que sabía leer las emociones, pero sólo una lista muy limitada de las emociones. Me parecía muy bien, tenía bastantes problemas

con la lista corta. La larga lista que Marianne me hizo recorrer estaba más allá de mí.

Extrañamente, la única persona que no me proyectaba nada era Jason. Era como un espacio en blanco. Podría haberme arriesgado a enviar el *ardeur* a su psique a propósito, pero no me sentía lo suficientemente segura como para arriesgarme. Accidentalmente podría tocar a su bestia interior, también, que podría traer la mía. Eso sería malo.

Jason me llamó la atención, y brindé con mi Coca-Cola. Se separó de las otras mujeres y vino a sentarse en el brazo de la silla. Puso su brazo sobre mis hombros. ¿Estás bien aquí?

Puse mi brazo alrededor de su cintura, porque parecía que era lo que debía hacer. Se acurrucó en el abrazo.

—¿Quieres decir que si conseguí cabrearme porque has estado coqueteando tu culo la última hora y me has ignorado por completo?

Se echó a reír, y luego me dio un beso en la mejilla.

—Sí, eso es lo que quiero decir.

Le sonreí.

—Has hecho lo que pensé que harías, a excepción de no comprobarme antes.

Se dejó resbalar en la silla por lo que terminó en mi regazo. Tomó la Coca-Cola de mi mano con un movimiento experto de la suya. Probablemente, algo que hacía en el club para que los clientes no derramaran su bebida sobre él. Tomó un sorbo de la Coca-Cola sin pedirlo, y se apoyó lo suficientemente cerca como para darme un beso mientras murmuraba:

—Lo siento.

Lo empujé hacia atrás lo suficiente como para ver su rostro claramente.

—Admito que el coqueteo ha sido un poco más de lo que pensé que sería, pero está bien. Coqueteas, solamente lo haces. Me tomó mucho tiempo darme cuenta de que coquetear para ti y para Nathaniel, e incluso para Jean-Claude, no siempre significa una maldita cosa.

Me acarició la mejilla con su nariz.

—Pero cuando tú coqueteas, significa algo.

—La mayoría de las veces —dije.

Pellizcó con los labios a lo largo del lado de mi cuello. Me hizo estremecer.

—Deja de hacer eso, hace cosquillas.

Lo hizo un poco más, me hizo temblar otra vez.

—Se supone que hace cosquillas.

Puse una mano sobre su hombro y lo alejé lo suficiente para mirar arriba en su cara. Lo que vio no le hizo feliz. Lo vi en su propia cara.

—Estás enfadada —dijo, en voz baja.

Trish dijo:

—Mi señal de salida. Que os divirtáis. —Ella se levantó y se marchó en sus tacones de aguja para unirse a las otras señoras.

Pensé en lo que Jason había dicho, y luego sacudí la cabeza.

—¿Recuerdas cómo dijiste que odiabas ser invisible para mí como hombre, y amabas que reaccionara a ti ahora?

—Sí.

—Creo que me di cuenta que reaccionas a todas las mujeres de la manera en que reaccionas conmigo. Te quejas de que no eres lo suficientemente especial para mí en comparación con los otros hombres en mi vida, pero Jason… ¿qué haces diferente conmigo que no lo haces con otras mujeres?

Frunció el ceño, claramente desconcertado.

Lo intenté de nuevo.

—¿Qué hiciste con Perdy que era diferente, especial?

Frunció el ceño más duro.

—Restringió el sexo a un punto que no lo hizo divertido. Su idea de lo correcto, era demasiado correcto para mí.

Asentí.

—Pero lo que quiero decir es, que reaccionas o actúas, con todas las mujeres de la misma forma. Viéndote con ellas, no puedo decir la diferencia entre el juego previo con ellas y lo que haces conmigo. No es halagador darse cuenta de que no haces diferencias.

Se sentó en mi regazo, con mi Coca-Cola en la mano, pensando en mí. Estaba pensando tan fuerte que casi podía oírlo. De hecho, vi la luz del amanecer en sus ojos.

—Nathaniel actúa de forma diferente a tu alrededor que con las mujeres en el club. Jean-Claude, también. —Pareció pensar un poco más, y luego asintió—. Incluso algunos de los hombres que no están enamorados de ti te tratan de manera diferente. Quieren cosas diferentes de ti que de cualquier otra persona, como Requiem y Asher.

Asentí.

—Exactamente.

Se inclinó para susurrar:

—Pensé que uno de mis encantos era que no quería ser algo más que amigos que follan.

Tuve que sonreír.

—Elegantes palabras, Jason, pero viéndote con las mujeres hace un momento, me di cuenta que me gusta ser especial. No tolero ser parte de una multitud. Si quieres decirles que soy sólo un frente para complacer a tu familia, entonces hazlo, diles la verdad. Parecen amigos lo suficientemente cercanos. Pero si vas a decirles que soy tu novia, una novia lo suficientemente buena para llevar a casa con la familia, entonces no me puedes poner los cuernos con ellas.

Sonrió.

—¿Los cuernos?

Fruncí el ceño.

—Elige una palabra diferente, pero ya sabes lo que quiero decir.

—Si se tratara de Nathaniel, o de Jean-Claude, no te habrías sentado aquí durante una hora y mirado, ¿verdad?

—Ellos no lo habrían hecho.

Puso mi Coca-Cola en la mesa donde estaba la lámpara. Se obligó a volver su cuerpo con torpeza, pero lo hizo ver vagamente prometedor, como diciendo: Mira lo flexible que soy. Pero yo tenía la flexibilidad de Nathaniel para comparar, por lo que estaba menos impresionada de lo que podría haber estado.

Jason se volvió hacia mí y me dio ojos muy serios.

—He lastimado tus sentimientos.

—Sí, pero más que eso vine aquí encubierta, en un papel que no es cómodo para mí, y acabas de hacer pensar a todos tus viejos amigos que permitiría a cualquier novio mío que me ignorara por una hora mientras era manoseado por sus antiguas amantes. No lo haría. Lo único que me mantuvo en la silla era que no podía decidir qué hacer. Si somos buenos amigos y nada más, entonces, tienes eso, Jason. Pero si todavía estoy en esta supuesta relación seria, no puedes hacer una mierda como esta.

—¿Incluso si es sólo fingir que eres mi novia en serio? —preguntó.

Asentí.

—Diles la verdad, y arrástrate por todos lados con ellas, ten eso. Pero si no les dices la verdad, entonces no me puedes humillar de esta manera, si

no deseas mantener que tengo en modo alguno una relación seria contigo.

Le vi pensar un poco más. Abrió la boca, la cerró, y miró a la multitud de gente detrás de nosotros, todos tratando de fingir que no estaban allí. Se bajó de mi regazo y me tomó la mano con él, me ayudó a levantarme.

Me condujo hacia el dormitorio. Rowe y Shadwell se despegaron de la sección de la pared en la que se sostenían y trataron de seguirnos. Jason los detuvo en la apertura.

—No, y voy a mover la pantalla, así tendremos algo de intimidad.

—Nuestras órdenes… —empezó Shadwell.

—Llevo más armas que ustedes, Shadwell. Creo que vamos a estar bien.

Él y Rowe se miraron, y finalmente Shadwell asintió.

—Si estás dentro mucho tiempo, entro, no importa qué tipo de sonidos oiga. Sólo para que lo sepas.

—Creo que podemos comportarnos —dije.

Jason me llevó a la habitación y dejó ir mi mano para mover la pantalla de metal que nos ocultaría de la vista, si estábamos en la cama. Fue lo mejor que podía hacer sin una puerta. Jason se sentó en el extremo de la cama y me tendió la mano.

Fui a él, le dejé tirar de mí para sentarme en el borde de la cama con él.

—Lo siento, dijo.

—Yo también, pero hay que decidir.

—Si les digo la verdad, ¿qué vas a hacer?

—Lo que quiero hacer es ir a casa, pero no voy a dejarte hasta que sepa lo que ha asustado a todos los guardaespaldas. Creo que ha habido algún tipo de amenaza contra Keith Summerland, y nunca me perdonaré si te hacen daño por error.

Su mano se acercó y tomó el lado de mi cara, muy suavemente.

—Te preocupas por mí, y te devuelvo el favor haciendo que te sientas mal contigo misma. Lo siento, Anita, de verdad, no estaba pensando.

—Oh, estás pensando, solo que con la cabeza pequeña en lugar de la grande. Por mucho que me guste, me gustaría que tomaras las decisiones con el extremo superior.

Me dio una pequeña risa, y movió la cara para que pudiera darme un beso. El beso comenzó a salirse de las manos, pero se retiró, por lo que no; se apartó lo suficiente como para mirarle a los ojos, su mano aún sobre mi cara.

—Esa mirada —dijo—. Conozco esa mirada, esa mirada de voluntad de hierro. No sé lo que significa en este instante, pero me pone un poco nervioso.

Sonreí.

—Resolución de hierro, ¿eh? Es sólo esto, Jason: no comparto. Desleal o no, si quieres romper nuestra historia de portada, entonces, eres libre de tratar de dormir con quien quieras. Eres un gran chico, pero no vendrás arrastrándote de la cama de una extraña a la mía.

—Hay que alimentar al *ardeur* por lo menos una vez más antes de que podamos ir a casa —dijo.

Asentí.

—Voy a encontrar algo mejor. Jean-Claude me puede ayudar a alimentarme a distancia, tal vez. He estado capturando pequeños trozos de emoción de las mujeres y los guardaespaldas y no ha despertado el *ardeur*. Estoy consiguiendo más control.

—No has perfeccionado la técnica, Anita. No de la alimentación a distancia, o el control.

—Es hora de que lo haga. Tal vez todo saldrá mejor. Si pudiera alimentar al *ardeur* a través de Jean-Claude, entonces podría tomar más trabajo fuera de la ciudad sin tener que traer el almuerzo.

Él me sonrió.

—El almuerzo, ¿eh?

Asentí, y le sonreí a pesar de mí misma. Nunca estuve segura de por qué podía hacerme sonreír cuando quería estrangularlo, pero podía. Era una de las razones por las que seguíamos siendo amigos.

—¿Qué voy a hacer contigo? —pregunté.

Recargó la espalda contra la cama, dándome esa sonrisa lasciva.

—Puedo pensar en algo.

Le miré enmarcado contra la colcha. Sabía que le podría haber tocado y hecho casi todo lo que quería. Él me dejaría. El conocimiento hizo que las cosas en la parte baja de mi cuerpo reaccionaran, pero… Estaba empezando a darme cuenta que tal vez eso era cierto con la mayoría de las mujeres en este cuarto esta noche. De alguna manera, quitó un poco de brillo para mí.

—Apuesto a que puedes, pero si se trata de una de las rubias que estás queriendo esta noche, necesitas confesarte con ellas.

—La última vez que tuve relaciones sexuales con alguna de ellas fue en la escuela secundaria, Anita. Fue divertido, y un par de veces fue muy

divertido, pero no tengo ni idea de lo buenas que son en nada. La única persona que lo haría fuera de lo común de seguro sería J. J., y sería complicado. Quiero decir, recuperar los días de gloria por lo general va mal.

Asentí.

—Sí.

—Pero me dejarás salir y confesar y coquetear con intención.

Sonreí.

—Coquetear con intención, estaba pensando exactamente eso antes, pero sí, les dices la verdad y puedes tener toda la intención que desees.

—¿Pero si no se lo cuento, entonces tengo que comportarme mejor?

Asentí.

—Me temo que sí. Me siento culpable por este tipo de petición, pero no puedo soportarlo. No puedo dejarles pensar que permitirían a cualquier hombre con el que podría casarme faltarme al respeto así de mal —añadí—. Es un mal ejemplo para las otras mujeres, Jason. Quiero decir, incluso si una mujer parece que aguanta mierda como esta, entonces hace que las otras mujeres se pongan más probable en ello. Simplemente no puedo apoyarlo.

Juntó las manos sobre su estómago, luciendo serio. Sólo Jason lograba verse así de serio y atractivo en una cama al mismo tiempo. Era un regalo.

—Creo que lo entiendo.

—Creen que soy casi tu novia y están sobre todas partes de ti como blanco en el arroz, justo en frente de mí. Jason, es una falta de respeto, tuyo y de ellas.

Suspiró, muy fuerte.

—Tienes razón, tienes razón.

—Diles la verdad, y puedes volver a lo que estabas haciendo con ellas.

Se incorporó lentamente, como si fuera algún tipo de ejercicio de estómago, por lo que la camiseta demostró lo apretada que era.

—Me encanta eso —dijo.

Parpadeé y miré desde el estómago hasta la cara.

—¿Qué? —pregunté.

—Que me mires así, que me veas. No quiero volver a ser invisible para ti, Anita.

Me encogí de hombros.

—No creo que puedas llegar a ser invisible para mí, Jason.

—Pero si he herido tus sentimientos así de mal, rechazándote, entonces vas a asegurarte de nunca actuar sobre ello de nuevo.

—No me puedes rechazar si somos amigos que follan.

—Eso es lo que yo pensaba, pero me doy cuenta de que somos más que amigos que follan. Un amigo que folla no entra a su trabajo en cualquier momento y dice que tiene que volar fuera de la ciudad con un amigo. Un amigo que folla no deja todo para venir a jugar alguna farsa estúpida. Alguien que es sólo un amigo que folla no viene y toma tu mano cuando ves a tu padre en el hospital, con el olor de la muerte sobre él. Los amigos que follan están sólo por el sexo, Anita. Soy lo más cercano que probablemente nunca tendrás a uno, pero la idea de un amigo que folla es que sean casuales. Una vez que te pedí volar aquí conmigo, no era una petición informal. Sólo podía habérselo pedido a alguien que fuera mi amigo muy cercano. —Se inclinó hacia mí, como si fuera a besarme.

Me aparté un poco.

—Los besos no responden a mi pregunta, Jason. ¿Vamos a salir de aquí como una pareja, o simplemente amigos? Necesito saber cuál es el papel que estoy jugando para ti aquí.

—¿Qué tanto? Les diré la verdad, pero no voy a dormir a tu alrededor mientras estamos aquí. De esta manera, si cualquiera de lo que parecen sentir por mí es real, lo dejo abierto para buscarme después. Pero si es sólo por los viejos tiempos y los nervios de la boda, entonces no pasa nada.

—En realidad, el *ardeur* los revisó a todos. Para la mayoría, el coqueteo es el fin en sí mismo. La mayoría de ellas parecen muy sensatas. Lisa se va a ir a la mierda en un instante, pero su deseo tiene un borde de pánico.

—Ella está a punto de casarse con alguien. Creo que tiene miedo.

Asentí.

—Puedo comprender eso, pero he pensado siempre, que si estás nervioso por la boda, entonces estás casándote con la persona equivocada.

Él sonrió.

—Se podría pensar eso, pero entonces tú eres una de las personas menos fóbica al compromiso que conozco.

Le miré.

—Sé de algunas personas que podrían discutir contigo.

Sonrió.

—Piensan que porque no has elegido a un hombre por encima de todos los demás, no te comprometes, cuando en realidad, creo que tu problema es

que te comprometes con demasiada facilidad, y una vez que te comprometes con alguien, te mantienes.

—Una mujer no puede estar comprometida con muchos hombres.

—Tal vez, pero tratas a tus amantes mejor que muchas mujeres tratan a sus novios.

—Siento mucho lo que dije.

Pareció nostálgico por un momento.

—Estaba blindado tan fuerte como podía para no golpear el radar, ya sea para el *ardeur* o tus bestias.

Sonreí.

—Hiciste un trabajo excelente, estabas en blanco. —Sonrió de nuevo.

—Bueno, estoy realmente deseando que no hubiéramos venido en absoluto. Para mí, es genial, pero no para ti. No lo estudié bien. Es una despedida de soltera, va a haber esta noche un montón de tensión sexual. Va a desafiar realmente tu *ardeur*.

—Es difícil tener un rapidito con Shadwell y Rowe en la habitación —dije.

—¿Por qué no nos dejan en paz?

—Ya te lo dije, no lo sé todavía, pero voy a averiguarlo.

Suspiró.

—Creo que voy a contárselo a las chicas, pero sólo a ellas. Vamos a fingir para todos los demás, excepto para mis amigos.

—Amigos que no has visto desde la universidad no puede ser tan buenos amigos como lo recuerdas.

—Lo sé, pero cuando el artículo de Irving salga mañana, la portada estará quemada de todos modos.

—Es cierto. ¿Así que les dices la verdad, pero mantienes tus opciones abiertas?

Él asintió, y luego una sonrisa comenzó a extenderse por los bordes.

—Aunque con J. J. podemos hacer ambas cosas. Tuve mi primer *ménage à trois* con ella y una amiga.

Negué con la cabeza.

—Un *ménage à trois* en la escuela secundaria.

—No, regresé de vacaciones de invierno de la universidad y J. J. también.

—Confío en que tuvieras la fantasía de dos niñas haciéndose realidad antes de que fueras legal para beber.

Sonrió completamente hacia afuera.

—Siempre he sido precoz.

—Voy a apostar que lo eres.

Se puso de pie y me ofreció su mano.

—Voy a tratar de ser tan buen amigo como lo eres para mí, Anita.

Tomé su mano.

—Trato hecho.

Traté de hacer un apretón de manos, pero llevó mi mano sus labios y me besó. Supongo que de cualquier manera, tuvimos nuestro compromiso. Ahora sólo tenía que ver como las rubias en la habitación de al lado se tomaban la noticia.



TREINTA Y SEIS

Mientras habíamos estado teniendo nuestro corazón a corazón, como hacían las mujeres. Lisa estaba llorando en el sofá con todas las mujeres cernidas a su alrededor. J. J. dejó el grupo y llegó a nosotros.

—Lo sentimos mucho, Anita —dijo—. Nos hemos portado mal.

Lisa lloró y habló al mismo tiempo.

—Por favor, no te enfades, Anita, por favor… Ella vino a nosotros, un poco inestable en sus pies. Trish se quedó a su lado como un observador. Lisa se aferró a mi brazo, balanceándose suavemente sobre sus tacones altos. El pequeño vestido negro y tacones que llevaba le daban un aspecto pálido ahora que todo el maquillaje había desaparecido por llorar.

Tensé mi brazo bajo sus manos para darle algo más sólido para mantenerse, porque sin ello se habría caído.

Ella trató de centrarse en mi rostro, y parecía que era un trabajo duro.

—Lo siento mucho, Anita. He sido muy horrible contigo.

—Está bien, Lisa —dije. Tenía que asentirle ya que veía en ella a uno de esos borrachos deprimidos que puede disolverse en lágrimas histéricas si no me limitaba a perdonarla. Francamente, culpaba a Jason más que nadie, así que no estaba enfadada con ella. Él no había establecido las reglas, ni las puse yo. Si la pareja no ponía los límites, entonces no podíamos culpar a los extranjeros por no saber cuáles son esos límites.

Se tambaleó hacia mí, creo que para ver mejor mi cara. Estaba empezando a preguntarme si era algo más que la bebida. ¿Ella necesitaba gafas y no las llevaba puestas? Se inclinó hacia mi cara, mirando tan cerca que era demasiado íntimo con la sala de repente en silencio. Estudió mis ojos a pulgadas de distancia, aferrada a mi brazo. Era corta de vista, apostaría mi dinero en ello, porque cuan más cerca estaba, más parecía ver mejor. Si pudiera usar su culpabilidad por dos cosas, lo haría. Traté de calmarla, y encontrar a alguien para que encontrara sus malditas gafas.

Ella perdió el equilibrio sobre sus tacones y cayó sobre mí. Me solté de la mano de Jason y la agarré. Me enteré de dos cosas acerca de Lisa Bromwell. Uno, que estaba lo suficientemente borracha para que no pudiera mantenerse derecha por sí misma, de hecho sus rodillas empezaron a ir. Dos, que no llevaba absolutamente nada debajo del vestido negro. ¿Cómo me enteré de ésta última información? La agarré por la cintura baja y sin darme cuenta levanté la falda lo suficientemente corta como para desnudar la mayor parte de su culo a la sala. Sólo podría haberla recogido. Pesaba quizás cien libras. Pero no podía resolver cómo levantarla y no permitir que los hombres en el cuarto vieran la exposición entera. Uno de esos momentos en los que no sabes dónde ir, huh, ni idea de qué hacer.

Jason y J. J. me salvaron. Los dos entraron y la tomaron de un brazo cada uno, lo cual me dejó mover su vestido hacia abajo. Vi sus ojos rodar de nuevo en la cabeza.

J. J. tuvo tiempo de decir:

—Lisa…

Me moví para cogerla. No tenía intención de moverme más rápido que un humano normal, pero de repente me encontré con un brazo en su espalda y un brazo debajo de sus muslos. Jason vio el movimiento y soltó el brazo que sostenía. J. J. se quedó aferrada a uno de los brazos de Lisa, los ojos de par en par. Me quedé allí sosteniendo a Lisa y siendo mirada muy seriamente por todos en la sala. Las mujeres solo se sorprendieron, los guardaespaldas tenían una mirada que decía si-iba-a-peor-iremos-primero-

a-por-ella.

Mierda. No estaba acostumbrada a ser más rápida que una bala. Bueno, no tan rápida, pero era casi tan rápida como un licántropo real. Mis tiempos de reacción se habían convertido en sangrientamente espectaculares. Había pasado casi toda mi vida luchando con lo mejor que podía ofrecer, que apenas era lo suficientemente bueno físicamente, y ahora… ahora sólo la captura de una mujer borracha había sorprendido a una habitación llena de hombres armados. Mierda.

Jason me dio un beso en la mejilla.

—Está bien —susurró. J. J. soltó el brazo de Lisa y me miró con unos ojos muy abiertos—. Eso fue como magia. Un segundo estaba cayendo, y entonces sólo la tenías en tus brazos. ¿Eres tan rápida, o es que has jodido con mi mente?

—Sí —dijo Shadwell, desde donde estaba de pie fuera de la pared, la mano rozando sobre su arma—. ¿Qué fue, Marshal? ¿Velocidad, o tu mente jodió la mente de todos los de la habitación como alguna especie de vampiro?

—Es la velocidad —dijo Jason.

—¿Eres un cambiaformas? —preguntó Shadwell.

Negué con la cabeza.

—No, no exactamente.

—¿Eso qué significa exactamente? —preguntó.

Le di una mirada poco amistosa y dije:

—Te gustan tus secretos, me dices lo que quiero saber, y compartiré. Hasta entonces, no te daré esta información.

—Admito que la última parte la dije en una voz con un borde. ¿Me estaba burlando, o simplemente me molesté por la situación en general? Las dos cosas.

Trish se recuperó primero y se acercó con una chaqueta ligera que alguien se había quitado. Envolvió la parte inferior del cuerpo de Lisa. Supongo que tenía razón. El vestido era lo suficientemente corto como para que nada pudiera hacer con ella en mis brazos para evitar apartar las miradas de la sala. Eso es para lo que es la ropa interior, chicas, así si pasa una emergencia sólo muestras tus galletas a las personas que quieres.

—Vamos a poner a Lisa en el sofá —dijo Trish.

Comencé a caminar hacia el sofá con la mujer en mis brazos. Trish dijo:

—¿No pesa?

—No —dije, y no lo habría sido ni siquiera antes de ser más fuerte que un humano medio, pero entonces podía levantar en el banco de pesas mi propio peso corporal, y pesaba más que Lisa. Razón por la cual pude llevarla a través de la habitación y dejarla en el sofá. Había sitio de sobra para acostarla porque las mujeres se habían dispersado como las palomas cuando un niño corre a través de ellas. Ninguna parecía querer mirarme a los ojos, o estar demasiado cerca de mí. Perras prejuiciosas.

La puse suavemente hacia abajo y me aseguré de que la chaqueta se quedaba encima de ella.

—¿Está fuera para la noche? —pregunté a nadie en particular.

Jason dijo:

—Chicas, os dije que yo era un hombre lobo, y estuvieron bien con las caricias en el sofá. Ahora están tratando a Anita como si les diera miedo sólo porque no dejó a Lisa golpear el suelo.

J. J. dijo:

—Jason tiene razón. Estamos siendo estúpidas. —Me ofreció su mano de nuevo, pero esta vez no hubo coqueteo, sólo una mirada muy particular de sus ojos azules.

Tomé su mano.

Ella dijo:

—Gracias por coger a mi amiga. Siento que nos sorprendiera. —Ella dio una mirada poco amigable a todas los demás en todo el sofá—. Vamos a comportarnos mejor que esto hacia la novia de nuestro amigo, ¿no es así, chicas? —Fue redactado en forma de pregunta, pero lo dijo como una orden.

Algunas de las otras mujeres se miraron, pero fue Jen quien se acercó y me ofreció su mano. La madre de dos hijos iba vestida con el único traje pantalón del grupo. Era un traje bonito, sin embargo, aprovechó mostrando las curvas del bebé. Su pelo largo hasta los hombros formaba un cuadro amarillo sobre su piel pálida y ojos azules. Su maquillaje era discreto, y casi invisible.

Me dio un buen apretón de manos, sólido, y un contacto con los ojos aún mejor. Había sido una de las pocas que no había colgado del todo sobre Jason. Adivino que era esa cosa total de estar casada. La monogamia en su mejor momento.

—Primero te faltamos el respeto subiéndonos por todas partes de tu

novio, y luego reaccionamos como colegialas cuando ayudas a nuestra amiga en una caída. No sé lo que vas a pensar de nosotras, Anita, por favor, danos otra oportunidad.

Asentí, y estaba más nerviosa o enfadada o lo que sea de lo que sabía, porque dije lo que pensaba.

—No hiciste nada inapropiado con Jason, Jen. Así que no pasa nada. Y mucha gente se asusta por las cosas sobrenaturales.

—Supongo que hablo por el resto de nosotras —dijo Jenna. Se adelantó en su propia versión del pequeño vestido negro. Era un material más pesado y no tan corto como el de Lisa, pero seguía siendo un vestido negro proverbial, sólo la versión de la discoteca. Había un pequeño vestido negro para los negocios, los funerales (los que puede ser el mismo vestido), y las fiestas. Estos últimos suelen ser más cortos y muestran más escote. El vestido de Jenna no era la excepción a la regla.

Su pelo era casi del mismo blanco rubio que el de Lisa. Ella incluso tenía el pelo en una coleta, también. Se veían como los clones de Barbie, o tal vez los clones de París Hilton. Puaj.

Jenna ofreció una mano perfectamente cuidada con las uñas pintadas de negro a juego con el vestido. Estaba un poco insegura sobre sus tacones, pero su voz era firme y no sonaba a borracha en lo más mínimo.

—Te prometo que lo haremos mejor que esto.

Tuve que sonreír por alguna razón.

—Te creo —dije.

Me devolvió la sonrisa, y las otras se acercaron una a una para darme la mano y pedirme disculpas.

Kris, estaba un poquito más borracha que todas, excepto que Lisa, me abrazó con torpeza.

—Pateando a tu chico delante tuyo, lo siento mucho.

Le di unas palmaditas en la espalda desnuda con torpeza. No me gustaba que me abrazaran extraños. ¿Por qué en su espalda desnuda? Porque la espalda de su pequeño vestido blanco no era nada más que correas. La mayor parte del grupo tenía los senos lo suficientemente pequeños como para llevar un vestido donde un sostén era imposible.

Kris se puso un poco llorosa.

—He sido una perra.

Le di una palmadita y busqué a alguien que me rescatara de la rubia borracha. J. J. se la llevó de mis manos y se la llevó al borde del sillón.

Miré a Jason, a la espera de que le dijera a sus amigas la verdad. Que no estábamos realmente tan cerca de una pareja y él podía salir con ellas, si querían. Jason estaba estudiándonos, y no parecía querer levantar el tema. Que me aspen si yo lo haría.

Llamaron a la puerta. Shadwell asintió y Sánchez y el silencioso Price fueron hacia la puerta. Sánchez volvió a llamar:

—Es Chuck y el entretenimiento —dijo tanto Chuck como entretenimiento como si fueran malas palabras.

Miré a las mujeres, la mayoría de ellas ya un poco borrachas y demasiado emocionales. Realmente no quería ver lo que el grupo haría con un stripper. Fui a Jason y le susurré:

—¿Podemos irnos ahora?

Fue Ashley, quien tenía el más elaborado peinado del grupo, como si hubiera ido a un salón de belleza y tuviera ayuda, quien dijo:

—No te vayas, Anita. Por favor, tienes que quedarte. Queremos ser tus amigas. Si te vas ahora, pensarás que somos terribles.

Kris levantó una cara lagrimosa.

—Quédate, Anita, quédate y disfruta de la fiesta con nosotras. Por favor.

Me incliné y le susurré a Jason, con los dientes apretados.

—No me quedo aquí sola.

Puso un brazo alrededor de mi cintura y me besó.

—No soñarías con una salida tú sola. —Él me dio esa mirada al final de la frase. Me di cuenta de que si le pedía que se fuera conmigo, él lo habría hecho, pero en realidad le pedí que se quedara conmigo. ¿Era demasiado tarde para hacer una retirada?



TREINTA Y SIETE

Chuck entró por la puerta, con el ceño fruncido. Me preguntaba que había convertido su ropa interior en un nudo. Entonces tuve una visión del hombre detrás de él. Era alto, bronceado hacia un buen café incluso, con el cabello castaño medio tan corto en los lados que tenías un vislumbre de la piel más pálida por debajo. Sus ojos eran grises, y parecían casi blancos en la oscuridad de su rostro. Tenía alrededor de seis pies, formado, delgado pero en su mayor parte con lo que una sala de pesas te daría para cubrir una constitución que podría haber sido de otro modo esbelta. Estaba usando un traje blanco que brillaba contra su bronceado y lo hacía todo más oscuro y más claro, al mismo tiempo.

Dos guardias uniformados vinieron después, llevando un baúl grande entre ellos. Jason se tensó a mi lado, y un segundo después lo sentí, también. Un cosquilleo de energía sopló en la habitación. Un segundo después, la razón se deslizaba por la puerta. Él era tan alto como el primer

stripper, pero con rizos cortos que caían cerca de sus oídos, tan rubio su pelo que era blanco. Sus ojos eran azules con un borde de algún otro color bailando en ellos. Tendría que estar más cerca para saber lo que era esa segunda sombra, y no tenía la intención de acercarme más. No si podía evitarlo.

Entonces sentí otro tipo de energía. Una energía más fresca.

Un segundo grupo de guardias entró con otro baúl, y el último bailarín era la cereza en la parte superior de esta mala idea. Era de la misma altura que los otros dos, como si hubieran sido elegidos por esta como un trío de caballos emparejados. Su pelo castaño casi negro, pero tenía el mío y el de Sánchez para compararlo, por lo que sólo era moreno. Caía en ondas suaves hasta los hombros, enmarcando un rostro que era más guapo que bonito, pero era una cara bonita. Había incluso un hoyuelo en la barbilla, y otro en la esquina de su boca cuando sonrió en el cuarto. Él sonrió con delicadeza, para no mostrar los colmillos.

—No hay strippers vampiros, ¿eh? —dije.

Jason puso sus brazos alrededor de mi cintura y me atrajo contra su cuerpo.

—Mi error.

Jason respiró contra mi oído, en lugar de murmurar, tratando de no ser oído por los preternaturales que paseaban en la habitación.

—He visto sus cuadros. Este es el vampiro que pretende ser Jean-Claude en Las Vegas.

Lo que Jason quería decir es que este era el artista principal en un espectáculo de vampiros nudistas en Las Vegas. El Maestro de su Ciudad, Maximiliano, Max para acortarlo, había solicitado que Jean-Claude le permitiera hacer un espectáculo en Las Vegas que estaba basado en algunos de los actos en Placeres Prohibidos. Algunas negociaciones más tarde y tuvimos nuestro primer espectáculo secundario.

Como no podían tener a Jean-Claude, encontraron a un vampiro que se parecía a él. Para mí, era un parecido superficial, pero desde un asiento en la audiencia se podrían parecer.

Los brazos de Jason apretaron mi cintura, y sopló contra mi oído:

—Él se llama a sí mismo Lucian.

Susurré:

—¿Se llama a sí mismo?

Besó el lado de mi cuello, y susurró:

—El nombre artístico.

Ah. Una parte de mí quería salir, pero otra parte de mí estaba curiosa. Y, al menos, los hombres que serían buscados a tientas por las mujeres no sería ninguno de mis novios. Lo que significaba que no tendría que trabajar en el tema completo de los celos, mientras el espectáculo estaba pasando. Eso sería casi relajante.

Instalé mi espalda de forma más segura contra el frente del cuerpo de Jason. Se acurrucó al lado de mi cara y dijo:

—Vacaciones de tiempo libre para mí.

Me giré y pude ver su rostro.

—¿Quieres irte?

Me sonrió.

—Solo me sorprendió que quisieras quedarte.

Me encogí de hombros.

—Si no quiero quedarme, no quiero quedarme.

Me dio un beso desde atrás, presionando mi cara de vuelta para que fuera un buen y rudo beso. Un suficientemente buen beso que me dejó un poco sin aliento. Vamos a nuestra habitación y podremos hacer esto de verdad.

Le sonreí.

—¿Me estás ofreciendo un baile privado?

—Absolutamente más privado que el que doy. —Sonrió cuando lo dijo, y fue una buena sonrisa. Una sonrisa que dejó una sola respuesta.

—Vamos.

—Keith —dijo el vampiro, acercándose a nosotros—. No sabía que estarías aquí, y con otra morena. —Lucian miró hacia atrás en el sofá y a la novia aún inconsciente—. ¿No te lo dijeron sus amigas?

—No es Keith —dijo el bailarín de pelo blanco—. Se parece a Keith, pero no huele como Keith. —El bailarín se deslizó hacia nosotros y comenzó a intentar dar la vuelta en torno a nosotros, pero Shadwell y Rowe avanzaron de modo que el movimiento fue abortado.

El bailarín les sonrió, y a nosotros, y retrocedió un poco.

—Vampiros, siempre confiando en sus ojos. ¿No puedes sentirlo? Es uno de nosotros, así como ella.

—¿Hombres tigres? —Hizo la pregunta Lucian.

—No —dijo el bailarín, y se acercó lo suficiente como para invadir nuestro espacio personal. Aspiró el aire delante de nosotros—. Lobo, y

algo… —Se movió un poco más cerca, pulgadas más cerca. Pude sentir su energía como calor creciente en su piel.

—Retrocede —dije.

Olfateó justo por encima de mi cara. El salto de energía fue más grande, más severo, como insectos eléctricos mordiendo a lo largo de mi piel.

—No sé lo que eres —susurró.

—Ella dijo que retrocedieras. —Rowe se colocó delante de mí y obligó al hombre tigre a retroceder. Me alegré de la ayuda. Porque había un movimiento de energía dentro de mí en ese lugar oscuro donde se esconden mis bestias. Respiraba a través de esto, concentrada. Podía hacer esto. Había estado practicando. Podía controlar a mis bestias, a todas ellas, a la mayoría de ellas. Oh, demonios, el tigre era la más nueva y nuevo siempre significaba curva de aprendizaje.

Me lamí repentinamente los labios secos y dije:

—Rowe, Shadwell, acompáñennos hasta la puerta.

—El placer es mío —dijo Rowe.

Shadwell se movió a reunirse con él. Hicieron retroceder a los bailarines.

—¿Por qué te vas? —dijo el hombre tigre—. Quédate y juega.

—Hay un montón de mujeres para jugar —dije—. No me necesitan.

—Pero ellas no están tan vivas como lo estás tú —dijo el hombre tigre.

Chuck dijo:

—Te están pagando para entretener en la fiesta nupcial, no… a nuestros visitantes.

Se giraron y le miraron. El vampiro puso la cara en blanco. El hombre tigre le dirigió una mirada especulativa, como no del todo seguro de qué hacer con él. Pero había una implicación en los ojos que se lo comían de que era una posibilidad. Era un aspecto muy extraño, de un rostro humano. Pero no era una mirada de gato. Era la que podías conseguir si un gato pudiera pensar como un humano, pero todavía tiene la moral de un gato. Esto abría muchas posibilidades.

Obtuve un destello de algo en lo profundo dentro de mí. Un destello de naranja y un destello de oro. Oh, mierda. Una de las razones por las que estaba teniendo problemas con los tigres era que tenía más de uno. Uno de ellos era una cepa de la licantropía que había conseguido como normalmente haces para sobrevivir a un ataque, pero el otro fue un regalo, o una advertencia, de *Marmee Noir*, la Madre de todos los vampiros.

Algunos dijeron que era el vampiro más antiguo en el mundo, el primero de ellos, pero habiendo encontrado un vampiro que era un Australopithecus, no estaba segura de cómo eso era posible. Pero lo que fuera, era antiguo, y era poderoso, y se asustaba un infierno de mí. Ella estaba en su mayor parte dormida en su cuarto en Europa, donde había estado —dormida durante más de un millar de años. En sus sueños, ella me aterraba, a los otros vampiros, y todo lo que quería perseguir. Pero su cepa de vampirismo era lo bastante antigua para que pudieras ser tanto un vampiro como un licántropo, lo cual no era el caso del vampirismo moderno. El virus se mataba el uno al otro, así que lo que sea que atrapases en primer lugar, eso es lo que serías.

Ella había visitado mis sueños y puesto un pedazo de su animal para llamar dentro de mí. ¿Por qué lo había hecho? Porque podía.

—¿Ella no es parte de la fiesta de bodas? —preguntó el vampiro, Lucian. Su voz tratando de tener ese vacío de los muy viejos, pero sin lograrlo. Era más joven de lo que estaba tratando de aparentar. Muchos de los vampiros más jóvenes trataban de parecer más viejos. Cuanto más trataban de pasar por mayores, más jóvenes eran, por lo general. Además, no había reaccionado a mi cruz estando visible. Eso lo marcaba como muy joven. La mayoría de los vampiros de un siglo o más de edad reaccionaban a los objetos sagrados como si siempre fueran un peligro. En verdad, si el vampiro no trataba de usar sus poderes en mí, la cruz podía solo quedarse allí.

—No, ellos no forman parte de la fiesta de bodas —dijo Chuck—. El hombre es un viejo amigo de la escuela secundaria de la novia y ésta es su novia.

Pensé que era interesante que no diera nuestros nombres. Que, de hecho, nos presentara tan suavemente como fuese posible. Eso era muy interesante.

—¿Sólo un amigo de la novia? —dijo Lucian, y dejó que su voz manifestara su duda.

—Soy un primo lejano de los Summerlands —dijo Jason.

—Te ves como un primo cercano —dijo el hombre tigre, y de nuevo trató de acercarse a nosotros.

Mi tigre, tigres, reaccionaron a la misma. Acechaban en la oscuridad dentro de mí como un rayo de oro rojo, y un remolino de color amarillo pálido y oro. Ellos, más que cualquiera de mis otros animales, parecían

esconderse en las profundidades de ese lugar interior. Utilizaban las sombras como árboles y follaje para deslizarse dentro y fuera, por lo que en un momento se producía un vistazo a rayas, luego se habían ido. Me habían dicho que los tigres reales eran así en la selva. Invisibles hasta que quieren ser vistos.

Jason me envolvió en sus brazos así que mi cara estuvo enterrada en su hombro y cuello. Aspiré el aroma de su piel. Olía a Jason, pero en el fondo era el almizcle de los lobos. Esto ayudó a mantener a las brillantes formas a distancia.

—El olor del tigre aparece y desaparece como un sueño de viento en el desierto, dijo él.

—Poético —dijo Jason—, pero nos vamos de aquí. —Él comenzó a movernos a través del suelo. Giré la cabeza lo suficiente para ver a dónde iba. Atrapé una visión de ojos azules, pero no eran humanos. El color lo era, pero había algo en la sombra, o la forma, que no era humano. La visión de esos ojos atrapó cosas bajo mi cuerpo, no sexual, pero dolorosamente. El tigre flexionando sus garras, haciéndome saber que le molestaba estar atrapado en mi cuerpo humano sin salida.

—Mi nombre es Crispín —dijo el hombre tigre.

Jason tocó mi cara con la mano que no estaba alrededor de mi cintura.

—No mires, susurró.

Hice lo que me dijo. Mantuve mis ojos hacia adelante. Rowe y Shadwell se movieron con nosotros. Sentí a Crispin moviéndose detrás de nosotros sin necesidad de mirar hacia atrás.

Chuck dijo:

—Déjala en paz.

Sentí a alguien detrás de nosotros, y era Sánchez.

—Tengo tu retaguardia —dijo. No estaba segura de lo que estaba diciendo, pero mi espalda, su espalda, nuestra espalda, la consideraría.

Mi estómago se sentía como que había algo más sólido en él que el alimento, como la pesadez de un embarazo fantasma. Excepto que no era un bebé fantasma dentro de mí. Era algo mucho más sólido, y al igual que un bebé de verdad, quería salir.



TREINTA Y OCHO

Nos llevaron fuera de la puerta hasta el ascensor. Sánchez nos saludó en el ascensor. Shadwell, Rowe, y Chuck se pusieron en la caja con nosotros.

—¿Qué fue todo eso, Marshal? —preguntó Chuck.

Negué con la cabeza y me apoyé en Jason. Me atrajo hacia el olor de su piel, tratando de usar el perfume del lobo para aflojar la sensación en mi interior de que algo sólido estaba allí. Yo respiraba a través de él, lenta y uniformemente. Podría hacer esto. Este tipo de situación era para lo que había estado practicando, por lo que podía viajar sin un séquito de licántropos.

Jason respondió por mí.

—Soy un licántropo, y las habilidades psíquicas de Anita le hacen golpear el radar a veces como uno de nosotros.

—¿Qué significa eso, sus habilidades psíquicas? —preguntó Chuck.

—Ella levanta a los muertos para ganarse la vida, y es un verdugo de

vampiros. No puedes hacer lo primero sin el talento de la nigromancia, y no hay verdugos de vampiros sin habilidades psíquicas que sobrevivan mucho tiempo.

—¿Qué tipo de habilidades? —Insistió Chuck.

La presión en el abdomen por fin se aflojó. Podía respirar sin sentir como un peso tiraba de mí. Hablé con cuidado, mi cara todavía cerca del cuello de Jason.

—Soy buena con la muerte, Chuck. Es lo que hago.

—El tigre dijo que te sentía más viva que el resto de ellos.

Las puertas se abrieron. Rowe entró en el primer pasillo, y sólo cuando asintió con la cabeza a Shadwell nos hizo saber que podíamos seguir adelante. Chuck no comprobó el pasillo, tan bien como ellos hicieron. Era un arreglador de problemas, no realmente un guardaespaldas.

—Él estaba coqueteando —dije.

—Raro coqueteo.

—Los he visto más raros.

Chuck me miró como si no me creyera. No me importaba si me creía, todo lo que necesitaba era nuestra habitación y privacidad. Necesitaba a Jason para ayudarme a empujar hacia atrás al tigre y alimentar el *ardeur*. Cuando esto estuviera hecho, nos preocuparíamos de lo que Chuck sabía, o creía saber acerca de nosotros.

—No te ves muy bien —dijo Rowe.

—Gracias —dije.

—¿Sabes lo que quiero decir? ¿Pudo el hombre o lo que sea, o vampiro hacerte algo que nosotros mundanos no podemos ver?

Esa fue una buena pregunta, una pregunta inteligente. Una pregunta demasiado inteligente. Una vez más, Jason me salvó de tratar de responder.

—Para aquellos de nosotros que podemos sentir la energía de lo invisible, no tienes ni idea de cómo puede afectarte. Puede ser el mayor pico, o el mayor bajón.

—¿Qué hace la diferencia? —preguntó Rowe.

Shadwell dijo:

—Una vez que estemos dentro del cuarto puedes preguntar veinte preguntas, Rowe. Necesitamos los ojos y las orejas para el trabajo.

Dejamos a Shadwell salvarnos de responder a la segunda pregunta, pero ser tan graves acerca de la caminata del pasillo al cuarto me hizo recordar que yo tenía preguntas. De las que necesitaban respuestas. Pero el problema

metafísico iba a exceder en grado al misterio. Tenía que mejorar en esta materia. Que estaba afectando a mi trabajo y mi vida, en formas que no eran buenas.

Cuando llegamos a la puerta de nuestra habitación, Shadwell tendió la mano.

—¿Qué? —preguntó Jason.

—La tarjeta de acceso, así soy el primero en atravesar la puerta.

—Jesús —dije—. Shadwell, no lo hizo antes. ¿Recibiste otro mensaje de que la amenaza que es aún peor?

Shadwell trató con ojos de policía en blanco, pero terminó sólo pareciendo enfadado.

—Por favor, dame la tarjeta de acceso.

Jason me miró.

—Dijo por favor.

Empecé a discutir, pero algo en mi estómago se contrajo con tanta fuerza que me dobló. ¿Pensé qué…? Y vi el oro pálido y blanco de la hembra tigre que casi me mata. El tigre me miró por un segundo, los viejos y naranjas ojos se cubrieron con un eco de Crispin de la sala de arriba. La idea me dobló, dobló mis rodillas. Jason tuvo que cogerme o me habría caído.

La puerta fue abierta por Shadwell, mientras yo todavía estaba luchando por respirar y mantener la calma. Mi miedo era parte de lo que permitió a los animales conseguir la ventaja. Pero era muy difícil no tener miedo. Tan difícil no anticiparse a la sensación de las garras y los dientes tratando de encontrar la manera de comer a través de mí. Estaba cansada del dolor; cansada de problemas; simplemente cansada. Había sido arrogante. Tomé una capacidad metafísica que se alimentaba de la lujuria en una despedida de soltera con strippers. Joder, ¿qué había estado pensando?

Shadwell abrió la puerta y Jason me ayudó a entrar. Me cogió, me llevó a la cama. Yo estaba mirando la cara del tigre, pero no era sólo el tigre de oro pálido y crema, un segundo tigre superpuesto en la parte superior del primero, como si mis ojos estuvieran borrosos. ¿Qué estaba pasando? El gato fantasma, o los gatos, se encontraba cara a cara conmigo en una especie de sueño despierto. Salvo que este sueño nunca cambiaba; con ojos cerrados, ojos abiertos, vi a los tigres mirándome. Nunca me había pasado esto antes.

—Todo el mundo fuera —dijo Jason.

—Nuestras órdenes son que nadie se queda solo —dijo Shadwell.

—Entonces quédate afuera de la puerta —dijo Jason.

—Nuestras órdenes son muy claras —dijo Shadwell.

El tigre se acercó a mí, como si se tratara de un enorme perro fantasma, y quería tocar mi nariz con la suya. Pero esto no era un perro.

Encontré mi voz y hablé con cuidado, como si temiera que se asustara.

—Jason, algo está mal, diferente.

—Ya lo sé.

—¿Puedes verlo? —Susurré.

—¿Ver qué? —preguntó Chuck.

—No —dijo Jason—, pero puedo olerlo.

—¿Oler qué? —preguntó Chuck.

Jason dijo:

—Tenéis que salir ahora, todos vosotros. Si no os vais, voy a llamar a la seguridad del hotel.

—Ellos no pueden ayudarte —dijo Chuck.

—Voy a llamar a los periodistas y a decirles que tú trataste de abusar de Anita. ¿Cómo jugaría eso en las noticias, Chuck?

—Tú no harías eso.

No había un solo tigre superpuesto sobre el oro pálido ahora. Era como mirar a un triple negativo. Los colores de las rayas, y uno que parecía una sombra de los demás, tan oscuro, todas las manchas sobre la cara de la cepa que los médicos habían encontrado en mi sangre. El arco iris de los tigres fácilmente cerca de mi cara. Sabía una cosa cierta: que no quería que terminaran el movimiento. ¿Cómo se puede parar algo que no es sólido, que ni siquiera está realmente allí? Me tendí en la cama, pero el tigre caminó a través de ella, ocupando el mismo espacio. Se movía hacia mí como si el fantasma de su cuerpo no se encontrara en medio de una cama. No era real, pero había aprendido años atrás que sólo porque algo no era real, no significaba que no pudiera hacerte daño.

Empecé a empujarme hacia atrás en la cama, empujándome con las manos, lentamente, como si los tigres fueran reales, y yo estuviera tratando de no atraer su atención. Garras atravesaron mi cuerpo desde el interior. Grité:

—¡Jason!

Él estaba en la cama junto a mí, poniendo su cuerpo entre el tigre

fantasma y yo. Aunque el tigre parecía ser capaz de tenerme a través de la cama muy bien, el cuerpo de Jason era sólido. Él envolvió sus brazos a mi alrededor. Enterré mi cara en su pecho y cuello, respiré profundamente de su esencia.

El almizcle dulce de lobo estaba allí debajo de la colonia, su piel. Era como la verdad debajo de toda la civilización. Era Jason, pero necesitaba lo que había dentro. Necesitaba la salvaje verdad de él.

Una forma se movió dentro de esa parte oscura de mí en que tenía a los animales. Mi lobo brillaba en la oscuridad, la parte blanca de su piel de fantasma en la oscuridad. Había manchas oscuras en ella, pero mezclado en la oscuridad, rompiendo su silueta la forma en que se suponía.

La voz de Shadwell la sobresaltó, hizo mirar hacia arriba, y comenzar a retirarse en la oscuridad, como si hubiera sido un lobo real.

—Voy a llamar a un médico.

—El médico no va a ayudar —dijo Jason.

El lobo se desvaneció en la oscuridad, y de repente estaban vivos los tigres. Tigres del color del arco iris, colores imposibles, abriéndose camino a través de la oscuridad. Era como si en vez de ser un oscuro túnel, se tratara de un bosque fantasmal de enormes árboles negro, sin hojas. Los tigres se acercaban, y era algo más que mi propia bestia.

—Jason, hay un montón de tigres, de diferentes colores que no se producen en la naturaleza. ¿Qué está pasando?

—¿Están en la habitación o dentro de tu cabeza?

—En el interior —susurré—, por ahora.

Jason se levantó, presionando mi cara contra su pecho.

—A menos que conozcas a un practicante de las artes, no puedes ayudar a Anita, pero puedes hacerle daño.

—¿Practicante de las artes? —dijo Rowe.

—Bruja, quiere decir una bruja —dijo Chuck.

—Sí —dijo Jason—, la mierda metafísica está a punto de golpear el ventilador. Las armas no nos protegerán contra todo lo que está a punto de suceder, pero me demoras de hacer lo que tengo que hacer para detener todo su daño.

Pensaba que esto era sólo mi tigre tratando de obtener la ventaja por el hombre tigre del piso de arriba, pero las formas que se deslizaban a través de la oscuridad no era mi bestia. Oh, tal vez ella estaba allí, pero no era mi cuerpo tratando de elegir finalmente a un animal para convertirse. Algo

más estaba ocurriendo. Algo para lo que no tenía palabras, y no con la experiencia metafísica. Eso era malo.

—No sé lo que está pasando, Jason. Esto está mal, diferente.

Él me abrazó.

—Fuera —dijo.

—Tenemos que decirle —dijo Rowe.

—Nosotros no podemos… —comenzó Shadwell.

Chuck le cortó.

—La amenaza dice que los vampiros tratan de golpear. Eso significa que la ventana es un punto de entrada, y no sólo la puerta.

—El menor de nuestros problemas ahora mismo es un vampiro entrando por la ventana —dijo Jason.

Olía la lluvia y el jazmín. Oh, mierda. El encantamiento que había debajo de mi camisa entró en calor contra mi piel. Se suponía que iba a mantener a raya a *Marmee Noir*, pero nunca había brillado antes. Eso no podía ser bueno.

Me levanté alejándome de Jason y tiré de la cadena fuera de mi camisa. Las líneas de la talla del encantamiento de color rojo brillaban como si alguien hubiera tomado un lápiz rojo y rastreara todos los personajes, cada imagen se desvaneció en el centro. Era por lo general como una lápida vieja. Sabías que había una imagen tallada en el centro pero se había desgastado, suave con la edad y el desgaste. Ahora brillaban, y parecía recién hecho al final de la cadena.

Jason dijo:

—Es como un gato, un gato de muchas cabezas.

—¿Qué diablos es eso, y por qué está brillando? —preguntó Chuck.

Respondí:

—Es un amuleto contra el vampiro más antiguo del planeta.

—El vampiro está aquí —dijo Shadwell, y las armas salieron.

No me molesté con una pistola. Les dije la verdad.

—Ella está en Europa en alguna parte, pero su magia no lo está. —Levanté la vista hacia ellos—. No lo entendéis. Un vampiro no tiene que venir a través de la maldita ventana para tirar la mierda sobre ti. Si son lo suficientemente poderosos pueden hacerlo a mil kilómetros de distancia.

—Tenemos que hacer magia —dijo Jason—, y no se le permite verla. —Les dijo la mitad de la verdad. No queríamos que lo vieran, pero deje la verdad a medias, porque no podía pensar en una mejor manera de

deshacerme de ellos.

—¿Por qué, tienes que matarnos si la vemos? —dijo Chuck, con voz burlona.

Jason y yo le miramos. Yo fui la que lo dijo.

—Nosotros tendríamos que matarte, Chuck. Lo consideramos una prima. Ahora fuera. ¡Ahora! —Les grité lo último, arrojándome a mí misma de la cama. Desenfundé la Browning y les apunté, gritando para que se fueran. Tranquila no podría haberlos movido, pero histérica y armada ayudó a Jason a sacarlos de la habitación.

Caí de rodillas, el arma todavía desnuda en la mano. Los tigres se arremolinaban dentro de mí. Esperé a que uno de ellos corriera hacia arriba hacia mí, dentro de mí, y tratara de romper su salida, pero no lo hicieron. Ellos sólo pasaban en los no-árboles, las casisombras. Parecían estar esperando algo.

El olor a jazmín llenaba el aire. Mi cruz ardió a la vida junto con las líneas brillantes del encantamiento. Entonces el olor de la lluvia y las flores marchitas. Se desvaneció, y la cruz se tranquilizó. La habitación estaba de repente muy tranquila, lo suficientemente tranquila de forma que podía oír mi propia sangre golpeando en mis oídos.

Jason se arrodilló a mi lado. Vi sus labios moverse, pero no podía escuchar ningún sonido. Mi arma cayó de mi mano, y me agarré a sus brazos, traté de decir algo, cualquier cosa. Entonces lo sentí. Un sonido, una llamada, un olor, un sentimiento, y sin embargo, nada de eso. Todas esas cosas, ninguna de esas cosas. Los tigres que pude ver con los ojos de mi mente como una especie de pesadilla se detuvieron. Levantaron sus caras al aire, y rugieron. Ese sonido inclinó mi columna, me envió al suelo, gritando. Era como si mi cuerpo fuera una gran campana, y su sonido había tocado una fibra sensible en mí. Oía ese sonido no con mis oídos, sino con mi piel, como un silencioso y afinado tenedor presionado contra mi columna vertebral haciendo vibrar su mensaje a lo largo de cada terminación nerviosa.

Las manos de Jason estaban sobre mí. Trató de abrazarme. Oí sus gritos, rotos en pedazos, como si la llamada que sonaba me dejara oír sólo fragmentos de cualquier otro sonido.

Las líneas de encanto brillaban como el metal más reciente calentado por el fuego, rojo cereza, lo suficientemente caliente como para dorar la carne. Podía sentir el calor de la misma a través de mi camisa. Esperé a que

comenzara a fundirse a través de mi camisa de la manera en que la cruz podía hacer, pero si podría mantener a los tigres vampiro para evitar desgarrarme, estaba dispuesta a conseguir una nueva cicatriz de quemadura.

Jason trató de levantarse. Me aferré a su brazo. Él articuló algo; oí:

—La puerta. —Fue a la puerta y la abrió. Alguien tenía que haber llamado, pero no lo había oído.

Era Crispin, el stripper de pelo blanco. Debía de haber cumplido con su baile ya porque no llevaba puesto nada más que un tanga. Se arrodilló a mi lado, y en el momento en que miré a esos extraños ojos azules se hizo el silencio en mi interior. Los tigres buscaron en ese largo túnel metafísico.

Jason llegó a arrodillarse al otro lado de mí.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí —dije, mi voz un ronco susurro.

—He escuchado tu llamada —dijo Crispin—. Tuve que responder a ella.

Quería preguntarle, ¿Qué llamada? o lo que había oído, pero me tocó el brazo. Fue un gesto inocente. El tigre blanco saltó hacia adelante del resto. Cargó por ese camino imposible dentro de mí como una mancha blanca de gracia y músculo y muerte.

Jason trató de darme su brazo para olerlo, pero ya era demasiado tarde para las distracciones. El tigre iba a venir, y no estaba segura de cómo detenerlo.



TREINTA Y NUEVE

Crispin se echó a mi lado de forma que quedamos frente a frente. Me miró con sus ojos humanos de ese color tigre, y solo el verlos me tranquilizó. Estar tranquila generalmente significaba que la bestia en cuestión podía detenerse y comenzar a retirarse, pero la representación visual en mi cabeza mostraba al tigre blanco ganando velocidad de la manera en que lo hacen cuando están involucrados en la caza, con una última explosión de velocidad y de fuerza, todo unido en un salto.

Crispin puso una mano en un lado de mi cara, y el tacto ayudó, calmando mis pulsaciones. Se inclinó sobre mí y habló justo antes de besarme.

—He oído a la señora llamar y he respondido. —Sonaba más a ritual que cualquier otra cosa que hiciésemos en casa, pero se sintió como si fuese exactamente lo que necesitaba de él.

El tigre chocó contra la superficie de mi cuerpo, sacudiéndome contra

el suelo, golpeándome contra el cuerpo de Crispin. Era como ser golpeado por un coche pequeño de adentro hacia fuera. Las manos de Crispin mantuvieron mi cara segura, por lo que el beso no nos hirió a ninguno de los dos. Tuve un pensamiento fugaz, él había hecho esto antes, y entonces no hubo más pensamientos, solo dolor.

El tigre rugió a través de mí, derramándose. Se sentía como si estuviese forzando su propia salida, como si tratase de pasar a través de mi estómago. Grité, grité y Crispin gritó conmigo.

Se elevó sobre sus brazos por encima de mí, como si estuviese tratando de llegar más lejos. El encantamiento flotaba entre nosotros, como si el cabrón levitase, y no creía que ninguno de nosotros lo estuviese provocando. El tigre corría como un torrente de luz blanca que casi se podía ver entre su estómago y el mío. Crispin debería estar cambiando en este momento, pero se mantuvo humano por encima de mí. El encantamiento quemó brillante hasta casi tocar su pecho.

Crispin puso un brazo entre su cuerpo y el encantamiento. Éste tocó su brazo y varias cosas pasaron. El encantamiento dejó de brillar y se replegó como cualquier otra pieza de joyería. El cuerpo de Crispin fluyó con su piel como agua de color blanco y crema cubriéndolo. Quedó empapado con un líquido claro mientras cambiaba encima de mí. Pero no era su bestia la que lo llenaba, era la mía. Me quedé clavada debajo de él mientras sus músculos y huesos estallaban y se rehacían. Las otras veces que en una emergencia, le había dado la bestia a un cambiaformas, había sido más como una explosión. Un segundo eran un ser humano, al siguiente habían tomado a su bestia. Era algo tan violento que trocitos de carne salpicaban la habitación y yo quedaba empapada en ese claro líquido caliente que salía de sus cuerpos. Pero esto era diferente, más lento, más controlados, más… poderoso.

El tigre blanco ya no intentaba desgarrarme, sino que estaba llenando al hombre encima de mí. Podía sentir a su bestia, a la bestia y al poder, algo cálido y real, y algo que era más que el simple cambio de forma. Tuve un flashback de la primera vez que había estado debajo de un licántropo mientras cambiaba. Había sido Richard y él acababa de ganar su pelea por ser Ulfric. Me había ofrecido el poder de ser unida a la manada. Yo podría haber montado el poder y haber corrido con la jauría esa noche, pero ellos estaban a punto de alimentarse de carne humana, y no pude hacerlo.

Richard había dicho que había rechazado el poder. Y había estado en lo

cierto.

Crispin me miró con un rostro que se había cubierto de pelaje blanco. Sus ojos seguían siendo los mismos, pero el resto de él se había vuelto mitad hombre mitad gato. Era parecido a los hombres leopardos pero diferente. Las proporciones eran diferentes, más grandes, un poco menos humano en la forma de la cabeza y un poco más tigre.

Tenía rayas marrones en la piel blanca, eran estrechas, pero no era completamente blanco como el tigre de mi visión. Me miró con los ojos azules que había mantenido todo el tiempo, como si sus ojos nunca cambiasen, de la misma forma que los ojos de Micah se mantenían siempre igual en cualquier forma que eligiera.

El único hombre tigre que había visto en su media forma había sido una mujer, con pálidas rayas amarillas sobre fondo blanco. Tampoco ella tenía el color de un tigre real. Mirando la imagen blanca y chocolate sobre mí, me pregunté si ninguno de los hombres tigres cambiaba al clásico color naranja y negro. Tal vez había pasado demasiado tiempo con los hombres leopardos en su media forma; miré a Crispin y me di cuenta de que su pecho, como el de ellos, era menos peludo y más como un excesivamente musculoso pecho humano. Su mediaforma era más alta, más musculosa y cubierta por un pelaje blanco con rayas chocolate pálido, pero con un pálido y humano aspecto en el centro de su cuerpo. Los lobos parecían ser más peludos en su mediaforma que los gatos que había conocido hasta ahora. Mi mirada viajó por su cuerpo para encontrar que como en todas las otras mediasformas que había visto, todo era más grande. Darme cuenta me hizo girar la cabeza y luchar por no ruborizarme. Le podía haber pedido que se apartase, pero vi quien había estado observando el espectáculo.

Chuck, Shadwell y Rowe miraban hacia nosotros, las armas descubiertas, pero no apuntaban a nadie.

—Ambos gritasteis como si estuvieseis siendo asesinados. Tuve que dejarlos entrar o habrían echado la puerta abajo —dijo Jason.

Levanté una mano y aparté un poco de líquido claro y espeso de mi frente para que no gotease en mis ojos. No estaba cubierta de ello, pero había lo suficiente como para que necesitase una ducha antes de salir de la habitación.

Con toda la dignidad que pude reunir dije:

—Como podéis ver, estoy bien, así que salid.

—Lo que acabamos de ver es un montón de cosas —dijo Rowe—, y

estar bien no es una de ellas.

Creo que porque no le había dicho que se moviese, o tal vez porque estaba dolorido, Crispin se retorció sobre mí. Movió su cuerpo hacia abajo para no tapar mi cara con su pecho. Eso quería decir que ciertas partes no me estaban tocando tan íntimamente como lo habían estado haciendo a través de mis vaqueros, lo que estaba bien, pero también quería decir que estaba enroscado sobre mí como un gigantesco muñeco de peluche. Un peluche con pulso que se acurrucó contra mí cuando toqué su espalda peluda. Pero Crispin me había salvado, salvado de una manera que Jason no podía haber hecho, que nadie en la ciudad podía haber hecho. Se lo debía, por lo que no le dije que se levantase delante de los humanos. No quería avergonzarlo, o reaccionar como un… mundano. Actué como si esto fuese completamente común, como si lo hiciese todo el maldito tiempo.

—No espero que lo entendáis; debéis salir para que podamos… —Varias palabras pasaron por mi mente: hablar, terminar, hacer lo que tenemos que hacer, ninguna de ellas sonaba bien.

Jason terminó por mí.

—Hay cosas que tenemos que hacer, y muchas de estas os parecerán bastante más extrañas que esta. Deberíais ver vuestras caras: blancas, conmocionadas, horrorizadas. Parece como si hubieseis estado en un espectáculo de monstruos.

—Eso no es justo —dijo Shadwell—. No teníamos ni idea de lo que estaba pasando aquí.

—Ahora lo sabéis —dije, todavía en el suelo—. Así que fuera.

Shadwell se humedeció los labios y miró a Rowe. Rowe se encogió de hombros.

—Creo que deberíamos darle a… la Marshal un poco de intimidad como pidió —dijo Chuck. Me preguntaba lo que había estado a punto de decir, antes de que se le hubiese ocurrido lo de Marshal. Mejor no saberlo.

Medio esperaba que los otros hombres discutiesen, que dijesen que no recibían órdenes de Chuck, pero no lo hicieron. Creo que querían salir de la habitación. A veces el factor extraño simplemente iba demasiado lejos para ser cómodo.

Shadwell asintió y enfundó su arma. Rowe titubeó, mirando al hombre tigre, pero una mirada dura de Shadwell le obligó a enfundar el arma. No le gustó, pero lo hizo. Entrenamiento; eso conseguía mantenerte con vida y lejos de los problemas con los superiores.

—Nos quedaremos fuera —dijo Shadwell—, hasta que nos releven.

Rowe dijo:

—¿Cómo sabremos si hay algún problema? Me refiero a los gritos… realmente pensamos que significaban que estabais siendo atacados.

—Lo siento —dije—, trataré de ser más silenciosa.

El hombre tigre se movió contra mí en un movimiento que pareció enviar una ola por todo su cuerpo. Su cola se levantó, sacudiéndose, para luego curvarse sobre sus muy humanas nalgas.

Se giró y dio a los hombres la oportunidad de ver su cara en su mediaforma. Su voz sonó como un gruñido bajo:

—Voy a ser bueno.

Rowe tragó saliva y comenzó a perder el poco color que había recuperado. Se limitó a asentir y se dirigió hacia la puerta. Shadwell le siguió y nunca miró hacia atrás. Chuck fue el último en salir. Vaciló con la mano en la puerta abierta.

—No pensé que conociese a nuestros bailarines de esta noche, Marshal Blake.

—No —dije.

Miró al tigre encima de mí.

—¿Sueles hacer amigos tan rápido?

¿Qué podía decir?

—A veces.

Asintió.

—A veces —repitió, sacudiendo la cabeza—. Puedes volver con tus amigos, Blake. Dejaré a Shadwell y Rowe en la puerta. Aunque creo que tienes razón. Si la amenaza del vampiro es real, tengo poca esperanza que escoja tu ventana esta noche, Señor Schuyles. No es nada personal, pero creo que si sube aquí, no querrá venir de nuevo.

Jason y yo hablamos al mismo tiempo.

—No. —Nos miramos el uno al otro y entonces él hizo un gesto hacia mí y dijo—: No querrá.

Crispin dijo:

—¿Hay un gran vampiro malo por ahí?

—Puede —dije.

—Que bien —dijo el hombre tigre—. Algo con que jugar.

Chuck sacudió su cabeza de nuevo, y cerró la puerta detrás de él, sin hacer ruido, pero muy firmemente.



CUARENTA

El hombre tigre de repente se sintió más pesado encima de mí, como si algo de tensión hubiera salido de su cuerpo.

—Siempre tan duro frente a los humanos —dijo con esa voz gruñendo.

—Fuera —y añadí—, por favor. —Él nos había salvado, me salvó, pero todavía era fuerte.

El medio giró, medio cayó de mí, para colapsar sobre su costado a mi lado. Parpadeó los extraños ojos azules hacia mí.

—Lamento si te he hecho daño —dije.

Él sonrió, era una sonrisa llena de dientes que podría haber destrozado la garganta, pero era una sonrisa. Y había aprendido a través del trabajo con la policía en casos de asesinos en serie que los humanos tenían dientes, también. Había aprendido cosas de mi prójimo que no quería saber. Me hizo estar más tranquila alrededor de los —monstruos, porque sabía que si escarbaba lo suficiente todos éramos monstruos.

—Luchaste contra tu tigre. Si te hubieras entregado a mí, entonces no hubiera hecho daño a ninguno de nosotros.

Debió de haberse mostrado en mi cara, porque su cara parecía curiosa, especulativa.

—No sabías eso —dijo.

—Sé que si un licántropo lucha con su bestia, el cambio es más violento, creo que nunca acabo de hacer el salto de la lógica.

—Has hecho esto antes con alguien —dijo Jason.

—Por supuesto que sí. Soy un hombre adulto de mi clan. Así es como mantenemos a nuestras mujeres embarazadas y evitamos la pérdida de nuestros bebés.

Jason y yo le miramos. Lo dije en voz alta.

—¿Los hombres tigres hacen esto rutinariamente con sus mujeres embarazadas?

—Sí —dijo Crispin, y luego frunció el ceño, aunque su rostro parecía más un gruñido—. Y tú deberías saber esto. —Él frunció el ceño/gruñó más fuerte—. Porque eres un tigre blanco, y somos el único clan tigre blanco en los Estados Unidos. Deberías ser una de nuestras hembras, pero no lo eres. —Él se levantó sobre un codo, equilibró con el otro brazo completamente en la alfombra mojada como si estuviera todavía inestable. Su rostro mostraba preocupación, toda simpatía—. Sobreviviste a un ataque, pero no puedes ser de nuestro clan. Nunca haríamos eso. Va contra la ley de todos los clanes traer a alguien contra su voluntad. —Volvió a fruncir el ceño—. Y cuando nuestro maestro nos manda al ataque, es para matar. No dejamos sobrevivientes. —Lo dijo con facilidad, como si él supiera que me podía confesar todos sus pecados.

Me sentí obligada a decir:

—Realmente soy un marshal federal, Crispín. Cuidado con lo que me dices.

—¿Saben ellos que eres uno de nosotros?

Miré a Jason. ¿Qué podemos decir a este extraño? ¿Que era seguro para compartir? Él pareció comprender la mirada, como siempre lo hacía.

—Eres uno de los tigres de Max de Las Vegas, ¿no? —dijo Jason.

Crispin trasladó su mirada hacia el hombre de pie.

—Sí.

—Max sabe lo que es Anita, y lo que no es. Si él no lo ha compartido contigo, probablemente no es algo que quiera compartir. No es nada

personal, pero creo que mi maestro tendría que hablar con el tuyo antes de que podamos explicarte.

—¿Estás insinuando que ella no es una mujer tigre? —preguntó Crispín.

—Los humanos dicen que una imagen vale más que mil palabras. Sabemos que un olor es digno de un infierno de mucho más.

Crispin se limitó a asentir.

Jason se arrodilló en la alfombra húmeda al otro lado de mí y del hombre tigre.

—Los animales están tranquilos —dije—. Realmente no quiero estar peluda, literal o figurativamente.

—¿Te sientes lo suficientemente bien como para sentarte? —preguntó.

Pensé en ello, exploré mi cuerpo con las manos, pero no con el pensamiento. Dolía, pero no tan mal como había temido. Comencé a luchar para sentarme, y el brazo de Jason estuvo allí sólo unos segundos antes del de Crispin. Se miraron uno al otro sobre mi cabeza, y tuve un momento para sentir el aumento de la testosterona.

—Ni siquiera lo penséis —dije.

—Entre nuestra gente una hembra se aparea con un solo macho. Es todo acerca de la competencia.

Jason se tragó una risa, lo que desconcertó al hombre tigre y me hizo fruncirle el ceño.

—Lo siento —dijo Jason—, pero estoy pensando que el tigre no será feliz entre los animales de Anita.

Le fruncí el ceño fuertemente.

—Basta con pensar en el lobo, lo suficiente para traerlo del profundo olor.

—¿Profundo olor? —Hice una pregunta.

—Confía en mí, Anita, sólo un poco de pensamiento, y él tiene la idea.

—No quiero, Jason. Estoy cansada, y dolorida, y no quiero que esto se vaya de las manos otra vez.

Él trató de abrazarme, pero el brazo de Crispin estaba en el camino. La larga mano como una garra de Crispin se enroscaba alrededor de mi cintura, entre mi cuerpo y el de Jason.

Me apoyé contra el cuerpo de Jason tanto como el pelaje y musculoso brazo me lo permitió. Jason acunó mi cara contra su pecho, me apretó contra el olor de su piel debajo de la camiseta. Tuve una visión de los ojos

de oro oscuro rodeado de piel blanca y oscura. Mi cuerpo reaccionó a ella, y el lobo simplemente comenzó a trotar por el camino metafísico dentro de mí. Pensé, No. Vuelve.

Ella vaciló, el lobo, y luego me miró. Hubo de repente algo en sus ojos que decía No es justo que me hagas volver.

—Hueles a lobo —dijo Crispin. Se inclinó, resoplando a lo largo de mi cabello y cara. Trajo el olor del tigre de nuevo. El tigre debería haberse callado, pero todavía había tigres en mi interior. Sin embargo las rayas empezaron a moverse en la oscuridad.

Me aferré más a Jason, pero el lobo no estaba cooperando tampoco. El lobo me dio esa mirada plana, como para hacerme saber que ella me obedecía, porque tenía que hacerlo, pero todavía quería salir. Todavía quería libertad.

—Ella no puede ser tanto lobo como tigre —dijo Crispin.

—No tienes ni idea —dijo Jason.

Crispin olfateó contra mi cuello, haciéndome cosquillas con la piel y casi picando. Me hizo estremecer, hizo que mi cuerpo reaccionara bajo y duro. No era una reacción de temor. El lobo comenzó a trotar más fuerte, y los tigres a la zaga, no demasiado cerca, pero venían. Lo único que hizo que esto no fuera una carrera de mierda completa absoluta era que el leopardo y el león estaban todavía en la clandestinidad. Pero no los necesitamos para que esto fuera terriblemente mal.

—Tienes que alimentar el *ardeur*, Anita, ahora. Eso es parte de lo que está mal.

—Hemos alimentado el *ardeur* antes de la fiesta.

—Estás actuando como si no, me necesitas para alimentarlo de nuevo.

Me aparté de los dos, tratando de respirar en cosas que no olieran bien de cada animal. Dios, era como si casi necesitase a alguien que no fuera peludo para calmar esta noche a las bestias.

—El *ardeur* era la comidilla de todos los que regresaron de St. Louis después de la gran reunión. Tienes que alimentarte de sexo como un súcubo real. Pensé que era sólo un rumor. ¿Estás diciendo que es verdad?

Me levanté a cuatro patas, debatiendo acerca de si podía soportarlo, pensé que podía, y lo intenté. Estaba un poco inestable pero lo logré. Lejos de los dos hombres animales, mis animales se habían apaciguado, pero no se habían ido. Todavía podía verles detrás de mis ojos como un sueño despierto.

—Si es verdad —dijo Crispín—, puedo ser voluntario para ayudar en cualquier manera que necesites.

Negué con la cabeza sin mirarles.

Jason dijo:

—Lo tengo cubierto, gracias.

—No creo que lo hagas.

Un gruñido salió de detrás de mí, y no creía que fuera Crispin.

—Sal —dijo Jason.

—Creo que si se trata de una lucha, no vas a ganar —dijo Crispin.

—Quiero ser clara aquí, tigre. Estoy agradecida por la ayuda, pero no amenaces a Jason. Él es mi amigo, mi amante, y es el pome de sang de mi maestro.

—Él quiere echarme, pero puedo sentir a tu tigre, Anita. Puedo sentirlo. No se ha ido. Soy el único hombre tigre dentro en un centenar de millas o más. Me necesitas esta noche.

—Necesito a su lobo, también. —Finalmente se giró y miró de nuevo a él. Jason estaba de pie, pero el hombre tigre estaba en el suelo. Se había quitado de la mancha de humedad que había hecho en la alfombra, pero estaba descansando más felino que humano. Si hubiera sido un gato no hubiera sido erótico en lo más mínimo, pero no era tan gato. Todas las pieles en el mundo no cambiaría lo que era, y lo que no era.

—Huelo el lobo, pero no puedes ser ambos, ¿verdad?

Negué con la cabeza, otra vez.

—Es una larga historia.

—Anita, necesitas alimentarte —dijo Jason.

—Lo sé, pero cada vez que estoy cerca de ti, Jason, el lobo parece más fuerte.

—Voy a ayudar —dijo Crispin.

Le lancé una mirada dura, que no parecía perturbarlo en lo más mínimo.

—El tigre reacciona a ti. No sé lo que está mal esta noche.

—Te llevé a una habitación que estaba tan llena de tensión sexual que podrías haber entrado en ella —dijo Jason—. Los dos sabemos que eso puede hacer que sea difícil el *ardeur*, en ti. Quería ver a las chicas. Quería ligar y coquetear con alguien, y me olvidé de mis deberes. —Él negó con la cabeza—. Tú y Jean-Claude confiaron en mí para cuidarte y no lo hice. Tenemos que alimentarte de nuevo. Creo que una vez que lo hagamos las

bestias se calmaran.

—Por cierto —dijo Crispin—, ¿qué diablos haces con ese collar en tus manos?

Miré hacia abajo al talismán en su cadena. Era de nuevo casi legible. Pero tenía la imagen quemada dentro de mi mente, y nunca la olvidaría.

Crispín fue a cuatro patas y comenzó a arrastrarse hacia mí, en ese elegante gatear que hace que te des cuenta de que tiene músculos donde no debería de haberlos. Era sólo un poco más preocupante en esta forma.

—No más cerca, Crispín —dije.

Jason se interpuso entre nosotros.

—Ya la oíste.

Crispin gruñó, un sonido que hizo que mi cuerpo reaccionara tanto para el sexo como para los tigres que llenaban en la parte trasera de mi lucha contra el lobo. No, pensé, tan fuerte como pude. Las bestias podían luchar dentro de mí, y dolía como el infierno.

—¡Basta!, detenerlo, los dos. Tengo problemas reales aquí tanto con el tigre como con el lobo. No te necesito empeorar las cosas.

—Entonces debes dejar de llamarme —dijo Crispin.

—No lo hice.

—Sí, lo hiciste. —Se sentó en cuclillas, con las manos colgando entre las rodillas para que al menos estuviera cubierto y pudiera mirarlo sin preocuparme por mirar su ingle. Trataba de no mirar a los genitales de hombres extraños, sólo la cortesía, supongo. O remilgos.

—No fue mi intención —dije.

—Me llamas como una pequeña reina.

—No te referirás al nombre de su mascota, ¿verdad? —dijo Jason.

Volvió los ojos azules extraños al otro hombre.

—No, pequeña reina es a lo que llamamos a nuestras hembras dominantes quienes serían lo suficientemente poderosas como para romper y formar su propio clan si nuestra reina se lo permitiera.

—¿Qué pasa si no lo permite? —pregunté.

—Se mata a la pequeña reina, o esta mata a la antigua, después de que los críe al menos una vez.

Solo le miré. No podía leer la cara del tigre muy bien. Jason dijo:

—Creo que está hablando en serio.

—Lo estoy. —Él levantó su brazo, y mostró a través de la piel blanca lo que era una quemadura reciente—. ¿Qué es esta marca en mí?

—Jason —dije—, míralo. No creo que estar cerca del tigre sea mejor.

Jason hizo lo que le pedí, y Crispin levantó su brazo obedientemente.

—Es el talismán. Los símbolos en un círculo y el tigre de muchas cabezas en su interior. Le has marcado.

—No fue mi intención —dije.

—¿Qué hace el talismán? —preguntó Crispín.

Debatí sobre qué decir. Se suponía que iba a mantener a *Marmee Noir* de llevarme más a Europa. Fue diseñado para que no pudiera ser tan grande y malo como el vampiro que realmente era, pero estaba empezando a preguntarme si el talismán podía hacer otras cosas de las que nadie me había hablado. ¿El hombre lobo que me lo dio sabía que había otra magia en él? ¿Era una trampa en lugar de un tesoro? Mierda. Necesitaba a Jean-Claude. Necesitaba estar en casa, no aquí, en una ciudad extraña sólo con Jason. Si la mierda metafísica golpeaba el ventilador, necesitaba más ayuda.

—Tu rostro —dijo Crispin—. Tienes miedo de contármelo.

—Puedo decir esto, que nunca ha reaccionado a nadie, como lo hizo esta noche.

—¿Soy el primer hombre tigre con el que has estado desde que recibiste el talismán?

Una pregunta muy lógica.

—Ha habido otros, pero… hemos tenido mucho cuidado alrededor de los demás. —No añadí que Christine era un sobreviviente del ataque.

Estaba empezando a preguntarme si un —nacido tigre, según su palabra, era lo suficientemente diferente como para que el talismán reaccionara de esta manera. Tal vez. O tal vez *Marmee Noir* podía descubrir formas en torno a su magia. Necesitaba ayuda.

—Es el primer varón con el que has estado cerca —dijo Jason.

Le miré.

—¿Y?

Me dio una mirada.

—Anita, vamos, tu magia se basa en el sexo, y las chicas no te gustan mucho. No es que no me decepcione a veces.

—Hey, fantasías sobre tu chica sobre chica *ménage à trois* en tu tiempo. Todavía tengo a un lobo y a una manada de tigres mirándome en la oscuridad dentro de mi cabeza. No sé lo que está mal, Jason, y no sé cómo solucionarlo.

—Necesitas alimentarte.

Asentí.

—Necesitamos un poco de privacidad, Crispin. Gracias por la ayuda, y siento que consiguieras una marca, pero me tengo que alimentar ahora.

—¿Quieres decir que vas a tener relaciones sexuales con el lobo?

Cerré los ojos y conté lentamente hasta diez, luego dije con calma:

—Sí, eso es lo que quiero decir.

—Al tigre dentro podría no gustarle eso.

Miré a Jason. Él bajó la cabeza.

—Honestamente, vuestros animales han estado tranquilos. Nunca te habría traído con sólo dos de nosotros, si pensara que necesitabas a todos tus animales. Quiero decir, al menos solo dos. Esta es una pequeña ciudad, Anita. No va a ver muchos hombres animales.

—Sólo los dos —dijo Crispin, de pie—. ¿Qué significa eso? ¿Hay más dentro de ti? —Él caminó hacia mí, y de nuevo Jason se trasladó a su manera. El tigre dio un sonido grave y retumbante en ese pecho ancho. Se alzaba sobre Jason, pero él, como yo, estábamos acostumbrado a ser mucho más altos que eso. No nos impresionó a ninguno. Pero estábamos acostumbrados a jugar estos juegos en casa con gente que sabía, o nos conocía. Jugando en el que había otras personas que nos respaldaba. Crispin no nos conocía, no nos entendía ni nosotros lo entendíamos a él.

Él se quedó allí para atacar a Jason. Un minuto bien, al siguiente garras y dientes, y Jason todavía estaba en forma humana. La sangre salpicó; Crispin le pegó demasiado rápido, demasiado para que él cambiara. Joder.

La Browning estaba en el suelo al otro lado de ellos, eso decía más que cualquier otra cosa lo mal que estaba. Tenía la opción de meterme en un combate con las cuchillas de plata, o ir a por la pistola. Me fui a por la pistola.

Tenía la pistola en la mano, estaba levantándola para apuntar en esa alta figura blanca, cuando lanzó a Jason sobre mí, literalmente. Tuve el tiempo justo para apuntar con la pistola hacia arriba para que no se disparase accidentalmente en el cuerpo de Jason, y entonces estuve en el suelo con él encima de mí, aturdida por la fuerza del golpe, y el peso.

Su sangre salpicaba mi cara, y mi lobo comenzó a correr. ¡No, no!

Había una mancha blanca encima de mí como una montaña desenfocada. Las manos con garras cubrieron la mano con la pistola y lo intentó con la garganta de Jason. Jason puso un brazo para bloquear el

golpe. Traté de mover mi mano para un ángulo que me permitiera disparar al hombre tigre. Las manos de Jason buscaron mi manga, rompiéndola. Agarré mi cuchillo de plata y corté al tigre. La sangre se derramó a través de mí en un arco caliente. Esperé a que los tigres persiguieran a mi lobo, pero miraron en la oscuridad. Había algo en la oscuridad que no eran mis bestias.

Le había dijo a Chuck y a los guardias que un vampiro no tenía que estar en la habitación contigo para hacer una mierda, pero no me había dado cuenta de lo cierto que estaba a punto de ser.

Marmee Noir había tratado de marcarme, y no como un vampiro, sino como una verdadera cambiaformas, una cepa antigua de ambos que podían vivir en el mismo cuerpo del huésped. La oscuridad dentro de mi mente vaciló y oí su voz.

—Tu control es formidable, nigromante. Pero necesito que se vaya.

En un momento hubo una pelea, al siguiente el *ardeur* era libre. Ella rompió mis escudos. Me destruyó. Hizo de mí algo que simplemente necesitaba. Si hubiera sido sed de sangre lo que había planteado, hubiera desgarrado la garganta de Jason, la garganta de alguien. No había nada más que necesidad. Se levantó de la oscuridad que había plantado dentro de mí. Golpeó la cruz que brillaba sobre mi pecho, y me la arrancó, la tiró a la basura. Golpeó el talismán, lo hizo brillar, y, también, fue arrojado lejos.

No había ningún arma, ni cuchillo. No era de carne solamente, y las manos, y la boca, y los órganos. Entonces sólo hubo oscuridad.



CUARENTA Y UNO

Un haz de luz a través de mis ojos me despertó. Parpadeé por arriba de una lámpara. Traté de girar mi cabeza lejos de ella y encontré la almohada tiesa y pegajosa con algún fluido. Esto me hizo abrir mis ojos más amplios, y encontré que había un hombre lobo en la cama conmigo. El hocico largo, el cuerpo peludo, tanto más alto que Jason en forma humana.

Tenía unos recuerdos confusos, mezcla de sexo y él cambiando en medio de ello. Era la primera vez para nosotros, y me pregunté si recordaría más de ello que yo. ¿Por qué no podía recordar?

La cama se movió a mi otro lado. Eso me hizo ponerme tensa y me di la vuelta como se hace en aquellas películas de horror cuando oyes algo y sabes de repente que ya no estás sola. El stripper de pelo blanco de la fiesta de anoche se puso sobre su estómago a mi lado, desnudo. Tenía una imagen confusa de él en su forma de hombre tigre encima de mí. El recuerdo era definitivamente sexual. ¿Qué había pasado anoche?

Miré mi propia ropa, y parecía que había sido arrancada. Tenía pedazos de tela y cuero adherido a partes de mí, pero principalmente estaba desnuda, también.

Traté de pensar en el último recuerdo claro, pero este no tenía sentido. Este era una lucha. Crispín, que era el nombre del tigre, había atacado a Jason. Jason estaba herido, y yo trataba de pegarle un tiro al hombre tigre, pero él había fijado mi brazo al suelo. Jason había conseguido uno de mis cuchillos de plata de mi brazo libre y cortó el hombre tigre. Sangre sobre mi cara, muy caliente. Entonces… Entonces nada. Nada. Solo añicos y pedazos.

Sexo, y… algo. Pero era como si cuanto más trataba de pensar en ello, más borroso se ponía todo. Me acordé de alimentar el *ardeur*. Recordé el sexo con Jason y él cambiando en medio de ello. Recordé el sexo con Crispín ya en la forma de medio hombre. La vista de él entrando y saliendo de mi cuerpo era vergonzosamente clara. Pero cómo nos pusimos al sexo era un aspecto borroso, no, peor que un aspecto borroso, perdida. Mierda.

¿Perdido, algo estaba omitido, pero qué era? Me toqué el cuello y encontré mi pelo pegado a mis hombros con aquel líquido claro que los licántropos pierden cuando cambian. La cama estaba espesa por ello. Jason había cambiado sobre la cama, recordé eso ahora.

¿El *ardeur* se había elevado y había hecho que pararan de luchar? ¿Acababa eso de dominarnos? Eso nunca había pasado antes. ¿Quién planteó la cuestión de que Crispín era nuestro enemigo? ¿Cuándo despertara trataría de hacernos daño otra vez? ¿Dónde estaba mi arma? ¿Dónde estaban mis cuchillos? Mi cruz, me faltaba mi cruz.

Necesitaba salir de la cama. Necesitaba mi cruz. Necesitaba mis armas. Mierda. Mis armas estaban todavía en la caja fuerte del hotel, pero mi arma estaba aquí, en algún sitio, y al menos una cargador extra de municiones, y mis cuchillos. Tenía que estar armada, y luego ya me preocuparía del resto.

Jason estaba todavía en la forma de hombre animal, lo que significaba que él estaría probablemente horas lejos de despertar. Crispín estaba en su forma humana, lo que significaba que despertaría primero. Tenía que estar armada antes de que eso sucediera.

Traté de facilitar una posición sentada y solté un pequeño sonido de dolor antes de que pudiera pararlo. Dolía profundamente dentro de mi cuerpo, casi hasta mi ombligo. Sabía cuál era esa sensación: sexo realmente bueno, pero realmente duro con alguien bien dotado, bastante para poner la

palabra —profundidad en follar profundo. Jason estaba muy bien, pero él no era lo bastante grande para eso. No en forma humana de todos modos.

Le eché un vistazo, pero estaba sobre su estómago, y no quería tocar a nadie en esta cama. Quería salir.

Empecé a facilitar la salida entre ellos y tuve que morder mi labio para no hacer más ruido. En verdad estaba un poco irritada entre mis piernas. ¿Qué diablos habíamos hecho anoche?

Había daño en otros sitios también, como si hubiera estado en una verdadera lucha. Mi brazo derecho tenía señales de garras frescas cubiertas de sangre seca. Desde la sensación había otras señales sobre mi espalda y piernas. Luché para no buscar lo que dolía, para solamente seguir moviéndome poco a poco más cerca del final de la cama. Una vez que estuviera armada ya miraría todas mis heridas.

Estaba al final de la cama, una mitad de mi pierna en el borde, cuando me congelé, mirando fijamente lo que había en el suelo.

Un segundo hombre tigre, todavía en la forma de hombre-tigre, estaba acurrucado sobre su costado. Su piel era rayas rojas y negras. Su vista trajo un destello de memoria como una imagen rota. Recordé estar encima de él, sentándome a horcajadas sobre él, sus garras en mi espalda. No una lucha sino sexo. Por mi vida que no podía recordarle en forma humana. No podía recordar cómo, o cuándo, se nos unió. Oh, Dios mío.

El miedo pasó por encima de mi piel en un lavado frío. ¿Qué había hecho? ¿Qué había el *ardeur* hecho por mí? Mierda, mierda, mierda.

Armas, luego llamar a Jean-Claude. Alguien tenía que saber qué pasaba. ¿No es así?

Busqué en la esquina de la cama, donde tocaría las piernas peludas de Jason. Sabía bastante sobre licántropos para saber que estar en la forma de tigre significaría que el tigre rojo no despertaría en algún momento pronto, pero tenía la imagen de una película de terror en mi cabeza, de mí bajándome de la cama y él agarrando mi tobillo. Les conocía mejor que eso, pero de todos modos no podía pasar cerca de sus manos con garras. Me subí encima de las piernas sin resistencia de Jason, más que el riesgo del agarrón imaginario. Dios, necesitaba mover a Jason más cerca y para levantarme. No quería que Crispín despertara primero y fueran el único despierto conmigo.

Estaba finalmente en el suelo; ¡sí! Y no había despertado a ninguno de los hombres tigres; ¡doble sí! Esperé allí un momento en el silencio del

cuarto del hotel, sólo con los sonidos de la respiración profunda de la gente que hasta competían con el aire acondicionado. Disfruté simplemente de no estar en la cama con ellos. Me sentí un poco menos atrapada.

De pie me dolía más, como si las contusiones y cortes hubieran estado esperando para decirme que estaban ahí. Hice caso omiso de ellos, o al menos lo mejor que pude, mientras exploraba el suelo en busca de armas.

El suelo se parecía a una tienda de ropa que se había prestado para una lucha y había perdido. Vi los restos de la camisa azul de Jason enredados con la camisa de etiqueta blanca de un hombre. Jeans tirados al lado de pantalones de vestir. Solo la chaqueta de un hombre se encontraba intacta cerca de las puertas, como si cuando el hombre tigre rojo que golpeó la puerta inmediatamente se había sacado su chaqueta. Tenía que ser así, a no ser que otro hombre se ocultara en algún sitio del cuarto.

Realmente lamenté haber pensado en eso. Aparté el pensamiento y me concentré. Un problema a la vez. Finalmente, en un enredo de mi camisa y vaqueros vislumbré mi pistolera de hombro, lo que significaba que la Browning no podía estar muy lejos. Anduve hacia el lugar, y hasta andar dolió, tuve que luchar para no cojear o poner una mano sobre mi estómago cuando me movía. Joder. Algo estaba mal con mi espalda, también, como si algún músculo u otra cosa hubiese resultado muy dañada.

Arrodillarse fue una experiencia con el movimiento controlado y no reaccionar a todo lo que dolía. Me arrodillé sobre la alfombra que estaba tiesa con los fluidos secos, y traté de no pensar con demasiada fuerza sobre lo que algunos de aquellos fluidos podrían ser. Recordé ahora que aquí fue donde perdí la mayor parte de mi ropa. Comprobé la Browning para asegurarme de que todavía estaba cargada cuando los recuerdos se abalanzaron sobre mí. Crispín, Jason y yo en el suelo. No había habido más lucha. Independientemente de la lucha que había habido entre ellos, me habían compartido muy bien. Oh, Dios.

Recordé el sexo con el hombre tigre ahí sobre la cama. Jason había perdido la forma humana durante el sexo, también, pero también recordé el sexo sobre la cama con él. Querido Dios, ¿qué había ido mal con el *ardeur*?

Con el arma en mi mano me sentí un poco mejor, un poco más como yo misma, pero todavía me había despertado en un cuarto de hotel con tres hombres, dos de ellos forasteros, y al parecer habíamos tenido el sexo. Mucho sexo, y podía recordar sólo añicos y pedazos de ello. Esto nunca me había pasado antes con el *ardeur*. Se suponía que debía ir ganando control

sobre él. Miré la alfombra arruinada y finalmente atrás en la cama y a los hombres allí. Esto no era que ganara control de algo. No, esto definitivamente era que perdía el control.

Estaba cavando a través de la ropa tratando de encontrar mi cruz cuando oí un sonido desde la cama. Eso me congeló; sostuve mi aliento como una idiota. Todos los hombres animales podrían oír un latido del corazón, y no había ningún modo de cambiar eso.

El sonido no se repitió, entonces volví a la búsqueda y encontré mi cruz. La cadena estaba rota. Maldición. La agarré con mi mano y me sentí un poco mejor. Sentí la energía picante de la licantropía, como un rayo de electricidad a través de mi piel. Me di la vuelta hacia la cama, con el arma apuntando. Nadie se movió, pero un minuto Jason era toda una imagen de un hombre lobo y al siguiente su cuerpo de lobo se derretía y su cuerpo humano se elevaba por encima de su piel, la que retrocedía como una isla que se elevaba del océano. El cuerpo más grande de hombre lobo derretido detrás de la forma más compacta humana. Probablemente todavía faltaban unas dos horas o más para que despertara, pero esto era un progreso.

Si hubiera sido Micah, o Richard, o algún otro, no habrían tenido que pasar horas fuera de lucha después del cambio, pero Jason y al parecer los dos tigres no eran lo bastante poderosos como para no caer en coma justo antes del cambio y justo después. O… bajé el arma, pensado en otra horrible posibilidad.

¿Había tomado la alimentación masiva del *ardeur* demasiado de su energía? ¿Era posible agotar a alguien hasta la muerte con el *ardeur*? Lógicamente, sabía que si hubieran muerto volverían a la forma humana. Pero los miedos así no tienen nada que ver con la lógica. De pronto pasé del miedo hacia los dos hombres tigres a la acción de preguntarme si los había matado. No, había visto la respiración de Jason y de Crispín. La había oído. Pero no había observado de cerca realmente al tigre rojo. Ahora le miré fijamente, tratando de ver la subida y la caída de su pecho.

De hecho contuve mi respiración tratando de ver que el amplio pecho rayado se movía. Por un latido de corazón pensé que estaba muerto, pero luego su cuerpo se movió con su respiración. Solté el aliento que había estado sosteniendo en un suspiro largo.

La cama se movió como si alguien hubiese cambiado de posición. Supe quién era antes de que Crispín se elevara por encima de sus brazos y sus ojos de tigre parpadearan azules hacia mí.

Le apunté con el arma, con las dos manos, y el movimiento fue demasiado rápido. Este puso las señales de uñas en mi brazo, y dolió como un hijo de puta.

Sostuve la posición, pero tuve que luchar contra mi cuerpo para hacerlo. Dije, ¡No te muevas!



CUARENTA Y DOS

No se movió, pero me dijo:

—¿Despiertas a todos tus amantes a punta de pistola? Su voz parecía más profunda de lo que había sido ayer por la noche. Tosió para aclararse la garganta. Eso me hizo saltar, y eso no era bueno cuando se está con una pistola. Luché para calmar mi cuerpo. Si le disparaba, quería que fuera a propósito, no porque me dio un respingo. Pero tenía miedo de no tener el dedo en el gatillo, porque era un licántropo, y eran sangrientamente rápidos.

—Recuerdo que luchaste con Jason y conmigo —dije, aún apuntaba la pistola hacia él.

Él frunció el ceño.

—Sí, pero la lucha con el lobo era por ti, para ser tu compañero. Pero mucho ha cambiado desde ayer por la noche.

—Gracias por el redacción —dije.

Él sonrió.

—Lo siento, no quise ofender a una mujer con un arma de fuego apuntándome. Pero mi punto es que no hay razón para luchar cuando te compartí tan bien. Además, conseguí ir primero. —La sonrisa le llenó los ojos con una luz oscura. No de otro mundo, sólo un hombre mirando a una mujer desnuda que él había follado. Esa posesiva, esa mirada de-seguro-nosotros-lo-volvemos-a-hacer. Crispín no había ganado esa mirada, al menos aún no.

Mi brazo herido estaba empezando a tratar de retorcerse. Luché para mantener mi objetivo estable. ¿Qué tan graves eran los daños?

—Si no me vas a disparar, ¿puedo levantarme e ir al baño?

—No crees que te pegue un tiro, ¿verdad?

—No me acuerdo del todo de la noche anterior, lo que significa que he sido hechizado. Hechizaste mi mente al igual que cualquier otro vampiro. No es que me esté quejando, el sexo fue alucinante, pero le hizo una mierda a mi mente. Legalmente eso es una violación. Tú me violaste, no a la inversa, Anita. Quiero decir, habría dicho que sí, pero a un hombre le gusta que se le pregunte. Yo debería estar furioso, no tú.

Quería discutir con su lógica, pero no pude. Hice lo único que pude hacer: bajé el arma. Mi brazo se me iba a agarrotar pronto de todos modos.

—¿Significa esto que es seguro para mí ir al baño? —preguntó.

—Sí —dije.

—Genial. —Se levantó, y fue interesante verlo en movimiento un poco rígido, demasiado. Cuando el sexo ha sido lo bastante duro para los licántropos como para sentir dolor, nosotros los seres humanos de seguro estamos heridos.

Había arañazos en su espalda, y que no se parecían a marcas de garras. ¿Y si yo hubiera hecho eso? Y si así fuera, ¿por qué no habían sanado cuando cambió de nuevo? Sólo las heridas causadas por la plata o por otro licántropo podrían sobrevivir al cambio de forma en su mayor parte. Así que ¿por qué mis uñas estaban todavía marcadas en su cuerpo?

Empujé el pensamiento lejos. Me preocuparía más tarde. Tenía problemas más inmediatos de los que preocuparme. ¿Qué había dicho Crispín? Que había hechizado su mente al igual que cualquier otro vampiro. ¿En verdad había hecho eso? ¿Había el *ardeur* hecho eso?

El agua comenzó a correr en el baño.

Necesitaba a Jean-Claude. Llegué a él por esa larga cuerda metafísica

que nos unía y encontré… nada. No pude sentirlo. Fue como un pozo enorme de indiferencia, cuando debería haber estado para mí.

El miedo se instaló de nuevo en una oleada de pánico. Empecé a temblar y no podía parar. Luché contra la tentación de gritarle a Jason para despertarle y que me dijera si podía sentir a Jean-Claude. ¿Era sólo yo, o había algo malo con Jean-Claude? Tuve un teléfono móvil en algún momento. ¿Dónde estaba? Cuando la metafísica falla, siempre puedes probar con la tecnología.

Empecé a excavar a través de las ropas en ruinas, con el vacío por una parte que tenía. ¿Dónde diablos estaba el teléfono móvil? ¿Lo tenía conmigo esta noche? ¿O estaba en el equipaje todavía? No podía recordarlo. Maldita sea, ¿qué era lo que me pasaba?

El agua dejó de correr en el baño. Crispín abrió la puerta y salió.

—¿Has perdido algo?

Sólo mi mente, pensé. En voz alta le dije:

—Mi teléfono móvil.

Frunció el ceño, pensando.

—Recuerdo que llevabas las armas, pero no un teléfono.

—Pensé que no te recordabas nada de anoche.

—Me acuerdo de partes, así que tienes razón, tal vez había un teléfono. Te ayudaré a buscarlo. —Él vino a arrodillarse junto a mí. Fue muy cerca después de lo de anoche, y los dos estábamos demasiado desnudos para mi comodidad, pero necesitaba su ayuda. ¿Era tonto no querer estar tan cerca de él desnuda? Tonta o no, me hizo sentir incómoda. ¿Realmente creía que lo hechicé a propósito? ¿Realmente pensaba que había hecho el equivalente a una violación metafísica? Él había dicho eso, pero no parecía estar molesto por ello. Yo había amenazado con matar a gente por menos; al infierno, había matado a gente por menos que eso.

—Sabes, podrías buscar con mayor eficacia si tuvieras las dos manos libres —dijo Crispín.

—El arma me hace sentir mejor —dije.

—¿Y la cruz en la mano? —preguntó.

—La cadena se rompió.

Dejó de rebuscar entre la ropa y puso una mirada pensativa de nuevo.

—Tú la arrancaste y la arrojaste a la basura.

—Yo no haría eso.

Se encogió de hombros, y luego hizo una mueca.

—Lo hiciste. —Entonces me miró un poco más de cerca. Los ojos azules me estudiaban extrañados—. No te acuerdas de todo, ¿verdad?

Debatía sobre si debía admitirlo o no, pero finalmente dije la verdad.

—Recuerdo a alguien rompiéndola, pero no a quién lo hizo.

—Tú lo hiciste, y ese amuleto tuyo también.

—¿Encanto? —dije—. ¿Qué amuleto?

Él me miró como si estuviera tratando de ver a través de mí, y finalmente dijo, Este amuleto.

—Estiró el brazo izquierdo hacia mí. Al principio no entendía, y entonces vi la quemadura en su brazo. Era un círculo con un animal en medio, hecho un poco más suave que las marcas para así sacar el máximo provecho a las tonalidades. Me acerqué a ella, cada vez más cerca a la piel de su brazo. Al principio pensé que era Cerbero, el perro que guardaba el Hades en la mitología griega, pero el animal tenía cinco cabezas. Cerbero sólo tenía tres. Entonces las vi, o creí ver, rayas en el animal. Era un tigre, un tigre con cinco cabezas.

Él había dicho que era mi amuleto lo que lo había hecho. Me quedé mirando la marca en su brazo y no supe de lo que estaba hablando. Extendí la mano hacia la marca, deteniéndome justo antes de tocarlo. Algo se agitó en mi mente. ¿Era un recuerdo? ¿Estaba en lo cierto? ¿Y si hubiera hecho esto?

Traté de recordar. Traté de llevar ese nebuloso pensamiento a la parte delantera de mi cabeza, pero era como estar en la oscuridad. Allí no había nada que recordar. Crispín era un extraño para mí. ¿Estaba mintiendo? Necesitaba despertar a Jason. Necesitaba a alguien conocido y de confianza. Mierda. Algo estaba mal en mí. Eso lo sabía. Pero no sabía lo que estaba mal, o por qué no podía entender nada. Estaba… mal, también. El hecho de que no podía entender lo que estaba mal. Esa era una pista. Sabía lo que era, pero era como si mi cerebro no me lo quisiera explicar, o no pudiera, tener sentido para él.

Crispín gruñó bajo en su pecho desnudo.

—Huelo a los lobos.

Un segundo después sentí la energía venir por el pasillo, pero conocía el sabor de esa energía. Me extendía la mano, y de repente el olor del bosque, la tierra rica de las hojas, y la comodidad del pino. Tuve un recuerdo táctil de las patas sobre las hojas y la tierra del suelo del bosque. Olí el dulce almizcle del lobo, tan grueso que apretaba las partes bajas de

mi cuerpo, en el buen sentido. Sólo un hombre lobo podía hacerme reaccionar así. Pero no podía ser él. Él nunca se habría arriesgado a venir hasta aquí con otros lobos. Él nunca se habría arriesgado a este medio. Nuestro Ulfric estaba tratando de pasar encubierto, y venir aquí como estaba no era la mejor manera de permanecer oculto.

Pero increíblemente, lo sentí por ahí en el pasillo, sentí que él se acercaba, y sabía que había por lo menos otros dos lobos con él. Nuestros lobos, nuestro clan.

Crispín se puso de pie, su energía de otro mundo giraba fuera de él como un fuego invisible. Era más poder del que había demostrado la noche anterior. ¿Lo había escondido? ¿Estaba tan equivocada con la energía del tigre? Mierda.

Me puse de pie lentamente, con la pequeña pistola en la mano.

—Es mi Ulfric y mi clan.

—¿Qué están haciendo aquí? —Gruñó desde los labios humanos. Una vez había pensado que voces gruñendo desde las bocas humanas era extraño. Ahora estaba tan abajo en mi lista de —cosas extrañas que ni me inmuté.

—No lo sé. Creo que vinieron a por mí. —Iba hacia la puerta. ¿Sabía que todavía teníamos guardias por ahí? ¿Qué iban a hacer con Richard y sus hombres?

Tuve un momento para darme cuenta de que estaba desnuda, cubierta de sangre y otras cosas, junto con las heridas. Podría haber tratado de arroparme aunque fuese algo, pero había oído voces masculinas a través de la puerta.

—Alto ahí.

Mierda.

Respiré profundo y fui hacia la puerta. Tal vez podría ocultarme a un lado, y no mostrarme a todo el pasillo. Tenía un recuerdo de haberlo hecho anoche. El tigre rojo había llegado y los guardias lo habían detenido. Había abierto la puerta desnuda y le había dicho a los guardias que lo conocía y les había pedido que lo dejaran pasar, o algo así. Ahora recordaba su forma humana: Alto, pelo corto, el rojo oscuro de su propia piel, y sus ojos. Había estudiado los ojos y me había decepcionado. Eran de color café marrón, solo café. Sabía que estaba mal, muy mal. Tuve una visión de él a oscuras con los ojos humanos de amarillo dorado intenso, con bordes alrededor del iris de color naranja y rojo. Él había tenido que quitarse sus lentes de

contactos que ocultaban sus ojos de tigre antes de que dejara que me tocara. ¿Por qué era tan importante? ¿Por qué me había importado? Demonios, para el caso, ¿por qué dejé a un extraño tocarme en absoluto?

Oí voces profundas, y los guardias repitieron:

—Atrás, ahora.

No tenía tiempo para ponerme la ropa. Los recuerdos que regresaban habían distraído. Tomé una respiración profunda y abrí la puerta.



CUARENTA Y TRES

Escondí mucho de mí detrás de la puerta tanto como pude, pero con una mano en el picaporte de la puerta y la otra mano todavía sosteniendo un arma; era un poco incómodo en muchas maneras.

Los guardias eran Shadwell y Rowe. Eso estaba mal. No deberían ser nuestros guardias en la noche. ¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo habíamos estado fuera? ¿Habíamos atravesado un nuevo ciclo en los cambios de guardia? Mierda de nuevo.

—Está bien, chicos —dije.

—El infierno lo está —dijo Rowe.

—No podemos dejarlos entrar, Blake —dijo Shadwell—, no sin aclararlo con alguien.

Mire mas allá por el pasillo, y ahí estaban ellos. Jamil y Shang-Da parados frente a quien estuviera detrás; no eran hombres pequeños y parecían llenar el pasillo. Shang-Da tenía más de seis pies, el hombre chino

más alto que hubiera conocido nunca. Su cabello estaba cortado corto y llevaba una larga gabardina negra. Sabía que no era por el calor del verano. Habría juguetes peligros bajo el abrigo. Jamil era al menos cinco pulgadas más bajo, lo cual lo coloca cerca de los seis pies. Se veía pequeño, pero entonces todos se veían pequeños a lado de Shang-Da. El cabello de Jamil estaba en trenzas hasta la cintura con pequeñas cuentas blancas oscilando. Llevaba un traje blanco que hacía a su piel verse aun más oscura de lo que era. El traje era de un corte generoso, no del estilo ajustado que él prefería. Algunos de los trajes que tenía eran para espectáculos, pero este era un traje de negocios para alguien que llevaba armas y no quería marcharse. Debió ser un reto para el sastre, yo misma sabía eso.

Ellos eran guardaespaldas de Richard, su Sköll y Hatí, respectivamente. Los nombres son de los lobos en la mitología Nórdica que persiguen al Sol y la Luna. Cuando los atrapen, será el fin del mundo. En la sociedad de hombres lobos eran los guardias que mantienen al Ulfric, rey lobo, a salvo.

Los miré desde la perspectiva de Rowe y Shadwell. Incluso si no pudieras sentir la energía del otro mundo ondulando fuera de ellos, ningún guardia que se respete los dejaría entrar a cualquier habitación. Ellos solo necesitaban señales que dijeran patea traseros. No, suprimo eso, ellos no necesitaban señales. Era obvio que no necesitaban nada más que estar de pie ahí.

—No sé cómo explicarles esto, Shadwell, Rowe, pero son los guardaespaldas de mi amigo. Ellos no se quitarán fuera del camino mientras más tarden en tener las armas fuera. Aprecio que las armas no estén apuntando a nadie, pero solo están haciendo su trabajo.

—Estamos tratando de hacer el nuestro también —dijo Shadwell. Se arriesgó a dar un pequeño vistazo en mi dirección, entonces puso toda su atención atrás al hombre en el pasillo—. Pero no hace más fácil que la protejan, Sra. Blake.

No le corregí para que agregara el Marshal. No me sentía muy marshal ahora mismo. Estaba herida y cansada, y asustada y deseaba mucho hablar con los lobos en el pasillo.

Hice mi arma más visible contra el marco de la puerta, simplemente moviendo mi mano hacia arriba.

—Oh, no lo sé, Shadwell, creo que hago un muy buen trabajo protegiéndome.

Mi voz sonó demasiado confiada. Bien por mí; por dentro estaba

gritando. Podía sentir a Richard a unas cuantas yardas de distancia. Él tenía que estar aquí por una buena razón, y la única razón en la que podía pensar era para ayudarme, o decir algo, como porque no podía sentir a Jean-Claude metafísicamente. Quería algunas respuestas, necesitaba alguna ayuda, pero histérica no conseguiría mover a los guardias. De acuerdo, quizás lo haría, pero si me perdiera así de mal, no sería fingido. No quería ser así de débil frente a los hombres lobos. Shang-Da no me gustaba mucho realmente. El pensaba que yo era mala para su Ulfric. Había noches en que estaba de acuerdo con él.

—No me hagas salir allí, Shadwell.

—¿Es una amenaza? —preguntó.

—No, es más una petición, no puedo encontrar un albornoz. Prefiero más bien no dar un destello al pasillo.

Fue Rowe quien me dio una mirada más larga de lo que debió ser, con lo que estaba de pie en el pasillo. Todo lo que podía ver era un brazo hasta el hombro, pero había algo en decirle a un hombre que estás desnuda. Los hace un poco distraídos.

—Ojos al frente —dijo Shadwell.

Rowe hizo lo que dijo.

—No puedo explicarte esto, Shadwell, pero los necesito dentro conmigo.

—¿Por qué? —pregunto él, sin volver la mirada a los hombres en el pasillo.

¿Qué podría decir que tuviera sentido, y no dejar fuera a Richard más de lo ya estaba? Nada me vino a la mente.

Crispín vino detrás de mí. Murmuró:

—¿Por qué los necesitas a ellos cuando me tienes a mí?

Le di una mirada que hacía a los chicos malos correr para cubrirse. Él bajo su cabeza, casi una inclinación.

—Bien, bien, no gaste la mirada completa en mí.

—El stripper dormía arriba —dijo Rowe, y su voz hizo un sonido como si él no lo aprobara.

—Con quien duermo no es asunto tuyo, Rowe.

—¿Cuántos hombres tienes ahí dentro? —pregunto él.

—No es asunto tuyo —dije.

—Lo es si se supone que te protegemos.

—Entonces vete, solo vete. No te necesito. No te quiero. Vete.

El stripper en cuestión camino unos pasos lejos y volvió con la chaqueta del traje del otro tigre. ¿Por qué no se me había ocurrido eso? Muy fácil, demasiado difícil.

Crispín estaba en la puerta, obviamente desnudo. Nos movimos hacia atrás lo suficiente desde la puerta así que no estaba a la vista mientras él sostenía la chaqueta por mí. Me ayudó a entrar en esta mientras intercambiaba atrás y adelante las manos con el arma.

—No podemos irnos sin ordenes —dijo Shadwell.

—A la mierda tus ordenes —dije. Estaba contenta de que el tigre rojo fuera alto y amplio. Lo que significaba que la chaqueta de su traje me cubría completamente, casi hasta las rodillas. Crispín me ayudó a abotonarla. Me veía como si tuviera cinco años y estuviera jugando a vestirme con las ropas de mi padre, pero no me importaba. Estaba cubierta, y eso era todo lo que contaba.

Pensé con calma, pensamientos mundanos como moviéndome hacia Shang-Da y Jamil. Rowe agarró mi brazo y me giró hacia él. Le dejé hacerlo, dejando que su propio impulso me girara hacia él; dirigí mi hombro a su cuerpo, y mi pie lo barrió en cuanto llegué. Él terminó encima del suelo aferrando todavía mi brazo. Torcí mi brazo de su agarre, ayudada por la voluminosa chaqueta, y terminando con un solo brazo bloqueando la unión de su codo. Puse suficiente presión en el brazo para que hiciera un sonido de dolor para mí. Todavía tenía un arma en su otra mano. Si esta hubiera sido una pelea real, hubiera tenido que dispararle un segundo o dos después de esto.

El empezó a subir su arma, pero la mía ya estaba apuntando a su rostro.

—Muévete, y mueres —dije.

—Si apuntas esa arma hacia ella —dijo Jamil—, mueres antes de que él lo haga.

No aparté la mirada de Rowe en el suelo. Confiaba en que Jamil tuviera un arma fuera y apuntara hacia donde lo necesitara.

Miré hacia abajo al rostro de Rowe, mantuve la periferia de su mano y su arma a la vista.

—Abre tu mano, Rowe, solo deja ir el arma.

—Jomete —dijo él.

—No lo creo. —Sonreí y pude sentir que era desagradable. Era el tipo de sonrisa que usaba algunas veces cuando sabía que estaba a punto de matar a alguien, pero al mismo tiempo no se sentía como yo, exactamente.

¿Por qué había aumentado la violencia en el pasillo? No tenía que haber hecho esto, pero ya era un poco tarde para decir oops. Miré a Rowe. Su pulso era espeso en la parte de su garganta. Él pudo controlar su rostro, pero el pulso y latido de su cuerpo lo dejó lejos. Estaba asustado. ¿Debería estarlo? ¿Podría realmente dispararle? Había una pequeña parte de mí que decía, tranquilamente, si tenemos que hacerlo, seguro.

Tomé una respiración profunda, y la dejé salir despacio.

—No debiste haberme agarrado, Rowe. Tal vez reaccioné exageradamente, pero no deberías sujetar a una mujer de esa forma a menos que sepas como se lo va a tomar.

—No vayas toda suave sobre nosotros, Anita. —Esto provino de Shang-Da.

—Ellos me ayudaron ayer por la noche, Shang-Da. Mi Hatí no estaba ahí para protegerme, pero estos dos hombres si estuvieron.

—Hueles a heridas frescas. No hicieron un muy buen trabajo.

—El turno había cambiado a otro hombre. Estos dos hicieron todo lo posible.

—¿Entonces por qué estas a punto de dispararle a uno de ellos? —Era la voz de Richard. Tan calmada, haciendo la voz de hola-compañeros-conozcámonos. ¿Dios, podré alguna vez dejar de reaccionar a él así? Respuesta honesta: no. Respuesta que deseo escuchar: tal vez.

Me tocó, y no quería que lo hiciera. Mi voz sonó áspera alrededor de los bordes como si no pudiera obtener suficiente aire.

Lo sentí llegar cerca. Oyendo a Shang-Da y Jamil protestar.

—Tienen armas; nosotros no podemos dejarte seguir adelante.

Richard dijo:

—Shadwell ¿verdad?

—Sí —dijo Shadwell.

—Ponga arriba su arma, y yo podré ayudar.

—¿Ayudar a quién? —pregunto Shadwell.

—A todos. —Y ahí estaba de nuevo en su voz la confianza de que haría lo que dijo. Trataría de hacer lo mejor. En su mejor momento, Richard en verdad pretendía eso. El problema era que algunas veces no había forma de ayudar a todos. No era tan bueno en situaciones donde no había buenas opciones. Era propenso a congelarse, o a reaccionar muy mal. Por supuesto, yo estaba en mi mejor momento cuando todas las opciones se dirigían hacia el sur. Podríamos hacer un buen equipo, si no nos odiáramos el uno al otro.

Muy bien, honestamente, no exactamente nos odiábamos el uno a otro.

Verdaderamente no pensé que Shadwell pondría arriba su arma, pero lo hizo. Incluso dijo:

—Suelta tu arma, Rowe.

—Demonios, no.

—Tú la agarraste primero, Rowe. Tal vez ella reaccionó exageradamente, pero tú la tocaste.

—De ninguna manera, no voy a soltar mi arma.

—Solo abre tu mano, y deslízala lejos de ti —dijo Shadwell.

—Ellos tienen en mente joderte —dijo Rowe.

—Ella pudo dispararte antes, tú incluso levantaste tu arma.

—Soy su guardaespaldas, por el amor de Dios, no le haría daño.

—Entonces suelta tu arma —dije suevamente.

Me dio una mirada que era en parte odio y en parte confusión.

—¿Cómo diablos hemos llegado hasta aquí? —dijo él.

—Tú me tocaste.

—Un montón de tipos te tocaron ayer por la noche, de acuerdo con el último turno.

Y ahí, ahí estaba, el triste hecho de que una vez que una mujer deja que más de un hombre la toque, algunos hombres pensaran menos de ella. Más que eso, pensaran que deben tener una oportunidad, también. ¿Una mujer que duerme con más de un hombre hará cualquier cosa, verdad? Error, pero él me había tocado por ira y frustración, y confusión que tenían menos que ver con su trabajo y más que ver con no entenderme. Me parecía una estúpida razón para conseguir un tiro, pero había visto estúpidos.

—Tú no me tocaste para mantenerme segura, Rowe. Tú me tocaste porque había un stripper desnudo en mi habitación, y yo estaba desnuda, y él me ayudó a ponerme todavía la chaqueta de otro hombre para salir afuera al pasillo, para atender aún a más hombres. Tú me tocaste en ira, y yo reaccioné a esa ira. Nunca me toques con ira otra vez, o vamos a terminar esta charla. —Deje caer su brazo y caí sobre él al mismo tiempo, fijando la parte superior de sus brazos bajo mis manos, con el arma todavía en una. Probablemente pudo haberse retorcido lejos, pero sus ojos estaban muy abiertos y sorprendidos. Tenía el brazo con el arma cubierto. Me incliné sobre su rostro, y hablé lento y suave; con cada palabra movía mi rostro más abajo, hasta que con las últimas sílabas estaba solo por encima de su boca—. Y.No.Te.Va.A.Gustar.El.Final.De.La.Conversación.

La voz de Richard detrás de mí dijo:

—Anita, no.

Me moví hacia atrás lo suficiente para ver los ojos de Rowe. Tenía miedo, podía saborear eso en el aire sobre su piel, pero debajo de eso, quería que le besara. Quería que terminara lo que había empezado. Me dejaría hacerlo, al menos un beso. Eso hizo que parara. Que Rowe, con un arma todavía en una mano, me dejara presionarlo en el suelo y besar el infierno fuera de él, y no haber luchado en contra.

Algo había salido horriblemente mal con el *ardeur*. Di marcha atrás desde Rowe y me puse de pie, cuidadosamente. Él dejó caer lejos su arma de su mano. Me miró más como un niño atrapado en la oscuridad. Susurró:

—Por favor.

Negué con la cabeza, y dije la única cosa en la que podía pensar.

—Lo siento. —Fui a la puerta de nuestra habitación. Los hombres lobos me siguieron, y esta vez ni Shadwell ni Rowe trataron de detenerlos.

CUARENTA Y CUATRO

Una vez la puerta estuvo cerrada detrás de nosotros, quise correr a Richard y ser sujetada. Deseaba exigir conocer que estaba mal con Jean-Claude. Pero teníamos un extraño en la habitación. Un extraño a quien no podía permitirme el lujo de echarlo fuera, no hasta que supiera lo que el tigre dentro de mí iba a hacer. Que es mucho de lo que recuerdo de la noche anterior.

Miré a Richard. Llevaba puesta una gorra de béisbol y gafas de sol. Su cabello estaba amontonado bajo la gorra así que se veía como si tuviera el pelo corto. Llevaba puesto una chaqueta abultada. Había venido, pero todavía se ocultaba. Su trabajo de día era como maestro de ciencias de secundaria. A los padres no les gusta que los monstruos ronden a sus hijos. Demasiados cuentos de hadas acerca del gran lobo malo, quizás. Así que se ocultó para conservar el trabajo que amaba, pero era como Clark Kent tratando de no ser Superman. En la vida real era más difícil de lograr.

—Este es Crispín —dije—. Es uno de los tigres de Las Vegas.

—¿Qué estás haciendo en la ciudad, Crispín? —dijo Richard, y su voz no era exactamente amistosa como había sido en el pasillo.

—Había volado para la fiesta de despida de soltera en el piso de arriba. Entonces sentí que la pequeña reina llamaba, y tuve que responder.

Richard bajó sus gafas lo suficiente así que pude ver el perfecto marrón de sus ojos. La mirada en ellos no era amistosa tampoco.

—Ya te está llamando por nombres de mascotas.

—Ulfric —dijo Jamil—, negocios, por favor.

Richard suspiró, suficientemente profundo que hizo a sus amplios hombros subir y bajar. Se quitó la chaqueta, revelando una simple camiseta blanca. Compensaba su bronceado de verano muy bien.

—Tienes razón, Jamil. Negocios primero. —Miró al hombre tigre—. Necesitamos hablar en privado y no hay un lugar en esta habitación lo suficientemente lejos en el que no puedas oírnos.

—No estoy segura de sí es seguro para él que se vaya, Richard. El hombre tigre fue muy, muy extraño anoche. No sé qué podría haber pasado si no hubiera estado Crispín cerca.

—¿Quién es este? —preguntó Shang-Da. Estaba mirando al ahora desnudo hombre en el suelo a los pies de la cama. Aparentemente, mi extraño había cambiado de nuevo. Todavía estaba inconsciente, pero ya no era más peludo.

—Es otro hombre tigre.

—¿Por qué necesitabas dos? —preguntó Richard.

—Crispín es un tigre blanco, pero este es uno negro y rojo. Recuerdo lo suficiente para saber que era como si el tigre dentro de mí necesitara una variedad. Un tigre no pudo arreglar lo que estaba mal.

No podíamos hablar frente a Crispín porque él pertenecía a Max de Las Vegas. No podíamos permitirnos el lujo de que otro Maestro de la Ciudad encontrara que algo estaba mal con nuestra estructura de poder. Pero tenía miedo de dejar que Crispín se fuera, también.

Finalmente dije:

—Muy bien, no podemos hablar frente a Crispín libremente, pero dime esto, ¿Jean-Claude está bien? —Tenía que saber eso por lo menos.

—Está bien —dijo Richard—. Honestamente, está bien.

Debí haberle mirado como si no le creyera, porque lo repitió. La opresión en mi estómago se aflojó, y sentí lágrimas presionando en la parte

de atrás de mis ojos. ¿Dios, porque estaba a punto de llorar?

Hubo un sonido desde la cama. Todos nos giramos. Jasón movió solo su cabeza lo suficiente para vernos a todos.

—¿Dios, que pasó? —Su voz sonaba ahogada, y gruesa ya sea por los gritos anteriores o el largo desuso. Se me ocurrió preguntar qué hora era.

—Hay una pregunta mejor —dijo Richard suavemente.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté.

—¿Qué día es? —Su voz era amable.

Le miré:

—No, de ninguna manera.

—No es la mañana siguiente, Anita. Es el día después de eso.

—Jesús —dijo Crispín—. Mi jefe se va a poner furioso.

—Jean-Claude ha estado en contacto con Max en Las Vegas.

Comencé a ir a la cama y sentarme, pero había un extraño desnudo cerca de la cama.

—Mierda, Richard, ¿Qué pasó? ¿Qué diablos pasó?

—Lo que tuvimos que decirle a Max es que pareces llevar una variedad de bestias dentro de ti. Que eres un panwere. Pero siendo el sirviente humano de Jean-Claude previene que las bestias se manifiesten completamente.

Casi digo en voz alta, ¿Es esa realmente la verdad?, pero lo deje ir. Richard había dicho muy cuidadosamente, esto es lo que le estamos diciendo a Max, el Maestro de la Ciudad de Las Vegas. Finalmente el maestro de los hombres tigres que había tomado prestados por dos días.

—Un panwere —dijo Crispín—. Eso no es posible. Quiero decir es una leyenda, pero…

—Lo he visto de verdad —dije suavemente—. Era uno de los más aterradores… era perverso, y no uso la palabra P a la ligera.

La voz de Jason seguía gruesa, o lo que sea, dijo:

—Pequeña Reina no es un nombre de mascota, Ulfric. Es como los tigres llaman a la hembra dominante que puede ser lo suficientemente poderosa para romper y formar un nuevo clan, si la reina principal lo permite.

Asentí.

—Recuerdo parte de esa conversación antes de que todo fuera oscuridad.

—Necesitamos hablar, Anita, y no podemos hablar libremente delante

de él. —Richard apuntó hacia Crispín.

—No sé si tengo una habitación a la cual ir —dijo Crispín. Él frunció el ceño—. ¿Por qué no vino Lucian a buscarme?

—Lucian es el vampiro que vino como stripper con él a la fiesta —expliqué.

—A decir verdad medio esperaba encontrarlo a él aquí contigo —dijo Richard.

Le di una mirada que el comentario merecía.

—Gracias, Richard, solo siempre sabes que decir.

Él suspiro.

—Si, para hacerte enfadar.

Asentí.

—No golpees, Richard, tienes realmente un don para eso.

—¿No sería bueno saber a quién pertenece este también? —dijo Jamil. Estaba de pie sobre el último hombre inconsciente.

—Comprueba su billetera —dijo Crispín—, debe de estar en el piso en algún lugar.

Era una buena idea. Me hizo pensar mejor de él. No sé sobre Richard. Se necesitaba mucho más que una buena sugerencia para que le agradara un hombre extraño que había tenido relaciones sexuales conmigo durante dos días en una habitación de hotel. Luego tuve un pensamiento, un pensamiento realmente malo.

Fui al baño y a mi kit de viaje. El único que tiene cosas en él como cepillos de dientes, cuchillas, pastillas anticonceptivas. Sabía lo que iba a encontrar. Lo sabía. Pero tenía que mirar, asegurarme.

Puse la pistola en la parte de atrás de la tabla del baño mientras sacaba el pequeño círculo de píldoras. Había una píldora extra. Bueno, joder.

Richard estaba en la puerta del baño.

—¿Qué está mal?

Solo sujeté las píldoras.

—Adivina.

Parecía afligido, como si alguien lo hubiera golpeado en el estómago.

—Madre de Dios.

Asentí.

—Tuve sexo con tres hombres durante tres días y he perdido una píldora.

—¿No usaste condones? —pregunto él.

Mi cuerpo se escogió ese minuto para recordarme que todo lo que entra, tiene que salir. Sacudí mi cabeza.

—Tuvimos toda una metafísica jodida, así que no, no tomamos precauciones. Necesito un poco de privacidad.

—Anita…

—Necesito limpiarme, Richard, ¿vale? —Luché por no llorar, o gritarle. No estaba molesta con él. Estaba demasiado confundida para estar molesta con alguien.

—Esto no es culpa tuya —dijo él.

—El *ardeur* se volvió loco, ¿Por qué? —pregunté.

Entró, y susurró:

—Es porque la ayuda fue mal.

Le miré.

—¿De qué estás hablando?

—Necesitamos privacidad para hablar.

—Cierra la puerta, voy a encender la ducha. Necesito algunas respuestas, Richard.

Maldición, necesito la píldora del día después.

—¿No crees que ese camino está un poco cerca del aborto? —dijo él.

—¿Podrías verme embarazada del bebé de algún extraño? ¿Podrías ayudarme a criar al bebe de un extraño?

Abrió su boca y la cerró.

—Yo no… no.

—No —dije. Sacudí mi cabeza—. Micah y Nathaniel estaban dispuesto a ayudarme cuando pensábamos que estaba embarazada de alguien que conocemos, uno de mis amantes, nuestros amigos. Pero este es un extraño. ¡Dios, Richard, Dios!

Vino hacia mí, entonces envolvió sus brazos a mi alrededor. Me quedé tiesa en sus brazos durante un momento, y entonces colapsé dentro de su cuerpo. Me aferré a él.

Dejé que su fuerza y su proximidad me abrazaran. Le dejé abrazarme mientras lloraba y gritaba y gemía. Me perdí por completo, y Richard me sostuvo mientras lo hacía.



CUARENTA Y CINCO

Mi lamento fue muy débil mientras caía de rodillas, y luego los brazos de Richard se apretaron a mi alrededor y me abrazó. Él me tenía de pie, apretada contra su cuerpo, cuando mi propio cuerpo habría caído al suelo. Cuando el llanto rompió el silencio y pude sentir que me podía sostener en pie, él solo me soltó lo suficiente para inclinar su cabeza y poder verme a la cara.

—Vamos a salir de esto —dijo.

Levanté la vista hacia él. Tenía el pelo por detrás del borde del sombrero. Ondas alrededor de los hombros de color marrón con ese toque de oro en las puntas se perdían alrededor de su cara y la línea de la camisa a largo de su cuello. Quería ver todo ese pelo suelto alrededor de los pómulos perfectos. Me puse de puntillas, encontré que dolía un poco, pero de todos modos. Levanté el sombrero, y observé un derrame de pelo un poco más abajo, pero no mucho.

Volvió la cabeza para poder ver el atado de cabello que se había hecho. Empecé a alcanzarlo, para liberar su pelo, pero se apoderó de mis muñecas y me puso de nuevo a pies planos delante de él.

—Déjalo.

—¿Por qué? —pregunté.

Me dio una sonrisa amable.

—Porque una vez que empiezas a jugar con mi pelo tienes tendencia a distraerte. No podemos permitirnos eso en este momento.

Asentí, de acuerdo con él.

—Estoy muy dolorida para estar demasiado distraída por un tiempo. Me pregunté por qué me sentía tan mal, pero dos días de lo mismo, lo explica.

Me besó los nudillos de ambas manos, luego los dejo ir.

—Tu rostro se veía demasiado perdido.

Asentí otra vez.

—Me siento perdida. —Le miré—. ¿Qué me ocurrió, Richard? ¿Por qué no puedo sentir a Jean-Claude?

Se puso a pensar en ello, y luego dijo:

—Abre el agua. El sonido ayudará a ahogar las cosas al tigre.

Fui a la ducha sin decir una palabra. Tenía que limpiarme de todos modos. Podía oler a los hombres en mi piel, bocanadas cuando me moví. No era un mal olor, de verdad, pero era el olor de extraños. Me había despertado con el perfume de la piel de alguien contra la mía, pero era la primera vez que me levantaba con un aroma que no conocía. Me arrodillé, lentamente, con cuidado porque todo me dolía, y me metí en el agua.

Richard comenzó a hablar:

—¿Te acuerdas de *Marmee Noir*?

Traté de mirar por encima del hombro, pero me encontré que las marcas de grandes garras en la espalda dolían demasiado como para hacer eso, así que traté de mover más de mí para mirarle.

—La Madre de Todas las Tinieblas es un poco difícil de olvidar.

Él pareció aliviado.

—Bueno, Jean-Claude no estaba seguro de cuánto de la memoria te había borrado.

Le miré.

—¿De qué estás hablando, Richard? *Marmee Noir* no borró mi memoria. Recuerdo que cada vez que la he visto, ni siquiera olvido los

sueños.

No me gustó la mirada que me dio, era demasiado suave, demasiado suave, demasiado… demasiado parecida a la que le das a un niño o a un bebé.

—No, no lo haces.

—Déjate de niñerías y cuéntamelo, Richard.

—Ella te envolvió hace dos días. Es la razón de que tu *ardeur* se volviera loco.

Traté de pensar en el pasado. ¿Qué fue lo último que recordaba con claridad? Pero mientras más duro pensaba en ello, más mi mente se deslizaba lejos, como si la superficie de los pensamientos fuera resbaladiza y no podía sujetarla. Negué con la cabeza.

—Soy un nigromante, los vampiros no me llenan la mente de mierda. Sobre todo estando a miles de kilómetros de distancia. Ella está en la Puta Europa. No podía haberme hechizado desde allí.

Encogió los anchos hombros.

—Entonces, ¿por qué no puedes recordar lo que pasó? ¿Qué causó que el *ardeur* saliera tan fuera de control de lo que alguna vez haya sido antes?

—No lo sé, pero… —Tragué saliva lo suficiente para causarme daño. El agua estaba demasiado caliente ahora, sentí el aumento de vapor. Añadí más agua fría y traté de pensar en lo que había dicho.

—El tigre dentro de mí se volvió loco en primer lugar. Hizo cosas que ningún otro de mis animales había hecho.

—¿Cómo qué? —preguntó.

Le conté la versión más rápida de lo que podía pensar. Cuando terminé, me miró demasiado sombrío para mi comodidad.

—¿Qué pasa, Richard? ¿Por qué esa mirada? ¿Qué diablos está mal conmigo?

—No estamos al cien por cien seguros, pero hiciste una llamada a todos los hombres tigres de este país. Maximiliano, el maestro de Las Vegas, llamó a Jean-Claude con todo tipo de amenazas. Dijo que habías robado o estabas tratando de robar a uno de sus hombres tigre. No le importaba que durmieras con él, pero no les está permitido que los llames como a un compañero.

—¿Qué significa ese tipo de llamada de mierda? Crispín habló de eso, también. Como algo en Mayúsculas o algo así.

—Christine es la única Mujer Tigre con la que hablaste, pero no era un

nato. Ella sobrevivió a un ataque, por lo que no es una experta, pero la —llamada es un camino para la tigresa dominante de conseguir muchos amantes, y, finalmente, a un compañero. Sólo los muy dominantes pueden hacerlo, y si la información de Max era exacta, tu llamada cubrió el país, o estuviste malditamente cerca. Max pensó que era sólo su clan, ya que tenía a su tigre, pero cuando su esposa se puso en contacto con los otros clanes, sólo para corroborarlo… todos fueron afectados por esta llamada.

—¿Qué quieres decir con que golpeó? —pregunté. El agua estaba en la temperatura adecuada en este momento. Anhelaba estar limpia, pero quería la información, también.

—Al parecer, afectó a todos los hombres solteros del país. Sólo las más fuertes reinas dominantes fueron capaces de impedir que sus hombres tomasen el avión más próximo, tren o autobús para a responder a esa llamada.

Le miré.

—¿Qué?

Abrió las manos y se arrodilló a mi lado.

—No eras tú, Anita. Eres buena, pero no eres tan buena.

—¿Estás diciendo que *Marmee Noir* me usó para llamar a los tigres de aquí?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué quiere ganar con eso?

—En primer lugar, Jean-Claude quiere que ni tu ni Jason le digáis a nadie que era *Marmee Noir* quien hizo esto. Tiene miedo de que si los otros vampiros se enteran de que te puede usar de esa manera, traten de matarte para impedirle ganar más poder.

Entendía el razonamiento. Si no hubiera sido yo quien tendría que morir, ni siquiera podía discutir con ello.

—Entendido, pero ¿Qué gana con el hecho que los tigres vengan a mí?

—Jean-Claude no lo sabe, pero Elinore piensa que la Madre está reuniendo sus fuerzas. El consejo de vampiros por fin ha encontrado algo que puede unirlos a todos. Están aterrorizados de lo que sucederá si se despierta de su sueño por completo. Ellos están muy cerca en la votación para asegurarse de que nunca se despierta.

Susurré:

—¿Quieres decir que el Consejo va a matar a *Marmee Noir*?

—El último reporte de inteligencia que tuvo Jean-Claude es que no es

un voto ante el consejo.

—Mierda, Richard, mierda, quiero decir, el… —casi dije el nombre del Arlequín en voz alta. Me detuve, porque al decir su nombre en voz alta era el riesgo de muerte. Te cazaban y mataban sólo por decir su nombre. La única excepción a esta regla era que te contactaran ellos antes. Entonces, ya que eran los espías, asesinos, jurado y verdugo del mundo de los vampiros, bueno, estás en la mierda profunda.

Habíamos tenido una visita tan sólo en diciembre. A pesar de que había sido la policía enviada a Malcolm y a su iglesia vampiro. Habían roto sus propias reglas para darnos un susto muy sólido. Habíamos perdido a hombres en la lucha. Demonios, Jean-Claude, Richard y yo estuvimos muy cerca. Diablos estuvimos a un pelito de morir.

Una vez el Arlequín había sido la mano derecha *Marmee Noir*, pero los que habían hablado con nosotros estaban casi igual de asustados que los demás por ella. Me habían dado algo para alejarla. ¿Qué era?

Miré a Richard, con cara de preocupación.

—Ellos me dieron algo para evitar que se manifiesta a mi alrededor. Sé que me lo dieron, pero no puedo recordar lo que era. —Las primeras señales de miedo se escabulleron por mis venas. La mayoría de las veces con temas de metafísica, mientras más hablas de ella, más recuerdas. No siempre, pero para mí, sí. Ahora bien, este pedazo de conocimiento se había ido o lo había borrado. Se limpió la basura sin siquiera estar cerca de mí.

—Ha sido un talismán. —Hizo un círculo con el pulgar y el dedo—. Cerca de este tamaño.

—¿Tenía un animal de muchas cabezas en él?

—Sí —y sonrió—. Mira, lo recuerdas.

Negué con la cabeza.

—No, no, pero vi la marca en el brazo de Crispín cuando lo estaba quemando. Me dijo que tiré de mi propia cruz y la arrojé a la basura. También dijo que hice lo mismo con mi talismán. No recordaba el talismán. No lo recordaba cuando vi la forma de la quemadura en el brazo. Todavía no, Richard. Sólo recuerdo la forma en el brazo, eso es todo.

Parecía demasiado serio de nuevo.

—Tienes que ducharte, pero hay más noticias que no se pueden compartir con los hombres tigres.

—Dime.

—*Marmee Noir* ha dañado tu unión con Jean-Claude.

—Dañada, ¿cómo?

—No estamos seguros, pero cortó tu comunicación con Jean Claude. Lo cortó tan de repente que pensaba que habías muerto, pero no nos sentimos heridos, y no me dolió. Esa fue la única manera de que sabíamos que no era una lesión o la muerte. Es como si sólo hubiera puesto un muro entre tú y él.

Tragué saliva de nuevo.

—¿Ella me marcó? ¿Ella me da sus marcas de Vampiro en lugar de las suyas?

—Ella tendría que beber tu sangre, y tú la de ella, para hacer las cuatro marcas.

—Es la Madre de todos los vampiros, Richard. Ella fue el primer vampiro. Ella puede hacer todo tipo de cosas que el resto no puede. —Me abrazó muy fuerte, y no sabía qué hacer.

—No creo que ella lo hiciera. Creemos que incluso necesita un intercambio de sangre real para la tercera y cuarta marca.

—Pero no para los dos primeras —dije, y le miré.

Sus ojos estaban demasiado tristes.

—No, no para las dos primeras.

—Así que me estás diciendo que me ha dado su versión de las dos primeras marcas.

—Tal vez.

—¿Tal vez? ¿Jean-Claude no lo sabe?

—Ella ha estado dormida durante mil años, Anita. No estuvo viva la última vez que te visitó. No podemos preguntar a la mayoría de los vampiros que la recuerdan despierta sin dar a conocer lo que está pasando. No podemos arriesgarnos a que ellos lo sepan.

—Fue muy arriesgado que vinieras, Richard. Podrías estar marginado de los medios.

—Tenía que ser un animal que no puede controlar. Por alguna razón, sólo controla a los felinos. El Lobo es el único animal que hay dentro de ti que no es un gato —dijo—, lo que hace que estemos en un apuro. Jean-Claude piensa que podría ser una buena idea si llevaras algunas cepas de licantropía que no lo fueran. Piensa que podría hacer más difícil para ella controlarte.

—¿Él piensa que debería dejar que algunos cambiaformas me corten?

—Si sería mantenerla fuera de tu cabeza y tu cuerpo, ¿sería tan malo?

Pensé en eso, entonces tuve que sacudir la cabeza.

—No, no, no es peor que ella.

—Jean-Claude está hablando con los hombres ratas y hombres hienas sobre la posibilidad.

—Prefiero que no me corten de nuevo hasta que me cure.

—Necesitamos tenerte a salvo de ella, Anita.

Estaba en lo cierto. Estaba tan malditamente de acuerdo.

—Está bien, voy a pensar en ello, pero en este momento necesito encontrar el talismán, y necesito una nueva cadena para mi cruz.

Metió la mano detrás de su cuello y sacó una cadena de oro. Levantó una pequeña cruz de oro de su camisa. La había comprado para él por nuestras primeras Navidades como pareja. La cruz tenía una forma extraña, desde donde se había derretido, una vez en mi mano. *Marmee Noir* había sido la culpable de eso, también. Me gustaría tener la cicatriz en la palma de mi mano para el resto de mi vida.

—Levanta tu cabello —dijo, en voz baja. Lo hice, pero hice una mueca de dolor, algunas heridas estaban en mis hombros. Él la fijó alrededor de mi cuello.

Él tocó el triángulo de mi piel desnuda en la chaqueta del traje prestado.

—No, estás a salvo.

Le miré.

—Es posible que desee encontrar el talismán, también.

—Voy a hacer eso.

Él me ha ayudado, con cuidado, a ponerme de pie.

—Queremos regresar a casa, pero las reinas tigre dicen que si te fugas y no estás aquí cuando lleguen los tigres es un insulto mayor para ellos. Hiciste la llamada, tienes que estar donde se te pueda encontrar.

—Encontrarme, ¿qué significa eso?

—Eso significa lo que significa, Anita.

Cerré los ojos y respiré hondo, pero eso fue un error, porque incluso de pie tan cerca de Richard no podía oler su piel. Todo lo que podía oler eran extraños, y el olor de Jason. Conocía que el olor de su piel, pero no fue suficiente. Olía a tigres.

Me lamí los labios secos, los ojos todavía cerrados.

—Busca el talismán, Richard, por favor. Tengo que limpiarme ahora.

Él me besó la mano de nuevo, y me dejó ir. Abrí los ojos para verle

caminando hacia la puerta, y luego hacia fuera. Algo sobre la observación de dejarlo ir hizo que las lágrimas empezaran de nuevo, pero al menos eran más silenciosas.



CUARENTA Y SEIS

Me había olvidado de cuanto duele tener una ducha con marcas de garras frescas. O tal vez nunca había tenido esta cantidad de heridas antes. Había conseguido que me cortaran cuando alguien estaba tratando de matarme, pero nunca había tenido estos cortes de poca profundidad por el calor del momento. No eran lo suficientemente profundos para matar o con la intención de mutilar, pero las malditas heridas ardían cuando el agua les caía encima. Traté de ver en el espejo como se veía mi espalda, pero se mantuvo empañado. Lo que pude ver fue una impresionante cantidad de daños, incluso para mí. Mi espalda casi parecía como si alguien hubiera estampado un látigo repetidamente sobre la misma. Tenía más marcas en mis brazos, y una herida punzante en mi culo. La memoria vino con eso. Crispín dentro de mí en forma de tigre, las manos levantaron el culo de la cama para un ángulo más profundo. Sus garras cayeron en mi carne en el momento de su liberación, y la mía.

La memoria sacudió las cosas bajo mi cuerpo, y me hizo tropezar contra la pared. Dios, ¿qué me estaba pasando? El único que podía hacer por lo general memorias sexuales tan potentes era Asher. Uno de sus dones era que podía hacer que tuvieras una réplica total del orgasmo con él. Pensar mucho era una peligrosa conducción. Pero no se supone que funcionase de esa manera con nadie más.

Había más marcas en mis caderas, en la parte interior de mis muslos. Era como si ignorarlos fuera lo mejor que podía hacer hasta que el agua las salpicaba. Luego empezaban a hacer daño y no podía fingir más. Estaba lo suficientemente marcada para que hubiese ido a cualquier hospital o estación de policía en el país y ellos habrían creído que era violación.

El problema era que una violación así por licántropos era un delito con sentencia de muerte. No quería a nadie muerto, sólo quería una píldora del día después lo más rápido que pudiera conseguir una. Ya había tomado la píldora que me perdí. Era lo que se recomienda si la olvidas. Si no estaba embarazada, entonces estaba segura de nuevo, al menos en cuestión de bebés.

Sabía que el champú corriendo por mi cuerpo iba a doler más, y ni siquiera hablemos del jabón, pero tenía que quitar su olor de mi piel. No quería oler a hombres extraños y sexo. Incluso si me duele, lo necesitaba sacar de mí.

Terminé sentada en la parte inferior de la bañera con la ducha en funcionamiento. Estaba limpia, o lo más limpia que iba a estar. Sabía que mi piel olía a jabón y a mí otra vez, pero me quedé pensando que les olía en mi piel. Estaba bastante segura de que era imaginario, pero aún así terminé sentada en el agua, esperando a sentirme limpia y segura y sabiendo que no iba a hacerlo. No culpaba a los hombres, precisamente, culpaba a la Madre de todas las Tinieblas. Nos había violado a todos nosotros. Era incluso un delito con sentencia de muerte en este país por usar los poderes de vampiro para aumentar su fuerza sexual. La violación mágica podría conseguir una bruja o mago humanos en la cárcel, y potencialmente en el corredor de la muerte.

Se oyó un golpe suave en la puerta. No dije nada. Llamaron a la puerta de nuevo, con una voz.

—Anita, soy Jason, ¿estás bien?

Dije lo único que podía pensar en decir.

—No.

—¿Puedo entrar?

Pensé en eso también. Pensé en Jason. Él era mi amigo. No tenía intención de hacerme daño. No tenía la intención de conseguir que me quedara embarazada. Empecé a llorar de nuevo, en voz baja, probablemente ni siquiera sería capaz de escucharme a través del agua de la ducha.

—Está bien, Anita, entiendo que no me quieres verme ahora mismo.

—No —dije—, no, está bien. Entra.

Casi podía sentirlo vacilar en el otro lado de la puerta, y luego escuché el clic de la puerta al abrirla. No podía ver a través de la puerta de la ducha empañada. Le oí andar, y luego se trasladó a la puerta, pero no la abrió. Debió de haberse sentado en el suelo junto a la ducha porque su cuerpo golpeó la puerta.

—Hola, Anita —dijo.

—Hola —dije de vuelta.

—¿Está bien si abro la puerta un poco?

Pensé en eso también. Por último, dije:

—Sí.

Abrió el borde posterior de la puerta, lejos del agua. Moví la cabeza para que pudiera verle. Estaba abrazando mis rodillas a mi pecho, mi mejilla apoyada en mis rodillas. Se había puesto una de las batas. Me miró con sus ojos azules, su pelo rubio y sedoso se destacó en la cabeza de un modo extraño. Había visto su versión de la cabecera, y su pelo era demasiado recto para defender el estilo.

—¿Qué pasa con tu pelo? —pregunté.

Casi sonrió, y luego una especie de mueca y dijo:

—Había algo en mi almohada, y luego me pasé la mano por el pelo.

—¿Algo como qué en tu almohada?

Él me dirigió una elocuente mirada.

—Oh —dije, y desvié la mirada otra vez. Ya no quería mirarle a los ojos—. ¿Fue la tuya? —pregunté.

—No lo sé. No lo creo.

Me acurruqué alrededor del agua caliente. Si hubiéramos estado en casa habría agotado toda el agua caliente por ahora, pero en el hotel había mucha más.

—Hay que limpiar —dije.

—Sí, pero puede esperar.

—¿Hay que despachar al otro hombre?

—Sí —dijo.

—¿Quién es?

—Es un periodista.

—Mierda.

—No te preocupes, está profundamente escondido en su armario y no quiere ser marginado. Esta es una historia que no puede permitirse el lujo de informar.

—¿Su Nombre? Quiero decir.

—Pinn Alex.

—¿Es abreviación de Alexander?

Jason hizo un movimiento como si quisiera preguntar algo, pero sólo dijo:

—De acuerdo con su licencia de conducir, sí.

—Te peguntaste por qué me importaba que el nombre fuese una abreviatura, ¿no?

—Sí.

—Simplemente me parece que debo conocer por lo menos el nombre completo de un hombre si acabo de pasar los dos últimos días de mierda jodiéndole los sesos.

—Anita…

—No trates de hacerme sentir mejor acerca de ello, Jason.

—Por eso vine aquí.

Me volví para poder verle de nuevo.

—Me perdí una píldora, mientras estaba atrapada en esta mierda.

Hizo un parpadeo repetidas veces, pero su rostro se mantuvo neutral. Su reacción me dijo que no era una sorpresa.

—No pude evitar escuchar algo de lo que le dijiste a Richard antes de que abrieras la llave del agua. Hablabas a gritos.

—Así que los tigres lo saben, también.

Él asintió.

Cerré los ojos.

—¿Cómo se lo tomaron?

—Crispín estaba muy emocionado.

Eso me hizo abrir los ojos.

—¿Qué?

—Al parecer, es el deber de todo hombre tigre hacer lo posible por

tener más hombres tigres. Se espera que todas las mujeres tengan al menos un hijo, o dos si es preferible.

—Así que está feliz al respecto.

—Él dice que aportaría gran honor a su clan si fuera su mujer la que diera a luz a un niño tigre blanco.

Me senté un poco.

—¿Dijo esposa?

—Sí —dijo Jason.

Fruncí el ceño.

—No es que me guste le sentimiento, pero Crispín no me parece el tipo de casarse con una chica sólo porque la dejó embarazada.

—Si estás esperando un hijo, es un honor, obligado a casarse contigo y ofrecerte a ti y al niño a su clan.

Le miré.

—¿En serio?

—En serio —dijo Jason.

—Mierda —dije.

—Sí, eso es lo que dijo Richard, aunque utilizó muchas más palabras.

—¿Qué dijo Alex Pinn?

—Aparentemente, pasó la mayor parte de su vida adulta tratando de evitar ser un miembro del clan tigre rojo. Rompió con ellos hace años, pero si estás embarazada está dispuesto darte la oportunidad de llevarle de vuelta a su clan y ser introducido en él. Dice que si el niño es realmente suyo, será necesario muchos hombre tigres a su alrededor a medida que crezca para asegurarse de que reciba toda la formación que necesita.

—¿Formación?

—Ya sabes ¿cómo ninguno de los otros hombres animales puede llevar a un bebé a término debido a la violencia del cambio?

—Sí.

—Al parecer, los tigres lo hacen de forma rutinaria. Ellos nunca han compartido ese poco de conocimiento con el resto de nosotros. Todos asumieron que estaban manteniendo a sus mujeres libres de la licantropía hasta después de que criaran un par de veces, y luego convertirlas en mujeres tigre por completo. Pero eso no es todo. Al parecer, hacen lo que Crispín te hizo. Pusieron un hombre, o varios machos, con una mujer para que no cambie hasta que el bebé nazca.

—Pero el bebé todavía sería humano, ¿no?

—Si se trata de uno de sus hijos va a mostrar signos de su clan al nacer. Color de ojos, color de pelo que coincida con su forma de tigre. Por lo general no cambia hasta la pubertad, pero ha habido casos en los que han cambiado incluso a los 9 años. Es por eso que Alex dice que el bebé tendría que estar con el clan durante los primeros años. Además, el bebé se criaría con otros niños como él, o ella.

—Si es tan excelente, entonces ¿por qué salir de su clan?

—Es un poco, no, muy restrictivo. Es casi como un culto religioso. Educan en casa a los niños. Se casan dentro del clan. Sólo han pasado en los últimos años que han sido autorizados a casarse con extranjeros para traer sangre fresca. La genética moderna ha permitido que se den cuenta de que un clan puro es un clan enfermizo.

—Jesús, Jason.

Él asintió.

—Ya lo sé. —Comenzó a decir más, pero se detuvo. Apartó la vista de mí.

—¿Qué, qué es?

—Hay una manera de evitar el lío entero del clan tigre.

—Sí, una píldora del día después.

Me dio un destello rápido de la sonrisa.

—Sí, Richard mencionó que estaban planeando eso. El reportero, Pinn, está muy bien con eso. Es tu cuerpo. Pero Crispín dice que no. No ha engendrado antes, por lo que sí es su hijo, entonces de acuerdo a las reglas del clan no puedes deshacerte de él.

—¿Qué quieres decir, con que no puedo?

—Al parecer, el clan tigre blanco, y Max el Maestro de la Ciudad de Las Vegas, tienen una visión muy oscura de lo que pasaría si se destruye a un hombre tigre potencial de su línea de sangre.

—Ellos no tienen otra opción. Es mi elección.

—Sí, lo es, pero Max está bastante asustado, Anita. Hizo amenazas veladas acerca de ir a la guerra con Jean-Claude.

—Solo son habladurías, Jason. El consejo de vampiros declaró que ningún maestro de la Ciudad podría entrar en guerra con otro maestro de la ciudad porque puede joder todo el asunto de la legalidad de los vampiros. Además, sólo puede luchar si su territorio colinda con el nuestro. Se trata de la expansión por su toque de tierras. Las Vegas está muy lejos de St. Louis.

—Normalmente, estarías en lo cierto, pero al parecer, Max no está haciendo el desafío por la ley vampiro. Se llama a una ley hombre tigre oscuro. Al parecer, creen que están en su derecho de tomar las decisiones de un bebé potencial, y hay que estar con el clan durante el embarazo para no perder al bebé.

Me mudé fuera del agua para que pudiera ver su rostro con más claridad.

—No se trata de hombres tigre, ¿verdad?

—Mi opinión —preguntó Jason.

—Por favor.

—Creo que Max sabe que Jean-Claude no te ha dado la cuarta marca. Lo que significa, Anita, que si es lo suficientemente poderoso como para romper las marcas que Jean-Claude puso sobre ti, y llega a la cuarta marca en primer lugar, cree que te puede mantener como su sirviente humano. Eres el primer nigromante verdadero en siglos. Cualquier vampiro que realmente te pudiera controlar sería imparable. —Jason se encogió de hombros—. Esa es mi teoría.

—¿Cómo sabía que no tengo la cuarta marca?

—Hay bastante gente que lo sabe, Anita. Es difícil guardar un secreto cuando la gente sabe lo suficiente.

Estaba en lo cierto. Maldita sea, pero lo estaba.

—Mierda, Jason, ¿Max realmente quiere iniciar una guerra con Jean-Claude por esto?

—Creo que puede.

—Sólo porque quiero asegurarme de que no estoy embarazada.

—Parece que sí. Francamente, creo que es una excusa para hacer una jugada de poder, pero podría estar equivocado. Está casado con la reina tigre de Las Vegas. Ella podría estar urgiéndolo. Realmente podría estar más interesada en el niño que hay en ti.

—No le llamamos niño. No puedo estar embarazada en absoluto.

—Lo siento —dijo.

No podía pensar en él como un niño, porque si lo hacía, me comenzaría con mi segunda adivinanza. No podía permitirme el lujo de dudar en estos momentos. Necesitaba un médico y una receta hoy.

—Puede haber alguna forma de evitar a los tigres —dijo Jason.

Le miré. Apartó la mirada de nuevo.

—¿Qué puede ser tan malo para no mirarme a los ojos?

—Me temo que vas a estar enfadada conmigo.

Suspiré.

—Es demasiado tarde para estar loca, Jason. Si hay una manera de evitar una guerra entre St. Louis y Las Vegas, me lo dices. Soy toda oídos.

—Si hay un bebé, podría fácilmente ser mío. Eso no lo haría ni humano ni tigre, lo haría lukoi. No tendrían ningún interés en el hijo de un hombre lobo.

Había vuelto a pensar de nuevo. Si Jason no me hubiera dicho primero todas las noticias extrañas y lo malo de los hombres tigres podría haber estado loca, o al menos molesta.

—Me dijiste toda la mierda sobre el hombres tigres primero para que esto parecieran mejores noticias.

—Sí —dijo Jason, todavía sin mirarme.

—Si podemos convencer a los tigres de que no es su problema y es mío, entonces ¿puedo conseguir una píldora del día después?

—Tu cuerpo, tu elección.

—¿Cómo convencerlos de que es todo tuyo?

—Mentimos.

—No se puede mentir a los cambiaformas; huelen una mentira.

—Estás tan molesta que hoy hueles a conmoción y a miedo ya. Incluso tu ritmo cardíaco está arriba y abajo. No serían capaces de leerte ahora mismo.

—¿Cuál es la mentira?

—Que tuviste un accidente con un condón antes de irnos. Demonios, Anita, podrías traer el hecho de que tuviste relaciones sexuales con Nathaniel justo antes de venir aquí. Es un hombre leopardo; no les gustaría un leopardo más que un lobo. Pensé en ello. —Bueno, espera, ¿se puede mentir lo suficientemente bien como para engañar a dos cambiaformas?

—Cinco —dijo.

—¿Qué?

—No podemos traer a Richard, a Jamil, y a Shang-Da aquí para decirles el plan.

Tenemos que mentir a todos en la sala sobre esto, o no funcionará.

—Richard… estará… —Ni siquiera pude terminar el pensamiento.

—Enfadado —ofreció Jason.

—Va a estar molesto porque no le contaste que hubo un accidente con el preservativo.

—Sí, pero si consigue quitarnos a los tigres de nuestras espaldas a continuación, nos va a perdonar cuando tengamos la oportunidad de explicarnos. Pero Richard y Shang-Da no se encuentran lo suficientemente bien para esto.

—¿Jamil no? —pregunté.

—Jamil miente como la mantequilla sin derretirse en su boca, sino que incluso puede controlar sus impulsos.

—Ingenioso —dije.

Jason asintió.

—¿Se puede controlar todo eso, también? —pregunté.

—No.

—Entonces no va a funcionar —dije.

—Anita, tengo la mente muy jodida. Estoy un poco en shock ahora mismo. Pero más que eso, me preocupa que pueda ser mío. Quiero decir, ¿cómo le digo a mi mejor amigo en el mundo que me llevé al amor de su vida fuera un fin de semana y me la tiré para arriba? Quiero decir, Micah se molestará, pero es Nathaniel a quien no puedo mirar a los ojos. Confía en mí, Anita, tengo la emoción suficiente sobre esto para ocultar cualquier mentira sobre toda la verdad.

Extendí la mano y toqué su hombro. Apoyó la cara en mi mano.

—Debí haberte protegido mejor. Lo siento mucho, Anita.

—No podrías haberme protegido contra esto, Jason.

Él me miró, sus ojos atormentados.

—Salgamos y pateemos a esos culos, Anita. Hemos de llegar a una farmacia y deshacer lo que podamos. No puedo deshacer todo, pero podemos deshacer lo suficiente.

Asentí.

Tomó mi mano entre las suyas y no era miedo o malo. Él era mi amigo, y ambos necesitábamos el toque de la mano de alguien.



CUARENTA Y SIETE

Me cubrí en toallas y Jason y yo fuimos allí y mentimos. Tenía razón, era fácil. Todavía estaba en un maldito estado de shock. Incluso no sabía lo que estaba sintiendo de momento a momento.

En cierto modo, era la primera vez que conocía al tigre rojo. Me pregunté si él sentía lo mismo por mí, o si tenía más recuerdos de los últimos dos días que yo. Una parte de mí quería preguntar, y parte de mí, no quería saberlo.

Podía saber más o menos cuanto media, pude estimar su altura en torno a cinco y diez pies. Su pelo era del color rojo oscuro debido a su piel de tigre. Parecía un buen trabajo de tinte, si prefieres los tonos rojos que no aparecen naturalmente en el cabello humano. Creo que él lo entendía, debido a que el corte era breve y diseñado, e iba en punta en la parte superior. Si tu pelo no está conforme, puede ser que también recibas un corte de pelo que no se ajuste bien.

Había encontrado la bata blanca. Creo que su ropa era parte de la suciedad en el suelo, algo así, a excepción de la chaqueta que me había prestado.

Sus ojos eran de color amarillo oscuro, ricos en oro con un borde de color rojo oscuro-naranja como me acordaba de mi sueño… Pero no había sido un sueño. Era un recuerdo. Una memoria que *Marmee Noir* había cogido. Si no hubiera tenido a Richard para decírmelo, y demasiada evidencia para sustentarlo, ¿habría sido como cualquier otro ser humano? ¿Tendría que simplemente pensar que era todo un sueño? Si no me hubiera despertado con los hombres tigres en la sala con nosotros, ¿se me hubiera ocurrido que era una pesadilla original y las marcas de la garra fueron de Jason? Tal vez, no, tal vez sí. Ese pensamiento me asustó mucho, porque si pudiera hacer esto, ¿qué otra cosa podía hacerme?

—Anita —dijo Jamil—. Anita, ¿oíste eso?

Parpadeé y miré en el sólido marrón de sus ojos.

—No, lo siento, pero no. ¿Puedes repetir eso?

—Ella está en estado de shock. —Esto vino del hombre de la bata. Esto a partir de… Alex.

Estudié su rostro, tratando de verle, pero era como si sólo pudiera conseguir piezas de lo que estaba viendo. Lo que vi era de cristal con bordes claros, pero lo que estaba viendo era pelusa y confuso. Sus ojos me parecieron distraer la atención del resto de su cara.

—Tenías gafas, contactos de color marrón —dije, y hasta mi voz sonaba desconectada y plana.

Él asintió.

—Me dijiste que me los quitara.

—No dejé que me tocaras hasta que vi los ojos de tigre —dije, con voz suave—. ¿Por qué?

Crispín respondió:

—Tu tigre actúa como una verdadera reina de sangre. La mayoría de las veces no se acoplan con cualquier persona que no tiene los ojos.

—¿Por qué no? —Me giré hacia él, y descubrí que aún estaba desnudo. Inconscientemente así. Extrañamente, no tenía problemas para mantener el contacto visual. De hecho, me pareció demasiado fascinado con el color joya azul pálido de sus ojos.

—Los ojos nos marca tanto por la naturaleza, como para demostrar que nuestra línea de sangre es la más pura —dijo Crispín.

—No sé lo que eso significa —dije, con esa voz extraña, carente de emociones.

—Los clanes han comenzado a intentar casarse con otras líneas de sangre en los últimos años —dijo el otro tigre.

—¿Por qué? —pregunté, pero de nuevo hice que sonara como si realmente no me preocupara por la respuesta.

—Nuestras reinas están teniendo problemas para quedarse embarazadas, y la tasa de defectos de nacimiento ha aumentado —dijo Alex.

—Mi reina ha prohibido a nuestro clan hablar de ello —dijo Crispín.

—Estoy tan alto en la lista de mierda de mi reina, no tiene importancia para mí. Quiero ser muy claro, Anita. —Sonrió y sacudió la cabeza, y sólo entonces me di cuenta realmente que era guapo. Era la sonrisa, el giro de la cabeza, un destello de la personalidad que me ayudó a ver su rostro y no sólo los ojos—. Siento que tenemos que ser presentados antes de utilizar tu nombre de pila. Parece extraño cuando es posible que… —Se detuvo en mitad de la frase, de repente pareciendo incómodo.

Terminé para él.

—Extraño cuando puedo estar embarazada con tu hijo. Simplemente diciéndolo en voz alta me hizo sentir más frío.

Él asintió, y parecía muy triste.

—No sé exactamente lo que sucedió aquí, pero lo siento por mi parte. Pensé que cuando sentí la llamada mi clan me había encontrado y se encontraban lo suficientemente fuertes como para tener que llegar a una reina. Pensé que iban a tratar de atraparme en un embarazo por lo que estaría obligado a volver al clan. Pero te ves menos contenta que yo; no deseabas que esto pasase.

—No —dije, la voz casi demasiado baja para que lo escucharan.

Él me tendió la mano.

—Soy Alex Pinn, y ni siquiera sé qué más decir.

Casi me sonrió, lo que creo que fue una buena cosa.

—Soy Anita Blake. —Nos dimos la mano, como gente civilizada.

Su mano era tan grande que tuvo que trabajar para estrechar la mía, pero lo hizo. No se sintió incómodo porque mi mano era pequeña en la suya. Me gustó eso.

—No puedo hacer esto. —Fue Richard. Por supuesto, era Richard.

Me solté de la mano de Alex y me giré para encontrarlo recostado

contra la pared del fondo. Evitaba mirarle, mientras Jason y yo mentíamos. Uno, era una mentira. Dos, no quería verle la cara mientras él pensaba que era verdad. Su cara no me decepcionó.

Se había colocado nuevamente el pelo y lo puso de nuevo en una cola de caballo bien apretada que presentaba su lado izquierdo dolorosamente hermoso a la vista. Todos los hombres de su familia tenían esa clase de pómulos y mandíbula que otros hombres solicitaban a un cirujano plástico, la estructura ósea perfecta. Y ves esa mirada hermosa totalmente masculina.

Se apoyó contra la pared, con las manos apretadas detrás de él. Estaba doblando las manos en la espalda, porque podía ver la tensión en los músculos de los brazos. Flexionando las manos una y otra vez, lo que hacía a veces, cuando estaba enfadado. Enfadado, y él mismo trataba de calmarse.

Algo acerca de la falta de lámparas en la habitación del hotel había puesto sus ojos en la sombra por lo que parecía aún más oscuro que el café que sabía que tenía. Las sombras se llevaron el oro de su pelo y lo hizo parecer simplemente castaño.

Shang-Da estaba de pie junto a él. Era la única persona en la sala más alta que Richard. Shang-Da le mandó una mirada a Richard, a continuación, volvió a la sala. Hubo un momento cuando los ojos de Shang-Da encontraron los míos. ¿Era sólo una descarga, o, por una fracción de segundo, sintió lástima por mí? Por supuesto que no.

Richard repitió:

—No puedo hacer esto.

—¿No puedes hacer que, Ulfric? —preguntó Jamil.

—No puedo verla ir con otro hombre a su cama. No puedo hacerlo. —Su voz era tranquila, sin ira, ni siquiera con esa energía que viene del otro mundo. Sólo la tensión y la postura de sus músculos en su parte superior del cuerpo mostraban la confusión emocional y decían que no estaba totalmente en calma.

—No estoy planeando hacer algo con cualquiera de ellos otra vez —dije, y no había el más mínimo indicio de alguna emoción en la voz.

—Nunca lo planeaste, Anita. Ya lo sé. Extrañamente nunca es culpa tuya. Si con quien me engañaras lo hicieras consiente, creo que podría tratar con eso, o tolerarlo, pero, honestamente, no lo haces a propósito. —Él se apartó de la pared. Shang-Da tomó posesión de su cargo justo detrás

de él.

—¿Qué quieres que diga, Richard? —Un poco de emoción más. Sabía que la emoción era ahora: la ira. Debería haber luchado. La ira es mala si lleva consigo animales dentro de ti. Pero no luché en su contra, le di la bienvenida. No lo alimentaba con palabras dulces y llegas a ponerte más caliente. El enfado era mucho mejor que las emociones que se filtraban a través de mí, las emociones eran tan horribles que no quería verlas, y mucho menos sentirlas.

—Quiero verte retroceder de su toque, pero no lo haces.

—Él tenía la mente jodida, también, Richard, lo sabes.

Él asintió. Sus manos grandes estaban a la vista ahora, las flexionaba y las relajaba. Se podía ver los músculos trabajando hasta el final de las manos en la parte superior del pecho ahora.

—Ya lo sé. Ni siquiera puedo odiarlo. Quiero hacerlo, pero tienes razón. No era su intención… tener sexo contigo durante dos días. Él no tenía intención de hacer que te olvidaras de tomar la píldora. Parece tan horrorizado como el resto de nosotros. —Él dio un paso más en la habitación, y la primera punzada caliente de la energía recorrió de puntillas la habitación.

—¿No te entiendo, Anita? Me quitas mi propia justicia. Me haces tragar mucho, porque si reacciono como un chico, soy un hijo de puta. Pero no soy lo suficientemente santo para ello. No lo soy. Lo siento, pero no lo soy. —Su energía giraba a través de la sala como estar demasiado cerca de un horno.

Algo se agitó dentro de mí, en ese lugar oscuro. No, no tan pronto, otra vez no. Cerré los ojos, respiré hondo. Lo solté lentamente, contando cuando lo hice.

La voz de Jamil vino.

—Ulfric, por favor, vas a traer a su animal de nuevo.

—Voy a traer a su lobo, quieres decir. No puedo traer a todos sus animales, al igual que no puedo ser todo lo que necesita en cualquier otro lugar en su vida. —Por un momento el dolor de su rostro era muy crudo, me dolía el corazón al verle. Luego se dominó, pero el esfuerzo fue visible. Eso me hizo sentir mal, también.

—Richard, yo…

Él hizo un gesto con la mano hacia mí.

—No, Anita, ni siquiera lo intentes. No es bueno, o malo, es

simplemente la verdad. —Me miró, entonces, me dio toda la fuerza de esos ojos marrones perfectamente. No mostró ningún signo de dolor en su cara. Sólo sus ojos mostraban lo mucho que dolía. Lo mucho que le había hecho daño. Nunca quise hacerle daño así, y así como no tenía intención de hacerme daño. Simplemente parecía que lo seguía haciendo, por accidente.

—Vine aquí para verte. Lo he hecho. Nuestro maestro me envió en una tarea más. Él tendió la mano a mí. —Pero necesitamos privacidad para eso.

Dudé mirando en esa mano tendida.

—Si tiene algo que ver con el sexo, Richard…

Apartó su mano.

—¿Me estas rechazando? —Golpeó su poder contra mi piel, como la apertura de una puerta del horno, poniéndolo demasiado alto como para hacer otra cosa que quemar.

—Me duele, Richard. Me duele. Cualquier persona no conseguirá un pase a mi cama por un tiempo.

—Te gusta lo difícil —dijo.

Y justo así, mi pena se había ido. La ternura se limpió con ese comentario fuera de lugar delante de extraños. Sí, había tenido relaciones sexuales con ellos, pero no mientras que ninguno estábamos en nuestro sano juicio. Eran todavía desconocidos para mí y mi cuerpo.

—Y ahí lo tienes, Richard, ahí vas.

—¿Qué? —dijo.

—No lo entiendo. Ninguno de nosotros recordamos lo que ocurrió, salvo fragmentos. Lo que me gusta y lo que no, todavía es algo que no sé, a menos que quiera seguir sobre actuando.

Él tomó una respiración profunda, entonces la dejó escapar lentamente. Sus hombros encorvados como si hubiera recibido un golpe, y luego se enderezó, los hombros hacia atrás.

—Lo siento, tienes razón. Pero no se me puede culpar por pensar que estos dos son como otros amantes en tu cama. Que te conozcan en todos los sentidos.

—La mayoría de los amantes en la cama no 'me conocen en todos los sentidos, Richard. Tenemos sexo. Eso no es una relación.

Él negó con la cabeza.

—Tengo que hacer lo que Jean-Claude quería que hiciera, y entonces puedo volver a St. Louis.

—Te vas —dijo Jason.

—No puedo estar aquí con todos estos medios de comunicación mucho más. Los dos lo sabéis.

Asentí.

—Pensé lo mismo cuando te presentaste.

—¿Qué quiere Jean-Claude que hagas? —preguntó Jason.

Richard le señaló con el dedo.

—No, no necesito saber de ti ahora mismo. Eres uno de mis lobos menores, y es posible que hayas conseguido que mi lupa esté embarazada. Eso es un delito de homicidio en la mayoría de las manadas.

—No teníamos otra opción, Richard —dije.

Sacudió la cabeza, envío la cola de caballo rozando sobre sus hombros.

—No me refiero a lo que pasó aquí. Quiero decir, en St. Louis. Me refiero a hacer el amor porque quería, no porque alimentabas el *ardeur*. —Él nos miró a los dos, la ira era suficiente para quemar sus ojos—. No trates de decirme que te llevaste a Jason a tu cama sólo porque es la comida. Lo entendí al principio, Anita, pero ocurre muy a menudo.

—Hablas como si hubieras estado escuchando a Perdy —dije.

—Perdy y yo hemos tenido algunas charlas. Ella pensó que un poco de ojo por ojo puede ser interesante.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Es decir —dijo Jason—, que Perdy se ofreció a tener relaciones sexuales con él para que pudieran tener su revancha con nosotros por hacer trampa con los demás. —La voz de Jason estaba vacía cuando lo dijo, como si le doliera demasiado como para compartir incluso el tono de la voz.

—No había tenido relaciones sexuales con Jason en meses, Richard, ni siquiera para comer. Lo quité de la lista cuando me di cuenta de que Perdy se sentía muy incómoda.

Él dio una risa áspera, y de nuevo hubo una bofetada de poder, peor esta vez, como los insectos que pican a lo largo de mi piel. Se tragó el poder de nuevo, y luego dijo:

—¿Incómoda? Se le rompió el corazón, por culpa de los dos.

Jason y yo intercambiamos una mirada. Se encogió de hombros. Oh, bueno, él no sabía qué decir, o bien.

—¿Por qué iba a mentir sobre la frecuencia con que he estado durmiendo con Jason, Richard? No tengo ninguna razón para mentir. No son monógamos.

—Muchas gracias por recordarme de eso. —Su voz era dura cuando lo dijo.

—No eres más monógamo que yo, Richard. No pretendo dar a entender que lo fueras.

—Me gustaría serlo, si sólo…

Shang-Da cayó sobre una rodilla delante de Richard, barriendo con su largo abrigo negro, por lo que se vislumbró algunos de los armamentos por debajo. Levantó una gran mano hacia arriba, hacia Richard. La mayoría de los grupos de animales tenían una versión de esta. Era una solicitud de atención, y una muestra de servilismo.

Richard le miró.

—¿Qué pasa, Shang-Da?

—Tal vez ahora no es el momento para airear nuestros asuntos personales en frente de extraños de otros grupos de animales y con las marcas de vampiro. —Su voz fue lo más vacía que podía, pero había un borde de ira en la misma. Que la ira lleva un hilo de calor que no podía tragar.

Jamil se había acercado a los dos, pero estaba claro que no estaba seguro de qué hacer, o cómo nuestro Ulfric tomaría la interrupción. La misma incertidumbre de Jamil en ese momento me hizo saber que tenía que prestar más atención a mis deberes como lupa. Tenían miedo de Richard. Eso nunca había ocurrido antes. Insistí en que fuera un rey fuerte, pero al verlo ahora, en momentos como este, me arrepiento. Tanto de Richard como de mí, me arrepiento.

El teléfono sonó. Salté. ¿Dios, que puede ser?

Jason dijo:

—Podría ser el hospital de mi padre. —Miró a Richard, como si pidiera permiso.

Richard asintió. Me hizo sentir un poco esperanzadora. Todavía era Richard, en alguna parte.

Jason levantó el teléfono y dijo hola, entonces:

—Un momento, voy a ver si está disponible.

—Tenía el teléfono contra su pecho. —Es Peterson. Dice que va a responder a tus preguntas ahora. ¿Sabes lo que quiere decir?

—Sí. —Fui hacia el teléfono.

—¿Quién es Peterson? —preguntó Richard.

—El tipo que está a cargo de la seguridad en los Summerlands —dije.

—¿Y vas a tomar su llamada, ahora?

—Necesito saber en cuanto peligro estamos todos. Esta llamada nos puede decir eso.

—¿Y eso es más importante que esto? —preguntó Richard. Su energía de licántropo creció un poco más caliente.

Seguí caminando hacia el teléfono, cuanto más lejos de su poder mejor en este momento. Me acordé de otro corazón que se había roto. Nunca pude entender esa emoción, no importa qué tan fuerte eres, no debes olvidar los malos tratos.

—El hecho de que la metafísica haya dado en el clavo, Richard, no hace que los demás problemas desaparecieran.

—¿Cómo puedes hacer eso, Anita?

—¿Hacer qué? —Estaba al lado de Jason ahora. Todo lo que tenía que hacer era llegar y tomar el teléfono, pero tenía miedo de lo que Richard pudiera hacer.

—¿Concentrarte en los negocios, en los malos, y no en que puedes estar embarazada con el hijo de otra persona?

—¿Y por qué no puedes concentrarte en una actividad en medio de la crisis, Richard?

Su hermoso rostro sombrío fue enfadado.

—Porque no soy una puta insensible.

Eso fue todo. Le tendí la mano a Jason. Él me dio el teléfono, pero sus ojos se quedaron cautelosos y se centró en alguien detrás de mí. Estaba apostando en quien. En cuanto a mí, no quería mirar a Richard en este momento.

—Blake aquí.

—Esto podría hacerme perder mi trabajo —dijo Peterson.

—¿Entonces por qué me lo cuentas?

—Debido a que Schuyler parece una persona mejor que Keith. No quiero morir por ese pequeño bastardo.

—Háblame, Peterson.

—Keith se está ocultando, incluso de nosotros y de su familia. Lo último que supimos es que se fugó a Las Vegas y se casó con un vampiro.

—Mierda —dije.

—Sí, pero no es legal. Todavía puede casarse con su novia, y su familia está determinada a hacerlo, si podemos encontrarlo.

—Hasta el momento, es un escándalo, pero no pondrá en peligro a

Jason.

—Pregúntame por qué no es legal.

—Bueno, ¿por qué no es legal?

—La novia vampiro ya está casada. Está casada con un Maestro de la Ciudad.

Me quedé en silencio por un instante y luego dije:

—¿En serio?

—Muy en serio —dijo.

—Ningún Maestro tomaría ese tipo de insulto.

Jason me miró, con los ojos un poco más amplios, tal vez era mi —maestro comentario, pero la verdad es que probablemente recogió al menos parte del otro extremo de la conversación. Estaba de pie tan cerca, y su oído sobrenatural era demasiado bueno.

—El Maestro de la Ciudad en cuestión puso una recompensa por Keith. Él quiere a su esposa viva y a Keith muerto. Ha enviado gente para hacer el trabajo, sólo que no sé quiénes son. Hasta que apareció Schuyler estaban buscando en otros lugares a Keith, pero si piensan que está tratando de ocultarse a la vista… —Lo dejó fuera de pista.

—Van a venir a por nosotros —dije—. Tal vez.

—¿Keith es estúpido?

—Sí, pero ella le presionó. No es una excusa, pero ella parecía conocerlo. No es él, pero ella parecía conocer a su tatara-tatara-abuelo lo que sea, Jedediah. Había algo en él del amor de su vida.

—¿Jedediah no murió por ataque de Vampiros, algo de que trató de convertir a los vampiros a su fe o sedujo a la mujer vampiro equivocada?

—Esas son las dos versiones —dijo Peterson.

—¿Estás diciendo que Keith se mezcló a sí mismo con los mismos vampiros que mataron a Jedediah Summerland?

—Tal vez.

—Bueno, mierda.

—Eso lo cubre —dijo.

—¿Quién es el maestro de la ciudad, Peterson?

—No, no te lo puedo decir.

—Puede ser que sea capaz de encargarme de nuestros dos problemas.

—No, no podemos dejar que esto se haga público, Blake. Se hundirán todas las probabilidades que tiene el Gobernador de ganar la elección. Tenemos que encontrar a Keith, y devolverle la esposa a su marido lo más

silenciosamente posible.

—No entiendes a los vampiros como yo. El Maestro no dará marcha atrás. No hay silencio en esto, Peterson. Si su gente contratada no hace el trabajo entonces lo hará él. Tu pequeño bastardo es hombre muerto.

—No, Blake, mi pequeño bastardo tiene tan alto el perfil para el maestro que vendrá detrás de él personalmente.

—No puede ser que piense claramente, Peterson.

—Ya te he dicho todo lo que puedo. Si pasa algo, ya lo sabes.

—Realmente lo aprecio, pero deja que te ayude. Dime el nombre, o la ciudad. Puedo hacer cosas que tú no.

—Alguien viene, me tengo que ir. Ten cuidado, Blake. —Colgó.

Me volví a mirar a Jason. Su rostro estaba un poco pálido, como si hubiera oído lo suficiente para entender la profundidad del agujero en el que Keith Summerland había cavado para sí mismo.

—¿Cogiste todo?

—Suficiente.

Alex Pinn dijo:

—Summerland Keith tiene que ver con vampiros. Oh, hombre, esto es demasiado dulce.

Se me olvidó el trabajo de Alex.

—Me dijeron que esto era demasiado para que tu tapadera aguantara.

—Acerca de los cambiaformas, sí, pero no los vampiros. No soy uno de esos.

—No puedes utilizar esto Alex. Peterson arriesgó su trabajo para alertarme.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Richard.

Quería compartirlo con Richard, pero una mirada a la cara ansiosa de Alex y supe que ya había dicho demasiado. Le debía a Peterson más que eso.

—No te lo puedo decir ahora mismo, Richard, más tarde.

—¡Más secretos! ¡Más mentiras! —Y así, el poder de Richard llenó la habitación. Mi piel corrió con el calor, como si hubiera sido arrojada a un baño caliente. No me dolió, pero era difícil conseguir una respiración completa. Tan caliente, tan espesa, tan poderoso, el poder de Richard llenó la habitación.

Hizo un llamamiento a todos los lobos en la sala. No podían dejar de responder a su Ulfric sumando su energía a la suya propia. Jason estaba

más cerca de mí, así que su poder fluía a lo largo de mi piel en primer lugar. Era como si alguien hubiera encendido un segundo grifo de agua caliente, para hacer más caliente el agua caliente. No lo necesitábamos más caliente. Teníamos que enfriarlo. La cuestión era cómo hacer eso.

Los poderes de Shang-Da y Jamil me golpearon casi de inmediato, y de repente me estaba ahogando en el olor del lobo. Ese almizcle dulce y pude sentir, mi lobo, dentro de mí. No la vi, pero sentí como rozaba su piel contra las partes de mí cuerpo que no debería haber tocado, pero se sintió como una cuchilla.

La sensación era tan incómoda, tan extraña, que me estremecí. Richard confundió el temblor, porque dijo:

—Puedes protestar todo lo que quieras, Anita, pero disfrutas del poder. Hay cosas que los lobos pueden hacer por ti que los vampiros no pueden. Solo sigues luchando en su contra.

El lobo se movió dentro de mí a través de mi estómago, como una mano en lugares que nunca deberían tocarse. Sentí nauseas. Tuve que tragar saliva.

—Ella no está temblando de placer, Richard —dijo Jason.

—¿Ahora la conoces mejor que yo, pequeño lobo?

Su poder parecía llenar la habitación así que no había dejado de respirar aire. Mi lobo no había trabajado el largo túnel dentro de mí. No, el lobo estaba muy cerca de eso. Sentí que se movía dentro de mí, frotando el pelo y las uñas contra el interior de mi cuerpo.

—Richard, por favor, algo anda mal. Ayúdame.

Crispín vino a mí. Crispín, que caminaba por el creciente poder. Aún desnudo, todavía un desconocido, pero fue quien vino a mí.

—No la toques —gruñó Richard.

Shang-Da, todavía de rodillas, dijo:

—Ulfric, por favor, eso traerá a su bestia, y tendremos un problema aún más para tratar.

—Miró a Richard. Nunca había visto a Shang-Da tan implorante.

Jamil llegó al otro lado y se fue en una rodilla, también.

—Por favor, Ulfric, su poder nos está asfixiando a todos. Traerá a todos nuestros lobos.

Crispín se paró frente a mí ahora. No llegó a tocarme, como Richard había pedido. Esto le dio puntos extra. Él no estaba haciendo nada mal. De hecho, mirando a los ojos azules, ojos de tigre, ayudó a amortiguar la

sensación de mi piel.

Jason era el más cercano de todos, pero creo que por eso podía sentir mi lobo tan terriblemente cerca debajo de mi piel. Él sabía mejor que añadir su toque al poder de Richard. Jason se dirigió a los otros hombres lobo. Se quedó fuera del alcance inmediato de Richard, pero se fue hacia abajo, no sobre una rodilla, sino a cuatro patas. Inclinó la cabeza y se arrastró hacia el hombre más grande.

Había visto el gesto antes, de Jasón y de otros lobos. Era su intento de pedir disculpas a Richard por algún delito. Jason también estaba tratando de que las cosas mejoraran. Sólo Richard estaba allí llenando la habitación con su poder cálido, gateó, y lo hizo peor. ¿Por qué siempre era Richard, últimamente, el que hacia las cosas peor? ¿O yo? Nunca me olvidaré. Podría enredar las cosas también, pero esta noche no. Tenía mucho miedo para tirar la mierda para arriba esta noche propósito.

—Richard —dije—, ¿has encontrado mi talismán?

Se volvió y fue como si su poder fuera una bestia enorme, como si su poder se volviera con él y me miró con sus ojos de lobo de color ámbar. No sé si fue la mirada, ni el poder, pero hizo que el pelo del lobo dentro de mi fuera una especie de hidromasaje. Me convulsioné, y sólo la mano de Crispín me impidió caer.

En el momento en que me tocó, el lobo retrocedió. Podía respirar a través del poder de Richard. Me aferré a la mano de Crispín con mis dos manos, y fue como si el mundo fuera un poco más estable. Esperé a que el tigre blanco subiera dentro de mí, pero no fue así. Me sentía mejor.

El poder de Richard llegó a un punto crítico, y vino con su voz, como algo espeso y tangible que se estrelló contra mí.

—He dicho que ¡no la toques!

Crispín resbaló conmigo, como si todo lo que Richard había hecho lo afectara al igual que a mí. Pero el hombre tigre nos mantuvo de pie y me llevó contra su cuerpo, era un buen blindaje contra Richard. Era valiente, pero si algo estaba garantizado hacer que Richard se molestase más, era eso.

Él vino hacia nosotros, fue por nosotros como un borrón debido a la velocidad, y la rabia, y el poder, y seguía de pie en una toalla con sólo una pistola en la mano, y un hombre tigre extraño en mi brazo. Si no estaba dispuesta a dispararle a Richard, estaba a punto de quedarme sin opciones.



CUARENTA Y OCHO

Crispín me empujó detrás de él y se preparó para el impacto. Alex Pinn, el otro hombre tigre, se puso de repente junto a Crispín. No tuve tiempo para decidir si eso era bueno o malo. Solo tenía tiempo para decidir si utilizaba el arma o no.

A continuación, el borrón de velocidad que era Richard se topó con el muro que eran Shang-Da y Jamil. Que habían utilizado su propia velocidad sobrehumana para estar allí antes que él. El impacto de su cuerpo golpeándolos hizo bastante fuerza que giró el viento y la energía física empujándole contra nosotros como una especie de pequeña explosión.

Shang-Da estaba gritando:

—Ulfric, ¡contrólate!

Jamil simplemente estaba tratando de mantener a Richard abajo sin hacerle daño, o ser herido. Richard fue un levantador de peso y tenía cinturón negro en karate. Sosteniéndole sin querer hacerle daño, no iba a

funcionar por mucho tiempo. O bien iban a tener que hacerle daño, o sin duda les haría daño.

Shang-Da lo intentó de nuevo.

—¡Ulfric, por favor!

La ira de Richard alimentaba a sus animales, alimentándolos con su poder. No podía respirar, me estaba quemando viva en el horno con su poder. Su lobo se vertió sobre mí, en mi bestia. Tanta rabia. Conocía el sabor de ese enfado. Lo conocía como un zapato muy gastado, o un suéter favorito. Se adaptaba apenas bien y te hacía sentir cálido y seguro. Así fue como mi cólera me había hecho sentir durante años. Fue la única emoción que me había permitido. Había tomado el lugar de la tristeza, placer y amor. Mi enfado había sido casi todo para mí una vez. Pensé que mi tratamiento me había ayudado a lidiar con algunos de los aspectos de la rabia sin fondo, pero ahora allí me di cuenta de que tal vez no hubiera sido la terapia. Se debía a las marcas de vampiro. No acababa de compartir mi enfado con Richard a través de las marcas de Jean-Claude, yo se lo había dado. Una gran parte de mi rabia se había trasladado a mi siempre razonable y tranquilo Richard.

Miré hacia abajo a la lucha en el suelo. Me miró a través de los tres hombres lobo que apenas podían contener la lucha, gruñendo, el hombre de ojos amarillos, y pensé: Esto es mi culpa. Sabía que lo que Richard obtuvo a través de mí, a través de las marcas, había sido mi ira, pero no había entendido hasta ahora lo que eso significaba. Que había tenido años de práctica antes de que creciera con esa rabia.

Pobre Richard había tenido que verterla en su regazo, sin la práctica. Sabía de la carga que llevaba. Sabía exactamente cómo se sentía. Joder.

Quería ayudarle. Quería poner fin a este sin derramamiento de sangre. Quería un montón de cosas. Entonces todo se puso peor, porque el *ardeur* se agitó dentro de mí. Joder, y joder doble.

Me aparté de Crispín. Me dejó, pero estaba desconcertado con claridad. Pero eso me hizo tocar el poder de Richard y fue peor, más difícil de rechazar. Sentía como el lobo estaba tratando de trepar por mi garganta. Caí de rodillas, la toalla de la cabeza se cayó. Mi pelo estaba frió y pesado sobre mis hombros, pero el poder estaba tan caliente que necesitaba aquel frío. Fue un buen choque. Un recordatorio de que no era realmente un lobo. No era realmente lupa. Era… una nigromante. Pero eso no me ayudaba ahora. ¿Qué me podría ayudar? ¿En qué estaba? Yo era… un vampiro.

Pensé aunque no me alimentara de sangre.

Había estado dos días sin alimentos sólidos, lo que hizo todas las hambres más difíciles de controlar. De rodillas allí con la furia de Richard, mi rabia, y su poder, palpitando a mi alrededor, empujando hacia mí, tirando de lo peludo que parecía atascado en mi garganta… que necesitaba para alimentarme, pero no me sabía a sexo. Todo lo que podía sentir era la rabia, la ira. Tan familiar, tan segura.

Sabía a ira, no me gustó, sino que me hizo sentir segura, más segura que el sexo. Jean-Claude me había enseñado cómo alimentar el *ardeur* a distancia en sus clubes. Podría hacerlo ahora, aunque no siempre era fácil, o no siempre funcionaba, pero sabía cómo se alimentaba de las emociones. Se alimentaba de la emoción de la lujuria, el amor, y, recientemente, había aprendido que la amistad era el amor hecho suave y puro. No fue una decisión consciente. Un minuto estaba arrodillada asfixiada en la piel y el poder, el sentimiento del *ardeur* tratando de aumentar más rápidamente que el lobo dentro de mí. Un instante después, el *ardeur* estaba sobre mí. Mi propio poder persiguiendo de nuevo la sensación de la piel en la garganta. Podía respirar de nuevo. Era yo de nuevo, más o menos.

Pero la rabia todavía estaba allí, luchando contra mi piel, como un viejo amigo y familiar. Me abrí a ella. La bebí, deje que se remojara en mi piel. Deje que la toalla se resbalara y cayera al suelo. Estaba desnuda y bebía la ira a través de cada poro de mi cuerpo, cada centímetro de mí cubierta con odio. Porque era odio. Richard odiaba la ira. Él no la entendía. No la entendía, porque no era suya. Era mía.

Me la llevé. Me dio un sorbo, lo enrollé en mi lengua, disfrutando del ramo de la misma, el sabor dulce y cenizo de la misma. Oh, sí, se trataba de una cosecha de vino que había mantenido en la oscuridad, a la temperatura adecuada para toda la vida.

Lo saqué de Richard como una especie de enfermedad, o posesión. Lo saqué y sentí crecer la calma, bajo el peso de los otros hombres. Y al final de esa calma, sentí que se rompía el muro entre Jean-Claude y yo. La ira había sido mía, pero las marcas de vampiros que lo había dado a Richard habían sido de Jean-Claude. Estaba tratando de quitarle algo de esa marca, no a propósito, sino al tratar de eliminar lo que no era suyo, encontré a mi amor de nuevo.

Jean-Claude me miró con esos ojos oscuros, de color azul oscuro, como si el cielo crepuscular pudiera mirar hacia atrás de ti. Susurró:

—*Ma petite*. —Y con esas palabras sencillas las marcas entre él y yo estuvieron ahí otra vez. Podía sentirle de nuevo. Era su siervo de nuevo. Suya y no de ella. A pesar de que ambos sentían que había dejado su propia marca. Queríamos hacer frente a eso otra noche. Para este momento, no había nada más que sonreír a Jean-Claude, y su voz, y el sentido de volver a casa otra vez.



CUARENTA Y NUEVE

Jean-Claude no susurró demasiado, como sabía, iba a tener que protegerse de mi alimentación. Él no podía beber de la ira como lo podía hacer de la lujuria o el amor. La ira no era su alimento. Era el mío.

Me quedé allí con mi pelo todavía frío contra mis hombros, no había pasado mucho tiempo, pero era uno de esos momentos cuando los minutos se volvían horas. Bebí de nuevo mi ira, pero no se quedó. No entraba en ese pozo oscuro dentro de mí, donde mi dolor y rabia lucharon y se mezclaron. Me comí la ira como me podía comer la lujuria y el amor y el deseo del corazón. Me tragué la ira como la comida. Pero mientras que la lujuria me confundía, y podría salir de control y extenderse a través de mí y de los que estaban cerca, la ira… era dueña de eso. La ira la podía controlar.

Me quedé allí con mi piel hormigueando con la energía de la misma. Mi cuerpo zumbando con la alimentación. No estaba todavía llena, estaba bien alimentada. Si hubiera sido el *ardeur* normal, me habría visto obligada

a convertir esa energía en sexo, pero esto no era el *ardeur*. Esta era otra cosa. Esto era mío. Mío, igual que la pistola en mi mano era mía. Mía, no de Richard, ni de Jean-Claude. Tuve una comida que mi amo ni siquiera podía digerir. Esto me llenó de una alegría feroz. Una felicidad tan fuerte que era casi la ira. Estaba contenta, muy contenta, porque finalmente tuve algo de poder, algo que no era suyo. El poder de Jean-Claude era la lujuria y el amor, pero la mía era la rabia. Estaba bien con eso.

Llegó la voz de Richard, clara y extrañamente tranquila.

—Estoy bien, dejadme ponerme de pie.

Vi a Shang-Da y a Jamil intercambiando miradas entre ellos, y luego casi al unísono se movían hacia atrás y dejaron que Richard se sentara. Jason se arrastró hacia adelante, rebajándose a sí mismo a su lado. Richard le tocó el hombro, pero él me miró a mí. Esperaba ver la ira en su rostro, el resentimiento, pero por primera vez en mucho tiempo, Richard me miró. Su rostro, sus ojos, tenía al Richard del que me había enamorado, el que había sido demasiado escrupuloso para matar al antiguo Ulfric y tomar el control de la manada. Había dulzura en su rostro que no había estado allí en mucho tiempo, casi me había convencido de que nunca había existido.

—Está bien, Jason —dijo—, está bien. —Se puso de pie, dejando a sus lobos en el suelo para mirarle, simple cautela en sus rostros.

Alex levantó una mano, no exactamente apartándose de su camino, pero tampoco fuera.

—Estás tranquilo ahora, Ulfric, pero lo que acabamos de ver no estaba en calma.

Crispín se acercó a mí, pero le ordené que se retirara. Richard estaba siendo razonable, no quería que otro hombre me tocara en este momento, sobre todo el único hombre en la sala que estaba tan desnudo como yo. Crispín captó la indirecta y se quedó donde estaba, en realidad tomó bien las instrucciones, eso era agradable.

La blanca camisa de Richard fue tan mal arrancada que parecía como algo de los bailarines de Placeres Prohibidos que se destrozaban mientras actuaban. Su pelo se había deslizado libre de la cola de caballo, por lo que vino a mí con todo ese pelo grueso en una maraña alrededor de su cara. Él parecía, como podía parecer, como caminando en un sueño mojado, pero la sonrisa de su rostro era amable y tenía menos que ver con el sexo y mucho más que ver con las emociones más suaves.

Me tocó la cara, mirando a los ojos con esa sonrisa amable y sus ojos

marrones con una oferta total de algo más de lo que había visto en meses en él.

—Gracias —dijo.

Toqué su mano donde reposaba contra mi cara.

—Esa era mi ira. Sólo la tomé de vuelta.

Él ahuecó el lado de mi cara, y me dejé descansar contra su calor.

—Pensé que era mío para mantener.

—Se puede perder otra vez —dije, en voz baja.

Se inclinó hacia abajo, y sabía que eso significaba un beso. Quería ese beso, y no lo quería, todo al mismo tiempo. Le había sacado de mi corazón, este nuevo enfadado, hiriente Richard, pero la mirada en su rostro ahora, era del viejo Richard. Richard antes de que se hubiera visto obligado a tomar decisiones difíciles para muchos. Richard antes de que se hubiera convertido en permanentemente enfadado conmigo.

Me dio un beso, los labios suaves y llenos. Fue un buen beso, pero casto a los estándares de los últimos tiempos. Me di cuenta de que se retiró, los ojos buscando mi cara, que últimamente cuando estábamos juntos se había convertido en nada más que sexo. Duro, divertido, pero duro. Él había venido a mí en bruto, porque sabía que lo podía tomar, y podía gustarme, pero incluso el sexo había estado más cerca de la ira que del amor. El sexo puede ser bueno, pero no si es todo lo que haces.

—Me siento más yo mismo de lo que me he sentido en meses, Anita. Toda una vida de terapia no podría haber hecho lo que has hecho.

—Si lo hubiera sabido lo habría llevado de regreso, lo hubiera hecho, Richard.

—Ya lo sé —dijo. Me tomó de la mano y se volvió hacia los lobos esperando. No podía recordar la última vez que había cogido simplemente mi mano. Él había dejado de hacerlo incluso en la iglesia, de modo que el único toque que habíamos tenido había sido en privado y todo sobre el sexo. Había empezado realmente a pensar que tenía que volver a mi antigua iglesia, de modo que él y su familia podrían mantener la suya. Si nos separábamos para siempre, sería más fácil para mí cambiar de iglesia que hacer cambiar a todo el clan de Zeeman. Pero este momento tomados de las manos me hizo preguntarme qué más cosas habían cambiado en él.

Forcé el pensamiento más lejos. Había renunciado a Richard y a mí teniendo una valla blanca hace mucho tiempo. Él era el único hombre que me provocó nostalgia por no tenerlo. Sosteniendo su mano en ese momento

me hizo pensar una vez más si había perdido el barco. ¿Hubiera sido el único hombre que podría haber hecho que funcionara?

En el momento en que lo pensé, supe que no era mi emoción, o mi pensamiento. Richard no era el único hombre en mi vida que me hizo preguntarme si podría haber sido el único, si el *ardeur* no estuviera allí. Pero cogiendo su mano, sintiendo toda la emoción, lo lamenté. Ese pesar era mío.

—Tenemos que encontrar el amuleto —dijo Richard.

Los tres hombres lobo le miraron, como si no se fiaran de este nuevo Richard tampoco.

—Ulfric, ¿estás bien? —preguntó Shang-Da.

—Mejor de lo que he estado en mucho tiempo —dijo. Su pulgar comenzó a frotar mi mano.

—El amuleto no está en el suelo con la ropa —dijo Jamil. Él miró más allá de Richard a mí—. A pesar de que encontramos dos cuchillos de Anita. Uno de ellos tenía sangre en él.

Crispín habló desde detrás de nosotros.

—Mía.

Richard volvió a mirar al hombre tigre, mi mano seguía en la suya.

—¿Por qué te cortó Anita?

—Ella no —dijo Crispín. Él nos estaba mirando, pero su mirada no estaba fija en ninguna de nuestras caras, o mi cuerpo. Él estaba mirando las manos entrelazadas.

—Yo lo hice —dijo Jason.

Richard se volvió a Jason, moviéndome minuciosamente con él.

—¿Por qué?

—¿Puedo invocar la quinta en este caso, Richard? Tú no estás enfadado conmigo ya, me gustaría que siguiera siendo así.

—¿Y crees que responder a la pregunta me hará enfadarme contigo de nuevo?

Jason asintió.

—Tal vez.

Richard se volvió hacia mí.

—¿Qué te parece?

Apreté su mano y le dije:

—Digamos que todos nos hicimos amigos finalmente.

Él frunció el ceño.

—¿El tigre te atacó?

—Él atacó a Jason —dije—, y yo me ofendí.

Richard me miró, buscando mi cara.

—Sin embargo, terminaste en la cama con él.

Le fruncí el ceño y traté de retirar mi mano, pero la mantuvo, y le dejé tenerla en lugar de luchar.

—Déjalo ir, Richard, por favor.

Crispín dijo:

—Ella quiere que suelte su mano, Ulfric.

—Está bien, Crispín —dije.

Él negó con la cabeza.

—Eres una reina. Las reinas no tienen que ser tocadas si no quieren serlo.

Richard me atrajo contra su cuerpo, nunca dejando ir mi mano. Puse una mano en su pecho, que impidiera abrazarnos más cerca.

—No necesito luchar más, por cualquiera de los dos.

—De acuerdo a nuestra cultura, ¿verdad? —dijo Alex.

—¿De qué estás hablando? —dijo Richard.

—Sé que el lobo pequeño comparte bien —dijo Crispín—, y lo mismo ocurre con el tigre rojo, pero tu Ulfric, hueles a monogamia y a propiedad.

—Crispín —dijo Alex—, no se puede sostener la ley tigre, si no saben las reglas.

—Explícanos las reglas —dijo Richard. Trató de dejarme contra su cuerpo de nuevo. Mantuve una mano en su pecho para mantenernos un poco aparte, porque tenía otro destello de certeza. Sólo tenía que conseguir a todos los demás fuera de la habitación. Necesitaba sólo a Richard. No necesitábamos a nadie, sólo el uno al otro. ¿Qué había estado pensando con todos los demás?

Miré para arriba a Richard, y él me miró. En el momento que miraba en el café perfecto de sus ojos, todo lo que podía pensar era en acercarme a él.

El brazo que había estado usando para mantenernos separados se deslizó alrededor de su cintura. Se inclinó hacia mí, y todo lo que podía pensar era en lo mucho que quería que me besara.

Su piel era tan cálida en los lugares en que tocaba mi cuerpo, cálida y suave y simplemente perfecta… Era como si nuestros cuerpos hubieran sido hechos para estar juntos, siempre.

Me levanté en las puntas de mis dedos con mi desnudez contra el frente

de su ropa y la camisa destrozada. Me levanté para ayudar a nuestros labios a encontrarse, cuando Richard se doblaba hacia abajo. Tan alto, tan lejos de alcanzar, para el toque de su boca, pero tan digno de él.

El beso pasó de algo casto a una alimentación en la boca del otro. Richard me recogió y envolví mis piernas alrededor de su cintura, presionando mis partes más íntimas contra la parte delantera de sus pantalones. El dolor fue instantáneo, y demasiado crudo como para ignorarlo. Eso despejó mi cabeza mejor que cualquier ducha de agua fría.

Rompí el beso y traté de bajarme de sus brazos, pero él me retuvo en su contra.

—Me duele —dije.

Alejó su rostro lo suficiente como para parecer desconcertado, y luego me dejó bajar. Trató de hacerme deslizarme por su cuerpo, pero me detuve a mitad del movimiento, porque la idea de frotarme en frente de algo tan duro como los pantalones vaqueros me hizo temblar. Por agradable que fuese el paquete dentro del vaquero… el vaquero no.

Me dejó abajo en el suelo, pero mantuvo sus brazos a mi alrededor. Había vuelto a poner mis manos sobre su pecho para tratar de poner cierta distancia. No estaba segura de lo que había sucedido, pero estaba mal. No eran mis pensamientos.

—Anita, mírame —dijo.

Traté de no hacerlo, pero era casi como si no pudiera detenerme. En el momento que le sostuve la mirada, los pensamientos volvieron. Quería tocarle y tocarle. Quería…

Unos brazos alrededor de mi cintura por la espalda, y fui tirada hacia atrás de los brazos de Richard. También estaba fuera del suelo, situada contra algún otro cuerpo desnudo. Sabía que era Crispín antes de ver el destello del pelo blanco por la esquina de mi ojo.

Alex se mudó entre nosotros y Richard.

—Fácil, Ulfric, pero el uso de la magia es una ventaja injusta.

Shang-Da y Jamil fueron a cada lado de Richard, pero parecían inseguros sobre si ayudarle contra los tigres o agarrarlo para que no se saliera de control.

—No sé lo que quieres decir con uso de magia, pero si no pones a Anita abajo, voy a usar algo mucho más sólido en ti que un abracadabra.

Por mí parte, me sentía mejor en los brazos de Crispín, más clara de cabeza. Le di unas palmaditas en el brazo a Crispín.

—Está bien, me puedes bajar.

—Estaba tratando de hechizarte, en la forma en que tú puedes hacérnoslo a otros.

—Ya lo sé.

Richard dijo:

—No puedo hechizar a nadie. No soy un vampiro.

Di palmaditas de nuevo en el brazo de Crispín, y él me bajó al suelo, aunque mantuvo sus brazos a mi alrededor, suelto, pero con una tensión que me hizo saber que si intentaba ir hacia Richard de nuevo, me detendría. Por un lado, no tenía derecho a hacer eso, por el otro, había necesitado la ayuda. ¿Qué demonios estaba pasando con Richard y yo?

—Me hechizaste como un vampiro, Richard. Cuando me tocaste, era muy difícil pensar, y cuando me mirabas a los ojos era imposible. Era como si en todo el mundo no necesitara ni hubiera nada más que tú.

—Así es como se supone que es cuando estás enamorado —dijo.

Negué con la cabeza.

—Bonito pensamiento, Richard, pero esto no era estar enamorado. Esto era una obsesión. El dolor ayudó a aclarar mi mente, al igual que lo hace cuando se trata de un vampiro que intenta rodarme. Y todos los poderes de vampiro se magnifican el tacto. Lo sabes.

—Pero no soy un vampiro —dijo.

—Ni yo tampoco, pero puedo hacer rodar a la gente como si lo fuera, a veces.

Richard me frunció el ceño, su hermoso rostro cerrado en esas líneas petulantes. ¿Por qué era que la gente muy petulante se creía mejor que el resto de nosotros?

—Lo sentí, también —dijo Jason—. Se centró en Anita, pero me han rodado muchas veces para saberlo cuando lo huelo.

—Todos vosotros estáis locos —dijo, pero parecía menos petulante, y más reflexivo. Había una buena mente en el interior del envase bonito. Fue una de las cosas que me había hecho amarlo.

—No llevas mi enfado ya, Richard, pero sigues siendo parte del triunvirato con Jean-Claude y yo. Tal vez cuando perdiste la ira, ganaste algo más.

Abrió la boca, la cerró, y luego dijo:

—¿Es eso posible?

—Vamos a llamar a Jean-Claude y preguntar —dijo Jason.

Richard frunció el ceño.

—¿Por qué no te duchas, mientras llamamos?

Jason luchó por mantener su rostro neutral.

—¿Me quieres fuera del camino?

—No, pero si no deseas que me moleste de nuevo, te necesito no oliendo como tú rodando en el cuerpo de Anita. —Miró más allá de mí a Crispín—. Tú, también, Blanquito.

—Mi nombre es Crispín.

—Lo que sea, pero tú y rojo aquí podríais ir a otro lugar y limpiaros, eso ayudaría.

—No sé si la habitación que reservamos es todavía nuestra —dijo Crispín.

—Tengo una habitación que he reservado para la semana —dijo Alex. Él me miró, luego más allá a Jason—. Es uno de los eventos sociales del año, además de la política, y un toque de escándalo. He venido aquí para una historia, a pesar de que parece que fue hace mucho tiempo. —Se quedó pensativo, sacudió la cabeza, y luego miró a Crispín—. ¿Puedo pedir prestado un traje extra?

Jason comenzó a desatar la banda sin que se lo pidieran dos veces. Le dio el traje a Alex.

—Iré a la ducha. —Él se dio la vuelta y fue hacia el baño.

Alex le dio el traje a Crispín. Él no lo tomó. En realidad me apretó un poco más cerca de él.

—Si no estamos aquí para ayudarla a escapar de tus poderes, a continuación, él la tendrá y después nos perseguirá.

—Tu palabra, Ulfric, de que no la tocarás, mientras nos hayamos ido.

—No tienes derecho a pedir eso —dijo Richard.

—No, pero algo está pasando aquí, algo diferente. Ganas poderes si son animales de un vampiro para llamar, pero no se gana los poderes que tú y Anita están ganando. Eso no es parte del acuerdo. Sin embargo, vi que tú la hechizaste. Sentía tu rollo como una fecha barata. Girándome hasta cierto punto como los hombre tigres, y parte como un vampiro. Una vez más muy extraño.

Miró hacia el suelo como si la respuesta se encontrase en algún lugar de la alfombra.

—Debo dar mi papel o algo, o ellos se quejarán acerca de la factura del hotel. Ellos sólo corrieron porque los Summerlands permanecen aquí. Su

casa personal es un museo ahora a la historia de la familia y el pueblo de los fundadores.

—¿Ellos son la gran cosa? —dije.

Él me sonrió.

—Realmente no le prestas atención a los medios de comunicación, ¿verdad?

—No realmente. —Me moví lejos de Crispín, tomé la bata de Alex, y se la entregué a él.

—¿De verdad quieres que me vaya? —Crispín sonaba herido. El tono de la voz, algo en su expresión me lo puso en el lado lejano de veinte y cinco años. Había pensado que era más viejo.

—Necesito un poco de espacio, Crispín.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Richard.

Crispín le miró, luego de nuevo a mí, como para preguntar, ¿tenía que responderle?

Asentí, y él respondió, sin más. Obediente, casi tan inquietante.

—Veintiuno.

—Te gustan jóvenes, Anita.

—Nathaniel tiene la misma edad.

—Creo que es mi momento —dijo Richard—. Por lo menos estoy saliendo con la gente más cercana a mi edad.

Me volví y le dio una mirada hostil.

—Si vamos a luchar, te puedes ir, también.

Una mirada pasó sobre su cara. Tuvo que tratar dos veces antes de hablar, y las dos primeras veces no sonaba como lo que dijo al final.

—No estás segura sola.

—Estoy empezando a no sentirme muy segura con ninguno de vosotros en la sala.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que las marcas de vampiros hacen cosas extrañas de nuevo, y no sé por qué. Significa que estoy cansada. Significa que me duele. Eso significa que tengo que encontrar el amuleto. Tiene que estar en algún lugar en la sala. Eso significa que tengo que vestirme. —Vi la Browning en la alfombra donde había al parecer caído cuando Richard me había rodado con su tacto y la mirada. La cogí. Dejé mi arma, Richard, y no recuerdo haberlo hecho. Me olvidé de todo salvo de ti. El amor no me hace olvidar que estoy armada, pero una mirada de vampiro puede hacerlo.

—Te trató de engañar —dijo Crispín.

—Vete —dije—, ve a la habitación de Alex, y límpiate.

—¿Podemos volver aquí cuando haya terminado? —preguntó Crispín.

—No sé, llama primero.

—Estoy volviendo trabajar una vez que pongo a mis contactos marrones de repuesto —dijo Alex.

—Haz eso.

—¿Por qué suenas enfadada? —preguntó Alex.

—Todo la hace enfadar —respondió Richard, antes de que pudiera decir nada.

De repente quería estar sola. Quería que todos se fueran. Que se jodan todos, o mejor dicho, que no les jodan. Jesús, necesitaba recuperar el aliento, y no estaba segura de poder hacer eso con esta multitud que me rodeaba.

—Vosotros dos, fuera. —De hecho, di a Alex un pequeño empujón hacia la puerta—. Tú, —señalé a Richard—, te comportas, o te vas fuera de aquí.

—No estás a salvo sola —repitió.

—Tal vez no, o tal vez es tiempo de saber si estoy segura sola. Habéis estado a mi alrededor como hombre animales durante meses y no ha ayudado. Tal vez necesite menos de ustedes a mi alrededor.

—¿Puedo pedir prestado un par de gafas de sol, antes de irme? —preguntó Alex.

—Las gafas de sol no harán que no puedan rodarte con una mirada, bebé —dijo Jamil.

—Es para ocultar los ojos —dijo Alex.

—Te tuvo que gustar estar en tu forma de tigre —dijo Richard.

—Nací con estos ojos, al igual que Crispín nació con los suyos. Una de las señales de que nuestra sangre se adelgaza genéticamente es que cada vez menos niños nacen con los ojos del tigre.

—Los ojos nos marca como línea de sangre pura de nuestros clanes —dijo Crispín.

—Tus ojos azules parecen suficientemente humanos —dije.

—Si no sabes lo que estás viendo, sí. —Tenía la bata ahora, aunque no la había atado en su lugar, por lo que su cuerpo estaba enmarcado por la tela blanca. Era más blanca que la piel, pero no más blanca que el pelo.

—Fuera —dijo Richard, y agregó—: por favor, —con una mirada a mi

cara. No era una mirada feliz.

—No es tu habitación, Richard.

—No, es tuya y de Jason. —Él no tenía ese sabor a rabia con comentarios como este usualmente venían con él, pero todavía no estaba feliz. Supongo que no podía culparle, y que, allí mismo, estaba parte del problema. Una parte de mí todavía estaba de acuerdo con Richard. Se suponía que trataba de crecer, encontrar a alguien especial, casarse, y vivir felices para siempre, hasta que la muerte los separase. Una vez, lo creía hasta los dedos de mis pies. Ahora, sabía que no me iba a pasar. No iba a extrañar la boda. Esto siempre parecía como un dolor en el culo, pero el concepto de una sola persona que fuera todo, el fin de todo por ti… me perdía.

—¿Estás seguro que quieres que nos vayamos? —preguntó Crispín, y había esa nota melancólica en la voz que la mayoría de nosotros al crecer deja fuera en el momento de llegar a los veintiuno.

Sonreí, porque ese tono de voz o bien te hacía sonreír o querer patear el culo de alguien.

—Ve con Alex. Límpiate. Obtén algo de ropa. Llama a la habitación, y vamos a ver cómo me siento, ¿de acuerdo?

Su rostro se desmoronó un poco alrededor de los bordes. Una vez más, fue un gesto más joven. Tuve una mala idea.

—¿Estás absolutamente seguro de que tienes veintiuno?

—Nunca te mentiría, Anita. Si realmente eres mi reina, entonces no seré nunca capaz de mentirte.

Alex tomó el brazo a Crispín y comenzaron a ir hacia la puerta.

—Nos tenemos que ir.

Jamil le tendió un par de gafas de sol. Alex pareció casi asustado, entonces las tomó.

—Gracias.

—No son baratas, así que espero tenerlas de vuelta en una pieza.

Alex miró en el lado de las gafas.

—Dolce y Galbana, esto debe de valer unos pocos cientos. Las voy a tratar como el artículo de lujo que son, gracias de nuevo.

Jamil dijo:

—Tenemos algunas personas en nuestro paquete que no pueden volver a su forma humana completa. Es un dolor en el culo.

—No es necesario conversar, Jamil —dijo Richard.

Alex hizo una pequeña reverencia en su dirección.

—Buenas noches, por ahora, Ulfric. Lo siento de verdad si te molesté.

—Anita —dijo Crispín—, por favor no me envíes. Por favor, déjame quedarme contigo, por favor.

Conocía ese tono de voz. Mierda.

—Le has rodado por completo, de la forma que hiciste con Requiem —dijo Richard. Miré a su cara esperando ver la ira, pero sólo había algo parecido a la tristeza. Resignación, tal vez.

—No es un tema para la compañía —dije.

Alex se detuvo justo antes de la puerta, con el hombre más alto, Crispín, mirándome como a un niño que se arrastra fuera de la feria demasiado pronto. Dios, por favor, otro no.

—Esto no puede ser poderes de vampiro. Su llamada fue la de una tigresa de gran alcance, una reina. Los hombres jóvenes que nunca se han acoplado antes son más susceptibles a la llamada de una reina. Ellos son adictos a ella hasta que elige entre ellos. Cuando elige uno sobre los otros, entonces es como las feromonas, las hormonas, lo que sea, vuelven a los niveles normales y los que no fueron elegidos quedan libres de su influencia.

—Nunca había oído hablar de eso —dije.

—Los únicos tigres que había conocido eran supervivientes de ataques, y no trabajaba para ellos como esto —dijo Richard.

Jamil y Shang-Da estuvieron de acuerdo.

—Pero ellos no son tigres nacidos. De hecho, la mayoría de reinas matan a un hombre tigre que deliberadamente lleva más de un ser humano completo en contra de su voluntad. Se considera un gran regalo que se le invite a unirse a un clan cuando no nacen en él.

—Gracias, pero no, gracias —dije.

—Si realmente enviaste una llamada tan poderosa por accidente, Anita, puede volver a suceder. No es algo consciente siempre. Esto ocurre cuando vienes a tu poder. A veces en la pubertad, pero la mayor parte del tiempo en algún lugar de los veinte. Te ves sobre la edad adecuada para ello.

—Soy más vieja de lo que parezco —dije.

—No por mucho —dijo.

Crispín tiró un poco contra el brazo de Alex. No en serio, sino más bien como que no se dio cuenta de que lo estaba haciendo.

—Estoy casi en los treinta años —dije.

—Pareces más joven. Habría asegurado menos de veinte y cinco años.

Me encogí de hombros.

—Buena genética.

—Si tú lo dices, —pero no sonaba como que él lo creía.

Francamente, con marcas de al menos dos vampiros en mí, quién era yo para decir que no estaba envejeciendo un poco más lento de lo normal. Por no mencionar que los hombre animales envejecen más lento que el hombre normal, también. Supongo que le permitía su escepticismo.

—Por favor, Anita —dijo Crispín, tirando un poco más fuerte contra la mano del otro en su brazo.

Había visto esa mirada en los rostros suficiente para entenderlo. Alex podría decir que fue la magia del tigre, pero parecía lo que había hecho accidentalmente a algunos de los vampiros y hombres animales en St. Louis. Era el poder de Belle Morte ser capaz de rodar a alguien con lujuria, amor, deseo del corazón. Tenía la capacidad de poseer alguien. El problema era que no era mucho de mi propiedad. Si quería ser dueño de algo que me daría la lealtad inquebrantable, me compraría un perro.

Miré en sus azules ojos de tigre, y Richard tenía razón, era la mirada que Requiem me había dado una vez. Le habíamos liberado, porque era un maestro vampiro, y tenía el poder suficiente, con la ayuda, para liberarse. La ayuda era que le había estado diciendo que nunca lo tocaría otra vez a menos que se liberara. La sicología inversa, pero funcionó. Algo. Requiem todavía me quería mucho más de lo que deseé que me quisiera.

—Ve con Alex, Crispín. Cuando ambos estén limpios, llamad primero, pero no le arrojaré sólo. ¿De acuerdo?

La mirada de alivio en su rostro me hizo sentir un poco enferma del estómago. No lo había hecho a propósito. Mierda.

—¿Por qué no estás tan afectado como él? —preguntó Richard.

Alex respondió:

—Te lo dije, golpea a los jóvenes más fuertes. Los que no han sido montados antes. También soy más viejo de lo que parezco.

—Yo diría que treinta años, tal vez un poco más —dijo Richard.

—Estás fuera por una década y algunos cambian.

—¿Todos los hombre tigres lo llevan también? —pregunté.

—Aquellos de nosotros de pura sangre, sí. —Se puso sus gafas de sol, luego llegó al pomo de la puerta con mano firme en el brazo de Crispín.

—Así que no deberías haber sido obligado a contestar mi llamada —

dije.

Él me miró, con los ojos perdidos detrás de los lentes de color negro.

—No, no debería haberlo hecho. Sólo el jefe de un clan puede llamar a todos los hombres sin pareja independientemente de su edad o experiencia. Si fueras un hombre tigre real de un solo clan, sería visto como un desafío directo a la autoridad del líder del clan, y ella tendría que matarte.

—Pero debido a que llamé a todos los clanes, no saben qué hacer conmigo —dije.

—Apostaría eso, pero luego me he pasado los últimos dos días contigo, aquí. Voy a tratar de llamar a mi familia y ver lo que mi reina tiene previsto hacer. Al igual que tú quieres privacidad para hablar con los lobos, quiero hablar con los tigres. Así que vamos a limpiarnos. Voy a hacer algunas llamadas. Vamos a llamarte, y vamos a ir allí. Con suerte, dejaré caer a Crispín aquí, y a continuación, ir a trabajar.

—¿Por qué con suerte? —pregunté.

—No puedo mirarte con ojos de gacela grande, pero confía en mí, muchacha, lo siento. Me has rodado, no se equivoquen sobre esto, pero soy Li Da del clan rojo, hijo de la reina Cho Chun. Si hubiera sido mujer hubiera estado preparada para dirigirlo después de ella. Pero incluso siendo sólo un hombre, mi línea de sangre significa algo. Me da cierta protección de las perras de gran alcance. Mi madre ha conspirado durante años para cerrarme lo suficientemente cerca de una de las reinas del clan que llama a la raza. Estará encantada de arreglárselas para entrar a través de todos mis escudos. Bebé o no bebé, te invitará a unirte a nuestro clan, porque una vez has roto a un tigre macho a tu llamada esta más o menos, no puedo decir que no. No, si lo fuerzas. —Su voz era tan amarga que casi dolía oírlo.

No sé lo que habría dicho a todo eso, pero Shang-Da me salvó de tener que decir nada.

—No te ves chino o coreano.

—Nunca lo hice. Es una de las razones por las que fueron capaces de aniquilarnos. Nosotros no podríamos mezclarnos. Los que escaparon a otros países se vieron obligados a casarse con los seres humanos que encontraron. No han sido puras líneas de sangre china desde los tiempos del emperador Qin Shi Huang.

—El emperador que unificó China y quemó todos los libros con los que no estaba de acuerdo —dijo Shang-Da.

—Sí, ese —dijo Alex.

—Eso fue hace más de dos mil años.

—El clan de los Tigres hablan de ir a casa en la manera en que los Judíos hablaban de la Tierra Santa. Estamos en el exilio, y mientras que los comunistas gobiernen nosotros siempre lo estaremos. Algunos de nosotros volvimos cuando los emperadores fueron derrocados, pero los comunistas nos vieron como espías occidentales. Nos asesinaron junto con sus rebeldes.

—Mi familia nunca ha hablado de esto —dijo Shang-Da.

—El emperador destruyó cualquier escrito sobre nosotros.

—La gente de Fox todavía viven en la patria. Ocultos, pero están ahí.

—¿Están aún los dragones allí?

—No —dijo Shang-Da—, el último de ellos huyó cuando los comunistas tomaron el poder. Los comunistas no creen en Dios o en la magia, pero emplearon a magos para limpiar la tierra de los rebeldes. Los rebeldes eran cualquier cosa no-humana.

Sabía que los dragones en China no eran sólo animales, como eran en la mayor parte del resto del mundo. En China había cambiaformas; personas. No lo dije en voz alta, sin embargo. Si mantenía la boca cerrada ellos podrían seguir hablando. A veces, si la gente se olvida de que estás ahí, aprendes más. El silencio puede ser un activo superior a cualquier pregunta.

—Así que todos estamos en el exilio.

—Como tú dices, todavía hay gente zorro allí, pero se ocultan a la vista.

—Ellos pueden verse como todo el mundo —dijo Alex.

—Sí —dijo Shang-Da.

Crispín estaba mirando de uno a otro de nosotros. Casi parecía que la lección de historia era tan nueva para él como lo era para mí. Interesante.

—Las Vegas es nuestra casa. Nosotros no hablamos de ir a ningún otro lugar —dijo Crispín. Alex me miró, luego de regreso a Crispín—. Tenemos que ir a limpiarnos. Vamos a tratar de evitar a cualquiera de mis compañeros reporteros. Realmente no quiero tener que explicar por qué estoy saliendo de esta sala con una bata, y con otro hombre con una bata.

—¿Homofóbico? —dije.

Él negó con la cabeza.

—Ser considerado bisexuales estaría bien, pero Crispín es un hombre tigre conocido. Tu novio en la ducha es un hombre lobo conocido. No es mi preferencia sexual lo que estoy tratando de ocultar.

—Tengo otro amigo que es un periodista que dijo básicamente lo

mismo.

Se inclinó hacia la puerta y cogió un aliento largo de aire.

—Huelo a los guardias, pero a nadie más. Vamos a ir y tomaremos las escaleras.

Alex abrió la puerta. Crispín se movía como si fuera a entrar en la habitación otra vez. Alex le cogió del brazo y tiró de él hacia la puerta parcialmente abierta. Crispín tiró contra el brazo del otro hombre. Él me miró. Su rostro era crudo con la necesidad, y algo más. ¿Era miedo lo que vi en esos ojos azules?

—Vamos, Crispín, tenemos que limpiarnos. Creo que hasta puedo tener algo de ropa que se ajuste a ti. Crispín se quedó en la puerta, mirándome. Supe lo que el vio ahora. Dolor, miedo y deseo, todos en su cara, tan cruda que dolía verlo.

—Le has rodado —dijo Richard.

—No a propósito.

—No, pero a diferencia de algunos de los otros que has rodado accidentalmente, éste es… —Sacudió la cabeza—… joven.

Sabía lo que quería decir. No era la edad real. Veintiún era bastante adulto. Requiem tenía varios cientos de años cuando accidentalmente le hechicé. Eso le da a un hombre mucho más carácter para aprovechar, para ayudarle a liberarse. Como Alex Pinn había dicho, te golpea más duro cuando nunca has sido llamado antes.

Suspiré y me fui con él. Él me sonrió de una manera que nunca quieres que un extraño te sonría. Demasiado caliente, demasiado malditamente feliz. Me asustó. Había hecho a Requiem liberarse de mis poderes, pero era un maestro vampiro. Él tenía su propio poder. Crispín era un hombre tigre, pero no se sentía su poder. No estaba segura de que hubiera suficiente en su interior para liberarse de mí, y sin su ayuda dispuesta, no sabía cómo liberarlo de lo que yo y *Marmee Noir* habíamos hecho. Mierda.

Crispín me tocó el brazo cuando estaba lo suficientemente cerca. No traté de detenerlo. Pero en el momento en que me tocó, pensé, ¿por qué quiero que se vaya? Era una tontería. Él podía quedarse, por supuesto que tenía que quedarse. Él era mi tigre, mi caballero blanco, mi…

Me eché hacia atrás de él. No hice caso de la mirada herida en su rostro.

—Ve con Alex. Límpiate, consigue algo de ropa. O mira si tu amigo vampiro, Lucian ¿verdad?, todavía está aquí.

Crispín asintió.

—Mira si todavía está en el hotel. Tu propio equipaje podría estar aquí en alguna parte. Tu propia ropa. Anda, y haz lo que te pido.

—¿Me puedes dar un beso de despedida?

Richard y yo dijimos:

—No. —Al mismo tiempo.

Deslumbré a Richard, pero dije:

—Alex, sácalo de aquí.

Mantuve la cara girada tan lejos como los tigres dejaron. Fui a través de la habitación para el equipaje. Necesitaba ropa.

—¿Qué pasó cuando le tocaste justo ahora? —preguntó Richard.

—No quería que se fuera. Era como una versión más ligera de lo que me hiciste cuando proyectabas tus emociones en todo mi cuerpo. Pensé que eras tú, pero si Crispín lo hizo, incluso una versión más pálida, tal vez es algo que *Marmee Noir* me hizo a mí.

—¿Qué? —preguntó.

—No lo sé. —Puse la Browning junto a la maleta, y empecé a tirar la ropa fuera.

—Necesitas saber lo que te hizo. —Esto vino de Shang-Da.

Me sorprendió que le importara lo suficiente como para hacer comentarios.

—Tengo que llamar a Jean-Claude.

—¿No puedes simplemente abrir las marcas? —dijo Richard.

—Sí, pero cuando me alimentaba de tu ira, se escudó. No estaba seguro de cómo digerir la ira. Creo que el teléfono será más seguro.

—Tienes miedo de que lo que está sucediendo se escape a Jean-Claude —dijo Richard.

—Sí. —Tenía la suficiente ropa para hacerme feliz. Ahora sólo tenía que cambiarme. Si hubiera sido sólo Richard, podría haberme simplemente vestido, pero no quería vestirse delante de Jamil y Shang-Da. Sé que suena raro. Quiero decir que estaba desnuda delante de ellos, y ellos estaban frescos al respecto. ¿Entonces por qué vestirme era más íntimo? No lo sé, sólo lo era. No me gustan los hombres que no son mis novios mirándome mientras me pongo la ropa. Siempre hay un momento en que te permiten saber con los ojos que están viendo, y no de una manera totalmente neutral. O tal vez no, tal vez es sólo mi complejo, pero a pesar de todo, quería privacidad.

—¿Por qué ir al baño a vestirse? —dijo Richard.

—O me voy al baño, o Jamil y Shang-Da entran en el pasillo.

—Ya estás desnuda, Anita —dijo Jamil—, no podemos ver más.

Me encogí de hombros.

—Compláceme.

Todos los hombres se miraron y, a continuación Jamil dijo:

—¿Quieres que vayamos al pasillo, o que ella vaya al cuarto de baño?

—No la quiero a solas con Jason en la ducha.

Podría haber protestado, pero todos tenemos nuestras debilidades. El ver a un hombre atractivo todo mojado era una de las mías.

Jamil se fue hacia la puerta, y Shang-Da le siguió. Nadie discutió. La puerta se cerró detrás de ellos, y de repente estuvimos solos. El silencio era más grueso de lo que debería haber sido.

Le miré y tenía esa mirada en sus ojos. Esa mirada que era muy Richard. Era un Boy Scout la mayor parte del tiempo, como un buen hijo, un buen chico, un buen maestro, un hombre bueno. Entonces, a veces, cuando estábamos solos, me miraba con esos ojos oscuros. Esa mirada que decía debajo de todo lo bueno que era alguien a quien le gustaba ser malo. Alguien que entendía la oscuridad en mí, así como la luz. Si no hubiera odiado la oscuridad de su alma tan terriblemente, podría haberlo amado por siempre. Pero no se puede amar a alguien que se odia tanto, y te odia por amar a las partes de sí mismo que más odia. Es un baile muy complicado para ganar.

No hice caso de esa mirada oscura, y traté con mi mejor esfuerzo fingir que no estaba allí. De hecho, le volví la espalda para vestirme. Funcionó por un tiempo, y luego lo sentí detrás de mí, muy cerca detrás de mí.

Me volví a tiempo para mantener la mano extendida para tocarme. Tenía jeans y un sujetador, pero la camisa estaba todavía en la cama con mi arma.

—Anita —dijo.

—Richard, no.

—¿No qué? —preguntó.

Cerré los ojos, así que no podía verle. Eso siempre hacía un poco más fácil dar la espalda.

—Cuando me has tocado antes, fue como magia. Si no me hubiese hecho daño, o Crispín no me hubiese apartado, habría permitido que hicieras algo. No es real. Es un problema metafísico.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo, y su voz estaba más cerca. Él se

movió tan cerca que pude sentir el calor de su cuerpo contra mi piel desnuda. No era su energía de otro mundo lo que sentía. Era sólo él.

Di un paso atrás, los ojos todavía cerrados, y casi golpeé la lámpara de noche otra vez. Ambos la agarramos, y puso su cuerpo junto al mío. Su mano sobre la mía alrededor de la lámpara. Habíamos tenido uno de esos momentos congelados, torpe.

Le miré, y él estaba muy cerca, demasiado cerca. Se inclinó para cerrar la distancia y besarme. Me tiré hacia atrás sobre el suelo, golpeando la basura lo más que pude, como un cangrejo caminando hacia atrás hasta que mi espalda golpeó la puerta del baño fuertemente.

—Richard, por favor, por favor, ¿no puedes sentir que algo está mal? Siempre estamos atraídos el uno al otro, pero no así.

—Creo que si te toco ahora, tú acabarás diciendo que sí.

—Exactamente —dije.

—Quiero decir que sí.

—¿Sí a qué, Richard?

—A todo —dijo.

—Así que ahora que tienes la suficiente capacidad metafísica para rodarme, vas a hacerlo. ¿Rodarías mi libre albedrío y me harías tu pequeña mascota?

Él frunció el ceño.

—No es así, Anita. No te estoy haciendo sentir cosas que no sientes. Las emociones son reales.

—Tal vez, pero no son las únicas emociones que estoy sintiendo. Estás tratando de dejar fuera mis elecciones, Richard.

Se arrodilló delante de mí. Mi corazón dio un vuelco en mi pecho, y me presioné más fuerte contra la puerta del baño. Extendió la mano hacia mí, y dije lo único que podía pensar para detenerlo.

—¿No estás tratando de hacer la misma cosa que sigues acusando de hacer a Jean-Claude?

Su mano vaciló tan cerca de mi cara que podía sentir el calor de su piel. No era sólo el calor de su cuerpo este momento. Su poder estaba allí como algo vivo y por separado casi de él, pulsando encima de su piel. Jugando a lo largo de mi mejilla como algo suave y cálido y… esperando para llamar a mi lobo, pero no fue así. Era como si no fuera ese tipo de poder. Se sentía más suave que su punta eléctrica habitual. Parecía más… Jean-Claude.

Abrí mis ojos, le miré, y encontré lo que había temido. Sus ojos eran de

color marrón, brillando con la luz de su propio poder. Eran lo que sus ojos habrían parecido si hubiese sido un vampiro. La forma en que mis propios ojos miran de vez en cuando.

—Tus ojos —susurré.

Su mano tocó mi cara, y el toque fue demasiado. Un aliento, y estaba tratando de luchar, al siguiente, me caí en el fuego de sus ojos marrones. No había nada más que la necesidad de tocarlo. Nada más que la sensación de su boca en la mía, sus manos sobre mi cuerpo, mis manos en él, y la justicia absoluta de todo ello.

Su mano pasó entre mis piernas y me agarró a través de mis vaqueros. Normalmente, hubiera sido emocionante, pero esta noche, dolía. El dolor fue inmediato. Me ayudó a nadar de vuelta hasta la parte superior de mi mente. Pude pensar de nuevo, en lugar de sentir.

—Richard, detente —dije, y fue casi un grito.

Me tocó la cara.

—No quieres que me detenga.

Me quedé mirando el suelo, como si la alfombra de colores, o la ropa esparcida fueran de suma importancia.

—Lo hago, quiero que pares.

—Mírame, Anita.

Negué con la cabeza y comencé a alejarme de él, todavía de rodillas. Me agarró del brazo. La sensación de su piel desnuda en la mía casi me deshizo, pero lo que estaba sucediendo era un tipo de energía vampiro y había pasado años luchando contra eso. Respiré a través del deseo casi enloquecido para tener más de su piel en contacto conmigo. Era como una mezcla del *ardeur* y la mirada vampiro. Mierda.

—Suéltame, Richard, ahora. —Mi voz era entrecortada, pero clara. Un punto para mí.

—Puedo sentir lo mucho que quieres que te toque —dijo, y su voz era ajustada con el poder, o el deseo, o ambas cosas.

Sentí su cuerpo, no sólo a través de su mano, todo. Era como si pudiera sentir cada centímetro suyo, tan cálido, tan vivo, tan delicioso… Quería tocarle. Quería desnudarlo y rodar por encima de él. Una vez más, se sentía como el *ardeur*, pero diferente. Pero esta vez estaba en el lado equivocado del mismo. Era como si Richard fuera una proyección del *ardeur* para mí, no al revés. Jean-Claude celebraba el *ardeur*, pero siempre se comportó. En este momento con Richard, sabía lo mucho que Jean-Claude se había

comportado.

Pensé:

—Jean-Claude, ayúdame.

La puerta del baño se abrió detrás de nosotros. Jason estaba en la puerta con una toalla envuelta alrededor de su cintura.

—Vete —dijo Richard.

—Ayúdame —dije.

Tuve un momento para sentir lástima por Jason. Él se encontraba muy enredado. Si me ayudaba, su Ulfric estaría molesto. Si no me ayudaba, yo estaría molesta, y también lo estaría Jean-Claude. Tuve un momento para apreciar su dilema, atrapado entre el hombre lobo y el vampiro. Pero aún apreciando su problema, no me importaba tanto su problema como el mío. Richard había heredado el *ardeur* finalmente, y lo estaba utilizando en mí.



CINCUENTA

Jason habló lentamente, con cuidado, con esa voz que utilizan para las personas en las cornisas, cuando están lejos, muy por encima del suelo.

—Richard, Anita, ¿qué está pasando?

—Déjanos solos, Jason —dijo Richard. Trató de tirarme más cerca de su cuerpo.

Me reforcé con mi otro brazo y mis rodillas, la forma en la que hago algunas veces en judo. No cuando piensas que puedes ganar la pelea, si no cuando simplemente decides que los herirás antes de que ganen. No era lo suficientemente fuerte para impedir que Richard me atrajera a su cuerpo, si era eso lo que quería, pero era lo suficientemente fuerte para herirlo si lo hacía. Era lo mejor que podía hacer. La Browning estaba en la cama, y verdaderamente, no quería dispararle a Richard. Él lo sabía, y yo lo sabía. Oh, ha habido momentos en los que posiblemente lo habría hecho, y probablemente habría usado un cuchillo, pero no un arma. No me habría

arriesgado a matarle. Una vez que renuncias a la idea de matar a alguien más grande y más fuerte de lo que eres tú, estás, hasta cierto punto, a su merced. Tu mejor esperanza es que sean misericordiosos.

No quería mirar el rostro de Richard para tratar de ver si había cualquier misericordia ahí, pero tenía miedo de encontrar sus ojos otra vez. Era los suficientemente duro ya pelear su poder con solo sus manos en mi brazo. No podía permitirme caer en sus ojos de nuevo. No estaba segura si sería capaz de arrástrame fuera. Había algo diferente en su versión del *ardeur*. A falta de una mejor palabra, había más vida en él. Mis más fuertes poderes yacían en los muertos, no en los vivos. Richard estaba mucho más vivo.

—Esto es el *ardeur* —dijo Jason—, pero no me hace querer tocarte, Anita.

—Regresa dentro al cuarto de baño, Jason —dijo Richard; había un ligero gruñido en su voz ahora.

Jason se aferró del quicio de la puerta lo suficientemente apretado que sus dedos se motearon.

—Es demasiado fuerte, no puedo pasar la respiración, pero todo está dirigido hacia ti, Anita. Puedo sentir eso, como un pensamiento en el aire. Quiere que lo quieras, y solo a él. Dios, es demasiado fuerte.

Dije:

—Ayúdame.

Richard dijo:

—Vete.

—Richard, Ulfric, estás haciendo lo mismo de lo que acusas de hacer a Jean-Claude —dijo Jason.

La cabeza de Richard dio un tirón hacia arriba, y miró hacia Jason. Jason apartó la vista de esa mirada.

—Tus ojos están brillando como si fueras un vampiro, Richard. Sé que no debes mirar a un vampiro a los ojos cuando lucen así. —Jason dejó que el miedo sonara en su voz. Parecía real, y fue una de las primeras veces que me di cuenta de que tenía miedo de los vampiros.

Mantuve mi brazo reforzado en el suelo mientras Richard trataba de atraerme hacia él. Pero no era la fuerza en su mano lo que era difícil de resistir. Era el calor, abrasadoramente aplastante de su poder. Era como algo vivo, caliente, y deseoso. Algo que tiraba de mí, tan real como su mano. No era solo acerca de la lujuria, si no de la promesa de que si solo

me dejara ir, me envolvería en el calor seguro de su amor, y no habría más dolor, ni más incertidumbre. Pero había sentido algo como esto antes. Auggie, Maestro de Chicago, podía hacer que lo amaras. Pero incluso Auggie nunca hizo que se sintiera así. Esto se sentía real. Pero por supuesto, era real, o debería serlo. Auggie había sido un extraño, la lógica en mi cabeza sabía que era un truco, pero lo que Richard ofrecía se sentía real, porque una vez lo había sido. Una vez, la creencia de que su amor sanaría todas las viejas heridas, y finalmente me haría sentir segura, había sido verdadera. Una verdad y una mentira. El amor es real, y falso, incluso el amor verdadero. Porque el amor solo no puede mantenerte seguro, si todavía hay un temor temblando dentro de ti. Aún con conocimiento de lo que era amar y creer y haberlo perdido. No era mi prometido de la universidad lo que me obsesionaba. Era, como siempre, la muerte de mi madre. Si no podía sostener esa verdad, entonces ¿qué oportunidad tiene cualquier hombre para hacerlo?

Fue ese pensamiento el que me ayudó a empujar contra el calor del poder de Richard. Fue ese pensamiento el que me ayudó a nadar contra la corriente de su amor. Al igual que sus manos habían sido demasiados duras causándome dolor, ésta pérdida fue el mayor dolor que tuve. Era el enorme agujero negro dentro de mí que se había llenado con rabia de hace mucho tiempo. Era el lugar de donde salía mi ira, y regresaba también, como las mareas de algún océano de sangre. El dolor siempre te ayuda a hacer retroceder los poderes de un vampiro.

Me dejé sentir esa pérdida, que pasé la mayor parte del tiempo sin pensar. Dejé que la rabia y la pérdida me llenaran, y no había lujuria, ni deseo, ni amor, eso que podría ganar contra tanta tristeza.

La gente hablaba de la tristeza como si fuera suave, una cosa de agua y lágrimas. Pero la verdadera tristeza no es suave. La verdadera tristeza es una cosa de fuego, y rocas. Quema tu corazón, aplasta tu alma bajo el peso de montañas. Destruye, e incluso si sigues respirando, si sigues adelante, mueres. La persona que eras momentos antes muere, muere en el sonido de gritos de metal y del impacto de un mal conductor. Desaparece. Todo lo sólido, todo lo real, se va. No regresa. El mundo siempre esta fracturado, así que caminas en la corteza de la tierra en donde puedes sentir el calor debajo de ti, la presión de la lava, que está tan caliente que puede quemar la carne, derretir huesos, y el mismo aire es venenoso. Para sobrevivir, te tragas el calor. Para impedir caer completamente y morir de verdad, te

tragas todo ese odio. Lo empujas hacia abajo dentro de ti, en esa tumba fresca que es todo lo que queda de lo que pensabas que sería el mundo.

No era tan tonta para mirarle a los ojos, pero mi voz era sólida y segura de sí misma, así que dije:

—Déjame ir, Richard. No puedes hacerme sentir segura. No puedes arreglar lo que está mal conmigo.

—Te amo —dijo, y su voz estaba llena de todo lo que esas palabras significaban para él.

—Me amas tanto que usarás artimañas de vampiro para forzarme a entrar a tus brazos.

Él dejó de tratar de tirar de mi hacia él, y vino a mí. Cerró esa pequeña distancia envolvió sus brazos a mi alrededor. Minutos antes, estando en sus brazos así, hubiera hecho todo lo que él quisiera. Pero era demasiado tarde. Sostenía mi cuerpo, pero mi corazón estaba frío. Era la forma en la que había vivido todos estos años. Fría y caliente, tristeza y rabia; eso había sido el mundo para mí hasta que Jean-Claude encontró una forma de entrar en las paredes que había construido.

Entendí en ese momento que había sido Jean-Claude y no Richard el que había derribado esas paredes. Jean-Claude había tenido su propia tristeza y rabia cuando le conocí. Él había sabido lo que era tener todo lo que quería, amor verdadero, seguridad real, y perderlo todo. Richard no lo había entendido. Él había creído en la bondad del universo. Yo no había creído en eso desde que tenía 8 años. Jean-Claude no había creído en palabras como bondad desde hace siglos.

Algunas veces no era la luz en una persona lo que te hacía caer enamorado, sino la oscuridad. A veces no es el optimista lo que necesitas, sino otro pesimista que camine a tu lado y conozca, con absoluta certeza, que ese sonido en la oscuridad es un monstruo, y que realmente es tan malo como tú piensas.

¿Había eso sonado sin esperanza? No se sentía desesperanzado. Se sentía tranquilizador. Se sentía… real.

Richard tomó mi barbilla en su mano. Comenzó como un gesto amable, pero cuando no encontré sus ojos, apretó la mano. Trató de obligarme a mirarle a los ojos. No podía detenerlo, pero podía forzarle a que me lastimara para hacerlo. El dolor me ayudó a alejarme de él. Me tenía tan cerca que era como estar envuelto en una manta cálida de energía, pero a lo que él se refería con un sentimiento reconfortante era como si yo estuviera

demasiado caliente. Era asfixiante, calor cerrado, como si el aire fuera demasiado espeso para respirar.

Su mano en mi mandíbula era dolorosa, solo al borde de romper los huesos. Mantuve mis ojos cerrados, pero incluso a través de los párpados cerrados podía sentir la presión de su mirada.

—¡Mírame!

—No —dije.

Jason dijo:

—Esta es la primera vez que has sentido el *ardeur* tú mismo, Richard. Tu poder embriagador.

—¡Anita, mírame!

—¡No!

Entonces me besó, y no importó que no lo hubiera mirado. Para el *ardeur*, un beso era tan bueno como una mirada. Tal vez mejor.

Me besó, y todas las mentiras fluyeron sobre mi enfado, enfriando la rabia, y llenándome con la dulce certeza de que nada podría lastimarme mientras estuviera en los brazos de Richard.



CINCUENTA Y UNO

En un minuto, estaba a salvo, el miedo, la ira, todo desapareció. Era como si los brazos de Richard, su boca, su cuerpo fueran alimento, bebida, aire y todo lo bueno, todo en una sola persona.

Al minuto siguiente, me estaba ahogando. El beso que había sido como el aire, dulce y puro, me estaba asfixiando. Los brazos que se habían sentido tan seguros eran una trampa de la que tenía que liberarme.

Me alejé de derretirme en su cuerpo a combatir con todo lo que tenía para escapar.

Richard luchó por seguir besándome, sosteniéndome. Pero otras manos estaban en mis hombros, ayudándome a pelear. No por luchar contra Richard, sino para ayudar a mi mente, a mí, a luchar. La mano de Richard fue a mi pelo y trató de mantener mi cara pegada al beso, pero otra mano estaba allí, otro brazo, ayudando a alejarme, otro cuerpo tirando de mí hacia atrás.

El miedo de Jason se apoderó de mí con su toque. El miedo a lo que Richard estaba haciendo. No sólo el temor de los nuevos poderes de vampiro de Richard, sino el miedo de cómo me sentía con su beso. El miedo a ahogarse en la obsesión perfecta del amor.

Jason sintió mis emociones, sintió lo que Richard me hizo sentir, y sentí el terror de Jason de lo que decía que él quería. El terror de ser consumidos por una persona. El miedo de pertenecer a una sola persona. Jason dijo que el deseo de su corazón era esto, pero se mintió a sí mismo. En un sofocante, y ahogador momento con la mano llena, él y yo supimos que no hizo lo que quería. La idea de una sola persona para siempre hizo helar su sangre.

Estaba atrapada entre los dos. Dos hombres lo suficientemente fuertes como para rasgarme, literalmente. Era como ser un bate de béisbol en ese ritual de la infancia en el que tratan de colocar la mano en la parte superior de la madera. Salvo que este bate estaba tratando de liberarse de un conjunto de manos. Empujé a Richard, luché contra su agarre, hasta que más de mí estaba acunado en los brazos de Jason, y sólo una mano se quedó clavada en la parte superior de mi brazo.

Jason y yo estábamos en el suelo, con la espalda contra el lateral del marco de la puerta del baño. Me abrazó tan cerca como pudo, incluso sus piernas alrededor de mi cintura por la espalda. Podía sentir su corazón latir contra mi espalda, el gusto de su miedo como algo metálico en la lengua. No necesitaba ser capaz de ver su cara por encima de mi hombro para saber que sus ojos azules estaban muy abiertos, los labios entreabiertos, y su piel pálida.

Richard estaba de rodillas, mirándonos. Sus ojos habían sangrado de vuelta a su marrón normal.

—Puedo sentir cuan temerosos estáis ambos de mí.

—Trataste de joderme la mente, Richard. Trataste de apartar mis decisiones.

—Quiero que solo me quieras a mí, Anita. Te quiero tan desesperadamente que me vuelves loco a veces. Odio la idea de que estés con otros hombres.

Sabiamente mantuve la boca cerrada, porque sabía que le gustaba verme con Jean-Claude, a veces. Le gustaba compartir con Jean-Claude, a veces. Pero, al igual que gran parte de la vida interior de Richard, no quería aceptarlo. Si le preguntara, él me compartió con Jean-Claude, porque no tuvo otra opción. Lo hizo en raras ocasiones, porque no le gustaba.

¿Correcto? No necesariamente. Pensé que lo hizo muy poco porque tenía miedo que le gustara.

—Estás haciéndome daño en el brazo, Richard.

Miró donde sus dedos habían hecho impresiones en mi piel, como si no se acordara de que lo estaba haciendo. Me soltó y se sentó sobre los talones, todavía de rodillas. Se quedó perplejo.

—No quise hacerte daño —dijo.

—Ya lo sé —dije.

Jason solo se quedó abrazándome, mientras que su pulso comenzó a desacelerarse.

—Si Jason no hubiera intervenido, habrías hecho cualquier cosa que yo quisiera.

Pero yo lo creía, también, Anita. Creía en ese momento de… y vivieron felices para siempre, de nuevo. Pensé en el matrimonio y los niños y los…

—Sentí lo que pensaste —dije.

—Pero lo pensaste, también. —Me miró, y era tan sincero, tan lleno de su verdad.

—Me hiciste pensarlo, pero era tu pensamiento, no el mío. No voy a pedir disculpas por eso nunca más, Richard. Conseguiste tu primer gusto de tu propia versión del *ardeur* y lo has utilizado todo tan despiadadamente como alguna vez has acusado a cualquier vampiro de usarlo.

—Eso no es justo —dijo.

—Sentí lo que estabas haciendo con ella, Richard. Llevándote su libre albedrío, y llenándola con esta falsa felicidad —dijo Jason.

—No es falsa.

—No es su versión de la felicidad, Richard, es la tuya.

—No es tu asunto interferir entre tu Ulfric y su lupa.

—Tal vez no, pero no podía estar allí y sentir lo que le estabas haciendo a ella. Anita me pidió que la ayudara, y tenía que hacerlo.

Toqué sus brazos donde estaban todavía envueltos a mi alrededor.

—¿Qué quieres decir, con que tenías que hacerlo, Jason?

—Eres mi amiga, y la principal restricción de mi mejor amigo. No podía dejarle que te violara de esa manera.

—Eso no es lo que estaba haciendo —dijo Richard.

—Por definición de la ley, usar la habilidad mágica o psíquica para quitarle la elección a alguien es una violación.

Jason lo dijo, pero yo lo había pensado.

Sentí a Jason tranquilizarse a mi alrededor, y creo que hice lo mismo en sus brazos.

—¿Acabas de decir en voz alta lo que estaba pensando? —pregunté.

—¿Lo hice?

—Creo que lo hiciste —dijo Richard. Se inclinó hacia nosotros, olfateando el aire.

Todavía encontraba un poco inquietante cuando mis amigos licántropos hacían cosas muy de animal en forma humana.

Jason nos echó hacia atrás, como si su espalda pudiera empujar a través de la pared y aumentar nuestra distancia.

—¿Qué estás tratando de oler? —preguntó.

Richard estaba a cuatro patas ahora, más o menos cerniéndose sobre nosotros, con el pelo cayendo en ondas gruesas alrededor de la cara, así que realmente no podía ver su expresión. Creo que Jason podía.

—Jean-Claude podría haberla liberado de mí. Tal vez incluso Micah o Nathaniel, porque tienen su vínculo metafísico con ella. Damian podría haber compartido su frialdad, su control, y ahogarme. Él es su siervo vampiro.

Richard se inclinó junto a mí, casi presionando su pecho contra mi cara, para poder oler la cara de Jason por encima de mi hombro.

—Pero tú eres sólo comida. Eres el *pomme de sang* de Jean-Claude, pero no eres nada especial para Anita.

Fue un poco difícil hablar con firmeza mientras estaba siendo envuelta por el brazo y la pierna de un hombre, y casi besando el pecho de otro, pero lo hice lo mejor que pude.

—Él es mi amigo.

Oí a Richard tomar una respiración grande, ruidosa. Se echó hacia atrás, como si algo le había hecho daño.

—Es más que eso ahora —susurró.

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

—¿No lo puedes sentir, Anita? Él es tu lobo para llamar.

Jason se tensó contra mí, y dije:

—¿Qué?

—Antes, él olía a la manada, ahora también huele a ti. De la misma manera que Nathaniel lo hace, o Micah.

—Vivo con ellos, por supuesto, comenzamos a tener un olor familiar.

Richard negó con la cabeza.

—No, Anita, nunca trates de discutir con el sentido del olfato de un hombre lobo. Es como si un pedacito de ti corriera alrededor de su piel. Micah siempre olía de esa manera, pero Nathaniel… su olor cambió. El aroma de Damian cambió. Ahora, Jason huele como si tuviera tu toque como un perfume en su piel.

—Me estoy aferrando a ella, Richard, eso lo que estás oliendo —dijo Jason.

Richard negó con la cabeza de nuevo.

—No, Jason, sé la diferencia entre la proximidad de los olores y los olores cambiados.

—No podría haberlo hecho mi lobo para llamar, Richard. Recordaría haberlo hecho.

—No recuerdas la mayor parte de los dos últimos días, Anita.

Pensé en ello, traté de discutir que no era así, pero un bulto duro, frío comenzó a formarse en mi estómago.

En el momento en que mi estómago comenzó a reaccionar, supe la verdad. Traté de empujar más allá del miedo y utilizar mis propias habilidades para poner a prueba la teoría, pero estaba demasiado asustada. ¿Había unido a Jason a mí de esa manera y ni siquiera recordaba hacerlo? Y si hubiera hecho eso sin recordar, ¿qué otra cosa había hecho? ¿Qué otra cosa había hecho con todos nosotros? Mierda, mierda, mierda.

—Recuerdo que estaba oscuro —dijo Jason—, y me llamaste. Recuerdo trotar a través de estos árboles altos que nunca había visto. Pensé que era un sueño.

—Eso es lo que veo dentro de mi cabeza ahora, desde que *Marmee Noir* me jodió. Los árboles altos, las sombras y la oscuridad.

—Me llamaste, no a este yo, sino a mi lobo. Me llamaste.

Abracé a sus brazos.

—Lo siento, Jason, lo siento mucho. Te hice exactamente de lo que tú me salvaste.

—Ser capaz de llamarlo como tu lobo es probablemente lo que te liberó de Marmee, dijo Richard.

Levanté la vista hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Ella controla a los gatos, incluyendo tigres, pero no lobos. ¿Por qué no sólo te retuvo, si se preocupó de enredarte por completo, Anita? Tal vez porque cuando llamaste a un lobo hacia ti, no pudo luchar contra los dos.

—Ella es la noche que se hizo carne, Richard; confía en mí, Jason y yo no somos lo suficientemente poderosos juntos para sacarla a patadas de cualquier cosa.

—Muchas gracias —dijo Jason.

Le di unas palmaditas en el brazo.

—Sabes lo que quiero decir —dije.

—La conexión entre un vampiro y sus animales para llamar es algo más que la fuerza de los dos. No sólo duplica su poder, los hace a ambos más que la suma de sus partes, Anita. Es como… —Parecía buscar a tientas la palabra correcta, y finalmente la consiguió—: Confía en mí, Anita, tanto el vampiro y el hombre animal ganan mucho más que poderes combinados.

—¿Es eso como lo que pasa contigo y Jean-Claude? —pregunté.

Él asintió.

—¿Así que si Anita no me hubiera unido a ella, entonces aún podríamos estar atrapados por la Madre de todas las tinieblas? —preguntó Jason.

—Una de las razones por las que Jean-Claude me envió fue para utilizar al lobo para liberar a Anita, pero tú ya lo habías hecho.

—Pero estoy obligada a tocar a Micah, a Nathaniel, y a ti. Jason y yo como los demás, pero eso no ha cambiado desde que nos despertamos. —Me giré en el agarre de Jason y trate de ver su cara mientras le pregunté:

—¿Ha cambiado eso para ti?

—No —dijo—. Podría haber estado decepcionado antes de sentir la versión de Richard del *ardeur*. Ahora sólo estoy agradecido.

—Tienes mucho más control sobre tus poderes ahora, Anita. Mucho más que cuando el *ardeur* se levantó al principio, o cuando marcaste a Damian y a Nathaniel. Quiero decir, que ni siquiera sabíamos que podías hacer eso, entonces.

Asentí. Tenía sentido, más o menos.

—¿Así que puedo hacer que la gente de mi bestia acuda, sin estar obligada a mudarme con ellos?

—Creo que sí.

Eso realmente me hizo sentir mejor. Bueno eso hizo algo.

Él se puso de pie.

—Voy a buscar a Jamil y a Shang-Da, y volar de vuelta a St. Louis.

—Anita te necesita aquí —dijo Jason—, ese es el porque Jean-Claude te envió.

—Ella tiene a un lobo al que está metafísicamente atada. —Le agarró una mano—. No estoy celoso, estoy bien, lo estoy, pero no como lo dice tu cara Anita. El *ardeur* ha subido para mí por primera vez. Necesito llegar a casa con Jean-Claude antes de que suceda de nuevo. Somos afortunados de que mi versión sea muy específica.

—Quieres decir que sólo con Anita —dijo Jason.

Richard frunció el ceño.

Di unas palmaditas en la pierna de Jason, tratando de decirle que no ayudaba demasiado.

—No puede ser ese enfoque estrecho, Richard. Yo tendría cuidado cerca de cualquier mujer con la que hayas tenido pensamientos serios. No sólo sexo, sino matrimonio.

—Yo no estoy…

—Por favor, Richard, quieres estar casado. Ha sido mi experiencia que cuando alguien quiere tanto estar casado, encuentran a alguien.

—Quiero que seas tú —dijo.

Suspiré.

—Lo sé, pero eso no es lo que quiero.

—¿Realmente dices en serio que nunca te casarás?

Levanté la vista hacia él.

—Si te refieres a la monogamia y hasta que la muerte nos separe, entonces no.

—Alguien llegará, Anita. Va a sacudirte, y querrás lo que yo quiero, solo que no conmigo.

—Creo que Anita es como yo, Richard —dijo Jason—. Creo que le gusta mantener sus opciones abiertas.

Richard negó con la cabeza.

—Tengo que salir de aquí.

—Richard —dije.

—No, Anita, si Jason no hubiera interferido habría hecho exactamente de lo que me acusas. Diablos, si hubiéramos estado en Las Vegas, podría haberte hablado de matrimonio. Aún puedo saborear cómo de complaciente eras. Nunca te he sentido así tan dispuesta, tan… débil. —Sacudió la cabeza y dio un paso atrás de nosotros. No confío en mí mismo para no volver a intentarlo. Esa es la verdad, y necesito alejarme más de ti hasta que no sea verdad.

Me hubiera gustado discutir, pero no pude. Fue hacia la puerta, se

detuvo con la mano en la perilla.

—Te quiero, Anita.

En ese momento, todavía envuelta en el cuerpo de Jason, le dije la única verdad de la que estaba segura.

—Ya lo sé.

Él asintió, abrió la puerta, y salió. Jamil y Shang-Da harían lo que su Ulfric les dijera que hicieran. Para regresar de nuevo a ser sólo nosotros otra vez, pero ahora era solo nosotros y el vampiro más poderoso del planeta cazándome. De alguna manera quería más ayuda.

Una vez más, fue como si Jason leyera mi mente.

—Necesitamos más ayuda.

Me abrazó contra su cuerpo, y me abrazó con los brazos y las piernas, y por una vez no era sexual en lo más mínimo, era más como dos niños asustados acurrucados en la oscuridad cuando sabían que el monstruo debajo de la cama no solo era real, sino que estaba poseído por el rencor.



CINCUENTA Y DOS

Nos sentamos allí por unos minutos después de que la puerta se cerrara. Jason estaba envuelto todavía en torno a mí, y me recosté contra él. Él apoyó la cabeza contra el costado de mi cara. Era como si ambos dejáramos escapar un largo suspiro que habíamos estado conteniendo. Debería haberme sentido peor por que Richard se había ido, pero después de ese temor momentáneo, me sentí mejor… más tranquila, por lo menos.

—¿Por qué me siento más tranquila? —dije.

—Porque no tengo miedo de conseguir mi culo pateado por mi Ulfric por ser otro lobo que está metafísicamente atado a su lupa. Él podría haberlo tomado como que estabas engañándole conmigo. Me supera por más de cincuenta libras, Anita. La mayor parte de eso es músculo.

Me acurruqué contra él, acariciando sus piernas desnudas donde estaban envueltas todavía alrededor de mi cintura.

—Sí, ninguno de nosotros ganaría si se tratara de una lucha justa con

Richard.

Le sentí sonreír sólo por el movimiento de sus labios contra mi sien.

—Piensas como un hombre, Anita. Richard nunca lucharía contra ti de la forma en que pelearía conmigo. Disfruta esa parte de ser una chica.

Pasé las manos por la suavidad sorprendente de sus piernas, y me di cuenta de que había finos y diminutos pelos en sus piernas. Tan rubios, tan delicados, que realmente no podías verlos a menos que los tocaras. Pasé mis manos a lo largo de esos pelos finos, un suave atrás y adelante. Había encontrado que tocar me ayudaba a pensar últimamente. Micah dijo que era la bestia en mí. Tal vez, o tal vez habría sido siempre así, si me dejaba ir. Era un tipo de pregunta pollo/ huevo. Lo dejé pasar, y sólo disfrutaba que me ayudara a mantener la calma.

—He pasado la mayor parte de mi carrera teniendo que combatir a los villanos a quienes no les importaba una mierda que fuera una chica, Jason. Eso cambia la manera de ver las cosas.

—Si tú lo dices, pero si Richard te hiere físicamente, es por accidente. Si me lastima, es a propósito.

—Una gran parte de su ira era hacia mí, literalmente. Creo que va a ser mucho más razonable ahora.

Jason acarició su rostro contra mi pelo.

—Si ese fue tu enfado, entonces estoy con Richard, tienes un increíble dominio de ti misma.

Me reí, un exabrupto, no exactamente un sonido feliz.

—Conozco a gente que diría que no tengo autocontrol en absoluto.

—Están celosos —susurró.

¿No había pensado algo así antes? No quería o necesitaba a otro hombre ligado a mí metafísicamente. Solo parecía que los recogía. No era mi intención hacerlo.

—Vamos a vestirnos —dijo, besando el lado de mi cara y comenzando a desenredarse él mismo de mí.

Me reí, y esta vez era real.

—¿Estás sugiriendo que nos vistamos? Por lo general, tener a alguien que sea mi animal para llamar hace la cosa física más convincente, no menos. —Me giré a tiempo para ver su sonrisa, mientras se ponía de pie sujetando la toalla de forma más segura alrededor de su cintura.

—Le prometí ayer a mi padre que le veríamos. No sé qué excusa le puedo dar, pero quiero verlo.

—Pareces… —No sabía qué palabra usar.

—Me siento… —y parecía buscar una palabra, demasiado—… más sólido. —Me sonrió—. Eres una de las personas más determinadas que conozco, tal vez eso es lo que estoy obteniendo de ti. Oh, Dios, yo con ambición y objetivos reales. Muy raro.

—Tienes metas —dije, de rodillas.

Él negó con la cabeza.

—No, Anita, yo floto. Fui a la universidad porque se supone que iría. Una vez que mis padres no me dejaron hacer una especialización en drama, la universidad realmente no me importó. Entonces conocí a Raina, y ella me mostró el sexo más pervertido que nunca hubiera imaginado, y me hizo un hombre lobo. Le dije que sí, porque era hermosa e insaciable. No porque quisiera ser un hombre lobo. Trabajé en Placeres Prohibidos porque eso enfadaría a mi familia y me ayudó a tener algo de dinero por mi cuenta. No dije como un niño pequeño, Quiero crecer para ser un bailarín exótico. —Su rostro se puso serio, tan raro en Jason. Permití que Jean-Claude se alimentar de mí la primera vez porque Raina me dio a él. Darle donantes de la manada era parte del trato entre Jean-Claude y los lobos.

Eso lo había sabido, porque fue como Richard terminó con Jean-Claude, aunque él le había negado la sangre. Puedes dar a un vampiro un hombre lobo, pero no puedes hacer que el hombre lobo coopere.

—Sabía esa parte —dije.

—Creo que parte del atractivo de ser *pomme de sang* de Jean-Claude fue que molestaría mucho a mi padre. —Sonrió, rápido y tan él—. Además, Jean-Claude es taaan caliente.

Le fruncí el ceño.

—No eres tan bisexuales como pretendes ser.

Me sonrió.

—¿Y cómo lo sabes?

Fruncí el ceño más fuerte.

—Creo que Jean-Claude es una excepción a tu regla, al igual que Belle Morte es… —Y luego me detuve. No había querido decir eso.

Jason me miró.

—¿Me estás diciendo que lo hiciste con Belle Morte?

Empecé a concentrarme en recoger la basura que habíamos tirado en el suelo cuando el bote de basura se cayó.

—Fue una visión. Ella compartió conmigo la energía suficiente para

mantener a Jean-Claude y a Richard lejos de morir cuando los… —y tuve que dejar de decir Arlequín, y terminar con:

—… los chicos del miedo sin nombre llegaron a la ciudad.

Jason se arrodilló conmigo y me ayudó a recoger las cosas y colocarlas en el pequeño recipiente. Los botes de basura junto a la cama siempre eran demasiado pequeños en los hoteles.

—Pero, que lo menciones en voz alta significa algo.

Negué con la cabeza.

—Sé que Jean-Claude la ama todavía. Sé que amar una vez a Belle Morte es amarla para siempre. Es como una adicción, puedes dejar de tomar tu medicamento por elección, pero siempre la necesitarás.

—¿Se te antoja ahora?

Negué con la cabeza.

—No, pero sé que si alguna vez la viera en persona y ella me quisiera, no sería capaz de decir que no. Ella no es… ella es Belle Morte. —Me encogí de hombros. ¿Cómo se le explica a alguien que simplemente es sexo? El sexo y el poder se fusionaron para ella, y gracias a los recuerdos de Jean-Claude yo era una especie de preadicta.

Ni siquiera estaba avergonzada de eso, lo cual no me gustaba. Tenía vergüenza de cada maldita cosa.

Puse el bote de basura en su lugar con todos los pequeños trozos de escombros de nuevo en su interior. Jason dijo:

—Has perdido algo.

Miré al suelo.

—No —dije.

Señaló un lugar en la alfombra.

—Ahí mismo.

—No hay nada ahí, Jason.

Cogió algo del suelo. En el momento en que lo agarró, pude verlo, pero hasta ese momento no había podido. Él tendió la mano con el amuleto sobre su palma. ¿Puedes verlo ahora?

Asentí, tratando de tragar más allá de la asfixia repentina de mi pulso. Sabía que *Marmee Noir* me había jodido la mente, pero debería haber pasado por ahora. Esto demostró que no había pasado. ¿Cuán magníficamente jodida estaba? Pero el hecho de que ella no quisiera que viera el amuleto significaba que lo temía. Era algo bueno saberlo.

Le tendí la mano y Jason me dio el amuleto. Al momento en que tocó

mi piel, fue como si el mundo cambiara, o al menos dentro de mi cabeza lo hizo. Un momento de náuseas, mareos, y envolví mi mano con fuerza alrededor del amuleto. Dios me ayude, ¿qué estaba tratando de hacerme?

Una vez más, Jason se hizo eco de mí, casi.

—¿Qué quiere ella de ti, Anita?

—Me quiere como su sirviente humano, creo.

—Tal vez —dijo—, pero creo que es más que eso.

—¿Qué podría hacer por ella, Jason? Es el vampiro más poderoso del planeta.

—Eres la primera nigromante real en los últimos cientos de años, Anita. Quienquiera que te tenga como su siervo humano ganará mucho poder.

—No la has sentido todavía, Jason. Ella es poderosamente escalofriante. No necesita más.

—Todos los vampiros necesitan más poder, Anita, aún yo sé eso. Siempre tienen miedo de que alguien con más poder entre en su territorio y tome todo de ellos.

—El consejo de vampiros ha declarado ilegal que los maestros luchen en este país hasta que todo el asunto legal sea más seguro.

—Entonces está rompiendo sus propias leyes.

Asentí. Estaba en lo cierto. El vampiro que les había dado sus leyes las estaba rompiendo. ¿Por qué? Luego cometí un error. Pensé:

—¿Qué quieres de mí?

Olí el jazmín.

Jason me agarró del brazo.

—Huelo a perfume.

En el momento en que me tocó el aroma del jazmín se desvaneció, como el perfume cuando entras en una habitación, y la mujer que lo llevaba ha salido. Algunas mujeres son así, sólo su olor puede hacerte caminar de una habitación a otra hasta que pones una cara y un cuerpo con ese perfume. Negué con la cabeza, y traté de sacudir el pensamiento con eso. Eso no sonó como mi pensamiento.

Miré a Jason, con su mano todavía en mi brazo.

—¿Quién llevaba el perfume te gustó tanto que la seguiste desde una habitación a otra?

—No sé de lo que estás hablando —dijo, y luego apareció una mirada en su rostro. Parecía estar mirando algo en la habitación, pero sus ojos decían que estaba viendo un recuerdo. Esa mirada de estar viendo cosas

lejanas, llenó su mirada azul.

—Había una mujer cuando estaba en la escuela secundaria. Ella fue el primer amor que tuve que usaba perfume caro. Se quedaba en el aire, delicado, solo un toque, por lo que podías seguirla a través de la escuela.

Toqué su brazo.

—Pensé en este momento sobre eso mismo. Acerca de cómo el perfume de una mujer podría llevarte de cuarto en cuarto. Tenía que ser algún enamoramiento para que consiguiera esa imagen tan clara de ti.

Me miró entonces, en lugar de la memoria en su cabeza.

—¿Sabes que esa noche fue la que mi hermana Bobbi jura que me vio teniendo relaciones sexuales con un hombre?

—Recuerdo el argumento.

—Yo estaba con ese enamoramiento. Ella estaba casada, y era mi maestra. Le prometí que nunca lo diría, y nunca lo he hecho.

—¿Cuántos años tenías?

Él sonrió, en algún lugar entre su sonrisa y algo melancólico.

—Legal, pero a duras penas. Ella esperó hasta que fue legal.

No sabía qué decir a eso. Cuando estaba en la escuela secundaria nunca se me hubiera ocurrido acercarme a un maestro. Ellos simplemente no existían para mí, como objetos sexuales. El tabú era demasiado grande. Estaba en la universidad antes de encontrar a un profesor que me hizo, aunque fuera fugazmente, pensar en cruzar esa línea.

—Así que puedes demostrar que no eras tú ese que tu hermana vio, pero no sin arruinar la vida y la reputación de esta mujer.

Él asintió.

Irónico, pensé.

—Irónico es una palabra para esto —dijo.

Le miré.

—Sabes que no he dicho irónico en voz alta, ¿verdad?

Jason se sobresaltó.

—Yo lo escuché.

—Sólo lo pensaba, Jason.

Nos miramos el uno al otro.

—¿Me disculpo? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No, vamos a terminar de vestirnos y ver si el hospital nos permitirá ver a tu padre.

Se puso de pie, y ambos nos mantuvimos aferrados a los brazos del otro mientras nos parábamos, así que era una incógnita quien ayudó a quien a pararse.

—Creo que han pasado las horas de visita, pero Anita, tenemos que ir a casa. Necesitamos llegar a St. Louis, y a Jean-Claude, mientras hacemos esta nueva cosa metafísica, pero no puedo ir hasta que veamos a mi padre otra vez.

—De acuerdo. —Le solté, y dimos un paso atrás. Me quedé quieta, creo que esperando para ver si olía a jazmín de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí y alcancé la cadena de oro alrededor de mi cuello. Deslicé el amuleto en la cadena, de manera que la cruz y el amuleto ambos tocaban mi piel. Así, eso era mejor. Era como si pudiera respirar un poco más fácil. Llegué hasta la camiseta que había puesto en la cama y la deslicé sobre mí. Estaba en el proceso de ponérmela cuando alguien llamó a la puerta.

Nos miramos el uno al otro. Él se encogió de hombros. Cogí mi arma de encima de la cama y me dirigí a la puerta. Miré por la mirilla y encontré a otro par de los guardias asignados con la adición de dos de los chicos de seguridad del hotel en sus chaquetas.

—Seguridad —dije, y volví a mirar a Jason.

Una voz de hombre llamó:

—Sr. Schuyler, ha habido un problema.

Abrí la puerta. El guardia asignado era Rowe.

—¿Qué pasa, Rowe? —pregunté.

Parecía demasiado serio para mayor comodidad.

—La sala se ha visto comprometida. Necesitamos moverla.

—¿Comprometida cómo?

—A los vampiros que buscan a Keith Summerland les han dado este número de habitación. Tenemos que asegurarnos que ninguno de ustedes esté aquí cuando los vampiros lleguen.

Quería discutir, pero había algo en lo serio que estaba, y cuan seria había estado toda la seguridad, que me hizo decidir a discutir más tarde. Siempre había tiempo para discutir más adelante.

Jason fue por las maletas.

—Dejémosles entrar, voy a cambiarme en el baño.

Di un paso atrás para permitir que Rowe y el resto entrara en la habitación. ¿Dónde está Shadwell?

—Está en un descanso. —Los dos guardias del hotel se quedaron en la puerta abierta. Les miré. Parecían humanos. Se habían alimentado de alguien para dar color a las mejillas pálidas, pero una mirada y supe lo que eran. Empecé a levantar mi arma y grité:

—¡Vampiros! —Entonces uno de ellos arrojó algo en la habitación. Lo lanzó tan rápido que el movimiento fue visto, pero no registrado en mi cabeza, antes de que la granada de luz y sonido explotara y el mundo se fuera. Oh, estaba consciente, pero también estaba ciega, y tan desorientada que lo siguiente que sentí fue el dolor. Busqué lo que me lastimaba y encontré un dardo. Un dardo tranquilizante por lo que sentía de él. Traté de apuntar mi pistola a donde ellos habían estado. Traté de verlos, pero con la combinación de la granada y la droga, el mundo estaba lleno de remolinos de color y formas que no se mantenían quietas. Oí gritar a Rowe. Caí de rodillas. Alguien tomó mi pistola y no pude detenerlos. No pude hacer que mi cuerpo se moviera. Me caí sobre la alfombra, encima del lío de ropa y fluidos corporales secos, y entonces el mundo se alejó, como si alguien hubiera apagado las luces. En un momento supe que estaba en la alfombra en nuestro cuarto; al siguiente, nada.



CINCUENTA Y TRES

Había una voz en la oscuridad. Al principio pensé que estaba oyendo a los tipos malos, luego reconocí la voz y supe que era mucho peor que los tipos malos.

—Nigromante —susurró la voz.

El miedo intentó invadirme en la oscuridad, miedo como un buen champaña. Tuve un momento para ser capaz de sentir mi cuerpo. Un destello para saber que estaba tumbada en el suelo, y entonces estaba de vuelta a la oscuridad.

—Nigromante.

Miedo, y regresaba a mi cuerpo de nuevo. Un momento de luz y sensación, luego oscuridad.

—Nigromante.

Pensé que abría mis ojos, pero había sido un sueño. La oscuridad seguía comiéndose el mundo.

—Nigromante, si te quedas en la oscuridad, morirás.

La habitación era blanca, y supe que mis manos estaban atadas detrás de mi espalda. Entonces las drogas me sumergieron otra vez en la oscuridad.

—¡Nigromante! —Extendió un brazo hacia mí. Era la mano de una mujer, pequeña, delicada, y era la pata de alguna gran bestia con garras, piel, y… Las garras dieron un golpe; el dolor rasgaba a través de la oscuridad y la hizo correr con sangre. Desperté jadeando, mi pulso, mi corazón, todo corría de prisa.

Mi pecho dolía. Miré hacia abajo y encontré el frente de mi camiseta cortado. La sangre salpicaba la baldosa blanca donde estaba tumbada. Logré conseguir una mirada mejor de mi parte delantera, y finalmente comprendí que mi camiseta había sido desmenuzada por garras enormes.

Recordé cuando había extendido su brazo hacia mí en la oscuridad, y supe que ella había hecho esto. De algún modo *Marmee Noir* había hecho esto. Madre de Dios. Lo último de las drogas se desvaneció en una inundación de puro terror.

Luché para no aterrarme. El miedo había ayudado a despertarme, ayudado a echar las drogas de mi cabeza y mi cuerpo; ahora tenía que asegurarme de que el miedo no me paralizara.

¿Aparte de las marcas de la garra, estaba herida? Tenía dolor de cabeza, pero había sido por el destello de las escenas así como por las drogas. ¿Qué tipo de vampiros usaban granadas y drogas modernas en sus víctimas? La adrenalina estaba haciendo su trabajo. Parecía que estuviera pensando rápidamente, apartando cada cristal. ¿*Marmee Noir* había tenido que asustarme a propósito para que me despertara y así consiguiera librarme? Dejé ese pensamiento para más tarde. Seguía viva, y me preocuparía por el resto más tarde.

Estaba tumbada en la fresca y blanca baldosa. No era horrible. Pero mis manos estaban atadas detrás de mi espalda, eso si era horrible. Nada bueno sucede cuando los tipos malos te atan. Podría haberme aterrado por eso, pero uno, no es bueno entrar en pánico, y dos, *Marmee Noir* no estaba en esta habitación blanca. Estaba bien. ¿Dónde estaba?

Las baldosas donde estaba no describían color alguno entre blancuzco y beige. Intenté ver sin moverme mucho. No tenía forma de saber si ellos tenían modo de verme. No quería que se dieran cuenta que estaba despierta, todavía no. Necesitaba más tiempo para pensar antes de que regresaran. Las

personas no te atan y te dejan en un frío suelo si planean hacer cosas lindas contigo. No, cosas malas iban a venir. Lo que me hizo preguntarme, ¿Dónde está Jason?

El impulso de rodar y ver si estaba en otra parte de esta habitación era tan fuerte que me tensé, y ahora mi pulso se volvía más fuerte. Mierda. Mis manos se apretaron antes de que pudiera detenerlas. Era demasiado fingir que seguía dormida.

Entonces, en la distancia, como si hubieran puertas y habitaciones entre nosotros, escuché la voz de un hombre, gritando:

—¿Dónde está Lorna? —No identifiqué la voz. Entonces escuché una voz que si conocía. Jason estaba gritando, gritando en realidad:

—¡No lo sé! —Entonces sólo gritaba.

Eso hacía. Jodida precaución. Me levanté y descubrí que mi cuerpo seguía dolorido desde el maltrato que le di en la habitación del hotel. Pero no dolía mucho; estaba sanando, y si no conseguía sacarnos de aquí, las cosas podrían volverse peor que un infierno.

Estaba en un pequeño baño con un taburete y una bañera detrás de mí. Había un lavabo con armario y espejo a un lado. Miré cerca del techo para ver si había cámaras. Si me estaban viendo por una cámara, estaba hundida. No era ninguna experta en vigilancia, pero no pude ver algo que se pareciera a una cámara. La mayoría de la gente no ponía mierda como esa en los baños. Si eras un tipo bueno, eso era ilegal y una invasión a la privacidad. En la mayoría de estados podías ir a la cárcel por eso. Por supuesto, estos tipos ya parecían secuestradores y asaltantes. No estaba segura si habían pagado alguna pena por perversión sexual.

Jason gritó de nuevo. Me arrastré sobre mis rodillas hacia el armario. Tenía que ser una residencia privada; no podrían dejar que Jason gritara si estuviéramos en un hotel. Lo que significaba que debajo del lavabo debían estar algunas cosas muy peligrosas y potencialmente útiles. Por favor, no dejes que sean del tipo de personas que ponen las cosas bajo el lavaplatos. O peor aún, no les dejes haber tenido la idea de quitar todo el material divertido.

Recé cuando me giré para abrir las puertas con mis manos atadas. Cuando abrí la puerta, me giré para ver con que podía trabajar.

Había dos botellas con sustancias cáusticas y tenían advertencias sobre no aplicarlo cerca de los ojos, y que envenenaba si era tragado. La parte venenosa no era útil con vampiros, pero el daño en los ojos si lo era. No les

podría dañar tal como dañaría a un humano, pero causaría daño, y quizás me daría unos cuantos segundos para hacer algo más permanente en ellos. He tenido éxito tirando mierda en los ojos de un vampiro. Si pudiera desatar mis manos, lo haría. Si no podía hacerlo, entonces no importaba cuántos dulces habían debajo del lavabo; estaba atada.

Jason gritó de nuevo, sólo un sonido largo y desgarrado. Elevó el pulso en mi garganta e hizo que mi cuerpo se sacudiera. El tirón me hizo pensar en lo que sujetaba mis muñecas. Eran bandas plásticas. Era básicamente una buena cinta para atar, en cierta medida. Había una bolsa al lado del lavabo.

Me giré hacia la bolsa de manera que pudiera abrirla. Por favor, permite que haya algo parecido a una lima de uñas aquí adentro. Por favor.

Cuando me giré y pude mirar, era aún mejor. Había una pequeña tijera de manicura. Alguien aquí me gustaba. Peor que usar tijeras pequeñas detrás de tu espalda para cortar una banda plástica era ser capaz, y lograr entender el infierno tratando de cortarlas con un metal filoso, pero todavía era una lección frustrante. Por supuesto, la frustración podía haber sido porque Jason seguía gritando. Él gritaba y yo saltaba, y tenía que volver a ajustar las tijeras. Finalmente tuve que cerrar mis ojos, de modo que pude concentrarme sólo en las tijeras sobre el plástico, y me forcé a parar de saltar cada vez que Jason hiciera un mal ruido. ¿Qué infiernos le estaban haciendo? Me esforcé para no seguir pensando. Mi imaginación estaba demasiado activa para ser útil. Lograría tener mis manos libres, y entonces salvaría a Jason. Simple, fácil, seguro.

Las tijeras cortaron la última parte de las bandas, y mis manos estuvieron libres. Estaba tan concentrada que durante un segundo no me moví. Solté el aire que había estado conteniendo y abrí mis ojos. Entonces muy cuidadosamente coloqué mis manos delante. A veces cuando estás cortando algo detrás de tu espalda, cuando consigues liberarte, puedes perder la concentración por un momento y cortarte. Sí, era sólo una pequeña tijera, pero había metido la pata antes con los cuchillos.

Me quedé ahí durante un segundo después de liberarme, y entonces Jason gritó de nuevo. Me arrodillé hacia los químicos bajo el lavabo. Había alcohol, limpiador de sanitario, limpiador de suelos, y un recambio para el dispensador de jabón líquido en el lavabo. Escuché unos pasos y asumí que era en el vestíbulo. Alguien venía hacia aquí. Jason gritó de nuevo a lo lejos, así que no era él, lo que significaba que nadie que entrara era mi

amigo.

Había querido tener tiempo para planear algo, pero no era tiempo de planear. Era tiempo de actuar. Agarré el alcohol y lo destapé. Las manos tocaban la puerta y usaron una llave para abrirla. Levanté la botella hacia atrás. Si fallaba a los ojos, sólo tenía que irritárselos. La puerta se abrió. Vi una cara, y lancé el alcohol hacia él.

Gritó:

—¡Qué demonios! —y luego sólo dio alaridos. No había fallado. Sus manos agarraban su cara. Di los pasos suficientes para salir de la habitación, y ser pequeña me ayudó a conseguir suficiente fuerza para golpear con mi pie el lado de su rodilla y romper la articulación. Todos tenían articulaciones, incluso los vampiros.

Gritó. Escuché una segunda voz masculina en el vestíbulo que dijo:

—Troy, ¿Qué infiernos estás haciendo ahí abajo?

Troy estaba en el suelo. Pude ver la pistola y munición extra en su cintura. Tomé ambos. Escuché a alguien venir por el vestíbulo. Tuve un segundo para escoger a quién disparar primero. Troy estaba herido, el otro tipo no.

Apoyé mi hombro alrededor de la viga con la pistola en mi mano y listo. Usé el borde de la puerta para ayudar a mantener firme la mano, porque la munición estaba en la otra. El vampiro estaba salpicado de sangre. No era suya. Parecía estar sorprendido de verme.

En realidad me dejó dispararle en el pecho tres veces, mientras que me veía fijamente. Era como dispararle a un humano. Sus rodillas golpearon el suelo y puse otra ronda de disparos en su cabeza. Lo estaba haciendo cada vez mejor o nunca habría sido bueno. Ser un vampiro sólo puede hacerte mucho mejor; si apestas desde el principio, seguirás apestando después de muerto.

Escuché a Troy moverse detrás de mí, y me lancé al vestíbulo, disparándole hasta que sentí la pared contra mi espalda. Puse dos disparos en el centro de él cuando se agachaba en la puerta. La sangre empezó a salir de su boca, y cerré el espacio entre los dos, puse un disparo justo sobre sus ojos y salió parte del cerebro por la parte posterior de su cráneo. A esa distancia eso era lo que sucedía. Una vez que veías demasiado cerebro salpicando, un vampiro reciente estaba verdaderamente muerto. Sólo ver cerebro salir del cráneo no era suficiente. Si el cerebro está entero y todavía adentro puedes lograr que el vampiro se levante y trate de matarte.

También, hay que tener cuidado con destruir la parte más alta del cerebro y dejar la parte inferior. Puedes originar un fantasma, y son unos puñeteros. Son como máquinas, igual que los zombis.

Tuve que cambiar la munición para poner una bala en la base de su cráneo. Como dije, el cerebro necesita estar bien y verdaderamente revuelto o los malditos podían levantarse otra vez. No quería algo vivo viniendo detrás de mí. Normalmente, me aseguraba de destruir el corazón, pero quería guardar la munición en caso de necesitarla contra los otros tipos malos. Era una jugada, pero eran vampiros nuevos, así que estaba bastante segura con la elección.

Fui hacia el tipo en el vestíbulo, y encontré un lindo agujero en su pecho. Le había dado en el corazón, de modo que estaba bien. Puse el extremo de la pistola en la base de su cráneo y disparé otra ronda más. Puse mucha atención en la parte inferior del cerebro y la columna. Si encontrara un cuchillo lo suficientemente grande, o más munición, debía regresar y asegurarme por completo que no podrían caminar de nuevo, pero por ahora, quería llegar a Jason.

Encontré una segunda pistola en el cinturón. Había munición de reserva. Usaban el mismo tipo de pistola. Excelente, tenía más munición.

Quería correr a donde creía que estaba Jason, pero me obligué a verificar primero el lugar. Había una puerta al final del vestíbulo que parecía conducir al exterior. Había dos puertas más a cada lado del vestíbulo muy cerca de la otra puerta. Quizás debía verificar todas las habitaciones primero, para asegurarme que estábamos solos, pero no sabía cuán mal herido estaba Jason. Si moría desangrado mientras jugaba a la súper policía, no importaba haber sido minuciosa.

Supe que la sangre en el vampiro del vestíbulo había sido conseguida en casa. ¿Me lamentaba de haberles matado? No. Caminé hacia el vestíbulo, manteniéndome cerca de la pared, con la pistola lista en caso de que hubiera más de ellos. Estuve buscando vampiros con esa parte de mí que le gustaba los muertos. Años atrás había mirado a mi mentor Manny Rodríguez siendo capaz de sentir vampiros en una casa. Estaba siempre listo. Parecía cosa de magia en ese entonces; ahora envié mi nigromancia hacia la casa y no pude sentir a nadie más. A menos que fueran realmente buenos, mucho más que yo, había matado solo dos vampiros en la casa. El peligro real era ahora sirvientes humanos; no podía sentir humanos al igual que sentía vampiros.

El final del vestíbulo sólo tenía una entrada hacia la habitación más grande. Lo que podía ver se parecía a la sala de cualquier persona: un sofá, una televisión, una lámpara de suelo. Pasé por la entrada con mi espalda pegada contra la pared. Sabía que la esquina más cercana estaba despejada, y me puse ahí de espaldas mientras que usaba la pistola para hacer un barrido de la habitación.

Había algo en la mitad de la habitación, delante del sofá, no era exactamente el sillón de dos plazas contra la otra pared. Algo que dejaba una piscina de sangre había cambiado la alfombra gris a negra. Mi mente no podía ver todo lo que estaba en el suelo. Mi mente se negaba a verlo, creo. Dejé a mi mente jugar sus trucos, porque sabía que estaba intentando no ver. Era Jason. Ese tenía que ser Jason.

Una de las cosas más duras que había hecho en estos años estaba demasiado generalizada en esta habitación, y no corrí al lado de Jason una vez lo vi. Me esforcé por ver cada esquina, incluyendo las esquinas del techo. Había visto vampiros volar; revolotear cerca del techo no era nada. Me esforcé para no mirar a Jason hasta que estuve segura de que la habitación estaba despejada. Sólo entonces fui hacia adelante. Sólo entonces dejé escapar el ruido que había tenido atrapado en mi garganta. No grité, honestamente. Era peor que un grito. Era el sonido que haces cuando lo peor ha sucedido y no hay palabras que expresen tu dolor. Los irlandeses lo llamaban lamento.

Supe que era Jason el del suelo debido a su tamaño y por la pequeña parte de su pelo que no estaba empapada de sangre, pero ésas eran las únicas pistas de que los vampiros habían dejado. La alfombra chapoteó bajo mis rodillas cuando caí a su lado. La habitación olía como a hamburguesa cruda, y la alfombra era un mar de negrura.

Creo que me volví un poco loca por unos cuantos minutos. Dejé caer la munición extra y la pistola en la alfombra empapada de sangre, así podía desatar sus manos. Me obsesioné por deshacer la ligadura. Si sólo pudiera conseguir liberarlo, podría ser mejor. Si sólo pudiera conseguir liberarlo. Habían usado bandas de plástico y manillas de bisagra a través de un lazo de metal que taladraron en el suelo. Necesitaba un cuchillo y una llave. Busqué y encontré unos cuchillos alineados en una mesita que estaba cerca del sofá. Estaban alineados sobre una toalla, como en una cirugía macabra. Había una billetera, un grupo de llaves, y un teléfono móvil cerca de la lámpara, como si el vampiro hubiera vaciado sus bolsillos antes de empezar

la tortura. Eso era demasiado terriblemente organizado. Había hecho esto antes. Cogí el cuchillo menos sangriento, y las llaves. Las bandas plásticas las corté fácilmente, pero no podía encontrar la llave correcta. Tenía que forzarme a disminuir la velocidad, para parar de buscar torpemente.

Logré liberar sus manos, finalmente. Me arrastré hasta sus pies, porque estaban atados de la misma manera. Sólo después de que le liberase pensé que estaba haciendo esto en el orden equivocado. Pero tenía que desatar las cadenas, tenía que hacerlo. Jason no se había movido, de ninguna forma. Estaba libre de las ataduras, pero él…

Me acerqué a su cuello. Rogué:

—Por favor, Dios, déjame encontrar pulso. Por favor, oh, por favor.

Su piel estaba fresca al toque. No era bueno. No pude encontrar pulso. Mi pulso parecía ir tan rápido como si estuviera latiendo por los dos. Puse mis manos sobre su pecho, y allí, pude sentir su corazón. No sabía si no había podido encontrar el pulso del cuello porque era mala en eso, o si ya había perdido ese pulso. Si era lo último, entonces estaba mal. No parecía pensar.

—¡Piensa, Anita, piensa, demonios! —Tenía que detener la hemorragia, pero había tantas heridas. ¿Cómo pones presión en todo el cuerpo de alguien? Dios.

Recordé cuando Cisco estaba muriendo. Había sido un hombre rata y había muerto desangrado con un equipo de médicos alrededor de él. Habían intentado hacerle cambiar de forma. Si podías conseguir que un licántropo cambiara de forma, eso les podía curar un poco.

Puse mi mano sobre su pecho. Su corazón estaba vacilando. No, no. Dije:

—Jason, Jason, lucha, estoy aquí. Ayúdame.

Quería que abriera sus ojos, algo, pero sólo yacía ahí, y su corazón no estaba bien. El ritmo era demasiado lento. Mierda.

Hice lo único que podía pensar, con su corazón muriendo bajo mi mano. Llamé a mi lobo. No había nada corriendo por el pasillo dentro de mí, o árboles; había sólo una imagen en mi cabeza, detrás de mis ojos, la blanca y oscura piel de ella. Dejé que esa imagen me llenara; en ese momento si verdaderamente se convertía en lobo podría salvarlo, estaba lista. En ese momento, acepté lo que era, y lo que estaba en mí; no había ninguna lucha ahora, sólo una necesidad desesperada. Empujé a mi lobo hacia él como lo había hecho con el tigre y Crispín, como lo he hecho con

tantos otros. Empujé mi bestia bajo mi mano y a ese lento corazón. Quería que cambiara, y supe que si eso no funcionaba, nada iba a pasar. Si estaba demasiado herido para cambiar, entonces él estaría…

Por primera vez, no había dolor al dar mi bestia, porque no estaba luchando con eso. Había calor y poder, y un sentimiento de algo salió de mí, como una parte extra de mi cuerpo que no sabía que tenía, y repentinamente estaba allí, pude sentirlo y usarlo, y estaba libre de nuevo. Lo empujé hacia Jason, pude sentirlo, yendo profundamente dentro de él. Pude sentir esa parte de mí buscando una parte igual en él. Encontré su bestia, y lo que había sido apaciguado y tierno era repentinamente explosivo. Lo necesitaba para cambiar ahora. Las bestias parecieron sentir mi urgencia, o quizás su lobo no quería morir.

El cuerpo de Jason se sacudió bajo mi mano. Dio un sonido, un grito, y la piel comenzó a fluir bajo mi mano. Su cuerpo se encogió y se rearmó. Una vez, sentí a Richard cambiar contra mi cuerpo, lo que había hecho que me asustara de muerte; ahora, era la cosa más maravillosa en el mundo. Había hecho el trabajo. Mantuve mi mano sobre él mientras el poder bailó a través de mi piel como el beso de algo eléctrico y vivo.

Cuando estaba hecho, un lobo gris yacía sobre su costado, jadeando. Ahora, el corazón bajo mi mano era sólido y firme. Abrió los ojos el lobo del color del cielo de la primavera. Por un momento me vio, y me dio esa mirada que ningún lobo real podía dar, y entonces sus ojos agitados empezaron a cerrarse, el cuerpo bajo mi mano empezó a fluir y a moverse de nuevo. Su cuerpo humano fluyó sobre el del lobo, y estaba a la izquierda con mi mano en el costado de Jason.

Puse una mano en medio de su pecho, y su latido estaba allí, sólido y fuerte. Su piel estaba todavía fresca al toque, pero su corazón se sentía mejor. Limpié mis manos en mis jeans, tratando de quitar la sangre y la sustancia pegajosa en ellas. Puse la parte posterior de mi mano en su cuello. Busqué su pulso y esta vez lo encontré.

Su cuerpo desnudo estaba libre de sangre, de modo que parecía que sólo había sido acostado en medio de la carnicería. Ahora las heridas que no habían sanado estaban limpias sobre su piel. Estaba lleno de cortes como malas bocas rojas; estaba cubierto de heridas desde los hombros casi hasta los tobillos. Empezaron a sangrar de nuevo mientras le miraba. Habíamos ganado algún tiempo, pero eso no iba a sanar con magia; necesitábamos médicos.

Recogí la pistola del suelo y tomé el teléfono móvil.

CINCUENTA Y CUATRO

Marqué el 911. La voz de una mujer dijo:

—Nueve uno uno, ¿Cuál es la naturaleza de su emergencia?

—Anita Blake, Marshal Federal. —Di mi número de identificación y luego dije:

—Mujer, cinco-punto-tres-pies, pelo negro largo, camiseta, jeans. Dos bajas. Oficial involucrado en un tiroteo. Compañero herido. —Técnicamente, Jason no era mi compañero, pero era mío, y vienen más rápido con un policía herido que por un civil. Resolvería eso más tarde, después de que sobreviviéramos.

—Dirección.

—Mierda, no lo sé. —Me levanté miré por una de las ventanas. No había nada, sólo árboles—. Nos drogaron y nos despertamos aquí. No sé dónde estamos, ¿Pueden rastrearme el teléfono?

—¿Hay una línea de tierra?

Miré alrededor de la habitación.

—No veo alguna.

—Pruebe en otra habitación.

—No lo quiero dejar sólo.

—Necesitamos una ubicación para enviar ayuda, Marshal.

Tenía razón, pero odiaba dejarlo así. Toqué su pelo, puse mi mejilla contra él, y le susurré:

—No te mueras. —Caminé hacia el vestíbulo, más allá de los cuerpos y probé con la primera puerta. Era un dormitorio. Ningún teléfono. La segunda puerta conducía a una cocina, y había un teléfono sobre la pared —. Veo un teléfono, déjeme ver si está funcionando. —Tuve que bajar la pistola para levantar el segundo teléfono—. Tiene señal.

—Llámenos desde esa línea, y seremos capaces de rastrearla hasta usted.

—Vale. —Cerré el teléfono móvil y marqué el 911 otra vez. Era la voz de una mujer diferente, y le di una versión más corta de lo que había sucedido.

—Tenemos su ubicación, Marshal, la ayuda va en camino.

—¿Cuánto se demora?

—Está bastante alejado. Trataremos de conseguir un helicóptero, pero no hay un lugar cerca de usted para aterrizarlo.

—Vale. Esperaremos.

—Puedo quedarme en la línea si lo desea —dijo.

—No, necesito detener la hemorragia de mi amigo, y necesito mis manos para eso. Gracias, sin embargo. —Colgué antes de que pudiera decirme algo más. Puse el seguro de la pistola y la metí dentro de mi cinturón. Había traído a Jason aquí dentro. No estaba segura cómo detener la hemorragia de tantas heridas, pero sabía que mantenerlo caliente era lo mejor.

La ayuda estaba de camino. Sólo teníamos que aguantar hasta que llegaran.

Me arrodillé a su lado. Su pelo estaba extrañamente limpio, excepto en el lado de su cara que había estado en la sangre. Se parecía a Jason de nuevo, en lugar de tanta carne. Tragué algo que sabía a lágrimas. Tenía que llorar después de que estuviera a salvo. Ahora no era el momento. Le abracé y se sintió como un peso muerto. El corazón estaba funcionando y el pulso se estaba moviendo, pero había una diferencia en los cuerpos. Aún

inconsciente, un cuerpo no se balanceaba así. Sólo la forma en que se sentía en mis brazos me asustó como el infierno. Se balanceaba, y se dejaba caer, como si ya estuviera muerto. Su piel estaba demasiado fría al tacto. Tenía que detener la hemorragia. Tenía que hacerlo.

No era el peso, sino la enorme torpeza lo que me hizo ponerlo en una posición de bombero a través de mis hombros. La sangre goteaba de su cuerpo. Mierda. Intenté pensar en otras cosas. Me alegraba que de entre todos los hombres en mi vida, él fuera uno de mi tamaño. Probablemente no había veinte libras de diferencia en nuestro peso. Lo podía llevar. No para siempre, pero si hacia el vestíbulo. Le llevé más allá del cuerpo del vampiro que lo había torturado. Mi único pesar en ese momento era que no podía volverlo a matar.

Puse a Jason en la cama. Estaba tan inmóvil, tan horriblemente inmóvil. Doblé la colcha a su alrededor, esperando mantenerlo caliente, y luego fui en busca de un botiquín de primeros auxilios, algo, cualquier cosa. Habría intercambiado mis habilidades para matar por un pequeño entrenamiento en primeros auxilios.

Sabía lo que estaba en el baño, así que registré primero la cocina. Había algunas toallas, pero no para atarlas en algún lugar. Quizás, ¿Podía cortar una sábana para usarla como tiras?

Cogí todas las toallas pequeñas y paños para lavar que había en la cocina y los llevé hacia al dormitorio. Lo único que se veía sobre la colcha era el pelo de Jason, tan amarillo, tan vibrante, pero no se había movido. Quería que se moviera, tan grave estaba.

Puse los trapos en el lado sin usar de la cama y busqué las sábanas. Estaban en el armario. Tuve que volver a la cocina para traer un cuchillo limpio y afilado para cortar la sábana. Me alegré de que el vampiro no hubiera usado todos los cuchillos que estaban en la cocina, porque no quería tocar los sangrientos que estaban en la sala. Sentía de algún modo como si estuvieran malditos. No de verdad, pero sucios, quizás.

Corté las sábanas en tiras, luego lo desarropé y empecé a mirar las heridas. Habían manchado la colcha, pero ninguna herida parecía peor que las otras. Se parecían a cualquier corte que debería haber sido menor, quizás unas cuantas puntadas de costura. Era la culminación de todos ellos juntos que casi lo habían hecho sangrar hasta la muerte.

Elegí una herida en su brazo que parecía estar sangrando más que las demás, apreté un trapo contra ella, y empecé a tratar de atarlo en ese lugar.

Su brazo estaba tan flojo que había tenido que atraparlo bajo mi brazo y entre mis rodillas para lograr un nudo lo suficientemente apretado para poner presión. Pero no muy apretado. No podía recordar ¿Podían los licántropos padecer un corte en su circulación? Quiero decir, ¿Si pudieras regenerar un miembro, entonces un vendaje demasiado apretado le causaría daño? Lo trataba como si fuera humano, porque no sabía. Eso nunca había pasado.

Fue cuando estaba atando una herida en su muslo que vi las primeras marcas de quemaduras. Marcas pequeñas de quemadura redondeadas en su muslo. Había más de ellas en la cadera, y finalmente la mayor parte de ellas en la ingle. ¿Cómo había pasado esto por alto? Eran más pequeñas, menos obvias que las heridas sangrientas, supongo. Sabía que estaba en shock. Lo sabía. El shock ablanda las cosas. Te ayuda a ver la cosas fragmentadas, a veces; un poco de horror aquí, un poco más cuando tu mente piensa que puedes manejarlo. Shock, si no puedes ir demasiado lejos, te ayuda a arreglártelas. Ahora sabía qué lo había hecho gritar. Las quemaduras no sanaban en un licántropo como las otras heridas. Las quemaduras tenían que curar lentamente como en los humanos.

Encontré más de esas pequeñas quemaduras en todo el frente de su cuerpo. La parte posterior de su cuerpo estaba intacta porque lo habían atado sobre su espalda. Para atar las heridas de su pecho tenía que levantarle, y aún era sólo un peso muerto. Debería haber visto las heridas comenzando a sanar en este momento. Parecían igual. Sabía la razón por la que había sanado desde el primer momento en que lo vi. Sabía que el cambio a la forma de lobo le había ayudado a sanar, porque no estaba sangrando tan mal como en la alfombra… pero no estaba sanando tan rápido como estaba acostumbrada a ver en los licántropos. No sabía si Jason simplemente sanaba lento, había sido mucho el daño, o si los vampiros le habían hecho algo a las heridas para hacerlas peor.

Cuando pude atar todas las heridas que pude deducir cómo atar, me acosté al lado de Jason, apoyándome sobre las almohadas, y lo envolví contra mi cuerpo. Lo tenía contra mí, y recé, recé con esa energía, esa verdadera tragedia. Las oraciones más fuertes son cuando sostienes a alguien que amas y le sientes frío.

Sabía que el calor era importante para curar a los licántropos. El frío era malo, eso era lo mucho que sabía. En el calor de mi cuerpo era todo lo que podía pensar. Saqué la pistola de mi cinturón y la puse en la almohada que

estaba a mi lado. Había hecho todas las cosas que podía pensar; ahora esperábamos que llegara la ayuda. Esperar y rezar.

Jason no se sentía como él en mis brazos. Los paños de lavar y las tiras de las sábanas estaban ásperos y arruinados al tacto liso de su cuerpo. Mi ropa se estaba secando sobre mi piel pegajosa por su sangre. Debí habérmela quitado antes de acostarme, de modo que Jason pudiera estar más cerca de mi piel, pero eso había parecido tomar mucho esfuerzo tenerlo contra mí. Me quedé allí, demasiado cansada, demasiado en shock para moverme.

¿Por qué? ¿Por qué tenían que haberlo torturado? ¿Por qué tenían que llevarnos? Recordé al hombre gritando, —¿Dónde está Lorna? No conocíamos a alguna Lorna, o yo no la conocía. ¿Quién demonios era ella? Estaba apostando a que esto no tenía nada que ver con Jason, y que tenía que ver con los Summerlands. ¿Se había llevado Jason otra paliza por Keith Summerland? ¿Era así de simple, o había algo más sobre eso y no sabía nada? En ese momento, sosteniendo a Jason, sintiendo su sangre secándose en la ropa sobre mi piel, estaba dispuesta a creer que había una gran cantidad de cosas que no sabía.

Escuché cuando se abrió la puerta. Era la puerta exterior, porque oí el golpe de la protección. Quienquiera que fuera, dudaba en el vestíbulo. Habían visto el cuerpo. Si era el equipo de rescate habrían llamado.

Levanté la pistola. Quité el seguro, tenía el cargador listo. La había tenido lista antes de ponerla a mi lado. Si cualquiera venía por esa puerta antes que los EMT, no podrían ser mis amigos.

Miré hacia la puerta de entrada y dejé escapar mi aliento. Me quedé quieta, y la pistola era el foco de toda esa quietud. Si Jason se movía en ese momento probablemente habría gritado.

La voz de un hombre llegó desde el vestíbulo.

—Oigo tus latidos. Huelo tu sangre. Veo mis hombres muertos, así que asumo que tienes al menos una de sus armas. Sr. Summerland, no pensé que fuera usted así de peligroso.

No dije nada. Si estaba lo suficientemente quieta, podría acercarse a mirar. Si llegaba a estar lo suficientemente cerca le dispararía.

—Sr. Summerland, ¿Por qué no me responde? Si simplemente nos dijera donde está Lorna, entonces podríamos dejarlo ir. No tenemos ningún deseo de dañar al hijo de un gobernador.

Estaba mintiendo.

—Sr. Summerland —dijo de nuevo—. ¿Está ahí dentro? ¿Por qué no me responde?

Pude oler el aire. No estaba aquí todavía, pero estaba cerca. Quería saber si era un vampiro, pero si usaba mi nigromancia para sentirlo, sabría lo que era. Creo que habían pensado que era sólo otra de las mujeres de Keith Summerland. Fue por eso que me habían dejado en el baño, sin guardia. Era por eso que asumía que Keith Summerland había salido de algún modo y matado a los dos vampiros. Este tipo estaba asumiendo que porque era una mujer no era peligrosa. ¿Era el momento de dejarle saber al último hombre que había cometido un error?

—¿Sr. Summerland? —Su voz sonó un poco más cercana. ¿Esperaría a que se acercara lo suficiente para dispararle, o intentaría conseguir algunas respuestas?

El amanecer estaba demasiado cercano. Si era un vampiro se le estaba acabando la luz de la luna, literalmente. Si era humano no importaba. Decidí probar con la información.

—¿Por qué piensas que Lorna debería estar con él?

—Oh, la chica. —Sonó genuinamente sorprendido.

—Sí —dije—, la chica.

—¿Sabes donde está Lorna? —preguntó, y había algo prometedor en su voz.

—Después de lo que nos hiciste a mi novio y a mí, no creo que quiera responder a tus preguntas.

—Fuimos duros, y lo siento por eso. Estoy verdaderamente apenado.

—Mentiroso —dije.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—Tú primero —dije.

—Me llaman George.

—Quiero saber tu nombre, no como te llaman.

Se echó a reír entonces, y era bueno. Era una risa agradable, como si no estuviera en un vestíbulo mirando fijamente los cuerpos muertos de los hombres que había contratado para secuestrarnos y torturarnos. Por supuesto, quizás era sólo un sociopata encantador. En ese caso la risa era real. Cuando no tienes empatía por alguien más, otras personas muertas o heridas no significaban nada para ti.

—Edmond, mi nombre es Edmond. ¿Cuál es tu nombre?

Decidí mentir.

—Katerine. —Era mi segundo nombre.

—¿Ahora quién está mintiendo? —dijo y lo hizo de forma juguetona.

Bien.

—Anita, mi nombre es Anita.

—Anita, ahora, ese es un nombre hermoso.

—¿Qué sucede si no encuentras a Lorna? —pregunté.

Estuvo callado durante un segundo o dos, después dijo:

—Su esposo no estará contento.

—Así que, ¿La encuentras y la obligas a volver con él?

—Es su esposo y su maestro.

Maestro, era una elección interesante de palabras. ¿Era Lorna la esposa del Maestro de Ciudad que Peterson me había dicho?

—¿Es tu maestro también Edmond?

—Me confió este recado.

—Entonces, sí lo es —dije.

—No hablas como una de las cabezas hueca de Keith Summerland.

—¿Lorna es una cabeza hueca?

—Nunca podría llamar a la esposa de mi maestro de tal manera.

—¿Entonces por qué crees que ella piensa que podría dejar a su maestro y esposo, para irse con Keith? Eso no suena muy brillante.

—Él se parece mucho a su amor perdido. Ella no ve sus defectos, sólo su cara, como un fantasma de cosas perdidas y olvidadas.

—¿Se sentía atraída por Jedediah Summerland?

—¿Quién eres tú, chica?

—Jedediah murió por los vampiros; ¿Estás diciendo que Lorna vio a Keith y decidió revivir viejos tiempos?

—Estás entendiendo esto muy rápido, chica. Anita, ¿ese fue el nombre que me dijiste?

—Sí.

—Hueles a sangre, y dolor, pero estás calmada. ¿Cuál es tu apellido?

El amanecer presionaba como un peso contra la ventana y sus cortinas pesadas. No estaba lo suficientemente aterrado para ser un vampiro. Era humano, entonces, pero estaba apostando a que era un sirviente humano. No sólo un humano que colgaba de un vampiro, sino un verdadero sirviente como yo lo era de Jean-Claude. Decía que podía oler la sangre y el dolor, y si era un sirviente desde hace mucho tiempo, podría haber ganado habilidades.

—Responde mi pregunta, y contestaré la tuya.

—Sí, estaba tratando de revivir su aventura con Jedediah. Estaba engañado con su propio poder, pero era poderoso. El muchacho es cualquier cosa comparado con su antepasado, pero el parecido es casi lo suficiente como para hablar de reencarnación.

—Genética, Edmond, sólo genética.

—Ya he respondido tu pregunta, ahora responde la mía. ¿Cuál es tu apellido?

—Blake —dije.

El silencio era extrañamente fuerte, como si pudieras sentirlo pensando intensamente.

—Anita Blake —dijo finalmente.

—Sí —dije.

—¿Anita Blake, sirviente humano de Jean-Claude, Maestro de la Ciudad de St. Louis?

—Entre otras cosas, sí.

—No lo sabíamos. Le juro que no lo sabíamos. Nos dijeron que la habitación pertenecía a Keith, y que Lorna estaba con él. Nunca habríamos herido al sirviente humano de otro Maestro de una Ciudad.

—Sí, la ley de vampiro desaprueba eso.

—Le juro que nunca habría enviado a estos dos para hacerle daño. Cuando te vi, y comprendí que no eras Lorna. Me dijeron que estos dos eran profesionales. Estaba mal informado. Quiero decir, ¿Qué puede arreglar las equivocaciones de un vampiro a un humano de otro vampiro?

—Algo malo —dije.

—¿Por qué estás con Keith Summerland?

—¿Él decía que su nombre era Jason Schuyler?

—Sí, pero sólo tienes que mirarlo para saber que es uno de los gemelos Summerland.

—Siempre lograban confundirlos en la escuela —dije. Estaba calmada; mi voz casi no tenía inflexión. Parte por el shock y parte por la certeza. Iba a matar a Edmond, porque matarlo haría más probable matar a su maestro, y quería a su maestro muerto. Venganza, sí, pero también porque Edmond no me dejaría salir de aquí. Se lo diría a Jean-Claude, y lo sabía. Si Edmond iba a ocultar su equivocación a su maestro, tenía que matarnos.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Los vampiros maestros no conservan los nombres de los *pommes de*

sang de otros maestros de ciudad?

—No realmente, son comida.

—Somos de la línea de sangre de Belle Morte; supongo que tratamos mejor nuestra comida. Jason no es realmente Keith Summerland. Es mi novio. Es el *pomme de sang* de Jean-Claude. ¿Conoces el protocolo de vampiro sobre hacerle daño a algún *pomme de sang*, Edmond?

—Siempre puedes conseguir mejor alimento.

—¿Conoces elprotocolo vampiro sobre hacerle daño a un *pomme de sang* de otro maestro vampiro? —Mi voz no era neutral ahora. Estaba comenzando a redescubrir mi ira. Si Edmond realmente pretendía huir y dejarnos vivos, entonces tendría que haber empezado a correr, pero estaba más cerca de nosotros cuando habló la próxima vez.

—El maestro está en su derecho de exigir un nuevo *pomme de sang* al maestro agresor, o desafiarlo a un duelo.

—No creo que nos gusten los *pomme de sang* que tu maestro elija, Edmond.

—¿Jean-Claude desafiará a mi maestro a un duelo?

—Algo parecido a eso —dije.

—El *pomme de sang* no está muerto. Déjeme llamar para pedir ayuda y conseguirle un hospital.

—Ya he llamado —dije—. Deben estar aquí pronto.

—¿Llamó para pedir ayuda?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Antes de que vinieras.

—No quería hacerle daño, Anita Blake.

—¿Entonces porque no te has ido Edmond? Te he dicho que la policía está de camino, pero sigues ahí. ¿Por qué no te vas?

—¿Qué harás si localizas a mi maestro?

—¿Qué piensas que haré?

—No es sólo el sirviente humano de Jean-Claude; también es un verdugo de vampiros. ¿Trataría de conseguir una orden contra mi maestro?

—No sé quien es tu maestro, Edmond.

—No me trates como si fuera estúpido. No hay muchos Maestros de Ciudad.

—¿Muchos que estén casados con una Lorna, quieres decir? ¿Muchos que tengan sirvientes humanos con el nombre de Edmond? Supongo que

tiene que ser una lista corta —dije.

Le escuché cambiar el cartucho de su pistola. Era gracioso, pero una vez que conoces el sonido de ese deslizamiento, no lo confundías con otra cosa. Apunté mi pistola a la puerta, levantando mi rodilla un poco para ayudar a mantenerme, porque mi otro brazo estaba todavía tocando a Jason.

Vi su pistola cerca del marco de la puerta. Creo que suponía que esperaría a ver más de él, pero había usado esta pistola, esta munición, y era una casa vieja. Disparé a través de la pared, detrás de su mano. Hizo un sonido de satisfacción y uno de dolor, entonces disparó en la habitación sin mirar primero. Disparé dos veces más siendo amplio antes de que se tambaleara en la puerta. Tuve un vistazo del hombre alto, pálido, de pelo castaño, corto, bonito traje marrón, y una camisa de flores rojas, antes de darle en la cabeza. Intentó levantar su pistola cuando caía, y lo que hizo fue disparar al pie de la cama. Me arrastré para cubrirme y disparé dos veces más en su cuerpo. Caminé con la pistola apuntada hacia él, sostenida en ambas manos. Pateé la pistola de su mano floja, y luego puse dos balas más en su cabeza, hasta que trozos de su cerebro y cráneo explotó en el suelo.

Mis oídos estaban todavía resonando cuando escuché voces distantes.

—¡Marshal Blake, Marshal Blake!

Grité, probablemente más fuerte de lo que necesitaba.

—¡Estamos aquí. Estamos aquí adentro! —La caballería había llegado.



CINCUENTA Y CINCO

Horas más tarde estaba sentada en una silla en el hospital en Asheville. Jason estaba en la cama, conectado a las máquinas y los goteos, pero vivo. Los médicos dijeron que iba a hacerlo. Sanaría. Sabía que su cuerpo se curaría, pero sabía lo suficiente acerca de la violencia para saber que hay cosas que los médicos no podían ver, y los goteos intravenosos no ayudarían. Me senté en la silla, después de haberme movido lo suficientemente cerca para poder sostener su mano. Los médicos dijeron que iba a estar bien, les creí, pero cuando sentí su mano apretar la mía, entonces realmente lo creí. ¿Era eso estúpido? Tal vez. Pero me tenía sin cuidado.

Me senté en la silla y agarré su mano, y esperé a que despertara lo suficiente para que sostuviera mi mano.

Estaba usando un par de monos quirúrgicos prestados, debido a que habían tomado mi ropa como prueba. Supongo que estaba cubierta de

sangre. Los técnicos habían peinado, incluso pedazos de cerebro y hueso de mi pelo, al parecer. Blowback es una perra.

Habían tomado todas las armas en la escena. Debido a que había utilizado el hecho de que era una marshal federal para llamar al 911, efectivos policías federales habían llegado con el resto. Habían venido para rescatarme. Habían llegado a pesar de que era de una de la rama sobrenatural, y no a todos los marshal les gustábamos mucho.

No podía culparlos que nos fueran recelosos. Para algunos de nosotros era más como dar una tarjeta de identificación a un grupo de cazadores de recompensas con licencia para matar. Éramos un verdadero dolor de cabeza administrativa de los marshal. Pero cuando envié el SOS vinieron. Gente que no conocía, pero que solo compartía la misma placa. Tal vez solo estaba sintiéndome toda sentimental, debido a Jason, pero significaba algo que vinieran.

Pero también significaba que estaba en revisión por el tiroteo. No había tenido una orden de ejecución para estos vampiros, y mucho menos para el siervo humano que había matado. Diablos, sólo tenían mi palabra de que él era un siervo humano y no simplemente humano. Había invocado la nueva Ley de Puesta en Peligro Sobrenatural. Esta permitía a un verdugo de vampiro actuar con la fuerza mortal si la vida de los civiles estaba en peligro inminente.

El acta se había elaborado después de que un par de civiles habían muerto mientras mis compañeros marshal sobrenaturales esperaban las órdenes. Había pensado que sólo estaba preguntando por las violaciones de los derechos civiles, pero ahora me escondía detrás de ella. La hipocresía en su mejor momento. Al menos durante el próximo par de semanas estaría sin placa y sin arma. No se permitiría participar en cualquier orden de detención hasta que revisaran el tiroteo. Se llevaron mi arma de servicio. Eso estaba bien, no era como si no tuviera otras. Incluso tenía los permisos para llevar varias de mis armas, porque había pasado tantos años siendo técnicamente un civil, pero necesitando portar un arma. Iba a ser útil, mientras miraban por encima la evidencia.

Parecía que sería mantenida a raya a tiro limpio. Habían encontrado drogas todavía en mi sistema. Ellos quedaron impresionados de que fuera capaz de funcionar con ese nivel de tranquilizante animal en mí. Me fui a lo de *Marmee Noir* al despertarme. Me preguntaron acerca de las marcas de garras en mi pecho. Solo dije que me desperté de esa manera. La verdad,

eso es lo que pasó.

Había pedido y sido dada una píldora del día después. Me habían ofreció un examen ERAS, Equipo de Respuesta de Asalto Sexual, y lo había rechazado. Cuando se me preguntó por qué necesitaba la píldora, respondí que había tenido relaciones sexuales antes de que nos llevaran, pero que no tuve la oportunidad de tomar mi pastilla para ese día. Una vez más, la verdad, de lo que pasó.

Teníamos a un oficial uniformado en la puerta. Me hubiera gustado traer algunas de mis armas de la caja fuerte del hotel, pero no estaba segura cómo los otros marshal se sentirían conmigo llevándolas cuando se suponía que estaba bajo revisión. Me sentí desnuda sin un arma, pero entregué la placa y tuve que cumplir con eso. También significaba que los otros guardaespaldas que Jean-Claude me había enviado, no podía entrar ninguno.

Ninguno de ellos tenía insignias, y algunos de ellos tenían antecedentes.

La puerta se abrió, y me puse tensa, mi mano libre en busca de un arma que no estaba allí. Maldita sea. Pero no era malo, era una silla de ruedas empujada por una enfermera. En la silla de ruedas estaba Frank Schuyler, el padre de Jason. Tenía tubos por la nariz y un tanque de oxígeno en la parte posterior de la silla, y dos diferentes goteros, pero estaba aquí.

La enfermera dijo:

—Le dije que no se despertaría hasta la mañana, Sr. Schuyler.

—Tenía que verlo —dijo con esa voz profunda que Jason nunca tendría, y entonces me miró con esos cavernosos ojos oscuros. No era exactamente una mirada amable, sino más intensa. Al igual que muchas personas cuando llegan mermados por una enfermedad, estaba reducido a terminaciones nerviosas, emociones, demandas.

Estaba allí en sus ojos, ojos enfadados… no, llenos de ira. Enfadado con su cuerpo, ¿tal vez? O enfadado en general.

Sea cual fuere la causa, estaba bien con esto. Si él pensaba que vendría aquí y me gritaría, o a Jason, entonces, estaba equivocado. Oh, él podría gritar, pero yo le gritaría de regreso. No iba a permitir ninguna mierda más, y me iba a asegurar definitivamente de que Jason tampoco, de nadie.

Al parecer, el silencio y el mirarnos el uno al otro había sido el tiempo suficiente para poner nerviosa a la enfermera.

—¿Por qué no lo llevo de vuelta a su habitación?

—Empújeme más cerca de la cama, maldita sea. No he venido hasta

aquí sólo para mirarlo.

La enfermera me miró, como si pidiera permiso, o una disculpa.

—Si usted puede comportarse, puede acercarse más, si vino aquí para quejarse o gritar, puede irse —dije.

Él me miró, y luego cambió su mirada a mi mano sosteniendo la de Jason.

—Realmente eres la novia de Jason, ¿no?

—Sí, lo soy.

—Y el hecho de que soy su padre no me gana ninguna finura contigo, ¿verdad?

—Hoy no lo hace.

—De verdad me sacarías de la habitación. Su padre moribundo, fuera de la habitación de su único hijo.

—Si usted se pone desagradable, en un latido de corazón.

—¿Y quién decide lo que es desagradable? —preguntó.

—Yo.

—Usted —dijo.

—Sí —dije, y apreté la mano de Jason un poco más fuerte.

Él miró de nuevo a la enfermera.

—Póngame más cerca, y déjenos.

Ella me miró de nuevo. Asentí. Ella lo empujó más cerca, pero no parecía pensar que fuera una buena idea.

Yo no estaba segura tampoco, pero no estaba segura de que fuera una mala idea tampoco. No me moví hacia atrás, y mi silla fue movida para que pudiera tomar la mano de Jason. La silla de ruedas estaba tan cerca que casi se tocaban nuestras piernas. Era casi demasiado cerca para estar cómodos, mucho espacio interpersonal cruzado, pero me quedé donde estaba, y él no le dijo a la enfermera para que lo moviera a otra parte.

Él puso su mano sobre la pierna de Jason bajo las sábanas y luego dijo:

—Váyase, tocaré el timbre cuando la necesite.

La enfermera me miró como si no estuviera segura de que debería hacerlo, pero se fue. Esperó a que la puerta se cerrara detrás de nosotros en silencio antes de hablar.

—Lo siento, no creía que fuera su novia.

—Yo, también.

Nos sentamos en nuestras sillas, yo sosteniendo la mano de Jason, él con su gran mano sobre la pierna de su hijo. La habitación estaba muy

tranquila, solo los zumbidos y el silencio de los monitores de Jason, el goteo leve de las diferentes vías intravenosas, las suyas y las de Jason. Era el tipo de silencio que se extiende y te da picazón de cabello, porque sabes que necesitas decir algo, pero nada viene a la mente. Este no era mi padre. Este no era mi lío, pero de alguna manera era la única sentada a algunas pulgadas de un moribundo mientras miraba a su hijo herido.

—No eres como la mayoría de las mujeres —dijo.

De hecho, salté un poco, sólo de que él rompiera el silencio.

—¿Qué quiere decir? Pregunté. Vaya, esa era una buena pregunta, hacerlo hablar de nuevo.

—La mayoría de las mujeres necesitan hablar. Odian los silencios.

—A veces, sí, pero estoy bien con el silencio, sobre todo cuando no sé qué decir.

—¿No sabe qué decirme? —preguntó, dándome todo el peso de esos ojos hundidos.

—En realidad no —dije.

Él sonrió, y apretó la pierna de Jason, al mismo tiempo.

—Pero lo admites, la mayoría de la gente no lo haría.

Me encogí de hombros.

—No soy la mayoría de la gente.

—He oído que mató a tres hombres para salvar a Jason —dijo, y esta vez miró a Jason, no a mí.

—Dos vampiros y un hombre, sí.

Él me devolvió la mirada, cuando preguntó:

—¿Es importante para usted que dos de ellos fueran vampiros?

—Los vampiros son más difíciles de matar, hace la historia más impresionante.

Casi sonrió.

—Usted es una mujer extraña.

—¿Hay alguna otra manera de que sea capaz de llevarse bien con su hijo?

Miró a Jason a continuación, y una mirada más tierna que cualquiera que hubiera esperado ver llenaba ese rostro duro.

—Siempre hemos sido muy diferentes para llevarnos bien. Me culpaba, bueno, ya sabes de lo que me culpaba.

No tenía ni idea de lo que le culpaba, pero me lo guardé para mí. Tuve la sensación de que podría aprender algo si me quedaba callada.

—¿Por qué le hicieron esto a Jason? —preguntó.

—Él agarró otra paliza por Keith Summerland, al igual que en la escuela.

—¿Hicieron esto porque pensaron que Jason era Keith?

—Sí.

—¿Por qué quieren hacerle esto al chico Summerland?

—Al parecer, Keith estaba jugando con la esposa de alguien más, y el marido se ofendió.

Algo cruzó el rostro de Frank Schuyler, un poco de dolor que revoloteaba a través de esos oscuros y ensombrecidos ojos.

—Usted lo sabe, ¿no?

—Conozco un montón de cosas —dije—. Tendrá que ser más específico.

Llegó hasta la mano de Jason, que todavía estaba en la mía. Vaciló, como si fuera a poner esa mano grande sobre nuestras dos manos. Eso pareció preocuparlo, por lo que moví mi mano. Dejé la mano de Jason vacía, y Frank Schuyler envolvió su mano grande alrededor de la de Jason. Él sostuvo la mano como si se tratara de padre e hijo. Era una pena que Jason no estuviera despierto para verlo.

—Iris y yo nos habíamos separado. Culpa mía, siempre he tenido temperamento. Salimos al mismo tiempo que estuvimos separados como hacen la mayoría de las parejas, y cuando se quedó embarazada de Jason, volvimos a estar juntos. Era nuestro bebé de la reconciliación. —Sujetó la mano más pequeña de Jason en la suya grande, y se quedó mirando a su hijo.

—Muchas personas vuelven a estar juntas de esa manera —dije. No estaba segura de adónde iba la historia, pero quería oírlo.

—Pensé que por fin tenía un hijo propio. Pensé que solo se parecía a Iris, hasta que vi a los gemelos Summerland. Entonces lo supe, supe que ella había estado con Summerland.

—Ha visto a los niños en este pueblo, Sr. Schuyler, la mayoría de los amigos de Jason parecen haber sido arrancados de la cuadra Summerland.

Me dio una mirada hostil.

—Le pregunté a Iris, y ella no negó que había salido con él. Los Summerland estuvieron separados al mismo tiempo que nosotros. Fue un año difícil en el pueblo, mal genio. Todos volvimos a estar juntos porque pensamos que íbamos a tener hijos. —Frotó la mano de Jason con sus

dedos.

Me di cuenta entonces que había sido lenta. Jason lo había insinuado, y había habido otras cosas, pero muchas de las chicas en la boda se habían parecido mucho a Jason. Su madre se parecía a las Summerland, por el amor de Dios.

—Jason dijo que usted estaba siempre enfadado con él, sin importar lo que hacía.

Él asintió.

—Eso es justo. No era sólo que se parecía a los gemelos. No practicaba deportes. Bailaba. Él era tan…

—No el hijo que usted quería —terminé por él.

Me dio una mirada poco amigable de nuevo, ésta tenía un poco de enfado real en aquellos ojos oscuros.

—No tienes derecho a decir eso.

Tal vez fue porque estaba cansada, o porque me encantaba Jason y no podía entender por qué su padre no le quería, pero le dije lo que estaba pensando:

—Lo dije porque es la verdad.

Él me miró, y le regresé la mirada vacía de policía. Estaba demasiado cansada como para estar enfadada. Por último, miró hacia otro lado.

—Tal vez, está bien, sí. Todo hombre sueña con lo que su hijo va a ser. Supongo que quería a alguien para llevar la responsabilidad, y él parecía estar acarreando los valores de los Summerland, no los míos. —Mantuvo la mano de Jason agarrada, mientras lo decía, sin embargo.

—Los valores de Jason están bien —dije.

—Lo he medio odiado toda su vida, culpándolo por no ser lo que quería que fuera. Cuando escuché que él… Los hice traerme cuando entró en urgencias. Lo vi herido. Él se aferró a la mano de Jason, apretándola. —No pensé, ahí está ese bastardo Summerland. Pensé, ahí está mi muchacho, muriéndose. Me acordé de su primera Navidad, y lo feliz que era. Fue antes de que yo lo supiera. Pero cuando lo vi así, pensé en él cuando era pequeño. Pensé en él en las obras de teatro y musicales en la escuela. Me di cuenta de que había perdido toda la vida con mi hijo. Me lo perdí y él estaba aquí.

Le miré. Fue un momento Hallmark. No confiaba en los momentos Hallmark, solían ser falsos.

Vi la primera lágrima brillar por el rostro de Frank Schuyler, y tenía

que creer que lo decía en serio. Supongo que a veces los milagros realmente ocurren.

Entonces tuvimos nuestro segundo milagro. Jason dijo:

—Papá —con una voz que sonaba tan débil, tan poco como Jason, pero sus ojos estaban abiertos, y lo repitió. Papá.

El Sr. Schuyler sostuvo su mano con fuerza y dijo:

—Jason, estoy aquí.

Me levanté para dejarlos solos. Los hombres necesitan privacidad cuando finalmente se descomponen. Jason dijo, con esa débil voz:

—Anita.

Me di la vuelta y le miré.

—Ya regreso.

Logró una sonrisa muy débil, y luego dijo:

—Te quiero.

Sonreí.

—Yo también te quiero. —No estaba segura de si el amor era para el beneficio de su padre, para probar su heterosexualidad, o si era simplemente verdad. Nunca seríamos solamente el uno del otro, pero creo que siempre podíamos ser, de vez en cuando, el uno del otro. Estaba de acuerdo con eso, y así lo estaba Jason. ¿Qué más necesitábamos?



CINCUENTA Y SEIS

Jason sanó lo suficiente para volar a casa. Su padre había tenido una de esas remisiones asombrosas que consigues a veces con el cáncer. Los médicos no se lo explicaban, no podían, pero le están dando un poco más de tiempo para vivir. No estaba curado, no, pero tenía meses en lugar de semanas, tal vez. Un poco menos de dolor para tratar con los planes de Jason en el vuelo de vuelta solo para visitarlos a todos en una semana o algo así. Mi excusa para no ir es un trabajo, además, creo que Jason y su familia pueden manejarlo por sí mismos.

El Maestro de la Ciudad de Charleston, Carolina del Sur, murió misteriosamente. Su siervo humano era Edmond, y su esposa legal es Lorna. Ella es libre para casarse con Keith ahora, y si lo que vi en las noticias es una indicación, él va a hacerlo. El matrimonio con Lisa está cancelado, y creo que Lisa está bien fuera de esto. También lo están los planes del gobernador para postularse a la presidencia presentándose con

una familia conservadora. No puedes tener a tu hijo siendo un adúltero con la esposa de un vampiro, y peor aún casarse con un vampiro, y tenerlo jugando bien en la prensa.

Peterson me dijo que era Chuck el que utilizaba nuestra habitación y a nosotros como un pretexto para los vampiros.

La defensa de Chuck: pensó que iba a ganar. Supongo que nadie espera que los vampiros usasen granadas aturdidoras y dardos tranquilizantes. Todavía estoy esperando herir a Chuck de alguna manera. Pienso que no han encontrado una justificación para esto, eso no lo hace menos, o ilegal. Si él desapareciera ahora, creo que la policía vendría a llamar a mi puerta.

J. J. está planeando visitar St. Louis y pasar unos días con su viejo amigo Jason. Él es el único hombre que nunca ha salido realmente de su sistema, y ella es la chica con la que podría haberse casado si no le hubieran gustado tanto las chicas como a él. Los dos están todavía en busca de la Sra. Correcta. Tal vez estarán juntos por un tiempo. Era el miedo de Jason al compromiso lo que me salvó de la versión de Richard del *ardeur*. Pero él está muy feliz de que J. J. venga de visita. Ella ya ha hecho correr la voz de que está bien con lo vampiro. Lo que conviene saber.

Yo estaba aclarando lo del tiroteo. Los dos vampiros en realidad tenían antecedentes como seres humanos. Habían sido malos en vida, y estar muertos los había empeorado. Uno de los tipos era realmente un torturador. Alguien a quien llamabas cuando querías información. Había trabajado para algunas personas muy malas en los últimos años.

Al parecer, en privado, le había hecho un favor al mundo. En público, fui absuelta, pero no se me permitía ser tan optimista sobre eso. Duermo muy bien por matarlos. Mi sueño está un poco perturbado por Jason.

He tenido algunos sueños, donde lo encuentro en el suelo otra vez, o me doy cuenta de que no es Jason y es uno de los otros hombres en mi vida. Jason esta acostado un par de veces, él tiene sueños malos, también. Pero duerme mejor cuando alguien está ahí para despertarlo de la pesadilla, y abrazarlo de nuevo para que se duerma, o también un par de mañanas, levantarse con él y tomar un café en la cocina. Nathaniel y yo hemos estado tomando turnos para observar el amanecer llegar a través de los árboles con él.

Jason es mi lobo para llamar, lo que plantea la posibilidad de que seré capaz de tener un animal para cada una de mis bestias metafísicas. Sólo el Maestro de las bestias, un miembro del consejo vampiro, ha sido capaz de

llamar a ambos animales que son caninos y felinos, ah, y lo hace con las ratas, también. Vamos a ver cómo lo hago.

Jean-Claude dejó saber a través de la vid de los muertos vivientes que Jason y yo seríamos castigados por nuestra imprudencia, una vez que haya sanado. Ya me sentía castigada, y no había hecho aún nada malo. Pero estamos haciendo lo que Jason había sugerido, confirmando los rumores. Hemos empezado con Asher, porque así es más fácil. Ahora es cuestión de preguntar cuál de los hombres está de acuerdo con que sea confirmado.

¿Ha intentado pedir a un hombre heterosexual, si está bien que él y tú reconozcáis públicamente que es bisexual, y a los hombres? No es una venta fácil.

Asher estaría más emocionado si la verdad fuera realmente la verdad. Hemos establecido una fecha entre nosotros tres, Jean-Claude, Ahser, y yo, a ver si ese límite puede realmente bajar, o si mi cabeza va a explotar. Vamos a ver.

He aceptado ser menos un dolor en el culo con la comunidad foránea de vampiros para que se vea más como que estoy siendo un buen y pequeño siervo humano para Jean-Claude. Sí, lo sé, ¿cuánto tiempo puedo actuar? Pero lo estoy intentando. Jean-Claude dice que consigo puntos por intentarlo, ya que él sabe que es opuesto a mi personalidad. Tienes que amar a un hombre que te ama a pesar de, y a veces a causa de, tus pequeñas debilidades.

Rowe está siendo acusado de secuestro e intento de asesinato. No tienes que manejar el cuchillo para ser acusado, sólo ayudar al asesino a conseguir a su víctima es legalmente suficiente.

¿Por qué lo hizo? Algo de dinero, pero sobre todo lo asusté en el pasillo con el *ardeur*. Estaba convencido de que era un vampiro y la única manera de salvarse a sí mismo era deshacerse de mí.

¿Fue siempre un mal tipo, o tenía el *ardeur* y le hacía algo a él? No hay manera de decir, pero tomó parte de la culpa por Rowe.

Max está todavía enfadado de que envolviera a Crispín, pero Jean-Claude protestaba cada vez que Max notaba lo mucho que nuestro Jason se parecía al muchacho Summerland, él debería habernos advertido. Porque, por supuesto, Max sabía lo de la fuga de Keith y Lorna. Max nunca admitiría que él no lo sabía, así que los dos Maestros de la Ciudad intercambiaron insultos, pero tenemos una tregua. También tenemos planes para que Crispín visite St. Louis. No estoy segura de cómo me siento

acerca de eso, pero no lo involucré, y en los veintiún años, y muy mortal, no tiene la fuerza de voluntad para liberarse de mí. Le debo algo, aunque todo fue accidental por mi parte.

Los hombres tigres me dieron un descanso, por todo lo del secuestro y la cosa del hospital. Pero están llegando a St. Louis. Al parecer, Crispín y Alex Pinn han ganado poder por estar conmigo, poderes que sólo son leyenda entre los clanes del tigre ahora. Pero no soy yo quien lo hizo. Sé que fue *Marmee Noir*. No sé lo que está haciendo, pero quiere a los tigres, y me está utilizando para conseguirlos. La convocatoria ha salido, y los tigres a los que hice la llamada, así que me tengo que quedar con los resultados, pero sé quién realmente los llamó. Me desperté cuando estaba drogada. Ella me ayudó a salvar a Jason, más o menos. También me cortó desde una gran distancia con la garra de un gato que no ha caminado sobre la tierra por unos pocos miles de años. Las marcas están curando, que sea capaz de cortar a alguien desde la distancia es un poder que no ha tenido desde hace tiempo. Tal vez los tigres no son los únicos ganando poderes por tratar conmigo.

El consejo de vampiros está votando sobre la conveniencia de matarla antes de que despierte. Si alguien me pregunta, yo diría que lo hagan. Pero creo que ella sabe lo que están planeando. Creo que la Madre de Todas las Tinieblas tiene miedo.

Ella es aún débil, todavía atrapada de alguna manera en ese sueño falso. Si tratan de matarla, ¿funcionará? ¿Se puede matar a la propia oscuridad? ¿Puede la noche morir? No lo sé. Lo realmente aterrador es que no creo que los vampiros sepan la respuesta. Algunos incluso temen que si ella muere, todos los vampiros mueran. Que de alguna manera va a llevarlos a todos a la tumba con ella.

Todo lo que sé con certeza es que pedí y obtuve amuletos extra. Duermo, me baño, todo, excepto hacer el amor a vampiros con una cruz y ese amuleto. Hasta ahora, todo bien, pero bien no tiene nada que ver con la Madre de Todas las Tinieblas. No, malo es definitivamente más su estilo. Ella me salvó la vida, y por accidente, la de Jason. Estaría más agradecida si no estuviera tan segura de que sólo protege lo que encuentra útil. Sólo protege lo que necesita. ¿Por qué me necesita? ¿Está realmente ganando poder a través de mí? Lo verdaderamente aterrador es que creo que si me concentro lo suficiente en la noche, podría responderme. Si pudieras preguntarle cualquier cosa a la oscuridad, ¿le preguntarías? Si le peguntas,

¿la oscuridad mentiría? Apuéstalo.